

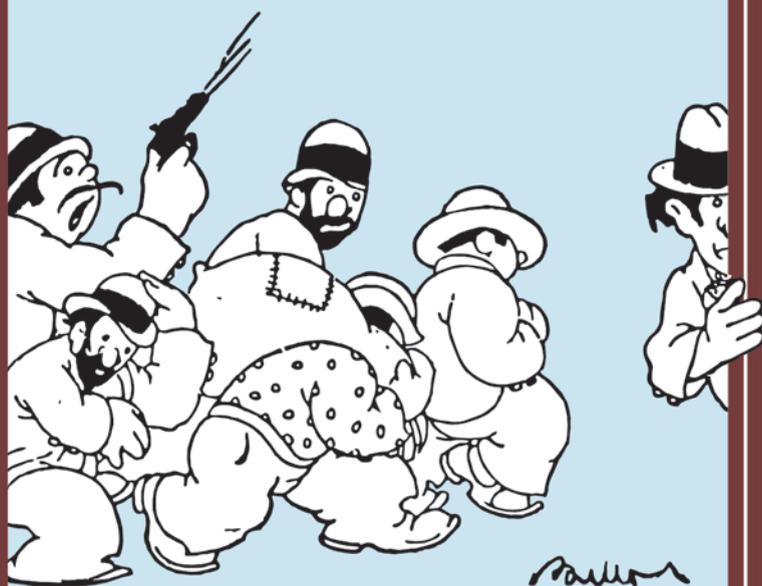
Roberto Arlt

AGUAFUERTES COMPLETAS

Y OTROS ESCRITOS

COMPILADOR

Marcos Mele



22 de octubre de 1928 — 31 de diciembre de 1928

TOMO III



Roberto Arlt

AGUAFUERTES COMPLETAS
Y OTROS ESCRITOS

TOMO III





Legislatura
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

"2024 - Año del 30° Aniversario de la Autonomía de la Ciudad de Buenos Aires"

Buenos Aires, 12 de diciembre de 2024.

DECLARACIÓN 913/2024

Declárase de Interés de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires para la Comunicación Social y la Cultura, la publicación digital "Aguafuertes Completas y otros escritos", del célebre novelista porteño Roberto Arlt, recopilada por la Universidad Nacional de Lanús.

CLARA MUZZIO
PABLO JAVIER SCHILLAGI

ES COPIA

Mele, Marcos

Roberto Arlt : aguafuertes completas y otros escritos : tomo III / Marcos Mele.
1a ed. - Remedios de Escalada : De la UNLa - Universidad Nacional de Lanús, 2025.
Libro digital, DOC

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-6723-10-9

1. Literatura Argentina. 2. Obras Literarias. I. Título.
CDD A860



SECRETARÍA
DE INVESTIGACIÓN
Y POSGRADO

Rector:

Mtro. Daniel Bozzani

Comité Editorial

Dr. Aritz Recalde

Mg. Carla Micele

Mg. Marcos Mele

Mg. Mariana Ugarte

Mg. Tamara Ferrero

Compilador y corrector

Marcos M. Mele

Diseñador editorial

Hernán G. Orue

Restauración de ilustraciones

Vanesa C. Mlot y Hernán G. Orue

Equipo de digitalización

Ivana M. Cardo y Vanesa C. Mlot

Labor hemerográfica

Javier Areco

ISBN 978-631-6723-10-9

Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción sin autorización

Ilustración de la tapa: Aguafuertes 08/11/28 por Luis Bello



© Ediciones de la UNLa / 2024

29 de septiembre 3901

1826 Remedios de Escalada - Lanús

Provincia de Buenos Aires / República Argentina

Tel.: (+54 11) 5533-5600 int.: 5727

edunla@unla.edu.ar / www.unla.edu.ar

Instagram: @edunla_oficial

“No ha pasado un día sin que yo recibiera cartas de mis lectores. Cartas joviales, cartas portadoras de un espíritu cordial, cartas que, lógicamente, uno lee con una inevitable sonrisa de satisfacción y que de pronto le descubren al escritor la conciencia de su verdadera fuerza. Lo convencen de que sus esfuerzos no son inútiles ni tienen el pobre fin de llenar espacio, sino que uno desempeña una labor que despierta un interés en el espíritu de quien lo lee. Eso de saber que no se acciona en el vacío, vale mucho. Es quizá el más poderoso estímulo”.

Roberto Arlt

PRÓLOGO

Las Aguafuertes y su contexto

En el presente ejemplar de Aguafuertes Completas, el lector se reunirá con notas publicadas por Roberto Arlt en la antesala de la crisis mundial del año 1929 que tuvo, entre otras derivaciones, un Golpe de Estado en la Argentina en 1930. El desenlace de la crisis arrastró terribles consecuencias sociales, emocionales y políticas y auspició la formación de un contexto de extrema radicalidad en la mutación de las ideologías.

Ese clima de época conducirá al mundo occidental a violentos odios y a enfrentamientos de pueblos y de naciones que movilizaron la maquinaria y la tecnología de la muerte en la Guerra Civil Española y en la Segunda Guerra Mundial, por citar solo dos momentos dramáticos de la humanidad.

Arlt escribió sus notas en ese cambiante y vertiginoso contexto y sostuvo con su típica ironía, nihilismo y humor negro *“creo que a nosotros nos ha tocado la horrible misión de asistir al crepúsculo de la piedad, y que no nos queda otro remedio que escribir deshechos de pena, para no salir a la calle a tirar bombas o instalar prostíbulos. Pero la gente nos agradecería más esto último”*.

Se autodefinió en las Aguafuertes como un *“periodista escéptico”* y en el marco del turbulento panorama internacional y argentino su obra representó, como pocas, el sentimiento de la clase media acorralada y angustiada en un mundo que se derrumbaba y cuya evolución tecnológica e ideológica anunciaba terribles escenarios.

El filósofo Juan José Hernández Arregui interpretó que la obra de Arlt no tiene vocación revolucionaria y que no es un llamado a la acción colectiva, sino más bien representa la protesta del escritor frente a sus fracasos y a sus desavenencias individuales. Los personajes de su literatura arrastran, en palabras de Hernández Arregui, un *“envejecimiento prematuro de sus ideales”* y son propios de un país sin destino en donde los hombres son vencidos por un denso universo económico, cultural y social que los agobia. Pese a todo y si bien nunca abandonan la ambición de salvarse del drama, lo proponen como un recurso individual a partir de una casualidad del destino o por una genialidad circunstancial y creadora.

Hernández Arregui también reconoce que si bien la literatura de Arlt no es revolucionaria, es crudamente realista y contiene una crítica áspera e irónica a los hombres, a la sociedad y a las instituciones. Lo hace a partir de un estilo único, inigualable, que tiene reminiscencias del nihilismo ruso, de la ficción de Edgar Poe y pinceladas del realismo del grupo Boedo y de figuras como Roberto Mariani a quien cita en más de una ocasión en las *Aguafuertes*.

Los grandes temas de las Aguafuertes

Las pasiones argentinas y universales

En un hermoso libro del año 2010¹ Ana Jaramillo hizo un recorrido por las pasiones argentinas a través del tango. Allí reflejó lo que plantea Balzac acerca de que *“la pasión es universal. Sin ella, la religión, la historia, el arte, la novela no existirían”*.

Las *Aguafuertes* son un maravilloso recuento de las pasiones argentinas y universales de las que nos habla el tango que recupera Jaramillo. Los personajes de Arlt y sus contextos describen el amor de juventud y la esperanza idealista —generalmente frustrada—. Nos hablan de la muerte y de la tragedia, del desencanto y de la tristeza, de la búsqueda del lucro desenfrenado y del accionar humano totalmente desinteresado del mundo material.

El autor reúne en sus notas, historias de audacia y de valentía y también desenlaces irracionales cargados de ira, ambiciones y dramas. Las *Aguafuertes* son un tratado de las pasiones argentinas y universales como el juego, la política y el vicio.

El análisis social

Tal cual interpretó Hernández Arregui, si bien Arlt no convoca con su literatura a la revolución, introduce una crítica social sumamente profunda que interpela la razón y la emoción del lector. Usa para eso la ironía, una mágica genialidad creativa y una emocionalidad expresiva propia de su temperamento y de su formación autodidacta. A toda esta mezcla arltiana, le agrega un humor negro de tono personal y culturalmente argentino.

En los textos de las *Aguafuertes* describe la acción depredadora y explotadora de la economía liberal y de las corporaciones que controlaban

1 *“Tango, tratado de las pasiones”*, EDUNLA, 2010.

el destino de las naciones y de los pueblos. Escribe Arlt en las Aguafuertes que el capitalismo destruyó los *“oficios más sentimentales”* y el viejo contrabandista fue remplazado por el inmenso poder del *“dólar”* que es administrado en el *“escritorio en un séptimo piso de cualquier rascacielos... accionistas”*.

A la manera de un tango de Discépolo, Arlt relata que *“la usura se ha convertido en el mejor negocio de la actualidad. Amigos de escribanos, de diablos y de abogados”*. Escribe que los *“empleados de aduana”* son parte de instituciones corruptas y que se roban las encomiendas y luego culpaban a las ratas.

Describió la explotación de los trabajadores, de los niños y de las mujeres y se preguntó *“cuando se levantará una estatua a la muchacha porteña que se gana la vida”* trabajando a razón de 10 horas por día.

En las Aguafuertes narró la cruda realidad de un país de descartados y de desempleados que auspiciaron el surgimiento de la *“pavorosa agencia de colocaciones”* de empleo, que conseguía *“vivir a costa de la necesidad de trabajar de los demás”*. Describió *“la tragedia del hombre que busca empleo”* y que integra la procesión del *“gremio de desocupados”*.

En esa desalentadora Argentina de los años veinte, el hombre honrado y el trabajador eran parias y víctimas del amplio universo de los inmorales y *“cada ladrón porteño gana trimestralmente 1487 pesos”... “en Buenos Aires la profesión más lucrativa es la de ladrón”*.

Arlt describió crudamente y con un incisivo humor negro, el defectuoso y casi delincencial funcionamiento de las instituciones de un país en el que la corrupción y la ambición mandaban. Escribió que *“Junto al Palacio de Justicia prospera el testigo falso”*. Caracterizó al *“lúgubre escribano”* como un *“agente del diablo en la tierra”*.

El pintor de personalidades de la Argentina de los suburbios

Son pocos los antropólogos, psicólogos, lingüistas y sociólogos argentinos que pudieron retratar la cultura popular porteña en su profundidad como lo hizo Roberto Arlt. El autor recorrió en las Aguafuertes los mundos materiales, culturales, sociales, ideológicos y emocionales de los barrios porteños, de la Avenida de Mayo, las calles Alsina, Florida, Talcahuano, el Pasaje Güemes, entre otros tantos lugares de la gran urbe.

En los artículos retrató las personalidades del trasfondo de la ciudad y sus suburbios. Describió sus rasgos psíquicos, físicos, sus costumbres y sus creencias. En muchos de sus textos para poder explicar el sentido

de los personajes Arlt se convirtió en historiador y en filólogo y estudió el origen y el uso de las palabras y léxicos populares como “furbo”, “trompada” o “fiaca”.

El hombre argentino del que nos habla Arlt es ambicioso y también es idealista, es calculador y frío y a su vez es soñador y melancólico. En la argentinidad cosmopolita y criolla de su literatura los personajes arrastran convicciones irracionales, creencias mágicas y esotéricas, en paralelo a que son detractores de saberes científicos y de ideologías políticas de auge entonces en Europa.

En los relatos de las Aguafuertes —como en sus novelas y cuentos— la línea entre lo verdadero y lo ridículo y entre el realismo y el esoterismo, se fusionan para caracterizar a los protagonistas de una academia de peluquería, al accionar policial, al comportamiento del almacenero y al dueño de una empresa mortuoria de la *“casta de los funebreros”* a los que define como vigilantes agudos de los que van a morir y como psicólogos de sus parientes con el fin de sacarles plata.

Los comerciantes porteños son una constante en sus notas. Estudia las capacidades del vendedor callejero, *“el hombre de las bagatelas”*, que con voluntad y con astucia persuade al *“hombre honrado”* para sacarle plata. Dibuja la personalidad del *“hombre del quiosco”* a cargo de una milenaria organización de origen oriental, compuesta de individuos que fuman opio y que leen el Corán y que evolucionó a la institución occidental de *“desilusionados de la vida”*. El *“mueblero de barrio”* administra bienes materiales y también un estatus en una sociedad en la cual *“la escala social la señala la marca de un automóvil y la calidad del mueble”*. El *“Cochero”* de tracción a sangre recorre las calles porteñas y se entiende profundamente con su caballo y en los tiempos de pobreza el animal *“no come, y el hombre no bebe”*.

En ese mundo socialmente duro, a su vez mágico y de a ratos delirante, los *“peluqueros porteños”* se transforman en *“adivinos de hombres”*, en fríos personajes que estudian la psicología subterránea de sus clientes antes de hablar. En los bares y restaurantes los mozos de café y los lustrabotas se convierten en organizaciones cuasi mafiosas, en *“voraces corporaciones”* dedicadas a extraer propinas a sus clientes.

En la ciudad habita *“su majestad el quinielero”* que arreglado con la policía desarrollaba una actividad oscura y sumamente lucrativa. La astucia de los vendedores no tenía límites y los maridos se vuelven esclavos de sus esposas que se tornaron adictas a la moda, como resultado de la acción de ese terrible gremio de *“traficantes que aguardan*

como *arañas en su tela*". Los "furbos", hombres que quebrantan todas las leyes, vendían propiedades en mal estado, como si fueran buenas...

Su capacidad de observación para detectar la profundidad humana y cultural de Buenos Aires no tiene parangón y por ejemplo describe brillantemente en sus textos la *"anatomía, fisiología e higiene del gracioso"*.

El psicólogo de las profundidades humanas

Arlt tiene la particularidad de captar los instintos humanos más oscuros, el temor, la mezquindad, el egoísmo, el miedo a no ser, la nostalgia, la tristeza y la desesperanza.

En las aguafuertes el *"optimismo de los triunfadores"* es enfrentado al desencanto de no poder comprar la casita, no conseguir el empleo anhelado y no alcanzar cumplir la utopía de la *"fantasía de los seres desdichados"*.

En las Aguafuertes hay varias descripciones del ser humano sin esperanza, cansado y derrotado por el agobiante contexto. Escribe sobre el hombre que mira con tristeza jugar al billar y que está *"muerto de toda esperanza"*. Es sus narraciones describe a personas melancólicas, apagadas por la pena y que cenan en soledad sumergidos en la tristeza *"sin hogar, sin alegrías"*. Analiza la psicología del hombre desdichado que deja *"pasar el tranvía"* buscando el amor y la felicidad que nunca llegó, ni llegará. Analiza *"la tristeza del sábado inglés"*.

Arlt describe los desvaríos mentales y emocionales del hombre porteño que no puede escapar de la locura, ya que *"hay algo fundamentalmente trágico en la locura. Y es que atrae... la locura se contagia"*.

Con sus Aguafuertes desnudó a la luz del periodismo las angustias y las crisis emocionales de personas sumergidas en los *"paraísos del opio"*, en el cual los hombres pasan de la *"luna de miel del veneno"* al *"manicomio"* de los *"ulcerados con mirada perdida... los terrores de la locura"*.

En las Aguafuertes la miseria y la inmoralidad humanas aparece retractadas en personajes tragicómicos como el *"el hombre que se tira a muerto"* con el objetivo de evitar trabajar. El *"enfermo profesional"* que trabaja dos meses al año y el resto se lo pasa en su casa simulando males que no padece. Lo mismo hace *"el hombre de la camiseta calada"*, casado con una planchadora y que no le gustaba trabajar. Nos alerta del peligro del *"médico tacaño"* que para ahorrar pone en riesgo la salud del paciente. Relata las mezquindades y especulaciones del *"hombre al que no le cobraron el boleto del tranvía"*.

El etnógrafo en un país de inmigrantes

Las Aguafuertes hacen una descripción aguda de la Argentina multicultural de los inmigrantes que traen sus tradiciones y sus costumbres cubriendo de colores, olores, lenguas, rasgos físicos y prácticas misteriosas a Buenos Aires.

Sus notas transcurren en cafés y en tiendas de turcos en Floresta, en bares y comercios de judíos de Talcahuano, Cerrito y Libertad. En las Aguafuertes de la Argentina multicultural, la Virgen de Luján convive con el Corán y las curanderas y la magia negra se mezclan con los anarquistas.

En sus relatos transcurren chilenos que fuman opio, un italiano estafado por una viuda, un turco jugador de lotería, tiendas de libaneses, un grabador de aluminio rumano, lavacopas españoles y obreros de Varsovia, Croacia y Serbia que llegaron al país escapando de los progroms, el hambre y las matanzas de Europa.

En ese mundo de las pasiones y de los arranques emocionales impredecibles, la alteridad cultural es descrita con sus luces y sus sombras, en relatos que pueden parecer hechos por un etnólogo o directamente por un cronista policial como es el caso en el que un árabe asesinó a un ruso que le robó una gallina.

El analista político

Tal cual describimos al inicio de nuestro texto, el contexto cultural y emocional de formulación de las Aguafuertes se caracterizó por la radicalidad de las ideologías y por los enfrentamientos entre naciones y pueblos en un mundo que atravesaba la primera guerra para ir hacia una segunda aún más brutal y temeraria con sus modernas armas de destrucción.

Influido por Nietzsche y el anarquismo Arlt captó el estado emocional e ideológico de un mundo que evolucionaba hacia el fascismo, al comunismo y a otros regímenes autoritarios. Analista fino y nihilista convencido, en sus textos relató con naturalidad la existencia de grupos de ultra izquierda que cometían atentados terroristas y también de derecha como la Liga Patriótica.

Con el humor y con la ironía que lo caracterizó, se preguntó si para fabricar bombas para atentados políticos era necesario ser especialista o simplemente aficionado. En su análisis sobre el terrorismo, meditó acerca de la simpleza de dicho pensamiento y perfil ideológico que *“concibe todo a través del explosivo... y un buen día... para arreglar la sociedad*

y corregir sus defectos...y proporcionarle trabajo a periodistas, médicos y polisones”.

Hizo una descripción de “*Cremonessi, el anarquista sentimental*”, a quien la justicia le atribuía erróneamente un atentado. Arlt argumentó que no era culpable y que claramente no era anarquista ya que estaba enamorado de una joven con la que se iba a casar, siendo el matrimonio una institución burguesa. Además, Cremonessi leía al reformista socialista Anatole France y difícilmente iba a llegar al extremo de querer resolver el problema social con un explosivo.

Las Aguafuertes reflejan el profundo descreimiento con la política y más aún con la dirigencia. Mencionó que el país no tenía “*aristocracia*” entendida como “*prolongación secular de una familia heroica*”, sino que meramente “*lo que existe en nuestro país es gente de plata*” que no sirve para nada útil al país y que es admirada por familias “*medio pelo*” que quieren reproducir ese estatus pasando hambre para comprar los muebles de la sala de ingreso a su casa.

Se terminó la “*lata en el Congreso*” escribió Arlt, como producto de la moción de un diputado socialista independiente que propuso que se terminaran los discursos parlamentarios. Allí reflexionó, si los diputados ya no hablan “*¿De qué modo nos alegraremos, si la felicidad consistía en el espectáculo que nos daban los diputados con su analfabetismo democrático?*”.

La tecnología

El siglo XX vio nacer una nueva tecnología cuyos usos posibles y derivaciones eran difíciles de prever. Por un lado, la ciencia adquirió en Arlt rasgos mesiánicos ofreciendo potenciales soluciones a problemas universales y la eventualidad de una salvación individual económica.

Además, la otra posible utilización de la tecnología era la de la destrucción y la de la muerte aplicada en las guerras y en las luchas políticas. En las Aguafuertes construye un diálogo ficcional con los anarquistas, quienes él consideraba deberían evolucionar de la construcción de la bomba casera, a la formación de una Academia de Explosivos. Los conspiradores sociales tenían que utilizar las innovaciones bélicas de los gases venenosos y la electricidad aplicada.

Los personajes de Arlt desarrollan argumentos científicos y a la vez desopilantes y ridículos planteos, justifican sus objetivos moralmente por una causa y también reflejan el siniestro estado emocional belicista de su tiempo. Como pocos, Arlt mostró todas esas contradicciones y

alertó el peligro potencial al que se enfrentaba el hombre con la nueva tecnología de la destrucción y la muerte.

Sin más que decir y sin quitarle más tiempo, lo invito lector a disfrutar las Aguafuertes de Roberto Arlt. Tengo el convencimiento de que este verdadero prócer de la cultura argentina, lo va a conmover en lo más profundo de su alma, de su razón y de su sentimiento.

Podrá reír a carcajadas o directamente preocuparse seriamente sobre el destino de nuestro querido país y de la humanidad en su conjunto. Lo que no podrá ocurrir nunca con un libro de Arlt, es serle indiferente.

Aritz Recalde



CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

En este tercer volumen de la colección *Aguafuertes completas y otros escritos* de Roberto Arlt, se incluyen las notas publicadas por el autor en el diario *El Mundo* entre el 22 de octubre y el 31 de diciembre de 1928.

En cuanto a la denominación de la columna, en este período se puede observar la oscilación entre los nombres *Aguafuertes porteñas* y *Aguasfuertes porteñas*.

Por error de imprenta, la aguafuerte del 22 de noviembre fue publicada con el título “El conventillo en nuestra literatura”, que corresponde a la del día anterior. Para subsanar dicho error, se escogió el título “La familia crosta”, que se desprende del propio contenido de la misma.

Se presume que la mayoría de las ilustraciones corresponden al artista Luis Bello, aunque algunas de ellas no llevan su firma. Las ilustraciones del 13 de diciembre Arlt se las atribuye a la colaboración de un lector.

Asimismo, se ha respetado estrictamente la escritura de Arlt, incorporándose leves correcciones de ortografía, acentuación y puntuación que no alteran en modo alguno el sentido asignado por el autor.



EL MUNDO

DIARIO ILUSTRADO DE LA MAÑANA

Lunes 22 de octubre de 1928 — Lunes 31 de diciembre de 1928

AGUAFUERTES COMPLETAS Y OTROS ESCRITOS



Sr. Roberto Arlt

TOMO III

¿QUÉ SE HAN HECHO LOS ORGANITOS?

Me acuerdo que antes de la Gran Guerra el arrabal era recorrido por esos organitos que fabricaban Rinaldi Hnos. y que González Tuñón ha descrito tan sentidamente en sus páginas de vagabundo sentimental.

Los organitos

Unas veces era a la hora de la siesta, cuando el calor hacía centellar los adoquines y los carros, parados en los boliches de las esquinas, permitían que el cadenero se comiera las ramas de las acacias blancas.

¡Qué distantes están esos tiempos! Pocas calles de Flores estaban, entonces, adoquinadas y el órgano, arrastrado por un matungo esquelético, ponía en la paz del barrio una conmoción de purretes,

que tomando del cinto a un socio malandrín firuleteaban en la vereda, arrancándole un visaje de desprecio a las ancianas “yugadoras” y chismosas.

El organito ponía en conmoción al barrio. Era como un llamado al descanso de las labores; una incitación al olvido de la costura, del bordado, de esos tantos trabajos con que se ganaban la vida las fabriqueras a domicilio en el arrabal.

Los chicos hacían rueda en torno del órgano, del órgano fatalmente pintado de verde claro, con un escaparate que era una sala minúscula forrada de gasa de fiambra contra las moscas y que permitía ver parejas de damas y caballeros con levita que bailaban sostenidos de un eje frenético que los hacía girar eternamente.



mientras las planchadoras se asomaban a las puertas y las costureras con un chaleco a medio terminar entre los dedos, salían a la calle a escuchar “La loca de Bequeló”, el vals “Sobre las olas”, el tango “El choclo” o “Cuidado con los cincuenta”, “Tirale manteca al gringo”, “Echale tiza al taco”, “El Caburé” y otros de infinitos y altisonantes nombres que hacían contorsionarse a los vagos estacionados en la esquina, mientras las viejas miraban de reojo a los haraganes que por veinte centavos tenían música por una hora, mientras las costureras y las planchadoras relojeaban su programa

Un perdulario, con cara de pocos amigos, y más roña que limpieza, le daba vueltas al manubrio, siempre a la misma velocidad, como si accionara un molinillo de café. Y así fuera mazurca, vals o tango, el ritmo era siempre el mismo. Los borrachos mientras tanto, dejaban el mostrador del despacho, las vecinas entablaban conversación; se examinaba descaradamente el vestido de cualquier muchacha que pasaba; hacían críticas acerbas, comentarios terribles aderezados con las espantosas informaciones del “Picaflor Porteño” que anónimos canillitas voceaban a las nueve de la noche,

mientras la luna llena, amarilla y enorme, subía al este por encima de los alambrados de púas y los cercos de cina-cina.

Alma del arrabal

El organito fue el alma auténtica del arrabal. El fonógrafo era en esa época, un instrumento aristocrático; no cualquiera lo tenía y entonces la única fiesta musical era aquella que traía a cuestras, en su caja verde, el caballejo esqueleto que arreaba un perdulario metido a capitalista y asociado a un estropeado.

No recuerdo si en esa época se perseguía o no la mendicidad, supongo que no, porque en compañía del órgano iban miserables inverosímiles, sujetos con las patas trenzadas, idiotas absurdos, hidrocéfalos cargados en un carrito aparte; individuos sin piernas y piloteando un carrito con ruedas de patín; mancos que debían serlo de "grupo"; lisiados con caras peligrosas, en fin, un gremio que se avenía perfectamente con el compadraje que tomaba baños de sol en la esquina e iniciaba un corte cuando el órgano emprendía con "El Choclo" o "La Morocha".

Otras veces se aparecían durante el crepúsculo. Las flores de glicina llenaban los patios del arrabal de un perfume penetrante y campero; los "tanos" salían para las quintas a traer orégano y cebolla, porque entonces todos los terrenos libres estaban cultivados; pandillas de mocosos jugaban ferozmente en las esquinas, y de pronto el son del organito avanzaba tristemente por la calle, al final de la cual había un sol rojo y un penacho verde, y el ciego, o el cojo, o el sano, avanzaban despacio con el carrito musiqueril, mientras que el tango iba dejando un relente de salvajismo en todas las almas.

Pocos eran los que daban limosna en moneda, entonces se estilaban mucho los cobres, y como la vida era barata, los tíos filarmónicos ambulantes la iban tirando.

Los menos capitalistas sabían traer un órgano a cuesta de sus lomos y arriba del órgano, en una jaulita, un loro sabio y macaneador que adivinaba la suerte mediante cinco centavos. Se le daban los cinco centavos al vago; el vago tocaba una pieza, luego le decía al bicharraco de marras:

—Lorito, sacá la suerte.

El lorito se inclinaba y de una cajita que tenía a los pies, sacaba un rollito de papel que traía escrita la suerte de la damnificada.

Música, adivinación, mezcla de tonterías, de vagancia, de sentimentalismo, en su caja de verde esperanza el organillero traía encerrada el alma del arrabal.

Dónde fueron a parar

¿Dónde fueron a parar los organilleros, los órganos, los cojos, los desarrapados? ¿Dónde fue a parar toda esa maquinaria que en los distintos barrios se ganaba la vida tarde tras tarde?

Después de la guerra quedaron dos o tres órganos de los grandotes. Luego desaparecieron para mil novecientos veintidós.

Muchas veces me he preguntado, ¿a dónde habrán ido a parar esos cachivaches y los hombres que los explotaban? ¿En qué corral, o en qué rincón obscuro estarán enmoheciéndose los órganos que hicieron aparecer en nuestra ciudad el alma de la misma? Alma compuesta de elementos de malevo, de bravura, de sueño, de indolencia, alma que apunta como una promesa recia y que un viejo que nadie recuerda, un gran novelista injustamente olvidado, Sicardi, veía apuntar desde la caja verde esperanza del organito de Rinaldi Hnos.

Pasaron. La radio, la gomina, ¿quedarán acaso? ¿A qué llorar por lo que se ha ido? La vida es así. Algún día se irá también, en un órgano grande y negro, Triunvirato arriba...



VIGILANTES Y LADRONES

Creo que no hay cuadro más típicamente porteño que el que ofrece la persecución del ratero por la policía, con el ineficaz y divertido auxilio de los particulares.

Muchas veces, al asistir a uno de estos espectáculos feroces, porque están colmados de una ferocidad ancestral o prehistórica, he tenido la impresión de que en el hombre moderno subsiste el troglodita cavernario que emprendía la caza de los monstruos que asolaban la creación, no porque éstos fueran sus enemigos, sino porque era un deporte jovial y monstruoso.

Como en el juego infantil “vigilantes y ladrones”: exactamente lo mismo.

Seguí hasta la otra cuadra y allí vi un montón de gente haciendo rueda en torno de un zanahoria que al bajar del ómnibus dejó caer su cartera que prestisimamente levantó un bergante que echó a correr, y al cual perseguían ahora tres vigilantes, ensordeciendo el barrio con sus pitadas de auxilio, como si allí se hubiera apuñalado una brigada de camorristas.

Un grupo de señoras que iban con cestas a la feria franca, se hacían cruces de la audacia del malandrín, mientras que un cuerpo de pilletes descalzos, seguidos de sus perros y de los hermanitos con las narices sucias y de los alaridos



La cacería

Hoy, al llegar a la esquina donde tomo mi ómnibus, he sentido el frenético correr de un caballo. Me detuve y, de pronto, el penco fue frenado por un oficial de policía que me examinó el semblante con mirada que pretendía ser inquisitiva. Las miradas inquisidoras de los honrados polizontes. Me dió risa. Con aspecto alegre me quedé contemplando el hombre y la jaca. Aquel tuvo la certeza de que, a pesar de mi aspecto perdulario, yo no era ningún ladrón, y de un latigazo hizo respingar la “noble bruta” y salió disparando, como si la seguridad de nuestra sociedad dependiera de su carrera de loco en busca de un inocente ratero.

de las madres, emprendían la carrera tras los caballos de los vigilantes, que en un perímetro de cinco manzanas cuadradas trataban de acorrallar al “furbo” que se había alzado con la cartera del zanahoria ya mencionado. La cartera de marras, al juzgar por la cara que tenía el damnificado, no contendría más de diez pesos moneda nacional. Y era grasa que colaba si hubiera más.

Lo curioso era esto:

Que entre esos montones de chicos había gavillas que horas antes se habían descrismado al jugar al vigilante y ladrón, porque todos querían ser ladrones y ninguno vigilante. Y en cuanto

la realidad les arrojó la oportunidad, se dieron vuelta, como cualquier político oportunista y logrero.

El deporte feroz

Recuerdo que cuando Llacoy fue detenido en Río Negro, un inglés que se había sumado al grupo de perseguidores le horadó el sombrero de un tiro al ladrón, y eso que éste no ofrecía resistencia alguna. Y muchos particulares se sumaron a esa persecución, todos armados hasta los dientes, porque — vuelvo a insistir— creo que el deporte más feroz que puede desear el alma del hombre es, precisamente, la persecución al hombre.

Lo he observado muchas veces. Sobre todo en la persecución de los rateros de feria, de esos atorrantitos que, de pronto, le arrancan la cartera de entre las manos a una menestrala que no llevaba sino un peso y quince centavos.

Trágica y formidable persecución. De pronto, la verdulera pega un grito sobrehumano, diez parlanchines le hacen eco. Los carniceros, con sus filosas cuchillas, miran en torno como si buscaran a quien degollar, y de pronto, entre los grupos de curiosos, se ve deslizarse un desarrapado que pone los pies en adoquines no en “polvorosa”, como diría un clásico.

Una gritería espantosa se levanta de entre toda la canalla. Una de esas griterías que espantan los pájaros que cruzan el cielo de la mañana sobre la feria de mil colores. Los hueveros imprecán al cielo como si los hubieran despojado de sus bienes. Los verduleros, con el mango de sus látigos a la funerala, miran con instintos homicidas a los transeúntes diciendo ciento y una perrerías de este país donde los rateros merodean por las ferias y se alzan con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Una racha de furor atraviesa el corazón de todos los mercaderes que piensan con hermosas pa-

labras en el desastre de si le hubieran vaciado el cajón.

En tanto el ratero corre; ve que lo van a trincar; suelta la cartera para desarmar a sus perseguidores. Pero una parte se precipita sobre la presa, mientras que los otros, enceguecidos, sudados bajo el sol, la boca seca, las manos crispadas, corren y corren pensando que es una lástima no poder descargar el revólver sobre el fugitivo, porque entonces la fiesta sería completa.

Los transeúntes, a lo lejos, tratan de interponerse al paso del fugitivo. Éste estira el brazo como si esgrimiera un revólver y la gente se aparta temerosa. De pronto, de una mala puerta, un cepillo o una escoba tirada a los pies del ladrón se enreda a sus piernas, el hombre da un salto en el aire y cae, y sobre él los perseguidores.

Final

Todo el mundo descarga puñetazos y patadas en el cuerpo del ladrón. Llegan los vigilantes: bajan del caballo. A manera de prólogo añaden unos sopapos a la cara del preso, y luego, con esa satisfacción del cazador que ha hecho un tiro difícil, le colocan las cadenas, retorciendo la manilla de tal manera que de pronto los eslabones se hundan en las muñecas del preso, haciéndolo respingar como bajo una mordedura.

Un coro de vagos, ladrones también de ocasión, chicos, curiosos, testigos y aburridos, sigue al cortejo salvaje por las calles hasta la comisaría.

El ladrón, en medio de sus cazadores, no dice una palabra. Camina, sabe que en la comisaría le espera otra lluvia de palos y patadas. El sol da en su cara roja y amoratada, y los chicos, hartos al final de caminar, se desbandan y se desbandan para jugar “Vigilantes y ladrones”. Y todos se pelean entre sí, porque nadie quiere ser el vigilante, sino el ladrón.



LA EMPLEADA QUE HACE GUARDIA EL DOMINGO

La empleada de correo que está de guardia el domingo, aún siendo la misma mujer durante los días hábiles, es psicológicamente distinta al día que le toca guardia; es decir, el domingo. Durante esas ocho horas la mujercita nerviosa y displicente de toda la semana se convierte en una muchacha melancólica, que tras de los barrotes de bronce de la taquilla mira pasar con tristeza la vida; la vida que llamaría de fiesta y que le está negada hasta el próximo domingo.

Oficinas de correos

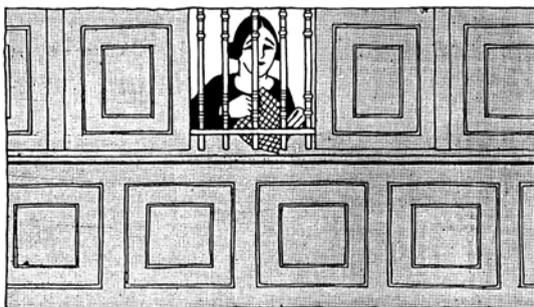
Cuando tengo que echar una carta al correo, al menos yo, la llevo previamente una semana en el bolsillo. Luego, un anochecer de domingo, me acuerdo que esa carta está esperando salida; que esa carta es indispensable que sea franqueada cuanto antes. Siempre que he ido a comprar un sello para una carta demorada entre los papeles de mi saco,

ticamente con la mejilla apoyada en la palma de la mano.

Algún día creo que escribiré un artículo sesudo sobre la posible relación que existe entre las cartas atrasadas y el día domingo, el menos adecuado para efectuar esa clase de diligencias que durante una semana nos están atormentando blandamente y de las que nos libramos en el domingo, como si desde la polvorienta oficina con olor a creolina, nos estuviera llamando el genio despier-to de la correspondencia atrasada.

Porque no hay día más triste para una sucursal de correos que ese día domingo; el domingo abominable con los salones semivacíos, pues sólo pasa un ordenanza de pelo blanco y catadura aburrida, que arrastra una escoba por el lodo de aserrín que dibuja inexplicables penínsulas en el suelo.

Desde adentro sólo se oye el monótono tic, tac-tac, tic, del punto y raya



reparé que fue en día domingo, como si el domingo fuera el día de la correspondencia atrasada; como si el domingo hiciera renacer de pronto en nosotros la conciencia de que ese trabajo antipático de ir a echar una carta, tiene que ser indefectiblemente realizado en ese día de fiesta, cuando la muchacha que está tras la rejilla de bronce se aburre paté-

con que el telegrafista se comunica con un socio tan desilusionado de la vida como él. El mapa de los ferrocarriles de la República Argentina parece más amarillo y antiguo desde el muro donde envejece, y la muchachita de guardia tras de la rejilla de bronce, la muchachita que los días de semana despacha malhumorada y cansada los cientos de

sellos que le piden, hoy tiene un aire de fatiga sentimental, y ya no parece la misma, sino una mocita que está de penitencia por no haberse portado bien, y que mira con melancolía infantil a las mujeres que pasan por la acera.

Tristeza de la guardia

Sí, me he fijado bien. La muchacha que está de guardia el domingo, se siente más humanizada con los clientes de la carta atrasada. Cuando se le pide un sello os mira largamente como si le agradara entablar un diálogo en el cual le dijeran que es linda y de consiguiente apetecible, a pesar de su dental negro y de sus dedos manchados de tinta y de ese infame olor a creolina que la impregna de una atmósfera de enfermera veterinaria.

La muchacha abre su cajón con lentitud, desgarrá la estampilla con pereza, os mira y pregunta:

—¿Nada más que una?

—Nada más, señorita.

La empleada de guardia cierra con melancolía el cajón. Recoge los diez centavos, hurga con lentitud en busca de los cinco centavos del vuelto, y os lo alcanza con fatiga. Observa pensativamente cómo echáis la carta al buzón, y os mira salir con desgano, pensando casi inciertamente en ese desconocido que se va, pues tiene que distraer su aburrimiento en algo, en algo que le haga más livianas las largas horas de la guardia en ese largo domingo que empezó a ser triste desde el momento en que el sol doraba lo verde de los árboles y subía lentamente por las fachadas dejando en la calle esa claridad que diafaniza todos los semblantes y que hace más profundas las miradas de las muchachas que van del brazo de un hombre.

La mocita de guardia, si no tiene un novio, o es ya una candidata a solterona, mira con pena a la gente que pasa.

En esas horas de decaimiento se le representa toda su vida oficinesca; la estupidez de pasarse la existencia vendiendo cuadraditos de papel y aguantándole la neurastenia al jefe; en esas horas en que la voluntad está allí retenida por el deber, la claridad de la tarde es más sabrosa; las lejanías arboladas se ven en la imaginación más lindas y suscitadoras de placeres, y la muchacha que se gana la vida piensa, con cierta angustia, que sería más agradable recorrer las veredas sombreadas por las acacias del brazo de un buen mozo dispuesto a ser su marido.

Se pasa el domingo

Y a medida que las horas adelantan y se va espesando el crepúsculo hasta convertirse en noche, y la multitud es más compacta en las calles iluminadas de cien colores de avisos, la muchacha de guardia, la empleada que está harta del olor a creolina y del relente a papel engomado que vomita la oficina y del tic, tic, tic del punto y raya del telegrafista de guardia, la mocita, apoyada la mejilla en la palma de la mano, piensa tristemente en los días que se van, en las cosas que le están negadas, en las fiestas que nunca gustará ampliamente, en los años que amontonan una perspectiva de jubilación gris y desolada. Y mientras que un pensamiento se va anudando a otro, la mocita burocrática siente que una protesta le sube desde el corazón, y que ese domingo de guardia, creado para los vagos que dejan estar una carta una semana en los bolsillos, es una injusticia; una injusticia que la priva a ella, trabajadora pálida, de un día de fiesta que no está negado a nadie. Y el domingo es más triste aun con la perspectiva de seis días más, aguantándole la prisa al público que se apelonan en las ventanillas, protestando si se demora, como si ella tuviera, como Briareo, cien manos y cien ojos.

EL HOMBRE QUE QUIERE QUE LE LEVANTEN LA VIGILANCIA

Gustavo González, cronista de policía, suele darme magníficos datos para escribir estos artículos. Él conoce el gremio malandrinesco como si su tierna infancia se hubiera deslizado en él. Sabe de triquiñuelas más que un pesquisa veterano. Bueno; este Gustavo González me ha dicho hoy:

—¿Por qué no escribes sobre el hombre que pide que le levanten la vigilancia?

—¿Querrás decir del ladrón?...

—Para mí es lo mismo. Los ladrones son gente honrada que no tienen nada más que ese defecto. Yo te voy a dar los datos. Escríbete un artículo.

Y con los datos que el cauteloso Gustavo González me ha proporcionado, he pergeñado este artículo. Ya lo he dicho. Este tío conoce todas las triquiñuelas del oficio. Y, además, no es zonzo. Lo lamentable es que él no se dedique a escribir, pues lo haría muy bien. Pero Gustavo González se tira a muerto. Para él la mejor vida es la del Buda, aunque él no sabe quien fue ni lo que hizo el Buda Gotama.

Levantamiento de vigilancia

Hasta los ladrones se aburren de ser ladrones —me decía González.— Después que a un tío le han encajado veinte, treinta o cincuenta portaciones de armas, portaciones de armas que se aplican para sacarlos de la vía donde pueden hacer alguna barrabasada. Hay perdularios que se cansan de pasarse los diez meses del año bajo rejas y, sobre todo, si se casan, muchos resuelven dejar la "vida", hacerse gente honesta, y entonces se dirigen a Barneda pidiéndole que les levante la vigilancia.

Ahora bien; por levantamiento de vigilancia, se entiende la libertad de poder circular por las calles sin que a ese ladrón ningún agente de investigaciones que lo conozca, lo detenga.

Los trámites para el levantamiento de la vigilancia son sencillos: justificar qué medios de vida tiene el infrascrito, dónde trabaja, qué sueldo gana, etc., etc.



Oficios raros

Sin embargo, hay ladrones que quieren robar impunemente, y solicitan levantamiento de vigilancia, y para ello acusan los oficios más raros y divertidos, oficios que uno no supondría siquiera que existieran, y que son, por ejemplo, el de pelador de gallinas.

¿Qué es el pelador de gallinas?

Pues, el pelador de gallinas es el hombre que en un mercado trabaja para dos o tres puesteros vendedores de gallinas. Una vez que los “nápoli” le torcieron el cogote al ave, el pelador se encarga de desplumarla. Este es el oficio que invocan muchos ladrones, oficio cómodo, sin dolores de cabeza, poco horario, largas siestas, carrito a disposición para alzar un hurto y amistades en el ambiente.

Otro de los oficios frecuentemente invocados por los vagos con “manyamiento” reiterado, es el de compradores de metales viejos. Para dedicarse a ese trabajo es bien sabido que lo más indispensable es un carrito donde transportar la mercadería que se compra, y la policía siente una enorme desconfianza por el L. C. que tiene estas tendencias al trabajo con medio de locomoción, pues su experiencia le dice que el ladrón con o sin vigilancia levantada, es más peligroso en carro o en camión que a pie, pues en un carro se pueden transportar cosas que no han sido compradas sino adquiridas mediante esos medios que el Código califica de hurtos o robos.

El peligroso sentimentalismo

Lo más curioso es que la policía detiene inmediatamente a un ladrón con vigilancia levantada, si lo encuentra en compañía de otro ladrón a quien también se le ha levantado la vigilancia.

La razón de este procedimiento, en apariencia absurdo, es lógica, sin embargo. Los ladrones son unos sentimentales aunque tengan la vigilancia levantada. Solos pueden resultar gente de provecho, pero en cuanto se reúnen dos, se enferma la perra.

Ante todo, comienzan por festejar el acontecimiento con unos copetines en cualquier boliche. Después de los primeros copetines, vienen los segundos, más tarde, los terceros, y al final, sólo el almacenero lleva la cuenta.

Después que los nenes ingurgitaron una razonable cantidad de caña paraguaya, comienzan, como es lógico, a evocar sus buenos tiempos del “escruche” y del “descuido”, y esto les emociona tanto que vuelven a pedir caña, y en seguida comienzan como los héroes de la Iliada y de los Nibelungos a jactarse de sus hazañas y a proceder por el pedagógico método de la comparación razonada.

Los métodos pedagógicos dan mucho resultado aplicados a los problemas escolares, pero en cuanto dos señores ladrones ensayan la crítica de sus respectivas hazañas, insisto, se enferma la perra.

Para evitar estas peligrosas recaídas, todo ladrón a quien se le levanta la vigilancia está advertido: no puede transitar por las calles con un cofrade que se quiere regenerar como él.

—¿Y da resultado el levantamiento de vigilancia?

—Pocas veces. El ladrón no se puede olvidar de esa alegría que suscita un trabajo bien hecho, y de allí que, aunque la vigilancia está levantada, le ataca esa nostalgia de la “furca” que un día estalla en él arrastrándolo a un asalto con lesiones, atentado a la autoridad, etc., etc., y los correspondientes detalles en las noticias policiales.



EL PARLANCHÍN DE LA CONFITERÍA

Un lector que me escribe, sin firmar su carta, me pregunta, después de unas frases amables dedicadas a mis artículos, por qué motivo no escribo uno sobre “el parlanchín de la confitería”, el hombre que da la lata desde el mostrador a un montón de gente que no conoce, pavoneándose en público de las pavadas que cree que los otros le festejan.

Agradecido al lector que me sugiere el tema, y lamentando no conocer su nombre para inmortalizarlo como ciudadano grave y observador, le voy a hacer el gusto.

El hombre del mostrador

Yo ya había observado una vez a este sujeto; pero así, de paso, como quien no clasifica. Pero lo había observado, y de tal modo, que me he fijado en lo siguiente:

El parlanchín de confitería no existe en el centro; es un producto netamente parroquial, quiero decir, de confitería de parroquia. De esas confiterías viejas, decentes, donde va el comisario, el presidente del comité o de la sociedad de fomento, las familias caracterizadas a

tomar el vermouth, los niños que se dicen bien, los cadetes del colegio militar el domingo, en fin, la cremita del barrio.

A la noche, el café de la cremita, es concurrido por viejos aburridos, oficiales que van a tomar un chop, mocitos que se florean en un billar, capitanes retirados que están afiliados a la Liga Patriótica, en fin, gente conservadora, amiga del orden, de la paz y de una jubilación.

Esta gente pacífica toma su café, pero como no tiene nada que decir, porque jamás se le ocurre nada, se miran los unos a los otros a la cara y bostezan con resignación hasta que llega el parlanchín.

El parlanchín es amigo del dueño del café, del encargado, de los mozos, del peón de limpieza, de los perros ¡y hasta del aserrín!

Es aquel hombre a quien ustedes pueden ver que abre la vitrina de las masas y que se come una, o que levanta la campana de cristal que cubre los sandwiches, y se manda a bodega dos, todo eso con tranquilidad, sin que ni el mozo le cobre ni el dueño le diga palabra.



El latero

El parroquiano sentado suele ser o un viejo de nariz granujienta o un señor cinchado, de pocas palabras, pero amigo de que lo conversen.

El latero lo ha visto hace rato, pero, de pronto, como si se acordara de ese caballero, exclama:

—¡Hola! ¿Cómo le va don Benjamín?

Ese “hola” le daría envidia a un chullo o a un torero o a un aficionado al “cante jondo”.

Don Benjamín levanta la cabeza con resignación; sonríe mostrando la boca desdentada u orificada, y dice:

—¿Cómo anda esa vida?

Si cuenta, es algo relacionado con la caza y la pesca. De que fueron con N y con X a tal sitio, que pescaron unos bagres secos, que le contaron tal cosa o de que a N le pasó tal otra. Mezcla chistes manidos en la conversación, y don Benjamín mueve la cabeza, mientras que el patrón se regodea dirigiendo rápidas miradas a diestra y siniestra como conviene al orden económico de la casa.

Sino, opina. Cuando opina es fatalmente de cosas relacionadas con política. Con lo que piensa el nuevo presidente. Qué es lo que va a hacer dentro de tres meses y cinco días el presidente. De las confidencias que le hace a un amigo suyo el nuevo presidente. De lo que debería hacer el presidente para que las cosas le fueran bien.

El hombre habla con desparpajo y tranquilidad. Sabe que nadie le va a llevar la contra y desbarra a gusto.

Lanza rayos y excomulga. Es fatalmente contra Lencinas y Cantoni. Dan ganas de decirle al sujeto que vaya a San Juan a macanear de esa forma. Dice que a los Cantoni hay que cortarles la cabeza, como diría, si viviese en San Juan, que hay que fusilarlo al “Peludo”, con la misma inconsciencia. Don

Benjamín, el cogote torcido, los dientes apoyados en el puño del bastón, escucha imperturbable. El caso es que lo conversen. De que, no importa.

Los escolares que firuletean en el billar con evidente peligro de la integridad del paño, escuchan a intervalos al charlatán que les merece confianza por su vozarrón y las barbaridades que dice. Ellos creen que eso es “instruirse en política”. Y mientras cavilan la próxima carambola, se dicen que no hay como los lugares públicos para despabilarse y aprender economía política.

Se va el charlatán

Después de haber desbarrado a gusto, el charlatán agota su copa de bebida que lo aguarda en el mostrador, deja unas monedas en la baranda, saluda al concurso y se va, se va haciendo juegos malabares con el bastón y dirigiendo una mirada de superioridad a los mocosos que se compadorean unos centavos en el billar.

Don Benjamín queda más melancólico y granudo. Un alacrán insinúa el ensayo de Kant sobre las barbaridades que pronunció el ahora ausente. El patrón revisa una lista de números; a la gente se le alarga otra vez la nariz. No se le ocurre nada que decir. Cierto es que el latero es aburrido como él solo, pero más aburrido es aún estar en silencio y sin saber en qué pensar.

Y, por fin, uno dice, refiriéndose al charlatán:

—¡Qué don Pedro, ése! Siempre tan animado y latoso.

Y es que el latero de círculo, el hombre que charla “pour la galerie” es un orador fracasado, un político anulado, un maestro en ruinas, y un hombre cuyo exceso de vida que lo anima, tiene que volcarlo en un chaparrón de palabras que le permitirán, más tarde, dormir tranquilo.



APOLOGÍA DEL PESCADOR DE CAÑA

Pineda Yañes, literato inédito, me dijo esta mañana:

—El “fiacún” a la enésima potencia, es el pescador de caña, inofensivo hasta para los mismos peces.

La frase de Pineda Yañes me emocionó. Pineda es gordito y por su descubrimiento le di un cordial abrazo. Luego le dije:

—¡Oh, magnánimo Pineda! Por tu descubrimiento que iguala en importancia al de la aparición de Los Derechos del Hombre, te inmortalizaré, y todos los hombres futuros sabrán que en el año de gracia de 1928, le sugeriste a este tu buen amigo un tema que sirvió para escribir un artículo, y de ese modo ganarse su habitual plato de lentejas.

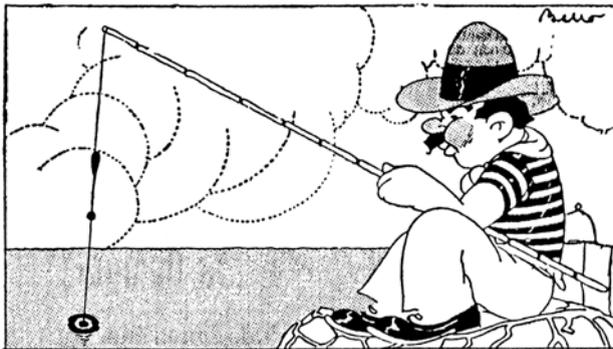
El pescador de caña

Yo no sé, en verdad, cómo se me había escapado el pescador de caña. Y eso que he leído más de cinco cuentos sobre el pescador de caña, escritos por Guy de Maupassant, el auténtico rey del cuento moderno, futuro y pasado.

Mientras Ray pescaba, la Poey meditaba combinaciones trascendentales. ¿No es esto acaso argumento para un cuento de otro futuro Guy de Maupassant? Ray pesca y la Poey medita. Casi estaría tentado de escribir una nota sobre eso, sobre la pesca de un hombre y la meditación de una mujer; pero mi director, hombre austero y amigo de cosas claras, me la mandaría al canasto y entonces opto por el inocente deporte, por el deporte del pescador de caña, inofensivo hasta para los mismos peces, según mi genial amigo Pineda Yañes.

“Fiacún a la enésima potencia”. Enésima, según el lenguaje matemático, es la máxima potencia a que puede ser elevado un número. Más allá existe el vacío, la nada, y la mentalidad del hombre que escribió “Tu cuna fue un conventillo”.

Bueno, el pescador de caña es este “fiacún” de virtudes matemáticas absolutas. Más allá de él, sólo puede encontrarse el Nirvana, la fiaca búdica, el “douce far niente” mahometano, y el sueño semestral de los esquimales.



Porque Guy de Maupassant tenía tanta afición al pescador de caña, como el ex concejal asesinado misteriosamente. Me refiero a Ray, el cual fue presidente del Centro de Pescadores aficionados.

El pescador de caña es un hombre sentimental, bucólico, aficionado a las aventuras que requieren un reposo total; el pescador de caña es un monstruo que no se concibe en nuestros días de radio-

telegramas a Marte y de cruzadas de océano en zepelín.

La ilusión de hacer algo

Digamos para satisfacción personal del Club de Pescadores aficionados, que los dichos pescadores no perjudican a nadie. Hecha esta aclaración, que salva el honor del benemérito cuerpo de aficionados a la “fiaca”, proseguiré con entusiasmo en mi levantado propósito de macanear un rato. Mas diciendo verdades, ¡eh!...

El deporte de pescar con caña no cuenta con aficionadas en nuestro país. Los austeros aficionados han eliminado este elemento que podría ser peligroso para los peces y la contemplación “fiacosa” de la naturaleza.

Se han quedado solos.

Suelen ser gordos y flacos. Más gordos que flacos, según las estadísticas. Saben levantarse a las cuatro de la mañana, toman unos mates, recogen un tarrito lleno de porquerías que ellos llaman cebo para trincar los peces, y engrupidos con el cebo, el tarrito y la caña, se echan un viajecito hasta el muelle de pescadores, si viven por el centro, y si es en las afueras, van para el lado de San Fernando y el Tigre, y si por el Sud, para el lado del Riachuelo.

Todos llevan una cesta de voluminosas proporciones, que contiene la vitualla, el tarrito de inmundicias y varias botellas de vino o cerveza. Holgadamente vestidos se dirigen al menester más “misho” que yo conozco.

En el camino se reúnen con algún amigo munido hasta los dientes de los mismos artefactos que ellos conducen; y en silencio, se dirigen al río.

Una vez allá, con esa sabiduría de los seres predestinados a reformar la humanidad, los ya mentados se dirigen a los lugares secretos donde ellos “saben” que abunda la pesca. El por qué “saben” que allí abunda la pesca, es un misterio más cerrado que el de la Santísima Trinidad.

Es inútil querer hacerse el San Agustín con estos “fiacas”. Guardan el secreto. Cómo han dado con él yo no lo sé; pero el caso es verídico. El más zaparrastroso pescador de caña “conoce” un lugar que es una ganga, como el más bárbaro jugador conoce una martingala que no falla nunca. Martingala y “hoya” son dos manías que les ayudan a soportar la vida.

La contemplación infinita

Una vez allí, lanzado el anzuelo a las aguas, la caña inmóvil entre las manos, el corcho flotando y oscilando a merced de las ondulaciones del agua, los “fiacas” entran en una especie de “trance” espiritista. Se produce lo que los orientales llaman el “yoga”; y la sensación del tiempo y del espacio desaparece para ellos, quedando el mundo como reducido a una esfera de ámbar con un río caudaloso que pasa a sus pies. Y el resto, desaparece, se esfuma en una visión vaga e indefinida. Demás está agregar que los peces se rien a mandíbula batiente, quiero decir a agallas batientes, de las esperas de los aficionados. Ellos no se dan por vencidos, y en una competencia de quien se aburre primero, el pez, ronda al anzuelo y el pescador chupa su toscano, mientras que el sol le va calentando paulatinamente las espaldas.

Y pez y pescador permanecen a la expectativa. A veces el pescador da un tironcito a la caña, a su vez el pez contesta con un coletazo en el corcho y ni uno ni otro se quieren convencer de que es mejor irse a dormir o dejarse freír.

Y así llega la noche.

Entonces el pescador desenvuelve de un paquete clandestino media docena de bagres que le ha comprado a algún vago de los alrededores, los coloca en la cesta, y con ademán enfático, se aparta de la orilla, con la caña a cuestas y la satisfacción de un hombre que no ha perdido el día.

Y pez y pescador quedan contentos.



LA MUCHACHA EN EL BALCÓN SOLITARIO

Cada vez que paso por esas solitarias calles arboladas, y en lo obscuro de un balcón veo una muchacha arregladita, pero apoyada en el barandal como si esperara algo que no llega, me acuerdo de esos poemas en prosa de Cansinos Assens, donde el autor agotó la melancolía de las muchachas que sienten que los días se les escapan de entre los dedos sin dejarles un amor.

Como si esperaran

Sí, es en esas calles largas Membri-llar, Avellaneda, Caracas, Yerbal... calles de poco tráfico, con plátanos en las veredas; plátanos tan tupidos de verde que la redondez de los arcos voltaicos se distingue a través del follaje como si fueran lunas más cercanas.

De los jardines brota un relente de madreSelva; un piano suena a lo lejos; alguna que otra pareja camina lenta y estrechamente unida, y la muchacha del balcón solitario mira la perspectiva con una tristeza escondida en el fondo de los ojos. Cruzada de brazos sobre el barandal, bonita y preocupada la muchacha en flor, mira la calle y aspira, como con temor, el perfume suave y lento de los paraísos florecidos.

A veces espera algo; pero en la que espera se nota un ardimiento de mirada y

una tranquilidad que derivaría de algo ya obtenido.

En cambio, hay en la que no espera ese reposo de agua estancada, una curiosidad casi sufriente que dirige los ojos a todos los transeúntes que pasan, y que deja posar un instante la mirada sobre los buenos mozos que transitan.

Esa mirada seria, va analizando brevemente a los paseantes; parece que la mocita se dijera:

—Este es un torpe; aquel debe ser cariñoso; el que me miró recién es un estúpido; con aquel sí que me entendería; ¡qué bonito sería ser querida por éste!; ¿qué le sucede a aquel?

La muchacha en flor va revisando el alma de todos los hombres que pasan.

Desde lo alto del balcón piensa que hay otra vida, que esa otra vida es fundamentalmente distinta a la que soporta; y piensa cuándo llegará esa otra vida, y si esa otra vida será, como en las novelas y las cintas cinematográficas, tan apetecible y perfecta.

La tarde va cayendo.

El sueño lento

La muchacha del balcón solitario está soñando lentamente. Las ideas se deshacen entre sus cavilaciones como lentos hilos de agua. Cierto es que está



muy bien en su casa; pero desde adentro se aburre, siente la nostalgia de esa libertad que disfrutaban algunas mocitas que pasan del brazo de sus amantes conversando despacio, y que la hacen decirse, si la pareja pasa más de dos veces por el mismo lugar:

—Esos deben ser felices. Parecen quererse.

Y la muchacha solitaria reposa toda su vida en esas palabras: ¡parecen quererse!

Rápidamente, analizando la situación en que se encuentran los dos paseantes, ha calculado por el vestido de ella, y las maneras de él, qué “tipos” sociales serán, y si de este pronto análisis se ha desprendido una conclusión que la satisfice, la muchacha del balcón solitario, a la cuarta vez que los enamorados pasan por allí, los mira con naciente simpatía; siente que ella podría ser amiga de la pareja, que podría infiltrar sabios consejos, y algo nuevo, vivo y lindo de sentir se remueve en ella como un llamado a otra vida más profunda e intensa.

Lentamente va obscureciendo en torno. Pasan los empleados, las empleadas. Ella, refugiada en la semiobscuridad del balcón, mira los semblantes; escudriña los gestos, hace inconscientemente un aprendizaje de psicología, y su silencio va rebalsando las reflexiones.

Y el paseante que observa a estas muchachas, se dice: ¿por qué no saldrán a pasear? Y es que frecuentemente estas mocitas pertenecen a esas familias sin amistades; familias que viven enquistadas en su soledad como el caracol en su caparazón, y que se encuentran muy bien en esa atmósfera de acuario y de aburrimiento.

Ellas piensan en todo eso. Saben que el problema no tiene remedio, que así como algunas tienen la felicidad de pasarse las horas en círculos de amigas, ellas están condenadas a ese aislamiento que no

tiene otra razón de ser que la apatía familiar. Resignadas se encogen de hombros en la soledad del balcón.

Vidas perdidas

Y uno comprueba que este fenómeno de aislamiento no es exclusivo de provincias, donde la vida es por completo absurda, pues se tiene un sentido de la sociabilidad completamente falseado, sino que éste también prima en muchas familias de esta capital donde las muchachas son víctimas de una moral que ya no es moral, sino mojigatería. ¿Qué hacen? ¿Qué piensan? ¿De qué modo se entretienen estas sacrificadas? No se llega uno a explicar estas anomalías.

Aisladas, reducidas al balcón del crepúsculo; hurañas a veces, melancólicas otras, estas muchachas en flor dan pena por lo lindas y curiosidad por lo recatadas, con ese recatamiento conventual, saturado de curiosidades que no se satisfacen, de anhelos que no se cumplen, de proyectos que no se realizan.

Balcón de las calles solitarias, con una muchacha pensativa en un ángulo.

Cuántas veces al pasar y sentir que la mirada caía sobre mí, examinándome de pies a cabeza, al tiempo que yo observaba la expresión de ese semblante, me he acordado de esas vidas téticas, dulcemente téticas que ha descrito Cansinos Assens, y de las flores que maduran en fruto, y luego se van cumpliendo lentamente, sin que les quede de haber vivido otra cosa que esa belleza transitoria y crepuscular de haber sido la bonita muchacha de un momento en el solitario balcón del anochecer; balcón que estaba un poco distante para las pretensiones de los empleados, demasiado lejano para los obreros, y que no interesaba a los “fifis”, que en la muchacha melancólica veían un casamiento obligatorio.

Vidas perdidas, nada más...

EL PARÁSITO DE LOS PERIÓDICOS

Según el poeta atorrante, Nicolás Olivari, en las primeras horas de la madrugada, cuando todos los periodistas han abandonado la redacción y quedan en los sótanos las rotativas completamente abandonadas, de entre los tachos de tinta y los restos de papel, misteriosamente se desprende, como un homúnculo de la retorta de un alquimista, el parásito de los periódicos, el hombre que crece a la sombra de los periodistas, explotándolos concienzudamente.

Así yo conozco a un parásito a quien todos los del gremio llamamos Perhombre.

Perhombre es un tío flaco, alto, granudo, cara de aburrido, defachatez ilimitada, suciedad razonable.

Perhombre como problema

A Perhombre lo trajo un día un amigo al periódico, uno de esos amigos que le hacen a uno esos malditos favores.

Perhombre sonrió amistosamente a todo el gremio, y luego, en silencio, con su larga cara granuda, se sentó en un rincón.

Al cuarto de hora pedía tímidamente un cigarrillo.

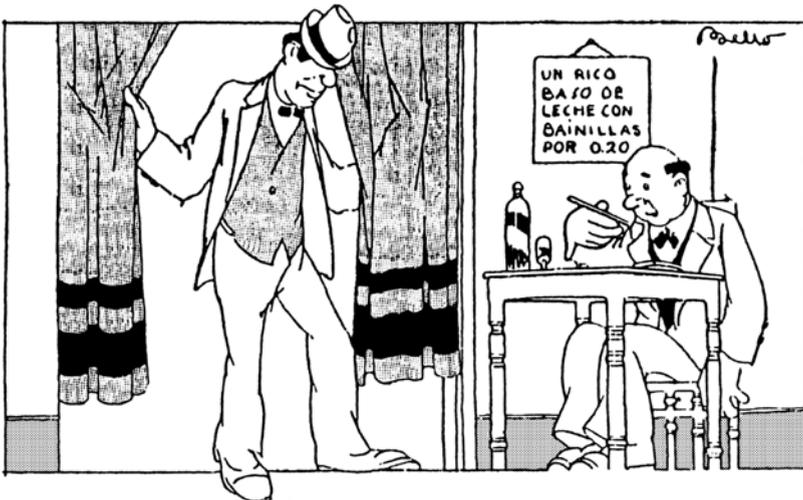
¿Quién no le da un cigarrillo a un tío mugriento, cuyos puños de camisa están orlados de la grasa de todas las mesas de los cafés de la ciudad donde “cantó la Tosca”?

Se le dio un cigarrillo.

A la media hora pedía veinte centavos para un completo, “sin manteca”, añadió, tímidamente. Y se le dieron los veinte centavos.

Salió entonces y regresó una hora después inflado como un Zepelín. Creíamos que iba a reventar, y Ganduglia, poeta ferrocarrilero, estuvo tentado de avisar a la Asistencia Pública, temeroso de que Perhombre estallara. En vista de ese fenómeno de nutrición, no se le regalaron más cigarrillos durante esa mañana. Y, además, se le aconsejó que no almorzara, porque si lo hacía, su preciosa salud, importante para la marcha de la “nave del estado”, se iba a pique.

Sonriendo como un lebrato, Perhombre consintió.



Entonces Perhombre puso en conocimiento de todos los periodistas un anhelo que conturbaba su tierna alma. Él también quería ser periodista, y González Tuñón, el de “La rueda del molino mal pintada”, le entregó a Perhombre una guía de teléfono, diciéndole que se la copiara toda. Una vez terminada la copia, Perhombre sería “el periodista perfecto y ecuánime”. Esta frase pertenece a Pondal Ríos, autor de la “Balada para el Nieto de Moly”.

Perhombre el inevitable

Desde esa mañana fatal, Perhombre vino todos los días a la redacción.

Se trató de echarlo de mil modos distintos; se le advirtió al portero que no lo dejara entrar; se le ató una cadena; le tiraron con bultos de papel. Inútilmente. Granudo y espectral, Perhombre se aparecía por todas partes.

Un día se quedó a dormir encima de un fardo de papeles. Se le dejó. Otro día se infiltró en una reunión de periodistas que acudía a un banquete monstruo y después de algunas frases joviales, Perhombre quedó incorporado al grupo, con la expresa condición de que no se robaría los platos ni las cucharitas en el banquete. Perhombre, contrariando sus sanos principios, aceptó estas cruentas imposiciones. Y no se fue más.

A la hora de almorzar se aparecía en el restaurante. Uno iba a la lechería, y de pronto la cortina se corría. ¡Allí estaba Perhombre! Ocurrió un crimen en Trenque Lauquen, uno de esos crímenes humorísticos con treinta y siete puñaladas y diez fugitivos, cuya captura los comisarios de campaña festejan con un asado con cuero, y en el momento de destaparse las botellas de cerveza en Trenque Lauquen, se apareció Perhombre, siempre grave, con la cara larga, el cuello sucio y de enfático talante.

Sentóse en la rueda sin decir oste ni moste y el comisario de Trenque Lau-

quen, que era hombre acostumbrado a comilonas, se quedó asombrado frente al poder de absorción de Perhombre, que asoló medio novillo con seriedad, y diezmó más del cuarto de un capón.

Perhombre en la actualidad

Cierta mañana un diputado por Calamuchita, o por Villa María, llegó boleado al diario. Perhombre que ya dije es un furbo con cara de otario, vio al candidato, se le acercó y con dignidad amable le preguntó qué ocurría. El diputado por el Diablo, le explicó a Perhombre que le habían metido un brulote por equivocación, y que quería repararan esa falla. El espectral y granudo Perhombre escuchó al diputado, le pidió su dirección, y luego bajó al taller, compuso un suelto diciendo que el diputado por Calamuchita era un hombre más virtuoso que Epaminondas, y más sabio que Séneca, y la “mula” pasó. Perhombre se convirtió en el guía del diputado en esta capital, y durante una semana no se separó de él ni a sol ni a sombra. Todo el mundo extrañó la ausencia de Perhombre. Unos creyeron que había muerto, y hasta se iniciaron los trámites para festejar tal defunción con un banquete, cuando, una mañana, se apareció Perhombre rollizo, enfundado en un traje del diputado por Calamuchita, el cual, de agradecimiento, lo hizo nombrar subparásito oficial en una repartición del Estado.

Actualmente el nefando Perhombre gana quinientos pesos mensuales. Y continúa siendo siempre el mismo pelafustán de talante enfático y granudo. Pero él me ha confiado su secreto. Un día, en que yo le reprochaba su gravedad estólida, me dijo:

—Vos te reís; pero con este aspecto funerario voy a llegar a ministro.

Y yo no lo dudo. Perhombre será un día ministro, mientras que nosotros seremos siempre unos famélicos periodistas.



DIVAGACIONES ACERCA DEL EMPLEADO

Me interesa sobre todas las cosas el gremio de empleados y, sobre todo, en estos días de espantosa calor, porque un dulce recuerdo viene siempre a mi memoria, y es que nunca me han aguantado en una empresa comercial más de una semana.

No sé por qué, pero la constancia que yo ponía en encontrar empleo, esa misma constancia, tenían luego los patronos en echarme a la calle.

De modo que conozco a medias la crueldad de los espantosos días de calor y la inefable delicia de estarse en un cuarto a oscuras, bebiendo agua con limón mientras el sol raja la tierra y las casas y todos los empleados de la ciudad piensan que mejor se estaría viviendo en el polo... o no trabajando.

Un empleado singular

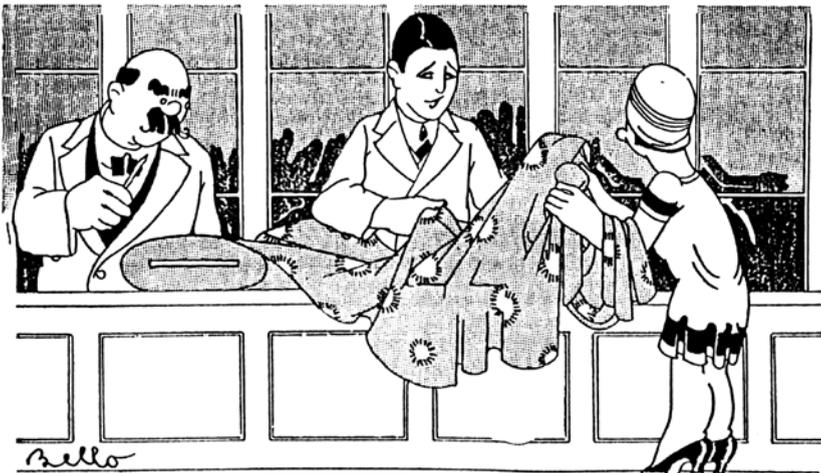
Recuerdo que entre los empleados que conocí en una casa de cereales, había un truhán alto y flaco, que en las horas de más calor, a las tres de la tarde, mientras que todos sudaban sobre los libros de contabilidad, éste decía:

—A estas horas, en las sierras de Córdoba, todo el mundo va a bañarse al río. —O si no: —La conveniencia de estar empleado consiste en que cuando se deja de trabajar se aprende definitivamente que es preferible hacer cualquier cosa a trabajar doce horas.

Ese era un tío disolvente y poco deseable en una sociedad bien constituida. Faltaba frecuentemente, y cuando arrojó el calor, de modo que ya no era posible sino trabajar envueltos en una sábana, como lo hacían los romanos en todas las épocas del año, un día el fulano, a quien le mandaron a cobrar un cheque de cinco mil setecientos pesos, desapareció y no se supo más de él. Envió una carta a la gerencia diciendo que se iría con los cinco mil pesos para las islas de Sumatra donde compraría una hamaca malaya y tendría varias negras que con un plumero se encargarían de ahuyentar los mosquitos de su escuálida figura.

Los empleados de tienda

Pero fuera de toda duda, los únicos dignos de que se les recuerde como



mártires auténticos de la cinta de hileira y de la puntilla valenciana, son los mancebos tenderos.

Para ser empleado de tienda hay que tener condiciones de santo laico. No hay vuelta. De otro modo no se explica que un joven bien parecido, robusto, de pelo rizado, de labios rojos y fisonómicamente bien parecido, desprecie estas condiciones donjuanescas y se dedique durante todos los días del año a desenfundar sedas ante los curiosos ojos de las señoritas que nada tienen que hacer.

Recuerdo que una vez, entré a una tienda en compañía de una amiga. El mancebo tendero, bajó tal cantidad de fardos, que yo me avergoncé y le dije:

—Vea, amigo; no se moleste tanto. Con unas muestras está bien.

¿Saben ustedes lo que me contestó el hombre? Es para quedarse frío:

—Mire, señor... si no le enseñamos al cliente muchas, pero muchas telas, el patrón nos echa a la calle. De modo que mire y pida sin recelo no más. Me hace un gran favor.

Estuve tentado de ir a pedirle explicaciones al patrón.

Santos de verdad

A medida que uno examina las condiciones de vida que rodean los distintos gremios proletarios, se llega a esta conclusión:

El trabajador que más cómodamente vive, con menos horario, más independencia, mayor respeto de parte de los que le rodean y tranquilidad en lo que atañe a su futuro, es el obrero, ya sea mecánico, carpintero; es decir, el artesano en general.

Un obrero tiene del patrón un concepto social e industrial completamente serio. Si el patrón no le conviene, lo larga y se busca otro; porque el patrón no es un patrón para él, sino el intermedio entre el capital y el jornal. Para

un empleado el patrón es una figura más gigantesca y temible. El patrón del empleado es el dios de horca y cuchillo, que puede suprimirle el plato de lentejas en cualquier circunstancia. En ciertas casas el culto del patrón tiene las características de un rito sagrado. Se habla del patrón en voz baja; cuando el patrón entra a los escritorios, las máquinas de escribir rechinan, como rechinaba el grano bajo las muelas de piedra en los molinos de Amílcar Barca, cuando éste se dejó ver a sus esclavos. Algunos no le conocían.

Y es que para reemplazar a un empleado hay cientos y cientos más preparados que él; en cambio un oficial mecánico es tan oficial como otro, y en un mismo trabajo la producción será análoga.

De ahí que esta gente que se pasa ocho o diez horas en una oficina donde se trabaja de verdad, me parezca que tienen condiciones de santos de verdad. Pensar que afuera hay campos, que hay montañas con "chalets" y jardines, que hay ríos donde es una gloria pegarse un baño, y cerrar los ojos ante todo eso por cuatro pesos al día, sobrellevar cuello duro y afeitarse todas las mañanas... aguantar todo eso...

Estoy seguro que San Francisco de Asís, que llamaba al pasto hermano pasto y al agua hermana agua, no hubiera resistido veinticuatro horas empleado en una tienda ni en una ferretería. Y ahora que recuerdo, el padre de San Francisco era tendero. Lo que el joven Francisquito debió haber visto en la tienda, yo no me lo imagino, pero eso sí lo sé: un día Francisco largó al diablo todas las vestiduras de ciudadano florentino, y se fue a vagabundear, pues la tienda no lo convencía...

Y ahora se me ocurre, si fuera posible hacer la vida de un ermitaño en nuestros días... pero quede esto para la nota de mañana.



POR QUÉ NO SE VENDE EL LIBRO ARGENTINO

En la sección "Nos parece mal" del número correspondiente al 25 de octubre de la revista "Criterio" puede leerse:

"Nos parece mal que Roberto Arlt, en sus aguasfuertes de EL MUNDO, no pueda con el genio y se desayune con varios literatos cada mañana. La vez pasada nos hizo creer que las 'correspondencias' desde Roma, de Manuel Gálvez, eran malísimas. Ahora bien, Gálvez no ha escrito nunca desde Roma".

Lo curioso es que yo tampoco he dicho que Gálvez escribiera desde Roma, al menos no lo he dicho en ningún artículo de EL MUNDO. Lo que no dije en EL MUNDO, y que lo voy a decir ahora, es que la admiración rimbombante de Gálvez hacia el Partenón y otros cachivaches griegos, aburrió a mucha gente. Y es que eso sonaba a falso y a bombo. Parecía decir lo siguiente: "¡Vean qué artista soy yo, que me lleno de emoción ante el Partenón!".

Yo y los literatos

El comentario de "Criterio", aunque completamente injusto, no me molesta; pero sí me obliga a hacer estas reflexiones:

Yo no me desayuno con varios literatos todas las mañanas, porque en este país no hay literatos. A lo más se puede contar media docena de prosistas discretos y de poetas legibles, y el resto no vale nada.

De una parte están los viejos periodistas, que creo todavía leen a Campoamor, y de otra una turba de muchachos que macanean a gusto en las revistas literarias.

Esta es la desagradable verdad.

Aquí no se piensa bien de nadie, pero se opina regularmente de todos.

No hay crítica, no hay espíritu nacional de literatura, no hay un fin social o artístico determinado, no hay nada.

Se escribe por escribir; unos para darse bombos mutuos: los ricos; otros para ganarse un premio municipal: los pobres.

La gente no tiene nada que decir, o si tiene algo, salvo esa media docena de prosistas, no lo sabe escribir.

Se escribe por escribir, esa es la verdad. Prima una inconsciencia tan enorme que yo recuerdo haberme asombrado de haber leído en "Caras y Caretas" un poema de Félix de Amador, magníficamente ilustrado, y pocas páginas más allá, en la sección bibliográfica, una crítica sobre el libro de Amador, de donde había sido sacado ese poema, que, por lo negativa, no debió causarle al señor Amador gracia alguna.

En todas partes ocurre lo mismo. Y todos se irritan si no los tratan de genios.

La prisa por publicar

Estos días, en vísperas de clausurarse la admisión de libros al concurso literario municipal salió una carretada de volúmenes. Todos los años ocurre lo mismo. Recopilación de cuentos, recopilación de poemas, recopilación de cualquier cosa. Lo único que falta es que los cronistas policiales recopilen todas las historias de crímenes que han escrito durante un año y las publiquen en un volumen, que de juro, interesaría más al público que las lucubraciones de estos escritores que no son ni fríos ni calientes.

Estos libros tienen, término medio, 20.000 palabras, una hermosa carátula, letra grande y cuestan dos pesos.

Los libros extranjeros tienen de 40 a 60.000 palabras y cuestan de sesenta a ochenta centavos. Y, además, están bien escritos.

Como se ve, la diferencia es notable, en lo que atañe al bolsillo del lector. Naturalmente que las obras de sesenta y

ochenta centavos a que me refiero son libros maestros, es decir, de los mejores novelistas europeos.

Los libros que cuestan aquí dos pesos, y que se leen en un cuarto de hora, no interesan a nadie. No se ha secado la tinta con que han sido impresos cuando los autores os dicen, en tono de disculpa:

—Vea, lo publiqué apurado para presentarme al concurso, ¿sabe? Estoy recomendado por Z y X a los concejales Fuláñez y Mengáñez.

No hay autor que no haya publicado así su libro, libro apurado, ¡y así salen éstos! Luego, si les dan un premio, se enojan; si no los aplauden, se enojan, y se enojan porque no les dieron el primero. En fin, el que la paga es el público, que está harto de comprar por dos pesos ochenta páginas de puro margen y algunos renglones de letra grande con una magnífica carátula.

El negocio de los editores

Aquí los únicos que hacen su negocio son los editores. Todos están perfectamente acomodados con la Comisión de Bibliotecas, compuesta por un montón de señores que entienden de todo menos de literatura.

El editor suele imprimir quinientos ejemplares, que le cuestan ciento ochenta pesos, y vende, por lo general, a la Comisión de Bibliotecas, 200 ejemplares a un peso y cincuenta centavos, lo que hacen 300 pesos, es decir, que sobre el trabajo de impresión gana 120 pesos, y le queda una edición de 300 ejemplares que no le cuesta nada. Estos trescientos ejemplares los va colocando despacio, y como nada le cuestan, poco le interesa que se vendan o no, ya que la Comisión de Bibliotecas le ha salvado todos los gastos.

De ahí que se lancen al mercado esas magníficas colecciones de envases de papel que tienen una carátula admirable y letras de un centímetro de alto. ¡Parada, parada y parada! Nada más. Se engaña al público como en todo género de actividad nacional. Y, claro, el público ha hecho la cuenta, aunque de un modo inconsciente:

Entre pagar dos pesos por 15.000 palabras de un mal autor nacional y desembolsar sesenta centavos por 80.000 palabras de un gran escritor, esto es preferible. Como se ve, la diferencia no es poca. ¿Cómo se va a vender, entonces, eso que algunos llaman libros nacionales?



COLONIAS DE DESOCUPADOS

Numerosos desocupados, que van perdiendo la esperanza de ubicarse en el presupuesto, se han dirigido estos días a mí preguntándome qué es lo que pueden hacer, con tal de que no sean trabajos pesados y que requieran el uso de las cuatro extremidades.

En vista de esa confianza que tal gremio me dispensa, y por una afinidad que no es electiva, como diría el amigo Goethe, sino colectiva, yo les expondré a los lectores vagos y consultores de EL MUNDO, mis particularísimos puntos de vista. Son o no dueños de seguirlos:

Superioridad del Brasil

Según me han confesado excelentes e íntimos fiacunes, en el Brasil no se trabaja durante el verano. La gente se alimenta de bananas, ensalada de cocos, sandías y granadas. Esto hace que el brasileño sea un sujeto vegetariano que, según el tudesco doctor Khune, es lo más sano que hay en la tierra, y a dicha ventaja de ser vegetarianos, añaden la de no hacer nada, lo cual viene a ser como agregarle plata al dinero o miel sobre hojuelas.

Estas virtudes nacionales hacen que yo ame al Brasil, que lo admire, y que lo reconozca como el país ideal del "squenun" y la Jauja del que se tira a muerto.

Otro amigo, que en cambio ha visitado el Paraguay, me ha dado este dato formidable, y que se lo paso a todos los anteriormente nombrados, vagos de alma y de condición:

En el Paraguay con doscientos pesos moneda nacional se compra una provincia. Con quinientos pesos se adquiere la Casa de Gobierno, y con mil casi todo el territorio.

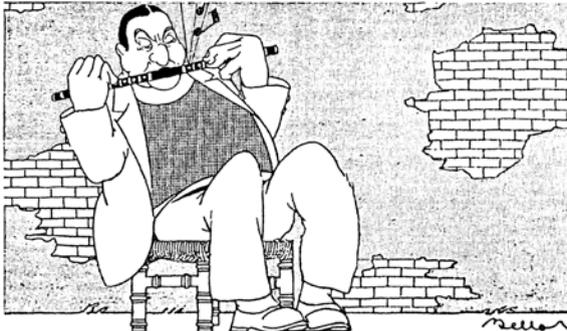
¡Y después hay gente que se queja! Al pensarlo no puedo menos de reconocer que somos los tios de menos iniciativa que habitan este fecundo suelo americano donde la actividad es un berretín británico o norteamericano.

Bueno, con estos datos de economía geográfica que le doy a mis lectores, éstos ya en principio, pueden saber para donde deben rumbear.

Y ahora mis consejos van a los que no tienen ni cinco centavos partidos por la mitad.

Colonia de vacaciones para desocupados

Confieso que no he leído a Juan Jacobo Rousseau, pero tengo entendido que este Juan Jacobo era un vago solemne, uno de esos atorrantes que hacen época, que inventan un lindo berretín que la época o el siglo asimila como si se lo dieran gratis.



Este Juan Jacobo, vago matriculado y sin grupo, suizo de Ginebra, por más señas, inventó el ideal bucólico. El ideal bucólico es la vida en el campo; levantarse temprano, tomar un vaso de leche ordeñada al pie de la vaca, ir al jardín y tomarle el olor a las flores, recostarse después en una hamaca y contemplar el cielo hasta que viene la noche. Si uno se aburre toca la flauta, y si tocándola sigue aburrido, se dedica a estudiar astronomía, que es una ciencia destinada exclusivamente para vagos remachados. Las macanas de Juan Jacobo tuvieron tal éxito, que según tengo entendido no había mocita de su época que no estudiara botánica; y aunque uno fuera un otario completo, si sabía un poco de astronomía y había leído a un tal Fontenelle (un desocupado que escribió astronomía para las damas), sacaba unos programas que lo hacían tiritar a Cristo.

Ahora bien; lo que le aconsejo a los desocupados porteños, es que hagan lo mismo. Que vayan al campo, no muy lejos de la ciudad, a diez minutos de tren, a media hora lo máximo, y que instalen colonias.

Cómo tienen que ser las colonias

Vino a este país un truhán que se llamaba “El Aguilucho del Monte”. “El Aguilucho” pretendía levantar una brigada de turros para ir a defenderlo a Sandino. Después desapareció con la plata de los giles. Ahora lo que hace falta es que aparezca en este hermoso suelo porteño un “Aguilucho de la Vagancia”. A vía de precaución no se le entregarán ni cinco centavos, pero se le encomendará la trabajosa tarea de organizar campos de reposo a la orilla de uno de los canales del Tigre, que me parece la zona más adecuada para dedicarse concienzudamente al “dulce far niente”.

Este campo de reposo de los desocupados, tiene que estar forzosamente a

la orilla del agua, porque ello facilita la pesca con el minimum de esfuerzo. Además, los socios no tendrán que desgastar mucha energía para lavarse la cara. Una carpa, varios mosquiteros, una lancha para salir a filosofar por los canales, y algunas escopetas del tiempo de los carlistas, pueden completar el equipo de la colonia vaganciosa.

Con una vaca, robada a cualquier vecino confiado y generoso y unas cuantas lechuzas que tumben por día, el problema del almuerzo y de la cena está resuelto.

El problema del traje lo resuelven al modo griego o romano, envolviéndose en una sábana. El sistema troglodítico o cavernoso sólo se recomienda en los días de excesivo calor.

Distracciones

La experiencia me ha enseñado que no hay vago que no tenga los siguientes berretines:

Se cree autor teatral o con facultades para actor cinematográfico o para las tablas. Si no le da por ese lado, es poeta, inventor, filósofo o sociólogo. De más está decir que en una colonia donde nadie haga sino el minimum de trabajo, tiene que sobrar el tiempo para todas estas especulaciones distractivas.

El aficionado al teatro hará dramas truculentos, con siete muertos y dos casamientos: el poeta cantará odas al autor de este artículo inspirador, y el inventor confeccionará máquinas fantásticas para cazar peces y pájaros sin mover un dedo.

Y no crean que esto es macaneo. Más o menos, en sus líneas gruesas, realiza el ideal de ese insigne vago que se llamó Juan Jacobo Rousseau, y que en Francia tiene estatuas por todos los rincones. Lo que entre nosotros falta es uno que haga punta. Los demás se agregarán solos, como abrojos al vellón.

LA FILOSOFÍA DEL HOMBRE QUE RIEGA LA HUERTA

Ya llegó la época del empleado hortelano, horticultor o botánico; del empleado que desde las cuatro de la tarde comienza, en la oficina, a controlar la marcha del reloj para salir disparando a las seis en punto hacia su casa, donde sabe que le espera un jardín sediento de agua.

Este es el tormento de numerosos empleados de la ciudad. A falta de un ideal mejor, de una suerte más propicia, estos filántropos de la lustrina y del Debe y el Haber, se entregan en la caritativa obra de regar un jardín, o unas macetas, o unas latas de conserva en las que agonizan unos tristes geranios o unos románticos heliotropos.

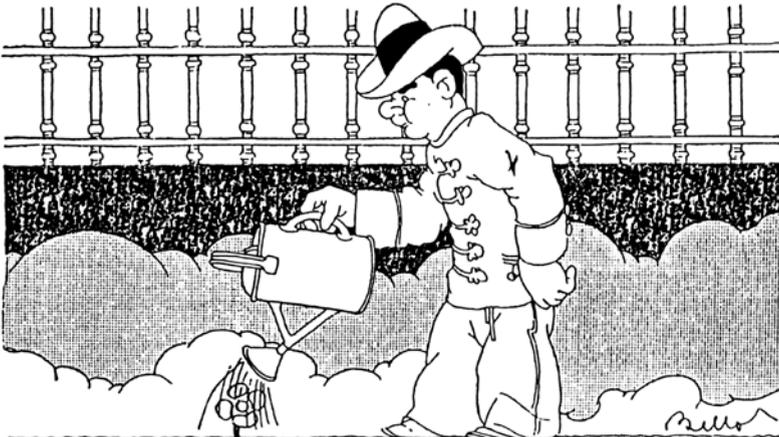
El placer de regar

Creo haber dicho ya en otra oportunidad que yo nunca trabajo más de tres horas efectivas al día y cinco nominales, englobando, como es natural, las tres. Por eso todas las tardes leo cincuenta páginas de un autor que suele ser Baroja o Dickens; luego duermo una concienzuda siesta que dura hasta las cinco de la tarde, y a esa hora me despierto dando un gran salto en la cama y diciendo:

—Todavía están trabajando los empleados nacionales que entraron a las doce a su oficina; tres horas de trabajo brutal tienen todavía los dependientes de todos los comercios. Y después de esta consoladora reflexión, que me hace ver que el destino no me ha dado la peor parte sobre este planeta, donde hay que yugarla, tomo mates amables que contribuyen a endulzarme la existencia.

Luego, en mangas de camiseta y alpargatas, salgo al jardín a echarle un vistazo a los cardos y a un durazno que tiene la manía todas las estaciones de convertir sus hojas en unos bonetes artríticos, mientras que las hormigas se encargan del resto.

Pero nunca se me había ocurrido regar el jardín, hasta que un día de estos, viendo la tierra rajada, las plantitas gibosas de sed, y el durazno hecho una calamidad, contrariando mis principios gandistas de no resistencia al mal, resolví darle un baño al jardín, y después de revolver un rato encontré una manguera picada por todas partes, con un aparato de bronce en la punta que era más el agua que no regulaba que la



que dejaba salir de acuerdo a las leyes hidráulicas y jardinerescas, para las que había sido construido.

Y me puse a regar.

Dulcemente el agua se infiltraba en la tierra. Yo, para los modestos vegetales, me había convertido en una especie de Dios-Lluvia, y toda la tierra parecía animarse en una negrura vital, sabrosa, profunda.

El empleado regador

He comprendido el placer que experimentan esos empleados a que anteriormente aludía. No hay satisfacción más profunda que largar al diablo el cuello, la corbata y el maldito traje de “men-sualidades”, enfundarse en un pijama regadera, y holgadamente, como un buen burgués, dirigirse al jardín acarreado la inevitable y barrosa manguera.

La operación de colocar la manguera es un lío porque, por lo general, la rosca de la canilla o del enchufe está falseada y hay que cerrar los escapes de agua con una venda que suele ser un calcetín deteriorado.

Cumplido con este ritual, el hombre afloja con lentitud el agua, pues no quiere regar el jardín de prisa, sino con lentitud; esa lentitud que comunica a los sentidos un placer atorbellinado y dulce como el del agua que rueda por las brillantes hojas de los naranjos y queda suspendida del vello en las hojas de los geranios.

Cae la noche. El cuerpo del hombre, fatigado del trajín cotidiano parece que al tiempo que se va empapando la tierra de fresca, él también absorbe la humedad; y esa operación sencilla reviste un aspecto trascendental. Hay un instante en que el hombre, agua, vegetales y tierra están como amalgamados por un espíritu común y en ese momento aparece en la frente del hombre una raya de melancolía.

El que riega la vereda

Hay tantos modos de regar, como temperamentos.

Los maliciosos hacen saltar unas crispas de agua en las pantorrillas de las mocitas agradables al ojo; los optimistas ensayan un chorro violento que llega hasta la mitad de la calle y llenan la calzada de un olor a lluvia que rápidamente desaparece; los agriados de la vida la emprenden con los rincones de las puertas y los zócalos de las persianas; los caritativos le dan agua al árbol municipal; los higiénicos lavan la vereda; los fantasiosos hacen arabescos en el muro de la casa de al lado; los solterones riegan a los chicos que se acercan y se alejan en un divertidísimo juego de escaparle al gato; los agresivos le salpican agua al calzado del transeúnte y ponen cara de perro si le echan unas maldiciones; los indecisos, en una distracción, se riegan a sí mismos; los pulcros y amigos del orden, riegan las veredas hasta donde alcanza el chorro comentando con el vecino, según la hora que sea, las variabilidades de la presión acuática; los burgueses, por principio de economía, que les ha conducido a ser propietarios, permanecen en la vereda con la manguera en la mano, pero sin arrojar agua; los dilapidadores, en cambio, dejan el chorro abierto hasta que la acera parece que se va a convertir en un estanque, y si los regadores son mozos y hay una doncella en el jardín lindero, se cambian chorros de agua como podrían cambiarse pañuelos, y los “¡huy!” y los “¡ay!” gorgorean que es un contento, mientras que el agua corre... y corre. Luego, caída la noche, todos los jardines de los barrios de Belgrano, Flores, Vélez Sársfield, Caballito, huelen a tierra primitiva; entre la hojarasca lucen diamantes movedizos y el alma de los hombres se riza de una transitoria bondad nueva.

MÚSICA Y POESÍAS POPULARES

El tango como expresión popular

Es cierto, escuchando la música y la letra de un tango, se aprecia esta diferencia: por lo general el tango es triste, lamentoso, lleno de angustia popular. Y la letra es estúpida, grosera; a veces canalla, y canalla sin objeto, porque la música rechaza ese embrutecimiento del coplero, que a falta de algo más lindo y más sentido y más sincero, ha puesto todo lo atorrante que había en lo que creyó ver en la música.

El tango, musicalmente, es lo más sincero que ha producido la inspiración popular argentina.

El vals, la mazurca, el foxtrot, si bien es cierto que son bailables, como música resultan merengue o crujido de poleas, pero de "poleas locas".

En cambio el tango aúlla grandioso; se queja con desgarramiento macho; trepida su alegría con una violencia estupenda.

Es el alma de nuestra gente de ciudad. De la gente que trabaja, sufre, que no trabaja también, o que sabe lo que es la cárcel, la enfermedad, el hospital. Es todo eso lanzando nerviosamente su pena al aire.



Y la letra, en cambio, en el noventa por ciento de los casos, se da de patadas con la música. Es tonta, mentirosa, falsa, contradictoria como observaba Barletta refiriéndose a la letra del tango "Langosta", donde anotaba cada disparate que era cosa de fusilarlo al autor por mal "escribidor".



El romanticismo ridículo

Hay que leer "Alma que Canta" o cualquiera de esas revistas destinadas a la difusión de la letra de los tangos. Prima un romanticismo de almacén, y todo va tan falseado, que lo ridículo de estas composiciones sólo puede satisfacer el alma de fabriqueras analfabetas y de vagos idem, idem.

Y si todavía ese romanticismo estuviera cargado de un poco de belleza, vaya y pase. Pero allí todo está cargado de grosería, de cosas tan inmediatas y repulsivas a veces que son de imposible reproducción.

Y lo que ocurre es esto: que los compositores de letras son unos burros. Esa es la verdad. En cambio cuando interviene un artista, la cuestión cambia de inmediato:

Así recuerdo el comienzo de una estrofa del tango "Campana de Plata", que

escribió el autor teatral Samuel Linnig. Linnig ha fallecido, pero el poema que ha dejado es digno de la pluma de Quevedo.

*La furca y un grito,
y el barrio que duerme
y sangra en tu daga
la luz de un farol
después tu silbido,
maleva canyengue
campana de plata
del taita ladrón,
campana de plata
del taita ladrón.*

En cambio, puede pedirse algo más tonto, más absurdo que esto:

*Arrésteme, sargento,
y póngame cadenas*

¿Cuál es el delincuente que va a decirle semejantes palabras a un mulato que viene a engrillarlo? Es tan absurdo, que en cuanto uno oye cantar este esperpento se pone reír, diciéndose:

—El autor de esa letra está loco o nunca lo han metido preso, pues sino no habría puesto estas palabras en boca del criminal:

*No mire, sargento,
y tome este paco
acomódese, que rajo
ya nunca me verán*

Esta pavada hubiera sido preferible a aquella. Al menos más lógica, más humana, más verdadera.

Yo no me explico cómo algunos poetas de auténtico valor, no dedican su atención a este tópico de educación popular indirecta.

De allí que me haya encantado la letra de “Margarita punzó”, de la que es autor Silva Valdez, el interesante poeta uruguayo.

¿Qué sería de la deliciosa música compuesta por Mattos Rodríguez, sin esa letra tan fina, como la música y al par sencilla y conmovedora?

Música popular extranjera

Salvo excepciones donde la letra acompaña en nobleza la musicalidad del tango, nuestra composición popular es repulsiva y estúpida. Tiene como leiv-motiv la grosería, cuando la grosería sólo puede admitirse transitoriamente y como elemento de contraste en un estilo, por ejemplo el paisaje castizo, el diálogo verista. Ejemplo de ello, Valle Inclán.

¡Qué diferencia, en cambio, con la letra popular de las músicas extranjeras! Me refiero a las italianas o españolas.

En los cantos populares españoles se encuentra tal caudal de poesía, que uno, a veces, se lamenta de no conocer esos poetas ignorados que han creado un trozo de belleza que sobrevivirá a la literatura cambiante de los años; literatura hecha de acuerdo a una moda y siempre amañada, aunque inconscientemente.

Así, esta popular copla andaluza que Nalé Roxlo glosa en uno de sus poemas de “El Grillo”, es más que perfecta, humana, y más que humana, tan triste que todo está ya englobado definitivamente en ella:

*La noche buena se viene
la noche buena se va
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.*

Y ésta, de un viejo cantor infantil español:

*Estaba la paloma pinta
a la sombra de un verde limón,
con el pico cortaba la rama
con el ala cortaba la flor.*

Toda la vida creo que esto es superior a “Arrésteme, sargento,” o a aquello otro de “Sola, fané, y descangallada”.



LA LECTORA QUE DEFIENDE EL LIBRO NACIONAL

Una señorita me ha escrito hoy una carta irónica, en la que me remite mi nota sobre “Por qué no se vende el libro argentino”, y una serie de notas recordadas de diversos periódicos que se refieren al éxito de la Exposición Nacional del Libro.

Yo no quisiera decirle a esta señorita que pienso mal de las poetisas y peor aún de los poetisos. No quisiera decírselo, pero como esto se sabe hasta en la provincia de Cundinamarca, que creo queda por el Ecuador o algún país aborigen, más o menos parecido, se me ocurre que a la mencionada señorita no le parecerá mal que piense pestes de las escribidoras de versos.

Las mentiras periodísticas

Supongamos que muere un pillete con mucho dinero. Todos lo sabemos. Todos hemos leído que fue un bergante, un cínico que se apoderó de los bienes de las viudas y de los huérfanos, pero en cuanto el granuja quedó frío, el periodista escribe:

“Hoy falleció el conocido caballero X. X...”

El periodista, mientras escribe esas palabras, le dice al compañero:

— ¿Te das cuenta cómo hay que macanear para ganarse las lentejas? Y el público es tan bruto que se lo traga todo. Maldito sea, ¿cuándo vendrá la revolución social?

Y a continuación escribe:

“Hizo gala de una probidad que se convirtió en proverbial, y de un *savoir faire* que deleitó a todos los que tuvieron la dicha de rodearlo.”

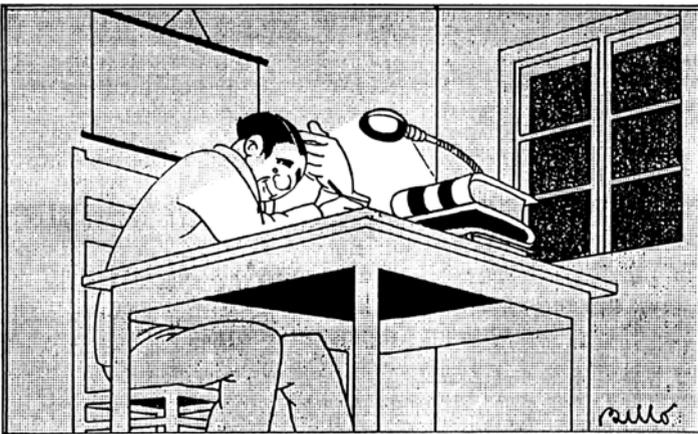
E inmediatamente agrega, dirigiéndose al compañero:

—Estas burradas debían hacérselas escribir a N. Pero el secretario me tiene bronca y me encaja todas las necrológicas a mí. ¡Mal rayo lo parta! ¿Cuándo vendrá la revolución?...

¿Se da cuenta usted, señorita, cómo se escriben los periódicos en los cinco continentes y los seis océanos que componen este planeta?

Qué es la crítica en nuestro país

Con la crítica literaria acontece — dije — lo mismo y aun algo peor. No hay crítica ni críticos.



Se organiza un match de boxeo, que todo entendido sabe que es un futuro y perfecto tongo, y los diarios le dan columnas y columnas al asunto, porque las columnas son avisos, aunque usted no lo sepa. Se prepara una pelea de luchadores que desde Europa vienen sabiendo ya quién va a ganar o perder, y están los diarios que le revientan los sesos a los vascos y a los alemanes y a los rusos; viene de Europa un perfecto patán, cuya única habilidad es dar patadas a una pelota, ¡y déle al bombo!... Sale un libro malo, sale un libro bueno y, fatalmente, el mal sujeto que hace crítica literaria en los periódicos de esta cafrería, escribe:

“Primorosamente editado por el señor M., apareció el libro de Fulano de Tal, que revela una emoción profunda y un dominio del léxico castellano poco común.”

El artículo tiene siete o doce centímetros de largo en los principales diarios de esta capital, y las frases del cronista, ¡que Dios confunda!, son siempre las mismas.

Qué es lo que ocurre

Lo que ocurre es que los directores de diarios son, en su mayoría, unos seres que sólo entienden de plata. Luego vienen los secretarios, que son mal intencionados y neurasténicos en su mayoría, y luego vienen los periodistas. ¡Aquí Cristo tiritá!

Los directores no quieren saber nada de brulotes. Absolutamente nada. Todo tiene que estar bien lubricado, el estilo a la vaselina y los conceptos bien aceitados.

¿Cómo se va a hacer crítica de esa manera? Todos los libros tienen que ser buenos, todos los autores forzosamente estar inspirados; cada destripaterrones ser un genio en embrión, y día tras día, semana tras semana, los linotipistas sienten que se van embruteciendo con escribir tanta gansada.

El público lee o no lee, pero si lee, ¿a qué diablo lo “engrupen” los encargados

de sección? Usted compra un libro escrito bajo la inspiración de un articulista, y de pronto se agarra la cabeza. Entre autor, crítico y editor, le han metido una “mula” más grande que una casa. Y eso no una vez, sino otra y ciento.

Ahora bien; si el autor de un libro tonto se malicia el brulote, recopila recomendaciones. Hay algunos cuya indignidad llega a lo sublime. Y usted, en vez de encontrarse una mañana en el periódico con que al sujeto le han otorgado patente de burro, ¡asómbrese, señorita!, se lee un articulazo de esos que le hacen caer de espaldas, con citas, con exclamaciones admirativas, y toda la desvergüenza que el autor mediocre bebe a cubos en el periódico donde valió la recomendación de un accionista o de un amigo del director.

Y nuestro público no lee

Al público argentino se le da dos pepinos la literatura. Está harto de idioteces. Está harto de elogios de doce centímetros de longitud. ¡Está harto de todo!

Mientras el periodista, renegando del oficio, tiene que escribir, tiene que escribir que las novelas de Hugo Wast con sus personajes de “mirada fatal” son geniales, tiene que escribir que nuestro público se descrisma ante las librerías para poder leer la astracanada de un camello, el periodista, única víctima del periódico que lo inutiliza en cinco años de escribir pavadas, tiene que redactar un suelto diciendo que el público porteño es afecto a la literatura nacional, y que la Exposición Nacional del Libro, con sus discurseadores eternos y sus editores deshonestos, constituye un éxito del cual debe enorgullecerse el país... Cuando lo único que le interesa al público porteño son los “burros”, el “football” y otras cosas más entretenidas, pero que nada tienen que ver con la literatura.

PRODUCTIVAS SOCIEDADES DE BENEFICENCIA

Hace algún tiempo, un caballero propietario de varios ingenios de azúcar, fundó una liga que se titulaba Liga del Olivo. La tal Liga del Olivo era una institución destinada no a darle el “raje” a los que estorbaban, como pudiera creerse pensando en la popular frase “le dieron el olivo”, por decir que lo echaron a la calle. No; el magnánimo propietario de los ingenios de azúcar, perseguía con la tal liga algo así como el ideal de la paz universal, y a la mencionada liga se adhirieron varios generales retirados, algunos coronelitos, y unos curas. Luego venían, como de costumbre, la taifa de adherentes profesionales; el farmacéutico que tiene esperanza de que le compren las recetas, y el hombre tímido que considera que es prudente estar bien con todos.

La susodicha liga pegó carteles por las calles, luego no se supo más nada de ella, y lo mismo ocurrió con el Partido Concentración de las Izquierdas, y otros partidos de vida efímera y peregrina como dirían los clásicos, a quienes yo admiro porque son clásicos no por tradición, sino por prepotencia de talento.

Las ligas

En nuestro país existe gente que yo llamaría “liguero” o “liguista”. Gente que vive para organizar esas sociedades misteriosas que proveerán, por ejemplo, de calcetines a los niños del Congo y de mitones a las vírgenes de la Nigracia.

Gente fantástica y semiplatuda, con toda la barba y ciertos cascabeles de filantropismo absurdo; gente que después de los banquetes, en vez de tomar bicarbonato para facilitar la digestión, se toma una dosis de proyectos extraños y con ellos eructa las pocas ideas que le dan vuelta en el cerebro. Porque así ocurre. Esas ligas son las consecuencias de esos banquetes, donde algunos cogotudos se reúnen para festejar el hermanamiento o concubinato del Arte y de la Industria. O el de la Poesía y la Agricultura. Ocurre eso, si señores, aunque ustedes no lo crean. Y en vez de circular el bicarbonato al final del banquete, circula el proyecto.

Los cogotudos se enternecen. Brindan. Un caballero gordo; y resuenan aplausos, y el caballero flaco se deja abrazar por el caballero gordo; y resue-



nan aplausos, y los tenderos que tienen tres millones de pesos, sienten que les corren las lágrimas por las mejillas y se prometen enmendarle la plana a Dios.

Al día siguiente, por intermedio de todos los diarios de la mañana, de la tarde y de la noche, el pueblo argentino se entera de que los caballeros, que la noche anterior no tomaron bicarbonato, se proponen corregir el mundo; y aquí... ¡aquí se enferma la perra!

Reuniones previas

El periodo de incubación de cualquier liga tiene un ciclo característico. Este es el ciclo de las reuniones. Durante una semana, media docena de desocupados se reúnen a decir macanas y a confeccionar los estatutos. Luego se efectúa una reunión provisoria; se nombra presidente, vicepresidente, vicepresidente suplente, secretario, secretario suplente y tesorero. El tesorero suele ser un furbo de la pasta de Judas, uno de esos nenes que luego terminan de bibliotecarios en un presidio. Después de estos personajes, aparecen los vocales, y luego una multitud anónima. Esta gente alquila un local que se denomina "local social", pide personería jurídica para tirarle de la oreja a Jorge, y a los que no entiendan quién es Jorge les diré que piden la personería para "escolazarse" la plata de los giles... de los giles a quienes sablean, el furbo primero, o sea el presidente, y el furbo segundo, o sea el tesorero. Por lo general el vicepresidente, es un otario con ganas de figurar, a quien le cargan el niño muerto cuando suena la hora del "raje" y las gavetas están vacías, y el síndico es un zanahoria, a quien le prometieron un empleo en la Municipalidad, y que firma lo que le ponen ante las narices, sin enterarse si firma su condena de muerte por zonzo, o un pagaré a treinta días.

Los ranas salen a sablear, que es un contento. Para darle publicidad al asun-

to piden a los diarios fotógrafos el día de la inauguración, confeccionan unos sandwiches de salame averiado para intoxicar a los periodistas, y por lo general, a estas inauguraciones de ligas para adquisición de calcetines para los niños del Congo o de mitones para las vírgenes de la Nigricia, acude el ministro del Interior, varias damas de media docena de apellidos, dos o tres militares, el señor Carlés y un tío, que si no es el Nuncio le pasa raspando. Toda esta gente está convencida de la utilidad de los mitones para las vírgenes de la Nigricia, y de la imperiosa necesidad que tienen los niños congolese de unos abrigados calcetines de lana. Tan convencidos están que no se niegan a dar el óbolo correspondiente para iniciar la colecta.

Desaparición

Los tipos salen a "mangar", pero en forma, con automóvil, y chaleco blanco. Organizan unos "tés dansant", unos fiambres danzantes, y los discursos suceden a los discursos; todo el mundo queda electrizado al enterarse de que estos caballeros le van a regalar pañuelos con leyendas morales a los canibales de Madagascar, o calzoncillos con historietas edificantes a los estranguladores de la India. En tanto, los tres furbos, amarrocan el producto de sus pechazos. El síndico firma, el vicepresidente, que es un zanahoria nato e innato se manda hacer una ampliación fotográfica en la que aparece al lado del señor Carlés y del Nuncio, y un día, el Día del Olivo, el gran día del "raje", suena la novedad... Presidente y tesorero se alzaron con los fondos, los ingenuos que formaron, se dirigen a la seccional, las damas del gran mundo se tapan los oídos... y todos los periódicos sollozan su miserere porque los niños del Congo y las vírgenes de la Nigricia se quedaron sin mitones y calcetines.

Estas cosas suelen ocurrir.

MANGAS POR CORRESPONDENCIA

El manguero por carta es el tipo más característico que se conoce. O, mejor dicho, que conocen los dueños de café.

Porque ustedes sabrán que el papel y el sobre no se pagan en el café.

El manguero profesional suele escribir sus cartas en el café. Entra, ordena ese líquido que es negro, que llaman pomposamente “express” y que es pura achicoria, y luego de cavilar un rato, de ojear direcciones en unos papeles resobados que saca del bolsillo, le pide al mozo papel y tinta.

Yo no sé por qué, pero el dueño del antro, cuando le piden el papel y la tinta, tuerce el gesto. Luego, con ese mal humor de las personas que se ven obligadas a dejar que les gasten una hoja sin cobrarla, y cinco gramos de tinta sin provecho, larga el bloque y el tintero que el mozo recoge con el ademán tan personal y característico en los escépticos.

Tipos de manguero

Frecuentemente, el tipo de manguero por carta, es un sujeto que alguna vez en su vida tuvo un alarde literario, o se encontró al margen del periodismo más infimo.

Basta verlos.

Tienen un continente tímido y pelafustanesco, aire de corridos, de liebres y de perros mansos. Si gastan bigotes, que casi todos los gastan, son bigotes a

la funerala, mostachos alicaídos; barba de tres días, cara legañosa, amarillenta; puños de camisa obscurcidos, pecheras crepusculares, corbatas tormentosas, cuellos neblinosos.

Estos sujetos climatéricos; semitransparentes, meditabundos, apuran su taza de café con lentitud cavilosa; luego encienden un cigarrillo que otra vez estuvo encendido y que extraen de las profundidades cenagosas del bolsillo, y chupando el “sargento”, con el bloque virgen y la pluma seca, meditan un rato. El patrón hace otro visaje de rabia.

Le revientan los que escriben cartas. Y le revientan, sobre todo, esos tipos; esos tipos que no tienen dinero y que lo piden, porque él es afecto al orden y siente esa cólera de los perros estancieros, contra los atorrantes que bordean el camino.

El mugrientoso cavila un párrafo en tanto; redondea una súplica; aterciopela un pechazo. El patrón hace otra visaje de rabia.

Para él, el manguero es un enemigo de la sociedad, un peligro, un futuro ladrón de cucharitas y se indigna, y envía al mozo a que le pregunte “al señor” si necesita todavía la tinta...

La carta eterna

De pronto, el fulano, se pone a escribir. ¡Y hay que verlo! Las cosas le salen a



chorros. A mitad de la carilla se quita el sombrero, mira el cielorraso, y el patrón lanza una blasfemia contra el mozo que no dijo que no había papel ni tinta; y para desfogar su mala sangre le hace bailar de una patada, una cabriola al gato.

El manguero escribe.

Una fanática inspiración ilumina su rostro. Está en trance; no lo detiene ni Dios ahora. Su lapicera rasga el papel con frases geniales de puro patéticas; y después de una carilla, chupetea tímidamente el “sargento” que se ha convertido en “cabo”. Y sigue. En tanto, todas las mesas se han ocupado; el mozo hace resonar las sillas con estrépito en torno del escribiente que, de pronto, se interrumpe, lo mira al fámulo y le dice:

—¿Quiere traerme una jarra de agua?

Barbotando imprecaciones se aleja el crosta. Si el “servo” es itálico, piensa en el aceite de ricino; si es gaita, se acuerda del Primo. Y mientras el patrón rezonga crímenes mentales, el gato alevosamente enarca el lomo sobre una estantería cargada de botellas de licores importados de Avellaneda.

El “trompa” enarbola la daga de cortar fiambres, y el mis se escurre hacia la calle. ¡Una mesa ocupada con un vago que gasta el bloque y de yapa se toma una jarra de agua por un café sin propina!

Realmente —piensa el patrón— concibo el suicidio.

El pato escribe que te escribe.

Literatura manguesca

Yo dividiría los estilos manguescos en tres clases:

El patético, el humorístico y el sintético.

El patético, que es el que menos talento requiere, es el más extenso. Ocupa carillas de lágrimas y hojas de suspiros que no se cuentan. Tiene carácter novelesco,

y muchas de sus frases pertenecen al bello estilo de Martínez Zuviría.* Además es moral, porque todos los pesos que él pide, son siempre para alimentar a una prole hipotética o satisfacer las necesidades más perentorias de un hombre que quiere ser “hombre de bien”.

El estilo humorístico, en cambio, corresponde a los temperamentos cínicos y furbos, y se dirigen a esos tipos humanos, escépticos y medio canallas; gente que prefiere dar un peso para que un vago tome un vaso de vino, que dar cinco centavos para aliviar una desgracia.

El estilo humorístico suele dar resultados. Su manejo es delicado, y no todos comprenden sus alcances.

En cambio el estilo sintético es apropiado para manguear a caballeros ocupados. No hay cosa que agradezca más un “pechado” que esa brevedad de buen gusto, expresiva, nítida, rotunda y casi clásica en el corte de las necesidades y en el ritmo de los suspiros. La carta sintética, grave y enfática, da buenos resultados con los hombres de negocios, con los señores que se las dan de aristócratas y protectores, y con otra gente de esta calaña.

Medio bloque

Cuando el manguero da fin a medio bloque de papel, se levanta; deja quince centavos en la mesa y se marcha al mostrador a pedirle por los cinco centavos restantes una estampilla al patrón que, bufando, le contesta que él no es empleado de correos.

Y el manguero por correspondencia, que entiende la sagrada bronca del patrón, sale del antro sonriendo. La ganancia del tío se ha perdido con el papel, el sobre, la jarra de agua y el escarbadientes.

* En el original dice Martínez Subiría.

POETA DE PARROQUIA

Todos los barrios de nuestra ciudad cuentan con un poeta. Es el poeta de extramuros y la gloria de la parroquia.



Recuerdo que a mí me ocurrió una vez el tener que ir a buscar para un asunto a uno de estos sujetos que llamaré protervos. No daba con el número, cuando se me ocurrió preguntar en el almacén de la esquina. Por el nombre del individuo no sabían darme razón. Entonces dije:

- Vea... es un mozo que escribe versos.
- ¡Ah, es poeta!...
- Sí, sí...

El mismo almacenero en persona, me acompañó hasta la puerta del boliche, para enseñarme la casa del vate. Porque los poetas de barrio se llaman vates.

El poeta del barrio

Me dirán cómo el almacenero se ha enterado de que el tío ese es poeta.

Pues, muy sencillamente. Por la madre o la mujer del bardo.

Cuando el poeta de barrio publica un versito en el periódico de la localidad —periódico que se llama el “Eco de tal parte” o “El pensamiento de tal otra”— la madre del vate cuando es hora de la compra y tiene que ir al almacén, carnicería o panadería —la madre o la mujer,

es indiferente ello — toma el periodiquito y va a la compra. Y he aquí la táctica para revelar que su hijo o su marido es un poeta.

Pide hígado para el gato — el gato no es el marido ni el hijo — y cuando el tío de la carne va a envolver la bazofia, la mujer dice:

—Deje don... que tengo papel —y como quien no quiere la cosa desenvuelve el periodiquín donde el vate publica sus esperpentos.

Pero en el acto de ir a envolver el hígado para el gato, la mujer exclama:

—¡Bendito sea Dios! ¡Vea adónde iba a envolver la carne! En el diario donde escribe mi marido..

—¿Qué escribe? — pregunta el carnicero, intrigado.

—¡Versos! — exclama la damnificada (porque yo considero como la más auténtica damnificada a la que está maridada con un vate).

—¡Ah, sí!...



Entonces, la mujercita que cree que su marido es un genio, lee enternecida los versos a toda una concurrencia de menestralas y analfabetas que exclaman asombradas:

—Conque, señora, ¿su marido había sido “pueta”? ¿Quién iba a decir!...

El vate

Por lo general, el vate es uno de esos sujetos que han hecho todos los oficios y que escriben en las páginas de “poesía popular” que todas las revistas tienen como desaguadero de la “colaboración espontánea” y destinadas a la mentalidad más pobre del público.

Por lo general, el vate ha publicado un libro costeadado, como es natural, por su bolsillo, con un prólogo de un señor a quien aburrió durante meses solicitándole el prólogo. Por lo general, el prologoista es un autor que en un tiempo tuvo fama y a quien más tarde la justa revisión de valores colocó en el olvido que corresponde al vacío.

Por lo general, el autor se ha hecho hacer una fotografía que ilustra a los lectores sobre las bellezas físicas del vate, y de cómo esa belleza física que él encarece en el retrato es el reflejo de su inspiración de “pueta”.

Generalmente el vate envía un libro a todo el mundo, aun a aquellos que no lo quieren ni ver en cajas de fósforos. Y las cartas que le envían elogiando sus sentimientos filiales o paternales, las publica en folleto aparte, para que a nadie le quede duda de que él, el vate, es un genio.

Pero este genio, a pesar de “saber” que es genio, vive descontento, amargado, envidiando el éxito de los otros.

Sabe decirle a la mujer, cuando la mujer se admira del triunfo ajeno:

—Es que me tiene envidia, ¿sabes? Es que saben que si me dejan entrar en ese círculo de “fierro” que todos los autores tienen hecho para hundir a los que valen, los voy a superar diez leguas.

Y la mujer, que es una ingenua, cree en el círculo de “fierro” y en el talento de su marido.

Controversista

Frecuentemente el vate es un sujeto a quien la bilis del fracaso y el elogio que por intermedio de un subsecretario le ha hecho un ministro, le tienen revuelta la sangre.

Como en el fondo se ha dado cuenta de que no vale nada, y confesarlo le es más doloroso que sufrir repulsas, el vate, para poder figurar, aspira a la controversia.

Por ejemplo, usted dice que la literatura argentina es un desastre. Pues cuando menos se lo espera, aparece el hombre del retrato en el libro, enviando una carta a un periódico cualquiera. Como es lógico, los periódicos mandan al canasto esas epístolas kilométricas, donde el poeta de barrio explica sus puntos de vista, sus teorías y en todo se manifiesta respetuoso de las antiguallas que usted ha puesto en ridículo.

Yo, que leo hasta los periódicos de Villadiablo, donde aparecen poemas que son obras maestras de estupidez, me he reído siempre, al leer esas controversias donde dos fulanos igualmente bestias desbarran que es un contento. En las parroquias, estas controversias son las delicias de las familias honradas que se entretienen en seguir una discusión en la que un sujeto afirma que en la antigüedad los niños de Grecia lloraban cuando les pegaban, mientras que el otro afirma que se reían.

Pues bien, siempre que me he dedicado a seguir esas controversias, al final he visto que los charlatanes eran dos vates de barrio, que sólo discutían para poder figurar.

¡Figurar!... Esa es la necesidad terrible y angustiada del hombre cuya madre o esposa lee en la carnicería de barrio el poema que publicó “la sección de poesía popular”.



EL LIBRO DE LOS PELAFUSTANES

Quiero hablar de un buen libro que acaba de salir, y que yo llamaría el “Libro de los pelafustanes porteños”.

Ahora bien; como los críticos difieren siempre con el criterio del autor, el que escribió el volumen a que me refiero, es Enrique González Tuñón, y este Enrique González Tuñón tituló su libro de este modo absurdo: “La rueda del molino mal pintado”.

La rueda del molino mal pintado

Yo no sé de dónde ha ido a sacar ese título extravagante este tío. Es una lástima, porque el público no se entera de lo que trata el volumen y cree que es una de esas obritas donde la nueva sensibilidad escalona frases en forma de faroles y pitadas de locomotora de manisero.

Pero no; el libro de este tío, Enrique González Tuñón, no es ninguna superchería libresca de esas que hoy se estilan. La única superchería ingenua está en el título, porque el resto es tan bueno como una de esas páginas que sobre los antiguos pilletes escribieron Hurtado de Mendoza, Mateo Alemán, Cervantes, en

“Rinconete y Cortadillo”, y Quevedo en “El Buscón”.

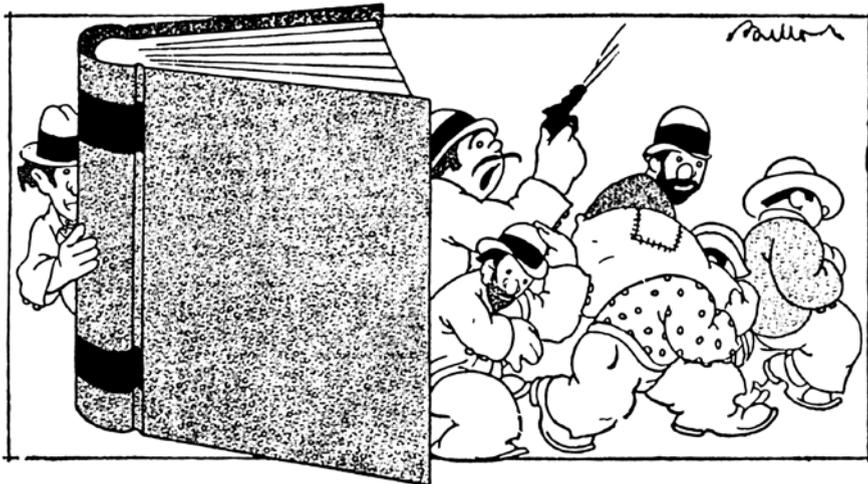
Aclarada la macana del título, vamos a la sustancia.

Trátase de una compilación de cuentos, donde campean, por sus respetos, insignes malandrines porteños. Fabulosos buscavidas, lúgubres atorrantes, filosóficos ladrones, divertidos “manosantass”, tétricos pulguintos y gente toda de la misma jaez, es decir, “crostas” muertos de hambre, ingeniosos y sutiles.

Está dicho, el libro al que me refiero es el Patio de Monipodio. Y sin grupo.

Quien es el Tuñón

El Tuñón, o autor del mamotreto a que me refiero, es un tío flaco, alto, cabeza de gato famélico y palidez cavernosa. Se acordó, un día, de todas las angustias que había pasado; de los tipos extravagantes que conoció viviendo a troche y moche por los espantosos hotelitos de la calle Santiago del Estero o Bernardo de Irigoyen; se acordó de cómo se “canta la tosca” y se vende jabón amarillo por un callicida alemán y, entonces, tirando



arriba su esqueleto, como quien carga con algo útil, se internó en los vericuetos de la vida y escribió la historia de sus personajes, las cavilaciones de éstos para rebuscarse un peso para la cama; los problemas de dormir en un banco de plaza, y todas estas aventuras siniestras y humorísticas que ahora describe en un estilo fácil, preciso y tan sugestivo que, de pronto, el lector, al llegar al final del libro, se dice:

—¡Maldito sea el Tuñón por haber hecho un libro tan corto, siendo tan bueno y habiendo tanto autor que da trescientas páginas de macanas!

Personajes porteños

Allí está, por ejemplo, el sastre filósofo, inventor del movimiento continuo primero, más tarde sociólogo y que concurre a un centro revolucionario donde los personajes se encuentran con el santo y seña de:

—“Salud y revolución social”. Allí está el hijo del sastre, a quien un melencólico anarquista, hace bautizar con el nombre de Dafnis y Cloe, en honor del amor libre. ¿Puede pedirse historia más trágica y divertida? La mujer que trabaja como una bestia en la pileta; el marido que busca el equilibrio trascendental empinando una botella de carlón. Y cuando la mujer fallece, agotada de tanta privación, he aquí las palabras del autor:

“Los compañeros, cumpliendo con el deber confortativo de amistad, acudieron a estrechar en un sentido pésame, la mano de los deudos. Y cuando alguien aventuraba una sentencia de metafísica casera, el sastre, con voz cavernosa, exclamaba:

—Se fue a lo incognoscible, mi valetudinaria esposa...”

Y “El Bife a Caballo”, donde un agente de policía, que está de guardia junto a un suicida, se manda a bodega refunfu-

ñando contra la gente que se le ocurre matarse a horas tan extemporáneas. ¿Y ese otro cuento llamado “El oficio póstumo de Benjamín Salcedo”, donde desfila el hermano José, ex presidiario que dio en llamarse “manosanta”, y que al ver aparecer clientes en busca de milagros, salía a la puerta de su covacha exclamando “con voz afilada, una acción de gracias a Dios, que terminaba con estas palabras: “Alabado sea”?

Y el espíritu evocado por el santo ladrón que le dice a la viuda que se deja embaucar por el expresidiario:

—Etelvina, vivir sin amor es como beber café sin azúcar...”

El volumen y los cuentos tienen una acción enorme. Allí está Benjamín Salcedo, que ha hecho los oficios de prestidigitador dentista, procurador, testigo presencial, partiquino de ópera, jugador fullero y monedero falso, y luego pechador por correspondencia, inventando más tarde el cuento de explorador, el del naufrago salvado de casualidad, el del enfermo crónico, el de contrabandista, profesor por correspondencia, fundador de ligas panamericanistas, proyectista de raids aéreos, director de periódicos notatos, orador fúnebre... (Hay diez oficios más todavía).

Un libro muy bueno

Es un libro muy bueno... tan bueno, que si se le comienza a leer no se larga hasta que no se ha terminado. Creo que éste es el mayor elogio que se puede hacer de un escritor. Porque los libros se compran para leerlos, y no para decir que son buenos y luego arrinconarlos en un estante.

Un gato podrá pasar por liebre; pero cien páginas impresas y saturadas de estupideces, jamás pasarán por un libro. Y el del Tuñón es un libro de verdad que regocija leerlo y satisface recordarlo.

LA MUJER QUE JUEGA A LA QUINIELA

Tengo un montón de cartas, aquí en el escritorio. Son de lectores que tienen la gentileza de escribirme diciendo que mis artículos les gustan, de lo cual me alegro; también me escriben dándome temas para mis “aguafuertes”.

Así, un señor Jorge Saldiva, me envía una carta sobre el sacamuelas, que casi es una nota, y que veré si uno de estos días la plagio; otro, un caballero Juan Arago, y que por lo visto tiene mucha imaginación, me da argumento para cuatro notas que son:

El hombre que conversa con el vigilante. La mujer que juega a las quinielas. El jefe-perro que es mansito con su Sisebuta, y El hombre que llega de afuera a radicarse en la ciudad.

De más está decir que les doy las gracias a estos señores, que al revés de otros se han dado cuenta de que el tipo porteño existe, y con características que quizá varíen mucho de las de los hombres de otros países.

La mujer que juega a las quinielas

Como dije, este tema pertenece a la observación cuádruple del señor Arago, que en vez de dedicarse a la astronomía,



me imagino, se dedica a una vagancia dulce y confiada: esa vagancia que convierte a un hombre en sereno burlón y contemplador de sus semejantes.

Realmente, la mujer que juega a las quinielas existe, mejor dicho, es característica de determinados barrios, no de todos; porque hay barrios donde la quiniela no prospera, mientras que en otros sí.

Por ejemplo. Esos barrios improvisados, de pequeños propietarios, donde todos tienen un terreno adquirido en mensualidades, son mala parroquia para los levantadores de quinielas.

En cambio, esas otras barriadas, Boedo y San Juan, Triunvirato y Concepción Arenal, es decir, esos centros de población donde cada familia ocupa una pieza que no es propia, sino alquilada, son el paraíso de los quinieleros, que tienen implantada su estación en los mercados, contando con cómplices entre los dependientes de carniceros, que son los más afectos al “escolazo” por pálpito.

¿Se explica esta manía del juego en las mujeres pobres, y allí donde el dinero alcanza apenas para subvenir a las necesidades de la abundante prole? Creo que sí, y más aún: son los únicos casos en que se disculpa la económica pasión del juego.

La miseria

Recuerdo que leyendo la novela “El jugador”, de Fedor Dostoievsky, dice éste, más o menos:

“Los temperamentos soñadores o la gente que vive en la pobreza, y que está harta de trabajar, siente una atracción enorme por el juego, que en su concepto tiene que resolver de golpe una situación pecuniaria”. Más tarde yo, en una nota sobre los turcos que juegan a la quiniela, decía que no me explicaría que esta gente no se jugara hasta el alma, te-

niendo que vivir de un oficio tan penoso como el de vendedor callejero, y creo nuevamente que este vicio, que se disculpa en los pobres, porque son los pobres los únicos que tienen necesidad del dinero; se disculpa y explica, una vez más, en la pantalonera que, al ir a la compra, no puede resistir la tentación que le presenta ese diablo desfachatado y con gorra que es el quinielero, y que al verla entrar le dice de golpe y porrazo:

—Pucha... recién estaba hablando de usted con la “mondonguera”. Le decía que anoche estuve viéndola en sueños...

—Ya tendrá usted otra más linda en quien soñar...

—Es que, sabe... soñaba que le había usted acertado al 48.

¿Qué pantalonera se resiste a “escolarizarse” 30 centavos al 48?

Y la “mondonguera”, que le debe unos centavos al quinielero, exclama:

—Cierto, señora... este pillo hace un rato que me hablaba de usted...

—No me falte, señora... que bien que le he hecho ganar a usted también...

Y la damnificada afloja la mosca, afloja las chiolitas pensando:

—Si acierto le compro unos botines al pibe. O me compro un par de medias.

Es siempre la miseria, compañero lector.

Los hogares pobres

En Estados Unidos hay un problema. Es el del alcohol. Aquí nuestro problema es el del juego. Allá por exceso de dinero

que la gente quiere tirar alegremente; aquí, por falta del mismo, que hay que conseguir de algún modo.

En los hogares pobres de nuestra ciudad, se vive pensando en el juego; en la lotería, en la quiniela, en las carreras. Para los hombres quedan los burros, para las mujeres el numerito al que económicamente se le anotan veinte, treinta, cincuenta centavos. Ahora bien; como hay varias loterías, de más está decir que todas las semanas estas mujeres, que le han tomado el sabor a la esperanza de ganar, juegan, juegan en detrimento de otros intereses también pequeños, pero para los que se necesitan esas reducidas sumas que absorbe el bolsillo del quinielero, siempre de guardia en el mercado, o con sucursal en la carnicería y en el almacén.

Sobre todo los mercados. Allí se guarecen los corredores de los “capitalistas” que tienen su clientela entre los puesteros y las parroquianas de los mismos. La jugadora tiene la esperanza de ganar. Y como la mujer es mucho más frenética en sus esperanzas y necesidades que el hombre, de más está decir que hay mujeres que se juegan, no las zanahorias del puchero, como dice el amigo Arago, sino también el puchero y el hueso y hasta el caldo.

Pero, ¿qué se le va a hacer? Es la esperanza del pobre que tiene un presupuesto a base de centavos. Y como dice el proverbio: “De carne somos”... ¡Qué se le va a hacer...!



SE GANA LA VIDA A FUERZA DE INGENIO

El gremio de los buscavidas ingeniosos cuenta con representantes admirables. Gente toda que trabaja de "sotileza", villillos magníficos e inventores de tretas que dejan pasmado al ingenuo.

Los ejemplares más conspicuos de este gremio son los que tramitan excepciones militares y los que dan fijas para las carreras mediante el previo abono de una pequeña suma, que varía de tres pesos a cinco. Como en todos los casos, la operación depende de la cara del otario.



Condiciones físicas

Así como para ser barrendero no se necesita tener la prestancia de un Apolo ni la cultura de un lord Bacon, así también para dedicarse a buscarse la vida mediante el cuento de las excepciones militares es imprescindible tener un aspecto convincente, un aire de gran señor; facetas ambas que con la conveniente soltura y el ineludible desparpajo se adquieren haciendo vida en el comité de un partido político.

De ahí que la democracia sea una institución en un país.

La democracia origina esos estupendos charlatanes de chaleco blanco y cuello palomita, que usan tremendas medallas sobre el estómago y cadenas

parecidas a las de las anclas; gente toda de pantalón de fantasía y frases cuspidantes que, estén donde estén, saludan a derecha e izquierda, saliendo siempre, quieran o no quieran, retratados en cuanto asado se da en el último villorrio de la República.

Estos caballeros, que por lo general usan lentes sin armadura, conversan en toda oportunidad de su amistad con el ministro; de las confidencias que les ha hecho el presidente; y como el empaque abona las falsedades que dicen, con sus palabras de miel se pescan muchas moscas y a veces hasta moscardones.

Y en la vida, esa extraña mezcla de soltura tabernaria y ministerial que han adquirido tratando a pilletes de todos los pelajes; les permite ejercer esos oficios de buscavidas que jamás los comprometen.

La excepción sin trámites

Usted, por A, por B o por C, no quiere hacer el servicio militar. Cierto es que usted es patriota y que si se hablara de licenciar el ejército, pondría el grito en el cielo por considerar dicha medida como un crimen de lesa patria; pero usted, a pesar de todo ello, opina que es mejor no hacer el servicio militar, o que es preferible que lo hagan otros.



Y, como es natural, usted busca quien pueda librarlo de tal sacrificio por la patria. De pronto, un amigo, o un amigo de un amigo del conocido de su pariente, dice que él conoce a un señor que puede librarlo del servicio militar, y que el tal señor no cobra adelantado ni un solo centavo.

Por fin, después de una semana de indagatorias y busca de direcciones y subdirecciones, puede proporcionarse el domicilio de tal ave rara. ¡Qué fenómeno curioso! Ese caballero tiene, en el vestíbulo de su casa, colgados en un perchero, una espada y una gorra de militar.

—¿No será militar este caballero? — se pregunta usted.

Pero, de pronto, el señor gordo que se presenta, le dice que no, que él no es militar ni ganas tiene de serlo; y entonces, frente a la franqueza de ese hombre, usted piensa.

—“Este hombre tiene un pariente militar”. Pero, por discreción, no se lo pregunta. El pariente militar debe ser el que se encarga de tramitar las excepciones.

La excepción

Y con el consiguiente asombro, de pronto usted escucha que el hombre del chaleco blanco, cadena de oro y cuello palomita, le dice:

—Señor..., yo tramito excepciones en esta forma: Primero: el cliente no pagará un centavo adelantado (el ingenuo sonríe feliz); segundo: el precio de la excepción son mil pesos, que se pagarán confirmada la excepción; tercero: no se realizarán trámites judiciales a nombre del interesado en forma alguna; cuarto: el interesado dará una garantía comercial del pago de lo estipulado previo contrato particular.

Como es lógico, el otario agarra viaje. El asunto es claro; pagar después que está exceptuado.

—Y la excepción, ¿cómo se verifica, señor?

El charlatán sonríe confiado, mira su reloj, observa de reojo la espada virgen y la gorra decorativa, y luego declara:

—Señor, yo no tramito la excepción por recomendaciones ni cosas hipotéticas. Usted no sufrirá ninguna molestia. Usted será exceptuado por número bajo, nada más.

El candidato se marcha confiado; vuelve con el padre; se discute el asunto y, al final, se firman los papeles,

El secreto

De cada cien hombres, diez son exceptuados. El buscavidas tiene corredores, y con dos candidatos que traigan cien zonzos, realiza trámites, ha ganado su año, cuando no más. En efecto; el ingenuo que sale exceptuado mediante el contrato que ha firmado con el vivo, tiene que pagar, pues el número bajo lo atribuye a alguna triquiñuela misteriosa del bergante que tranquilamente se ha quedado en su casa esperando los resultados del sorteo.

Lo mismo ocurre con el que da las “fijas”. Si ocho caballos corren en una carrera, a cada uno de los que vienen a pedirle una fija les da un caballo distinto con la condición de que al ganar tendrá que pagarle 20 pesos por el dato. De más está decir que hay un caballero que siempre gana, ese que gana, trae otro cliente más los veinte pesos... Aunque esto parezca absurdo, hubo un tiempo en que estos caballeros publicaban en los diarios avisos donde ofrecían sus magnánimos servicios al público, de aprendices burreros.

Muchos se dirán que es imposible embaucar a la gente con estos procedimientos tan sencillos, y es que nadie se da cuenta que la máquina más perfecta, más sencilla y que más resultado da, es el dinamó. Lo mismo acontece con la estafa improbable: cuanto más simple, más perfecta y más segura.



EL PARTIDARIO DE LA CREMACIÓN

La otra noche, contrariando a mis costumbres, estuve en un banquete. La suerte mala hizo que estuviera sentado junto a un funerario, sujeto que vestía rigurosamente de luto de pies a cabeza, pues hasta las uñas tenía orladas de esa negrura que impone un respeto necróforo.

A poco de haberme despachado yo una mayonesa de cualquier cosa —creo que era de gallo antiguo y polainero— el caballero funerario, haciendo un visaje que pretendía ser mueca cordial, me dijo:

¿Usted, señor, no gustaría de hacerse socio de la Sociedad de Incineración de Cadáveres?

Sonriendo amablemente le dije que pensaba que no era aquel un momento adecuado para tramitar semejantes negocios; pero el macabro invitado, no se dio por aludido, sino que insistió:

—Toda la vida, caballero, le saldrá más barato ser quemado cuando haya muerto que ser esclavo de esa anti-higiénica costumbre del “cadáver encajonado”. Un entierro de primera cuesta tan caro como una sala mientras que

la cremación es sumamente económica y cuenta entre sus clientes, caballeros como el doctor Ingenieros y al senador Justo, que optaron por ese procedimiento moderno y barato.

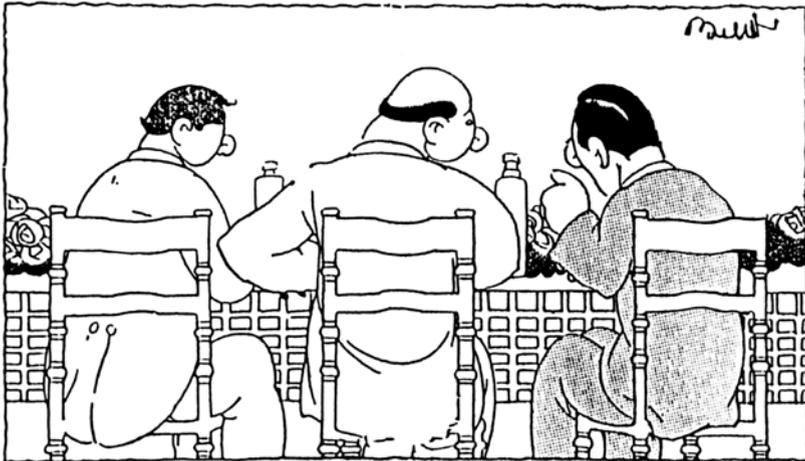
El temible incinerador

Yo engullía de mala manera un trozo de penco, que trataba de ser “roast beef”. Mi insinuante compañero de mesa, tomando por un principio de convencimiento mi silencio, continuó:

—La destrucción de su cadáver será rápida, señor. A usted con quinientos grados de temperatura, le es suficiente. ¿Qué es? Un momento. Un momento y después queda usted definitivamente libre de esta envoltura terrestre y antihigiénica.

—Observe, señor, que este “roast beef” pide crematorio. Diríjase usted al dueño de este fermentido hotel “con comodidades para lunchs y banquetes” y no a mí, que no quiero saber absolutamente nada de esos negocios mortuorios.

—Pero es que usted es un intelectual, caballero.



—Señor mío, cuando yo como, soy como el cargador de la esquina y el zapatero de la media cuadra.

Oyendo esto, calló el siniestro personaje. Un fulano tuerto, en la cabecera de la mesa, se desató con un discurso. Yo sonreía, y como llegaba una ensalada de pepinos me atraqué a ella, cuando mi vecino dio comienzo a una serie de maniobras. Vi que hurgaba en sus bolsillos; después sacó de allí dentro, y con dificultad, un papel doblado en cuatro que me recordó esos planos de campaña que usan los militares cinematográficos, y cuando yo iba a preguntarle si eso era otro discurso que nos pensaba endilgar, el maldito me dijo:

—Aquí tiene, caballero, fotografías con intervalos de tres días, de cómo se efectúa la descomposición de un cadáver, según la enfermedad de que murió...

—Pegué un salto y repuse:

—Usted me deja tranquilo, ¿sabe? ¡Qué diablos se ha pensado? Vaya a enseñarle esas fotografías a su hermano.

—Pero, señor...

—¡Qué señor, ni señor! Yo he venido aquí a comer tranquilo, no a que me enseñen esas porquerías. Usted debe ser cómplice de este hotelero maldito que nos mata envenenándonos para que usted cobre sus comisiones, quemándonos después.

El fanático

Terminó el banquete. “Comimos todos y no comió ninguno”, al decir de Quevedo, y cada mochuelo tiró para su olivo. Yo, menos comido que los demás, y más agriado y enfermo de la maldita compañía que me había tocado en ese festín de huesos, agua cristalina y pencos al “gratén”.

Luego me quedé pensando en ese funerario sujeto que exhibía su plano ante un señor gordo y pacífico, a quien parece que el espectáculo no le interrumpía la di-

gestión, porque escuchaba al quemador fumando un tremendo veguero y diciendo a cada momento que sí con la cabeza.

Indudablemente se necesita ser un bárbaro para ir a hacer suscriptores de quemadero a un banquete; pero se explica. Esta gente busca neófitos por todas partes.

Unos por escépticos, otros por espirituales.

Según tengo entendido, esa gente cree que el alma se desprende más rápidamente del cuerpo si a éste se le da una freída en seco; pero yo que, como Sancho, no puedo decir que soy cristiano viejo, me digo:

—¿Qué ocurrirá el día de la resurrección de los muertos, si nos dejamos convertir en cenizas?

Cierto es

Cierto es que Dios Padre tiene poderes suficientes no sólo para hacer un hombre, sino también para sacarlo de la ceniza como antes lo sacó del barro; pero me parece que sería darle mucho trabajo al Omnipotente, si todos nos dejáramos aparrillar como esa gente desea. Me parece que en todo candidato a este sistema de eliminación, hay un espiritista escondido, que es uno de esos sujetos que se preocupan, más de lo conveniente, de la vida en el más allá.

Porque es más que ridículo eso de andar cavilando respecto a lo que se hará de uno después que uno deje de ser. ¿No sería preferible que en vez de organizar sociedades de tostación, se formaran clubs de alimentación, u otra cosa parecida?

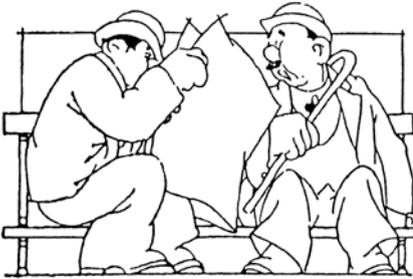
De cualquier forma, es conveniente recomendar a los asociados que se abstengan, en los banquetes y otros actos festivos, de enseñar sus planos, los cortes verticales de sus hornos, y otras pamplinas técnicas y nada joviales... al menos para el que come un trozo de caballo al “gratén”.



EL PARTIDO DE LOS DESOCUPADOS

Se ha organizado en esta ciudad el llamado Partido de los Desocupados, que mejor podría ser designado con el nombre de Aspirantes a Empleados Nacionales.

Esta es verdad.



En Rusia o en Italia

Si en Rusia un ciudadano tuviera la ocurrencia de fundar un partido así, lo enviarían a él, con los adheridos, a raspar las murallas del Kremlin por un razonable espacio de tiempo.

Si esto sucediera, en cambio, en Italia, los participantes de tal partido, quedarían purgados por un considerable plazo porque, en realidad, lo que ocurre es vergonzoso.

El Partido de los Desocupados en un país que tiene quince habitantes, más o menos, por kilómetro cuadrado de tierra fértil, es un absurdo.

Un absurdo y una inmoralidad.

Esto es tomar sencillamente a chacota unos derechos cívicos; reemplazar lo serio, lo poco, lo infinitamente poco serio que tiene nuestra política, por un principio en absoluto mercenario y desvergonzado. Es lo único que faltaba para ponernos en ridículo.

Ante todo porque en nuestro país no existe la desocupación. Es una mentira.

Yo no conozco a ningún tornero mecánico, no conozco a ningún señor que sepa hacer escobas, trabajar metales,

fabricar vidrio, pintar murallas, colocar ladrillos, que esté sin trabajo. Más aun: si observo las columnas de avisos de los diarios de esta capital y de otras ciudades del interior de la República, veo que los pedidos de mano de obra proletaria, son los que más abundan. Se ofrecen sueldos, que muchos empleados no ganarán jamás, a un excelente mecánico o a un buen tapicero.

La prueba está que el oficio más despreciado en estos días, el de fabricantes de calzado, deja un jornal de ocho y nueve pesos a sus operarios. Y eso que las máquinas los sustituyen en casi todo.

Los ajustadores mecánicos ganan doce pesos diarios. Los linotipistas hábiles, hasta catorce pesos. Los chauffeurs un peso por hora. Los boleteros de ómnibus, ciento veinte pesos mensuales. ¿Dónde está la desocupación entonces?

Lo que ocurre es una vergüenza

En vista de estas tarifas de jornal, hablar de la falta de trabajo es mentir.



Lo que no hay es operarios. De allí que lo que ocurre sea una vergüenza.

Estos señores que han organizado el Partido de los Desocupados, debían llamarlo mejor El Partido de los Vagos. Estaría en su lugar entonces.

Estoy más que seguro, que absolutamente ninguno de los que forman el Partido de los Desocupados, tiene callos en las manos o sabe fabricar un suncho, ajustar un perno, hacer un molde, grabar un cristal, decorar un cuarto, fabricar una banqueta...

¿Quiénes son?...

Pues, sencillamente, señores que se han pasado los seis años de presidencia alvearista pululando por los comités personalistas.

Los caudillos, gente que a su vez esperaba ubicarse con el advenimiento del nuevo gobierno, alentaron desmesuradamente estas esperanzas de tal modo que todos estos señores a su tiempo se tiraron a muertos en sus casas durante seis años, embaucando a las familias con que con el advenimiento del nuevo régimen...

La eterna historia...

Esta gente cree ahora hacer fuerza política futura, y comerciar con votos el día que se plantee una elección. Y esto no es posible. No es posible admitirlo desde ningún punto de vista, porque el punto de vista más suave sería éste:

Dicha gente quiere, dulcemente, convertir el voto en un medio de lucro.

Naturalmente, los burlados son todos, incluso los presidentes de comités que no saben de qué manera arreglar sus

obligaciones con un electorado venal y mercenario, pues de más está decir que un señor que vota con la esperanza de un empleo administrativo, lucra con un derecho que no le ha sido otorgado para eso.

Reacción de la gente sensata

Alguien dirá que yo soy un iluso por creer en el voto y en la eficacia del mismo; pero no hay tal cosa. Yo jamás he creído que la democracia llevara a algo práctico, y menos en estos países que no tienen un problema industrial o social que resolver.

Pero sí creo que eso de llevar las cosas a un tal extremo, es terminar de convencer al elemento sano del país que aquí todavía no se pueden tener esperanzas de ninguna especie con un electorado que se da vuelta en cuanto no se le paga la soldada.

Me parece que el Partido de los Desocupados en un país donde hay tanto que trabajar, es un alarde de cinismo, una especie de amenaza dirigida a los principios que rigen nuestros sistemas ciudadanos. Es igual que una dictadura militar; es declarar lo siguiente:

—Nosotros, los que nada sabemos hacer, los que nunca hemos aprendido a trabajar ni a ganarnos el pan, somos mayor número que ustedes, los que se desloman trabajando. Pues, bien: de acuerdo al criterio democrático, nosotros los inútiles, los dominaremos y regiremos a ustedes, los útiles. Somos número, es decir, somos votos.

Y lindo andarían las cosas, entonces.



EL QUE BUSCA PENSIÓN

El hombre que busca pensión, es un tipo sui-generis, que existe y que vive exclusivamente para eso, para cambiar de pensión como el aficionado a radio existe exclusiva y únicamente para ensayar distintos tipos de circuitos y aparatos.



El hombre de la pensión

Hay individuos que se han pasado las tres cuartas partes de su vida en la pensión y la última cuarta parte en un hospital donde “finaron” de las terribles indigestiones que se pescaron en sus deambulaciones pensioneriles.

Después de este prototipo clásico, está el otro, el que busca pensión accidentalmente y que corre más aventuras que las que pudieran haberle acontecido a Hernán Cortés en la conquista de México.

Cómo se busca pensión

Hay dos modos de buscar pensión. El primero es dejarse recomendar por un amigo a la casa donde éste estuvo habitando un tiempo en excelentes condiciones de alimentabilidad según él, y cuando uno se deja guiar por este procedimiento, sufre desengaños espantosos, porque la pensionera o no es la misma, o harta de dar pensión ha relegado las funciones domésticas en manos de una criada semicocinera y semisalvaje que

hace las cosas como Dios le da a entender y aun peor.

El otro procedimiento consiste en tomar un diario dedicado a la fructífera labor del aviso y leerse los quinientos cincuenta que ofrecen pensión.

El trabajo es arduo pero divertido.

Toda la escala social mediante abreviaturas y expresivas síntesis, va pasando su necesidad de ganancia y sus pretensiones ante los ojos del observador.

Ya es la familia que recomienda al visitante no decirle una palabra al portero que levanta la guardia en la garita que deja el hueco del ascensor, ya es otra gente que no da la dirección de su casa sino la del teléfono, temerosa de que las amistades se enteren de la menestralesca labor, otras, en cambio, piden un caballero, y ese término de caballero resuena irónicamente, en tanto que varias ponen “familia distinguida daría pensión a uno o varios caballeros” y la distinción se va al diablo con el conventillo que se presupone debe ser la tal casa con tantos caballeros.

El que busca se queda caviloso con tanto aristócrata que se desvive por albergar a un pobre diablo del modo más económico. Y después se dice que no hay almas caritativas en este país.



Pensiones fantásticas

Hay pensiones fantásticas. Sobre todo en la ciudad de Córdoba, donde la aristocracia venida a menos se dedica a la tarea de enflaquecer estudiantes de La Rioja y Catamarca. Yo me acuerdo de una de ellas que estaba situada en la calle "Ancha", cerca de la "Plaza del Caballo". Era sencillamente fantástica. Por cincuenta pesos mensuales cinco estudiantes disfrutábamos una pieza pequeña, donde en épocas de la cosecha la maldita pensionera que descendía de un general y era sobrina de un obispo, metía tres braceros más y un terrateniente barbudo. Digo que era fantástica.

Allí se apagaba la luz arrancando la instalación eléctrica. Cierto es que la dueña era nieta de un general, pero cuando en la mesa los platos no gustaban se tiraban con plato y todo al patio. Era fantástica digo. Los bifés muy duros se clavaban con un tenedor en el empapelado del comedor. La cocinera era una negra que se bañaba los años bisiestos. Eso sí, en la sala había un piano, uno de esos pianos aristocráticos, amarillo, pulguiento, afónico y asmático, un piano absurdo, un piano metafísico. Este piano colocado en la sala reunía por la noche una selecta concurrencia de estudiantes y de niñas. A pesar de que la casa era distinguida, de pronto el baile era interrumpido por tal entrevero de cachetadas que no se sabía si reírse o empezar a barrer el sitio con una ametralladora. Desde entonces le tengo cariño a Córdoba y a sus familias distinguidas que dan pensión.

En otra pensión de la calle Rivadavia, recuerdo que en un ropero encontré un traje olvidado. Allí se comía por cuotas porque la dueña estaba enferma, y como estaba enferma nadie cocinaba y a la hora de almorzar los pensionistas andaban a cachetes de famélicos.

En otra pensión, la de Rafaela, sólo vivían bandoleros. La Rafaela tenía un cocinero andaluz más chulo que un ocho y ella, en su misma cara, un barbijo maestro. De allí se mudaban los pensionistas en las noches de tormenta y pasadas las doce horas. El comedor era el propio patio de Monipodio y algunos junto al plato de sopa tenían un revólver. La Rafaela sin ser distinguida, decía que "era de buena familia", cosa que no era posible poner en duda observando el tremendo barbijo que de un lunar del mentón le llegaba hasta la sien.

En otra pensión, recuerdo que la dueña en vez de servirnos la sopa nos servía manuales bíblicos e historias de conversiones.

Si usted busca pensión

Sin jactancia, si me propusiera podría escribir un libro sobre pensiones. Pero hasta entonces le diré, si usted busca pensión:

Desconfíe de esas pensiones donde las dueñas son jóvenes y relamidas. Desconfíe de la pensión donde haya tañido de guitarras y caras de mulatos, desconfíe del pensionero alemán que es ingeniero y que le dice que en su casa usted y su esposa se van a encontrar muy cómodos porque él le da pensión a un doctor y a un abogado, a un farmacéutico y a un profesor. Desconfíe de ese señor de ojos descoloridos que le habla de que él es ingeniero y que por lo tanto tiene la casa de pensión por gusto y no para comerciar. Desconfíe de su docto y de su médico. Cuando menos, los aludidos son L. C. y él, el ingeniero, falsificador de moneda y tratante de proyectos revolucionarios.

Desconfíe de la señora que le habla de la clientela aristocrática que tuvo. Esa, señor, no pasó jamás de ex pensionistas de San Miguel. Desconfíe y no le irá mal, porque sino tendrá que almorzar con una ametralladora junto al plato.



EL HOMBRE QUE CONVERSA CON EL VIGILANTE

Axioma: El hombre que conversa con el vigilante es un “cafaña” o un ser respetuoso del principio de autoridad.



Clases de vigilantes

Hay dos tipos de vigilantes:

El zanahoria con cara del que va a es-tornudar y en cuyas barbas los ladrones efectúan provechosísimas mudanzas, y el astuto, el vigilante cascarrabias que se considera un “funcionario nacional”. Este funcionario nacional es personal enemigo de los chauffeurs, de los carros de verdura y más que vigilantes parecen oficiales por el aspecto que guardan dentro el uniforme.

Establecidas estas categorías tan esenciales para el desenvolvimiento de la historia de las instituciones humanas y divinas, pasemos a tratarlas especialmente.

Vigilante con cara de zanahoria

El vigilante con cara de zanahoria es el hijo predilecto de cuanto “furbo” y “ladrón” merodea por las parroquias.

El vigilante con cara de zanahoria es juanetudo, escéptico y filósofo. A él se le importa un ardite que los “scruchantes” se lleven la Caja de Conversión a cuestras.

El es hombre manso, tranquilo, enemigo de líos, de medallas de la Liga Patriótica y de tiroteos heroicos. Él a lo que aspira es a la benéfica jubilación, al “gran descanso” como dice el poeta quintaesenciado Valery.

El vigilante con cara de zanahoria cierra los ojos siempre que puede, trata de echarse su sueño en la parada y de acomodarse con el almacenero, el verdulero y el carnicero del barrio.

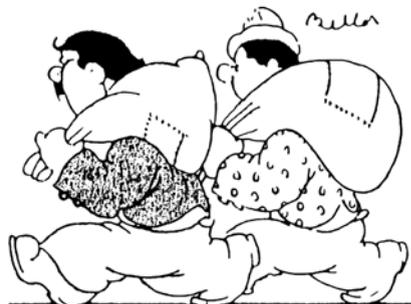
Es respetuoso con todo el mundo, y los “ladros” en cuanto lo “relojearon” una vez saben exactamente con más precisión que si hubieran usado un telémetro, lo que rinde el tío a la distancia.

Estos vigilantes duermen y mueren en su cama.

El otro “chafe” en cambio es cabrero, hosco, se lustra los botines con gomina, es enemigo del oficial, aspira al ascenso, le tiene un odio mortal a los mal vestidos y siempre cuenta entre sus amistades con un doctor.

El cliente de estos hombres

El cliente de estos dos tipos tan psicológicamente distintos, forzosamente también debe ser diferente.



Y lo es.

El cliente del de cara de zanahoria es, por lo general, un ladroncito gentil, uno de esos nenos que pasan una vez por el barrio y se afilan a la sirvienta de la casa que piensan asaltar. En este “interregno” lo trabajan al vigilante, le cuentan los avances de su empresa amorosa, y el zanahoria que se aburre agarra viaje, acepta el cigarrillo que el otro le ofrece y un día van juntos al boliche de la esquina a tomar un copetín, y así le preparan el terreno a los otros que esperan el día de la gran mudanza.

De más está decir que ese día el otario que está en la parada o en la cantina situada a veinte metros de la parada, no se entera absolutamente de nada. Tan no se entera que cuando le preguntan en la comisaría cómo es posible que se haya efectuado el robo en sus barbas, el gil contesta que eso es materialmente imposible, porque él nada vio. Como es natural, estos tíos uniformados e inútiles no ascienden jamás, pero ellos tampoco lo pretenden. A los trece años de servicio se jubilan con media jubilación y le hacen una cruz al oficio, satisfechos de que los señores ladrones hayan sido tan benevolentes que no les rompiesen el alma ni una sola vez.

El otro conversador

El otro conversador es un respetuoso del principio de autoridad. Este hombre particular o de particular, sabe ser un modesto propietario, un usurero más modesto todavía (menos en los intereses), y esos empleados a quienes no se les ocurre nada más divertido que ir a conversar con el “chafe” y a escuchar sus historias heroicas. Porque, parece mentira, pero el burgués, el usurero y

el empleado al que no se le ocurre nada, tienen el culto de lo heroico y entonces, cuando disponen de un rato van a darle la lata al “botón” que, como todo hijo de madre terrenal, siente la necesidad de pavonearse ante sus admiradores.

Porque ellos admiran las historias del “funcionario público”. Las admiran y sienten escalofríos.

Este, les cuenta cómo en una oportunidad detuvo él solo a siete ladrones peligrosos, les enseña cómo se da el golpe de “furca”, cómo se inicia una investigación. El vigilante en las horas muertas le coloca a esta honrada gente la cadena para que comprueben que con la cadena puesta es imposible escapar, y aprieta un poco la cadena para que ellos sientan en sus carnes honestas el terrible pellizco de los eslabones de alambre, y el “chafe” que se siente un poco despreciado dentro de su uniforme, ante la admiración de la gente de entendimiento sencillo, inventa historias, se siente personaje...

Ellos a su vez gratuitamente gozan el placer de saber de “todos los secretos de la mala vida” sin ser maleantes, y cosa curiosa, obsérvenlo ustedes al burgués que acaba de conversar con un vigilante:

Cuando se retira para su casa compone mirada investigadora y juraría... juraría que ese hombre se siente en el fondo mal sujeto y capaz de asaltar la agencia de Montevideo por la emoción que le produjo el probarse la cadena que le ha dejado en el pulso su señal sonrosada, una señal sonrosada que le enseñará orgullosamente a su cónyuge, como enseñan los exploradores los objetos peligrosos que encontraron en países remotos y bárbaros. Sin embargo, él vive a cincuenta metros de la parada del vigilante...



EL MACANEO DE LA ORATORIA PERPETUA

Me acuerdo de un señor que ahora es secretario de una embajada en una de esas obscuras republiquetas centroamericanas; y me acuerdo por esto:

Este señor, que usaba cuello palomita y sonreía a perpetuidad; este señor que se encontraba siempre presente a la llegada de cualquier subdiplomático que venía a Buenos Aires, del fondo del Amazonas o de la República de Andorra o San Marino, estaba siempre allí, en la estación Retiro, Constitución, Pacífico o en el puerto. Con su cuello palomita, su sonrisa a perpetuidad y uno de esos plastrones negros tan fruncidos como su bellaca cara de buscavidas diplomático.



En cuanto el negrito embajador, cónsul o secretario descendía la planchada o al andén, mi hombre de sonrisa perpetua, se apresuraba a avanzar, le estrechaba la mano, y luego lanzaba su discursito.

Todos nos reíamos de él; todos, pero él es ahora secretario de una embajada en una de esas obscuras republiquetas donde las revoluciones son de repetición, como los revólvers.

El eterno orador

El eterno orador existe, y es tipo característico, como el enfermo crónico, el inventor del movimiento continuo y el hombre que encontró un tesoro.

Con la sola diferencia que estos tres últimos tipos son de locos, mientras que el primero es de vivillo y cínico. Natural, como el hábito hace el órgano, este sujeto acaba por crearse en el pétreo vacío de su cráneo, el órgano de la lata; el tubo de donde surge el chorro inagotable de sus palabras melosas. Es capaz de hablar cuatro días seguidos, y esto es tan importante, que hay quienes desbarran cuatro o cinco días y luego ocupan altísimos cargos en el gobierno del país.

El eterno orador empieza desde su adolescencia a hacer estragos entre la multitud de papanatas que adornan el planeta con sus caras de giles.

Frecuentemente se inicia en el Colegio Nacional, en una fiestita donde en nombre de todos los "asnorios" de la clase, le da gracias al rector momificado, por todas las bellas lecciones inútiles que recibieron durante el año.

En estas circunstancias, el futuro orador perpetuo, inserta un trozo de Rubén Darío en su discurso, y todos los vagos aplauden que es un contento, mientras el vicerrector le dice al padre del menor, que el menor va a ser un genio. El padre se lo cree y la madre lloriquea en un rincón; tan emocionada está.



Y no crean que esto no es cierto. Recuerdo que cuando se le hizo el juicio político al Juez Illescas en el año 1922, más o menos, este señor, en su defensa, citó un verso del Dante, y todos los covachuelistas y avesnegras del Azul, que pululaban por la barra, se preguntaban: ¿qué es lo que tiene que ver el Dante con un juicio político?

Dónde se continúa con este mal sujeto

Gustavo González, cronista de policía, me ha contado que durante la guerra conoció a numerosa gente que ganó mucho dinero, desembuchando un discurso que, con cambiarle tres frases, se lo recitaban al atardecer a los neutralistas y a la noche a los aliadófilos.

Pero no fue este sólo el punto de partida del orador perpetuo.

Éste, después de haberse lanzado a la charlatanería desde las aulas del Colegio Nacional, continúa su obra nefanda en los salones de los comités atorrantes; de allí pasa a perorar a las calles; más tarde conversa con el público por el círculo de damas que protegen a los pibes pecosos de Beirut y a las doncellas asmáticas del Congo, luego por los socialistas viejos y más tarde por los nuevos, pasando de allí a embanderarse paladín de la Liga Patriótica y cuando lo echan de allí, aturde en las bocacalles por los anarquistas y los comunistas; y cuando éstos descubren que el nene es un furbo, lo sacan a patadas; pero él no escarmienta y entonces divaga por los demócratas; y cuando los demócratas le dan a entender que no cortan ni pinchan, él huye a refugiarse en el seno del peludismo y entonces aterroriza a los ciudadanos puros y timoratos con la historia de las herejías de los Cantoni.

Habla, habla siempre...

Habla por los coolies servidos a la manteca en los festines del general Ci-Chung-Fang; habla por las víctimas de

un "venticello" en la Siberia; habla por el medallón de hojalata que el Emperador de la India le regaló a un lustrabotas; habla del capitalismo norteamericano; habla de los efectos del queso holandés en la imaginación de las cacatúas, habla, habla...

Cada vez que paso por una esquina y diviso a este furbo, aunque tenga motivos para maldecir a media humanidad, una sonrisa ilumina mi semblante facineroso. Veo que estoy en presencia de uno de esos macaneadores que en el futuro le chuparán la sangre el país, y ello es divertido. Es divertido por la imbecilidad de los que escuchan.

Futuro del charlatán profesional

Hay dos procedimientos geniales para conquistarlo todo:

El primero es no hablar nunca una palabra. Este hombre llega a ser jefe de un Estado, como el Pacheco de Eça de Queiroz, cuyo silencio espantaba de admiración a Portugal. Cierto es que Pacheco era un imbécil; pero eso no lo sabía nadie más que su esposa. Los electores de Pacheco creían que el silencio de Pacheco unificaba la sabiduría de los siete sabios de Grecia.

El otro procedimiento es hablar; hablar siempre, en todas partes, sin descanso, sin miedo. Llega un momento en que la gente queda aturdida. Entonces no sabe discernir si el orador es un estúpido o un sabio, y allí comienza su carrera; carrera interminable que da al principio con la de presidente del comité X y termina...

En lo que termina es un misterio, pero siempre termina; y no lo olviden ustedes, con una de esas canonjías en la que el sujeto acude de cuello palomita, corbata de plastrón y una sonrisa que, como una escoba, barre magnánimamente todas las injurias que los que le desprecian le lanzan. ¿Por qué? Pues porque él sabe que con su lata sobrevivirá siempre.



EL HOMBRE DEL TESORO

Recuerdo que un día, encontrándome en la redacción de un periódico, llegó un joven de cara furbesca en compañía de su señora madre. Los tales manifestaron que poseían el secreto de un tesoro sepultado en el Brasil y por lo que dijeron me di cuenta inmediatamente que el de la cara furbesca explotaba esta inocente creencia de su madre, para tirarse a muerto en cuanto se refiere a trabajo.

Digo esto porque el de la cara furbesca me manifestó que no trabajaba sino que toda su vida la consagraba a efectuar investigaciones acerca del tesoro, mientras que sus restantes siete hermanos se deslomaban en la fábrica, entregándole las ganancias para que él hiciera las averiguaciones necesarias.

No pude menos que reírme ante semejante desvergonzado, que ponía en relieve este formidable aforismo: "El vivo vive del zonzo y el zonzo, de su trabajo".

El hombre del tesoro

Jack London, que ha descrito todo tipo de sujetos facinerosos y buscavidas, en sus "Relatos del Mar", trae la historia de un hombre que vive exclusivamente del cuento del tesoro. Recordé inmedia-

tamente ese caso al oír al mocito que dedicaba su existencia a gastarse el dinero que sus hermanos ganaban, para efectuar investigaciones de los tesoros sepultados en el Brasil.

Claro está que el malandrín de que habla Jack London, es un gran malandra, pues gasta anillos de bajá y diamantes de rajá: lo único que le queda, pues prefiere morirse de hambre a enajenar esas herramientas de combate y engrupimiento, pues ¿quién no va a creer en la historia de un tesoro, si el que la cuenta, exhibe unos garbanzos de primer agua que lo dejan bizco al candidato?

Pero este tipo de cuentero es completamente nórdico. Aquí es demasiado bruta la gente para dedicarse a la estafa de gran género y con mucho capital. Aquí sólo se estafa cuando se está muerto de hambre, y la estafa, salvo aquellos que se dedican a tan inefable profesión, es un género pobre y místico. Requiere grandes sumas de inteligencia para obtener unas chirolas... ¡cuando no una pateadura!

¿Cuáles son los factores que intervienen en la elaboración del engrupimiento del tesoro?



Mis observaciones sobre el particular llegan a casi establecer esta ley que usted puede aplicar sin temor de equivocarse.

Historia antigua

El hombre del tesoro tuvo estas referencias para considerarse dueño del mencionado arcón de barras de oro que, según él, está en Bolivia o Brasil:

1° — Que una abuela le contaba a su madre, cuando ésta era chica, que ella (la abuela) había oído en su tierna infancia, que un padre de su tío solía decir que un primo político residente en las Américas, tenía mucho dinero.

2° — Que más tarde la abuela supo que este sujeto murió sin casarse ni testar.

3° — Que hacía muchos años, unos señores de misteriosa catadura estuvieron en el pueblo, pidiendo referencias de la familia.

4° — Que un sacristán de la iglesia parroquial, antes de morir, había declarado que en una noche de tempestad, recibió la visita de un señor embozado que le propuso un pacto, y este pacto era arrancar del libro, donde se anotaban los casamientos y nacimientos, el “acta de bautismo” de un menor, que era pariente de una sobrina de la abuela.

5° — Que en el pueblo, todo el mundo decía que el primo político de un padre del tío de la abuela, había muerto en América, dejando oculto un tesoro.

6° — Que un lechero, paisano de su madre, había declarado cierto día, en rueda de amigos, y antes de un partido de pelota, que el sacristán de dicha iglesia había estado en correspondencia con ese desconocido y que, sin arrancar la hoja del libro, le mandó una copia del mismo.

7° — Y que él, el hombre del tesoro, está archirreconvencido de que el tesoro existe, y de que, si no existe, debe y tiene que existir, porque no puede moverse sobre la tierra un hombre que crea en un tesoro sin que éste no exista en alguna parte.

La vida del hombre del tesoro

La vida del hombre del tesoro es ambigua, pero abundosa en siestas largas y conversaciones metafísicas.

El hombre del tesoro, antes de preocuparse de descubrir el tesoro, se ocupa de encontrar una familia que tenga vínculos de parentesco con él, con su bisabuela o con el tío de su tatarabuela.

Hecho este hallazgo, se encarga de convencer a la familia de que él es el hombre adecuado para hacer la fortuna de ellos, y que a cuenta de los millones que encontrará, se encarguen, provisoriamente de alimentarlo. Luego repartirá los millones con ellos.

Resuelto este urgente y grave problema, el hombre no hace otra cosa que hablar del tesoro con la familia. Si alguno de los miembros de ésta ha soñado con dinero encontrado, el impostor manifiesta que es una antelación astral de la riqueza que inundará con torrentes de plata la casa que él, magnánimo, se ha decidido a favorecer.

Y desde que se ubicó, no busca el tesoro. Habla de él. Alienta las esperanzas de los otarios; describe, con una imaginación de cuentista de “Las mil y una noches”, todo lo que harán con el dinero una vez que lo desentierren. Cuando el entusiasmo decae, el cuentero se aparece un día con un montón de planos y mapas y le da a la familia una inyección de optimismo.

—¿Y el tesoro? — dirán ustedes.

Es que mi hombre cree en el tesoro. Cree; está firmemente convencido de que existe pero siempre de que no se le obligue a buscarlo.

Tanto habló del tesoro que él mismo se sugestionó; pero eso de abandonar cama, techo y puchero seguros para ir a trotar mundos con un pico, un plano y una pala a cuestras... eso que lo hagan otros...

Como dije, es un místico del engrupimiento.

EL HOMBRE QUE VA A LOS REMATES

Después de haber consagrado palabras melifluas a todos los malandras que infestan el orbe, quiero ocuparme de los hombres honestos a quienes reverencio desde el fondo de mi corazón, como Eneas a los penates griegos.

He dicho.

Y ahora hablaré del hombre que va a los remates; del que los domingos se proporciona un rato de virtuoso holgorio, acudiendo como juzgador de tierras, a los potreros donde se desgaña un martillero público, porque todos los martilleros son públicos, como se habrá dado cuenta el lector.



El hombre de los remates

Sabe ser cafetero, zapatero, lechero, sastre. Es ordenado y mó dico, y su alma sencilla se regocija en los cuadriculados blancos y rojos de los planos de remates donde aparecen flechas y cotas de nivel, y esos letreros edificantes que convierten un barrial efectivo, en un paraíso nominal.

Esa es su literatura.

Suele o no tener dinero, pero no importa. Su sueño es ese: estar al tanto del precio de la tierra.

Otras veces ha tenido algo, y por especulaciones desgraciadas ha perdido

lo que tuvo; pero ello no le impide ser lector de cuanto volante desparraman los sábados por la tarde los perdularios que subvencionan los rematadores para dar conocimiento a la humanidad que el próximo domingo se efectúa la gran pichincha; pichincha que de no acudir a ella constituirá el eterno remordimiento de esos empecinados que se niegan a ser felices mediante el desembolso de una modesta purretada de pesos.

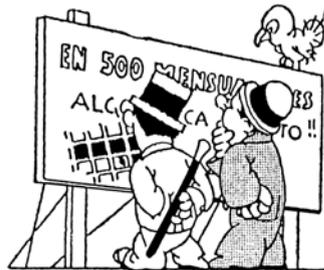
Y lo curioso es esto:

Que en su mayoría los que acuden a los remates son personas que no tienen cinco centavos, o mejor dicho, ni la plata para abonar las dos varas de tierra en que los van a enterrar.

—¿Por qué van?, me dirán ustedes.

Pues por nostalgia dolorosa; por esa necesidad terrible de ilusionarse, de no perder la esperanza de que algún día ellos también serán propietarios, a pesar de todos los reveses de fortuna que los han castigado hasta la fecha.

Van al remate porque con ese acto satisfacen la serie de cálculos fantásticos, que harán menos fantásticos y más reales las cifras efectivas de la venta pública. Parece mentira, pero es así. El remate viene a ser el contrapeso, el equilibrador de sus quimeras. Con el precio de una vara cuadrada introducen en sus ilusiones el elemento real del cual ellos se lanzarán, como desde un trampolín,



al País de la Propiedad. Todo esto, naturalmente, de un modo subconsciente.

Trenes gratis

De allí que esos días, en que hay trenes gratis “para afuera”, donde se lotearán fantásticas extensiones de estepa y de bañado, se vean llegar interminables caravanas de señores agobiados, macilentos, con sombreros descoloridos y trajes verdosos, todos en compañía de su correspondiente plano.

Algunos llevan una cestita para la merienda, y son patos bucólicos; señores que se darán un atracó de naturaleza y de fiambre de perro mediante la insólita pretensión de ser compradores presuntos de una de las partes de uno de esos lugares denominados “Bella Vista”, “Los Jacintos”, etc., etc., donde las únicas bellas vistas son caballos carbunclosos que devoran pacientes caranchos y los exclusivos jacintos, unos pajonales endiablados más parecidos a tembladerales que a llanuras de jacintos.

Estos señores suben con su cestito y la prole a los vagones; se instalan y luego examinan a sus compañeros de viaje, entablando las conversaciones adecuadas y eruditas que son del caso.

Porque el comprador profesional, o el hombre de los remates, tiene una erudición espantosa.

Él sabe que en el año diez, en tal lugar, se vendieron terrenos a cincuenta centavos la vara, que hoy cuesta treinta y siete pesos: él sabe las altas y las bajas de las propiedades según los barrios en que están instaladas. Es tan sabio que os predice y dice lo siguiente si a manos viene:

—A Ud. le convendría comprar en tal paraje, porque dentro de veinte años la vara que hoy cuesta tres centavos, costará diez y nueve pesos, y comprando mil varas, Vd. ganará pesos tantos, etc., etc..

El cerebro de ese hombre guarda más cifras que una tabla de logaritmos.

Pero si Vd. le pregunta porqué no compra él, no contesta; guarda un silencio angustioso, uno de esos silencios de soñador que ha fracasado; el silencio del hombre que sólo sabe que tiene permiso para acercar las narices a la cocina de la felicidad; nada más.

El hombre que se indigna

Pero observen Vds. a este hombre a la vuelta del remate, y verán qué transformación se ha efectuado en él. Ahora él solo llena de voces y protestas el vagón, pero voces y protestas que encubren una gran alegría. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Pues que nuestro personaje no está de acuerdo con los precios que alcanzaron los terrenos.

Le dice a todo el que quiere escucharlo, que el remate ha sido un robo, que él ni por sueño compraba una vara a ese precio realmente desproporcionado; y la gente que lo escucha, y ha comprado, lo mira con rabia, mientras que él apila cifras comparativas, enumera parajes y dice con el tono más convencido del mundo:

—No señores; a este paso no se puede seguir. Eso no es remate sino un robo. Y tan contento está, que eso sea efectivamente un robo, que al llegar a la casa, cualquiera creería que ha ganado la lotería, pues le dice a su cónyuge:

—¿Te das cuenta lo que es no tener experiencia? En el remate de hoy se clavaron un montón de ingenuos. Lo que es yo no compraba ni a la mitad de precio..

Y por ese insignificante detalle, por ese desacuerdo, el hombre que va a los remates vivirá feliz una semana, comentando el suceso con falsa indignación en la rueda de burgueses del barrio que sufren la agrí dulce pesadilla de “el sueño de la casa propia”.

CABALLEROS DEL PLUMERO Y DE LA ESCOBA

Estos días he vagabundado por calles con edificios de cuatrocientos cincuenta mil pesos, regocijándome en la contemplación de ese hombre de pantalón negro y chaleco con rayas amarillas y rojas que concienzudamente limpia umbrales y lustra bronce, mirando a la humanidad con un desprecio de ente bien nutrido y a cubierto de toda desgracia económica.

Sí; me he paseado por las calles Las Heras, Quintana, Juncal, Rodríguez Peña y Berutti y mi corazón se ha inundado de sano regocijo contemplando a estos caballeros del plumero y de la escoba, que entre balde y balde de agua, echaban un párrafo con una mucama o con un pinche de cocina.

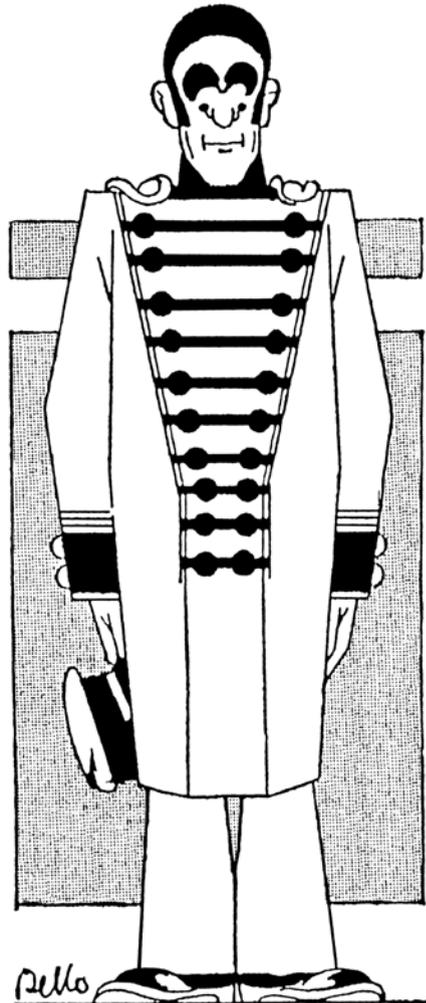
Aristocracia lacayuna

Yo no puedo ver, como los miembros del Ejército de Salvación, un hermano en Cristo en cada pelafustán que pasa a mi lado. Y menos en los señores mucamos, porteros, chauffeurs de casa grande, etc.; etc.; no. Estas gentes no son mis hermanos en Cristo ni en el diablo. Pero me deleitan. Contemplándoles el semblante, escuchando sus conversaciones, comprendo que el universo es un magnífico espectáculo de granjería, y me siento cada vez más humorísticamente misántropo.

Bueno; he comprendido o he descubierto a través de este paseo, que entre los porteros hay una graduación o un sentido de casta, exactamente como lo tienen sus patrones. Es decir: que hay lacayos más aristocráticos que otros. Así, en este orden, la institutriz de una "casa grande" viene a ser el escalón más elevado en el orden femenino; mientras que el mayordomo de la misma casa, en el género masculino, es casi un señor respecto al mucamo y un perfecto caballero respecto al lavapisos.

¿No es hermoso, no es bello y divertido esto? Y después están los señores literatos que se quejan de que no hay argumentos para novelas. Lo que sobran son argumentos.

Bueno; continuemos con los gentiles hombres del plumero.



A raíz de mis observaciones me he dado cuenta de que el portero de una “casa grande” no conversa con el vigilante de la esquina; esto sería rebajarse; pero sí se saluda con el cabo y dialoga con el sargento; un diálogo breve, guardando siempre las distancias, pero diálogo humano, al fin, porque el sargento es, dentro del orden policial, un grado, es decir, un aristócrata en su mínima expresión.

En cambio el lavapisos conversa con el vigilante, pero él a su vez, no le echa pasto al vendedor ambulante ni al diariero ni al vendedor de guías sociales que sudoroso se detiene a ofrecer su aristocrática mercadería.

Donde se continúa con el gracioso gremio

Naturalmente, con las debidas distancias.

Y digo con las debidas distancias, porque el criado de una familia que tiene cincuenta leguas de campo, se considera más aristocrático y encumbrado que el sirviente de la familia que sólo tiene treinta leguas de latifundio.

Parece mentira que así sea, pero para salvación de las columnas de la sociedad, esto es tan cierto que jamás se ha escrito verdad tan evidente por sí misma. A su vez los chauffeurs de dos casas grandes se relojean con la misma aprensión, pues si uno comanda un Rolls-Royce y el otro un auto de serie, demás está decir que el del coche primero se considera un Enrique Larreta del volante junto al otro que no pasaría de ser un oscuro poeta de parroquia.

Por la mañana todas estas fieras confraternizan en la exhibición del cubo, la escoba y el estropajo.

Entonces es una delicia observarles desde las esquinas cómo limpian a conciencia los umbrales y cómo se les enrojecen las jetas al fregar el piso de los garajes.

Conversan de puerta a puerta, mascan las palabras; se cuentan las peleas de los amos, los apuros de los “niños”, las rabietas de las “niñas” y un torrente de miserias se desliza por la calle resplandeciente, donde los únicos hombres libres son los perros vagabundos que pasan por allí con la cola enarbolada y las orejas en capotillo gozando el aire de la mañana.

Luego, las puertas sólidas como para resistir todos los embates de la revolución social, se cierran, y en la calle, únicamente los gorriones saltan de un árbol a otro.

Por la tarde

Por la tarde, los caballeros del estropajo están de chaleco blanco, cuello blanco, corbata blanca y traje negro. Otros, en cambio, ostentan libreas de embajadores con más firuletes que la casaca de un mariscal, tiesos en las puertas, como si el destino del mundo pendiera de sus manos. Esto ocurre en las calles Juncal, Avenida Quintana, Berutti, etc., etc., en el llamado Barrio Norte.

Los chauffeurs de casa rica, (éstos ni por broma son comunistas como los del taxímetro), se pasean gravemente frente a sus coches, mientras los porteros, con las manos atrás, miran el horizonte.

No se aburren de esa vida. No sienten su inferioridad. Son felices.

Cada uno de estos hombres, que tiene casa y comida, ahorra dinero. Mes a mes ponen sus pesitos en el banco, luego, un día, terminan casándose con una criada que también ha hecho economías, y como un manso reguero de agua sucia, la vida va pasando ante sus ojos sin que una inquietud ni un problema espiritual hayan venido a conturbar el corcho de sus conciencias.

Y muchos fallecen sin saber que sobre la tierra apareció un hombre que se llamó Lenin.

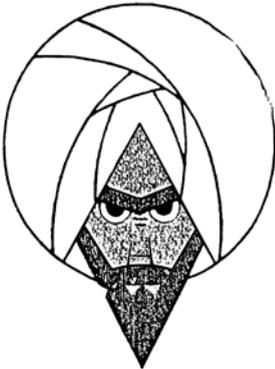


EL QUE VENDE LA FELICIDAD POR UN PESO

Hoy, al salir de mi casa, en el umbral vi un impreso que me apresuré a recoger, pues sin creer como Abderramán, que en todo papel escrito puede estar la palabra de Dios, me inclino a admitir que en todo volante hay algo que nos interesa, aunque sea para hacernos sonreír.

Recogí el papel y pude leer:

“Curaciones asombrosas”. Hipnotismo. Sugestión. Magnetismo. Por el célebre profesor X. Calle Tal. Ciudad Cual. (Provincia de Buenos Aires).



Donde se continúa con el profesor de picardías

La primera observación que se me ocurrió fue ésta:

Este charlatán y pícaro, de yapa, está acomodado con la policía de la localidad, pues a medida que leía, mi estupefacción crecía; y no sin motivo.

Por ejemplo, al llegar a este párrafo:

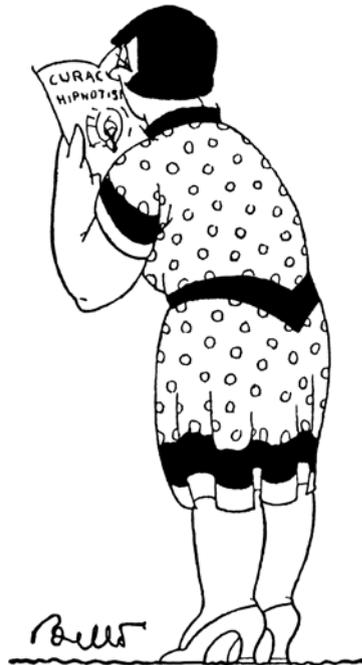
“Los desahuciados de los médicos, los que padecen de enfermedades incurables, los atacados de daños, brujerías y maleficios, como todos los que quieren adelantar en sus negocios..., venid a mí, y hallaréis el bálsamo consolador de todos vuestros males. Consulta, \$1; por correspondencia, 2”.

Y volví a decirme:

Es indiscutible. Este malandrín está acomodado con la policía, pues de otra forma no es posible aceptar que semejante bergante engatuse a sus prójimos, prometiendo curarlos de sus enfermedades incurables; haciendo a un mismo tiempo de médico sin serlo, de brujo de grupo, de financista de macana y de conquistador de amores con ventaja.

Porque en otra página leí:

“Mujeres solteras: ¿Casaréis con el elegido de vuestro corazón o tendréis que conformaros con el hombre que el acaso os depare? ¿Sabréis libraros del eterno solterío? ¿Podréis del mismo modo sujetar a vuestro novio, amante o enamorado y tenerle preso a la influencia de vuestra voluntad sin temor a la rivalidad de otras mujeres?”.



En este tono celestinesco, continúa el aviso exponiendo todas las ventajas que se adquieren mediante el módico desembolso de un peso moneda nacional. Nada más. Un peso. ¿Se dan cuenta Vds.? Por un peso este caballero ofrece las susodichas maravillas. ¡Y en las barbas de la policía!

La piedra imán

Dice este nene, refiriéndose a sí mismo: “Después de muchos años de estudios, (¿En dónde?, ¿En la cárcel?), y de un escudriñamiento científico el profesor X ha descubierto este talismán que da la verdadera fuerza que hay en el hombre para gobernar y dominar a los otros. Ha penetrado hasta lo más íntimo de los secretos del poder misterioso. Ha recogido grandes tesoros mentales del mundo antiguo. Y sólo se encuentra este poderoso descubrimiento y secreto en casa del Profesor X. Calle Tal, ciudad Cual, quien lo envía con instrucciones completas por la módica suma de \$10 moneda nacional de curso legal”.

Uno se pregunta: ¿cómo es que este señor no utiliza el secreto para sí y para “enriquecerse” y “gobernar a los hombres” en vez de venderlo por 10 pesos a todos los papanatas que creerán en sus macanas?

Porque este buscavidas es un furbo.

Se dirige a toda categoría de tontos que enriquecen el universo con su ingenuidad de recién caídos del catre.

Yo, me lo imagino, según éste se representa en la cubierta de su malhadado aviso, con un turbante de fakir apócrifo y una túnica blanca que confeccionó con una sábana, para engatusar a los crédulos.

Es exactamente el caso del hermano José, del cuento de Enrique González Tuñón. “Ni ma, ni meno”, como decía el andaluz del esperpento.

Y saldrá al encuentro de las visitas exclamando: “Alabado sea el nombre de Jesús”, y mirando de través y ahuecando la voz, seguido de un gato tramposo y con un mochuelo amaestrado en el lomo.

El talento de este buscavidas

De más está decir que este perfecto ejemplar de buscavidas ha escogido un lugar de provincia para ejercer sus malas artes, con el solo objeto de estar a cubierto de las persecuciones policiales, pues aquí en la capital, no le dejarían medrar, y después porque donde él opera, es un pueblo abundante en gente de entendimiento sencillo y de escasa cultura que, debido a sus problemas económicos, tienden a recurrir a los poderes sobrenaturales para llenar la olla; que merman considerablemente la pobreza y los numerosos hijos.

Estos embaucadores son los más peligrosos enemigos del hogar del pobre. Introducen en él la discordia, las rencillas, los pleitos; separan a la esposa del marido, enemistan los vecinos, inventan maleficios que le achacan a pobres diablitas tan ignorantes como las consultadoras de embrujamientos absurdos y, en fin, son la cizaña del barrio, la mala hierba que hay que sacar a garrotazos donde brota, pues sino se aferra, y son tales los disturbios que provoca que es asunto de nunca terminar.

Y resulta más que significativo que la policía de esa ciudad, tan pronto para apalea operarios, admita en su distrito vividores de semejante catadura, que lo único que hacen es enriquecerse a costillas de la ignorancia de la pobre gente.

Esto que puede hacer reír como argumento de un cuento, es muy serio cuando se concreta de semejante forma. Y la indulgencia en presencia de estos asuntos turbios no es indulgencia, sino complicidad.



LOS PICNICS

Si uno en la mañana del domingo se acuesta temprano, puede ver frecuentemente que por los caminos que conducen a los pueblos de campo pasan camiones de empresas de mudanzas cargados de docenas de señoras y señores que van “a divertirse al campo”, consistiendo la dicha diversión en la realización de un picnic.

El atavío de éstos personajes es curioso, pues los varones van de pijama, alpargatas y sombrero de espantapájaros, mientras que las del sexo débil se envuelven en guardapolvos, y vocean todos a coro, pues de otro modo no es posible demostrar que se está contento.

El picnic

El picnic es casi siempre la consecuencia de una confabulación de los empleados de distinto sexo de una tienda.

Esta gente, que tiene tiempo durante toda la semana de acumular nostalgia de cielo y de pasto, el día jueves ya comienza a tramar la diversión y a trazar los planes estratégicos para surtir a la tribu de fiambres y cerveza. El día viernes el estado mayor de la tienda concreta sus elevadas aspiraciones bu-cólicas mediante la confección de una

lista de adherentes y la correspondiente suma a depositar para la ejecución del plan campestre.

El día sábado los conjurados al fiambre de burro y a la cerveza de maíz, dedican todas sus energías a contemplar el cielo para ver si no se enturbiará y a consultar los boletines meteorológicos.

Satisfecha esta evidente curiosidad científica los personajes de ambos sexos según las simpatías que tienen, conciertan en hipótesis los placeres que disfrutarán retozando en lo verde.

Cada uno expone su punto de vista, y estos hombres que trabajan cerca de catorce horas diarias durante los trescientos y tantos días hábiles del año, sienten que se rejuvenecen con las proximidades del domingo y el dilatado panorama de hierba que se desenvuelve ante sus ojos.

Y el sábado a la noche se acuestan temprano para despertarse vigorosos el domingo.

La penosa diversión

Yo, para mi gobierno, pienso que no hay diversión más insulsa que esa diversión que tiene que derivar de una sociedad de gente aburrida.



El primer sacrificio que requiere el picnic es levantarse temprano, dejar la cama, el más bello invento que ha hecho el hombre desde el principio de los siglos.

Una vez a bordo del camión, viene el consiguiente viaje, con sus pinchaduras de gomas, los sacudones bestiales de la maquinaria y ese espectáculo de la ciudad que duerme los excesos de la noche del sábado.

Pero como toda esa gente se ha reunido para divertirse, no hay vuelta, tienen que demostrarlo y la prueba más gráfica, quiero decir, la prueba más fonética de que se divierten, son esos alaridos de pieles rojas que lanzan en las soledades de las calles dormidas.

Estos alaridos despiertan al vigilante esquinado en la recova de un almacén y alarman a los perros forasteros que recorren las desiertas aceras con aire de personas joviales.

Los perros caseros, en cambio, ladran desaforadamente al paso de esos perturbadores del silencio dominguero.

Gritando de esta forma, la cáfila de caballeros y señoras llega al campo. De más está decir que llegan con la garganta hecha un pergamino.

Y para divertirse, comienzan a cobar mate.

Cierto es que el mate cualquiera puede tomarlo en su casa y en la cama si tiene una madre indulgente o una hermana cariñosa, pero lo divertido es tomarlo en el campo, aunándose con el pasto verde, tropezando a cada momento con arañapollos y clavándose espinas gigantes en los pies y en las manos. La diversión continúa de esta forma con exploraciones de ingenuidad, buscando entre los matorrales tréboles de cuatro hojas, asustándose de las mocitas de cualquier bichito y alardeando los mozos de valientes e invencibles, y planteando la grave hipótesis de qué es lo

que ocurriría si apareciera por allí un tigre o una serpiente boa.

Esta diversión continúa así hasta las once de la mañana, en que comienzan los divertidos a desenfundar el fiambre que no huele a dormido, sino a muerto, y en que se coloca la bomba en el fatal barrilito de cerveza que acompaña como instrumento clásico a todo picnic, por más modesto que sea.

Luego viene el almuerzo, con su asado con cuero en que todo es cuero y nada es asado, pero como la gente ha ido allá a divertirse y no a hacer gastronomía, todos embaulan la suela salada, caliente y fibrosa, y terminado el fiambre de caballo y la cerveza recalentada y amarga, los "picnistas" resuelven dormir la siesta, porque también la siesta es un elemento de diversión; pero nadie duerme, porque para dormir sobre el suelo es necesario tener el cuero duro y no sensible al picotazo de los bichos colorados, de los pastos reseco, mientras que el reverbero del sol en el horizonte hace que nadie pueda dormir con ese globo rojo que flota ante los párpados una vez cerrados los ojos.

Y así pasa la tarde. El divertimento ha sido pura composición de lugar e intelectualismo bucólico.

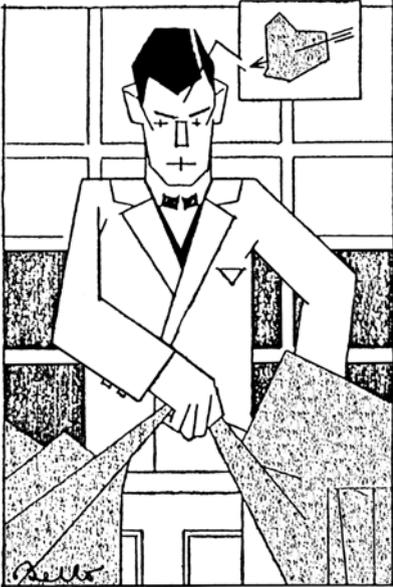
Y tan es cierto que nadie se ha divertido, que estos "picnistas" cuando regresan en los camiones al crepúsculo, para que la gente crea que se han divertido bárbaramente, aúllan por las calles como condenados, vociferan, agitan sus inútiles sombreros de paja, mientras las mujeres lanzan alaridos de "cautivas" y saludan a los que pasan.

Esa noche todos duermen como lirios. Y esa es la única, la efectiva alegría que les ha deparado el picnic: hacerles apreciar que la casa ciudadana es más cómoda para vivir que el campo con su falsa poesía y sus arañapollos.



¿ME CASO CON UNA NIÑA BIEN O CON UNA PROLETARIA?

He recibido una carta de carácter extraño, que contestaré porque creo que la naturaleza de su asunto va a interesar a mis lectores.



Un señor, que reserva su nombre y que posiblemente sea joven, me escribe diciéndome que es empleado “y bien parecido”, por lo cual tiene oportunidad de elegir novia entre las mujeres que le plazcan, “pero quisiera saber con qué clase de mujer debe de casarse”.

Yo en principio opino que uno no debe casarse ni en broma, pero ya que éste señor parece estar resuelto a atarse una rueda de molino al cuello le contestaré.

Diferencias sociales

Comienzo por creer que hay diferencias sociales que el amor más grande no nivelará jamás.

Estas diferencias sociales son consecuencias de educación y costumbres.

Ejemplo.—

El señor que me consulta, “bien parecido” según él y posiblemente lo sea, es empleado.

Quiere decir esto que siendo empleado ganará toda su vida un máximo de doscientos pesos y si es un genio en los negocios, llegará, cuando tenga cincuenta años, a ganar cuatrocientos pesos; pero eso por un milagro. Más, en la actualidad es joven y me cortaría la cabeza si gana más de doscientos pesos.

Ahora, según él, puede elegir para casarse entre las mujeres que le agraden, es decir que en principio parecen agradaarle todas, lo cual es un mal principio, y en principio desea saber con qué tipo social de mujer debe unirse para ser feliz, si una empleada o una niña bien, es decir: una muchacha perteneciente a la clase media. El asunto en sí es interesante, sobre todo si se comienzan a deslindar posiciones... y estas posiciones son las características que acompañan la vida de dos estados sociales tan semejantes como el de los empleados y proletariado en general, y el de la clase media y su inmediata, la aristocracia, que aquí no se cuenta porque no interesa como elemento de nada.



La clase media

Yo entiendo por clase media la de los empleados que ganan sueldos crecidos y la de toda familia que empieza por tratar de ponerse en condiciones de cumplir con los deberes sociales adquiriendo un juego de sala. Esta definición parecerá humorística, pero es exacta en lo que se referiría al punto de partida de la clase media.

Ahora bien: la clase media, en razón de su estado de “dolce far niente”, ya que el padre es el único que trabaja, y para la olla, adquiere unos hábitos de vida que se denominan con este bonito eufemismo “hacer sociabilidad”.

Hacer sociabilidad consiste en tomar la vida en su aspecto más lindo y liviano: pasear, divertirse, comer bien, si se puede y sino paciencia; aunque para ello la sirvienta incluso los patrones, tengan que pasar apuros estomacales bien serios.

Ahora bien, para hacer sociabilidad no hay que lavarse la ropa ni plancharla, ni fregar pisos, porque la mujer que se dedica a esos brutales menesteres pierde la finura de las manos y de la tez, condiciones indispensables para actuar con éxito dentro del campo de la sociabilidad.

De allí que existan sirvientas. Estas sirvientas existen para librar a la clase media de los trabajos que no le permitirían hacer sociabilidad con éxito; pues el tiempo que la sirvienta ocupa en barrer y planchar, la clase media lo emplea en adornarse y hacer ejercicios que garanticen la inmunidad de su belleza a través de los años y los siglos. Lo cual es muy laudable porque cada uno defiende únicamente lo que tiene.

Donde se complica el asunto

Se me ocurre la siguiente reflexión. Si usted dedica la mitad de su vida a embellecerse y la otra cuarta parte en

esperar un cliente de su belleza, que tanto le cuesta, demás esta decir que no se casará ni con una fregona ni con un carbonero.

Cuando esta anomalía se produce, las familias bien constituidas la denominan una desgracia. La desgracia consiste en que una niña destinada por el tiempo que perdió a casarse con un gerente de banco, se case, en cambio, con un vendedor de pescado.

Sin extremar la nota de contraste, diré que “desgracia” consistiría en que una damita acostumbrada a tener sirvienta se case con un infeliz que no le puede mantener esa sirvienta.

Se trata de una diferencia de cien o cincuenta pesos en el sueldo, nada más, pero esta diferencia es tan fundamental en esencia, que luego constituye la base de terribles desavenencias que agriarán al matrimonio para toda la siega.

Ahora, elija

Ahora elija; pero si inevitablemente usted se considera necesitado de esposa, no elija una mujer que esté cinco centímetros socialmente por encima de su nivel. Si usted es obrero, cátese con una muchacha que sepa lo que es el trabajo; si es empleado, elija una empleada; pero nunca, ¡nunca! siendo empleado de doscientos pesos, elija una muchacha que veranea y tiene sirvientas.

Esa mujer, el día que se haya aburrido de usted se convertirá en su enemiga. Y en tan enemiga suya que su único placer será morderle los tímpanos con reproches atroces; en perseguirlo de tal modo con sus recuerdos de “cuando estaba mejor” que llegará un momento en que la única liberación será para usted una decisión que las personas sensatas denominan “una locura”. Pero para usted eso no será una locura, ¡tan loco lo han vuelto ya!...



EL HOMBRE QUE TODO LO TOMA A LO TRÁGICO

La otra noche me encontraba con el amigo Carlitos Feildberg en el sótano de Esmeralda y Corrientes cuando penetró un sujeto protervo: espaldas cargadas, traje color chocolate, nariz ganchuda, mirada de Oteló de provincia, bastón y ademán procelosos o recelosos. (Creo que es más o menos lo mismo, aunque a mí me gusta más el término proceloso.)

Continuemos con la historia.

Penetró el hombre hasta cierto lugar del salón; luego se quedó investigando el semblante de la concurrencia, como si juzgara si esa asamblea de desconocidos era digna de ser honrada con su presencia, y resuelto este tema de importancia mundial para él, el sujeto optó por sentarse y ordenarle al mozo que le trajera un cóvico.

Le trajo el crosta el cóvico pedido, y nuestro hombre, en vez de beberse el dedal de cerveza, quedóse mirándolo de través, como si allí hubiera arsénico o cianuro (que esta vez no es lo mismo). Luego rezongó algo que se refería a la cerveza alemana y a la imprescindible necesidad de que el café mencionado importara dicha cerveza para poderle contar a él como cliente, y más tarde,

a regañadientes, guluzmió el dedalito de cerveza.

El hombre que la toma a lo trágico

Entonces Carlitos me dijo:

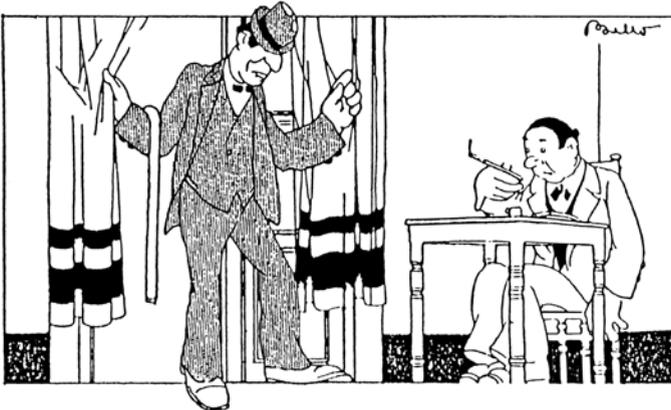
—Ahí tenés un protagonista para una de tus notas periodísticas. Ese hombre toma a trágico todo en la vida.

Y comenzó una historia que no les contaré sino en parte, pero que si se la hubieran oído contar a Carlitos se chupaban los dedos y le daban un abrazo al hombre que toma la vida “en” trágico.

Ante todo, el hombre que toma la vida en trágico es un tío que se dedica a los negocios. Todos los negocios que ocupan las actividades del hombre trágico son negocios lógicamente siniestros y sombríos. Negocios donde se habla de miles de pesos y donde, entre el “trágico”, el “vivo” y el “furbo”, ni juntan cien patacones. Pero los negocios son de miles. De miles de miles. Así, el otro día, el “trágico” se acercó a Carlitos y le dijo:

—Voy a fundar una revista titulada “Investigaciones de Policía”.

Ahora bien: hay que saber cómo dijo esto el sujeto.



Se acercó a la mesa en que estaba mi amigo y miró en redor, como un conspirador de ópera. Asegurado así de que ningún peligro amenazaba su preciosa vida ni de que en las mesas cercanas se tramaba un complot para exterminarlo, el hombre se sentó, y procedió a explayarse.

Primero acercó la cabeza a mi amigo, luego la retiró prontamente; apoyó una mano en la rodilla, miró en redor, dirigiendo una mirada siniestra, acercó nuevamente la cabeza a la oreja de mi amigo y dijo, con voz cavernosa:

—Se enferma la perra con mi revista “Investigaciones de Policía”.

Manifestado de modo tan magnánimo, y claro los efectos sociológicos de su futura revista, el hombre retiró la cabeza, miró otra vez en redor como si se encontrara en una cueva de asesinos, y acercó su pétreo cráneo a la oreja de mi amigo, diciéndole:

— Ya sabe; si necesita un carnet..., puede matar hasta cristianos con su automóvil...

Manifestóle Carlitos, en esta oportunidad, que él no tenía ni la fiera de Selim el Loco ni la sed de sangre de Iván el Terrible, y que sólo se conformaba con despanzurrar gallinas y en marchar de contramano, de modo que suponía, dado el tono siniestro con que éste fatídico personaje le ofrecía el carnet, que el carnet le salvaría en hipótesis de numerosas boletas policiales.

El sujeto teatral

Una revista me recriminó, una vez que yo me desayunara todas las mañanas con autores geniales, y, por lo tanto, hoy me voy a desayunar conmigo mismo, es decir, que como el Fénix voy a renacer de mis propias cenizas. (Este párrafo es digno de un editorial de periódico de parroquia; bimensual e independiente).

En mi novela “El juguete rabioso” que hace dos años salió, yo me ocupaba de un

personaje (cierto niño ladrón) que todo lo tomaba a lo trágico y que en su vida cotidiana acompañaba las actitudes más insignificantes de una teatralidad de actor cinematográfico; pero de esos artistas que hacen de apaches y facinerosos de distinta calaña.

Este personaje es real, y vive exclusivamente para eso. Para tomar la vida en trágico. Eso, en vez de hacerlo desgraciado, lo hace enormemente feliz. Cuando Vd. se acerca al hombre trágico o teatral, éste ya compone la catadura, y si usted le pregunta por su salud, le endilga tal ristra de enfermedades que usted cree encontrarse ante un manual de Sergent o Testut.

Si le interroga de cómo le va en su casa, el hombre medita, dijérase que está pensando los destinos de la humanidad, y luego dice, con un tono de pocos amigos:

—Satisfactoriamente, caro amigo; satisfactoriamente...

El hombre que toma la vida a lo trágico, experimenta un placer extraordinario en hacerle creer al pacífico transeúnte de media noche que él es un atracador peligroso. Y cómo se estremece de satisfacción truculenta cuando, al pasar frente a un conciliábulo de malandras, éstos le miran con desconfianza, como si vieran en él a un agente de investigaciones. Su modalidad es ésta: aparentar siempre lo contrario de lo que es, como esos perros lanudos, que después de esquilados, no se sabe si son perros, lobos o qué.

Y por una de esas contradicciones que fundamentan la vida del individuo, el hombre que toma la vida a lo trágico recoge de ésta existencia satisfacciones incalculables. Y es que en esencia es un poeta; uno de esos poetas que después de atracarse de tallarines, como Capdevila, departen de teosofía, o hablan de que “Melpómene, la diosa de la tragedia viene...”

CONGRESO DE CHARLATANERÍA

Anteayer llegó el segundo campeón del Congreso de Oratoria organizado en Washington (Estados Unidos). El primer premio lo obtuvo un francés, cosa que no nos extraña, porque en Francia la lata estuvo siempre de moda y tuvo conspicuos representantes de lo "vacío".



El hecho de que un argentino haya obtenido ese premio, no debe enorgullecernos, sino llenarnos de tristeza. Esta es, por lo menos, mi opinión.

El latero sudamericano

En todas las repúblicas sudamericanas predomina una especie de admiración indígena por el charlatán de plaza pública. Es algo que caracteriza el poco valor que se le concede al tiempo y la señal más efectiva de que por todas partes hay verdaderas brigadas de vagos que se deleitan escuchando al latoso.

De este modo el que desbarra más largo tiempo, por ejemplo, sobre un ladrillo o sobre la democracia, el tipo que llene más recursos para divagar duran-

te horas y horas acerca de un tópico cualquiera, es considerado como un personaje inteligente, capaz de albergar en su caletre soluciones para todos los males sociales.

Todos estos oradores de plazoleta son devotos de Almafuerte y de Santos Chocano. Todos estos oradores de plazoleta elucubran a chorros.

Tal es lo que ha ocurrido en el Congreso de Washington.

Se ha concedido diploma de latero al tío que más resistencia demostró para vociferar horas y horas en un torneo que aparece como la apoteosis de la zoncera humana. Y es zoncera porque los acontecimientos sociales de nuestra época demuestran que la oratoria pertenece a un periodo que tiende a desaparecer entre las clases políticas supercivilizadas; por ejemplo: las dictaduras. Ya sean éstas rojas o negras. Así en Italia; así en Rusia.

Mussolini y los charlatanes

Mussolini, y no se puede negar que es hombre de acción, se simpatice o no con él, Mussolini es tal la repugnancia que siente por los lateros que, además de demostrarlo en sus discursos sintéticos



y enérgicos, ha prohibido en Italia que los fascistas se dediquen a la oratoria.

Se explica esto.

¡Claro que se explica!

La oratoria está destinada a hacerle pasar blanco por negro a los oyentes. Necesita embaucarlos con palabras porque le faltan hechos demostrativos. Es decir, que es un arma de las democracias cojas, de los partidos de advenedizos y de los políticos que nada tienen que decir.

Esta es la verdad. Un hombre que necesita “decir” cosas las resume en escasas palabras porque ocurre el fenómeno curioso de que las palabras son, respecto a los sucesos, como un baño de cobre sobre un objeto de oro. Encubre la calidad de éste, la hace menos visible.

De allí que los discursos del Duce sean brevísimos, pero tan enérgicos que se concibe su efecto sobre la masa.

Oratoria roja

Por otra parte, tenemos la oratoria roja. Opíñese lo que se quiera sobre los bolcheviques como sobre los maximalistas (nosotros no nos ocupamos de política, al menos en esta sección), la oratoria roja es sintética y clarísima. Anota hechos. Basta leer a Trotsky, a Lenin, a Bujarin, Zinovieff y otros para darse cuenta qué sacrificio de palabras inútiles han hecho estos revolucionarios para presentar los hechos en su más vigorosa descarnadura.

“Hemos fusilado”, “hay que desarrollar violencia”, todo se sucede en un ritmo seguro y vital. Quien no entienda, por lo menos el espíritu de lo que ellos dicen, tiene que ser un mentecato.

Lo mismo ocurre con los informes y discursos de los jefes de industrias norteamericanas. Basta leer a Henry Ford para darse cuenta del valor que un empe-

rador de industrias posee respecto de las palabras. Estas pierden su rol engañoso para asumir el de coeficientes de sucesos, y entonces se admira la parquedad de estos individuos, que teniendo mucho que decir desprecian, en absoluto, las engañosas de la oratoria, arma de abogados dedicados a la política y de gente que quiere medrar de un modo o de otro.

Y si después de revisar los modelos citados se llega a la oratoria de las republiquetas americanas, es cosa de agarrarse la cabeza.

Es el triunfo del que nada tiene que decir y se pierde en períodos dorados. Sobre cualquier cosa improvisa un discurso, como esos malos periodistas que sobre cualquier tema escriben tres columnas reglamentarias. El caso es llenar las tres columnas. Y luego se marchan tranquilos y contentos.

Los hechos necesitan pocas palabras

Debemos a la sagacidad de Talleyrand el dicho de que “el Señor ha concedido al hombre la palabra para ocultar su pensamiento”, y de más está decir que esta es una verdad de cajón, pero de cajón de automóvil.

Los hechos no necesitan palabras. Por sí solos seducen de tal forma que las palabras molestan. Tienen que ser las precisas, y aun así sobran muchas.

Y pensamos que si un orador dijera, durante cinco horas de charla, verdades tras verdades, ese hombre haría partirse la tierra en dos, en tan pocas palabras se resume la verdad. De allí que consideremos una desgracia el premio concedido a un argentino, porque este argentino tendrá, dentro de poco tiempo, imitadores a granel. Y será cosa de andar por las calles con algodones en los oídos.



EL POETA DEL DOMINGO PORTEÑO

Horacio Rega Molina puede jactarse de ser tan feo como un babuino. Y por eso es que para escribir los más bellos poemas que conocemos se encarama en un cocotero y con una estilográfica norteamericana, alentado por sus hermanos los cinocéfalos, dedica perfectas estrofas al domingo porteño.



Mientras cumple esta bella labor, los orangutanes arrancan cocos para alimentarlo, según conviene a un poeta de su estofa; y los monos le ofrecen dátiles, y el horroroso, velludo y genial, se resarce de toda la fealdad que un hada mala puso en él, burilando estrofas magníficas.

Los poemas que ha escrito los ha titulado "Domingos dibujados desde una ventana". Sin embargo, yo creo que lo más prudente hubiera sido este otro título:

"Domingos dibujados por un cinocéfalo".

Un escritor perfecto

¿Se han detenido ustedes alguna vez frente a la vidriera de una agencia de automóviles? Si se han detenido, no dudo que lo primero que les ha llamado la atención, entre los repuestos dedicados a la curiosidad científica de cierto público, son los engranajes y los cigüeñales.

Sobre todo los cigüeñales. Son perfectas realizaciones de tornería micrométrica que admiran al tiempo que asombran, pues sabemos que están contruidos de

acero-cromo-níquel y al mismo tiempo trabajados con tanta seguridad y delicadeza que involuntariamente se llega a admitir que no hay poeta que haya escrito un poema tan magnífico como la biela y el piñón, que una fábrica norteamericana lanza al público por series.

Pues bien; los poemas del babuino son tan de una fuerza extraordinaria como la que tienen que transmitir estas bielas; son tan bellos en sus periodos como las curvaturas y las falsas escuadras armiosas de un cigüeñal de ocho cilindros.

No en vano los orangutanes le ofrecen cocos; y los monitos brazadas de verbena.

Es un poeta perfecto. Esto es todo lo que cabe decir, al menos dentro de la poesía americana.

Los domingos porteños

Todo su libro compendia la tristeza del transeúnte anónimo y pensativo por las calles de Buenos Aires durante las tardes del domingo.

Dice:

*"La calle se ha llenado
de parejas furtivas.*

Un ómnibus vacío

compendia mis dolores,

Y siento que las únicas

manos caritativas

Son las manos de bronce

que hay en los llamadores."



Luego continúa:
*“El domingo es el drama
 del hastío y del ocio.
 Es un palo vestido
 con cintas y sonajas.
 Deseo madrileño
 de poner un negocio
 Con un billar de lance
 y un mazo de barajas.
 Es en cualquier esquina,
 el bastón, el sombrero
 De un burgués que se mira
 los botines lustrados
 Y la satisfacción
 de un sobrio jardinero
 Que anda por una calle
 con árboles podados.”*

Así continúa la letanía del domingo “triste como un desfile del Ejército y Armada”; el domingo aburrido de esos empleados que vemos a la sombra de las cortinas metálicas pasar con sus criaturitas de piernas flacas y un sombrero alado de cintitas que preparó diligente la madre que se ha quedado “en casa”.

Por el poema van desfilando los tristes faroles chinoscos, y los coches vacíos, reumáticos y terrosos; mientras que los mozos de los cafés recogen los toldos y las luces se encienden en los zaguanes.

El domingo del niño

Y después de pasar por los domingos que disfrutaban tristemente los mayores, de los domingos con sus grupos de gente frente a los remates en las afueras de la ciudad, el poeta se detiene en la enorme tristeza del domingo infantil; el domingo que muchos chicos porteños sufrirán actualmente y siempre; el domingo de vísperas de examen.

Escribe:

*“Mañana el maestro
 dará prueba escrita.”*

*Mi infancia no tuvo
 sino días malos.
 Sentada en un banco
 mi infancia recita:
 Colón ha partido del
 puerto de Palos.”*

¿Cuántos alumnos porteños pueden decir lo mismo? Muchísimos. Todos, todos hemos pasado por ese amargo trance de ver caer la tarde del domingo, mientras afuera se oían los gritos de los chicos y nosotros teníamos que aprendernos de memoria “Colón ha partido del puerto de Palos”.

Continúa:

*“Es día domingo.
 Llovizna. Hace frío..
 El cuarto es muy grande;
 yo estoy solo en él.
 Parece que arrastra
 en el cuarto sombrío
 Su cola de seda
 la reina Isabel.”*

Lo que dijo Unamuno

Unamuno ha escrito de este muchacho:

“Les digo a ustedes y le digo a Rega Molina que no sabe todas las de metafísica que me ha suscitado con sus versos.”

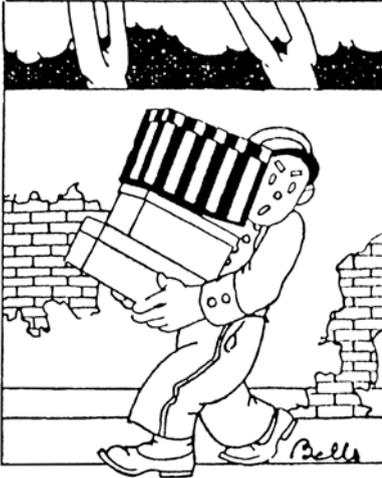
Ajeno a la envidia de sus colegas, el muchacho ha continuado por su camino, y al revés de los otros, que sólo pueden hacer mediocre belleza con nobles elementos, éste ha recogido de las calles porteñas, del escaparate porteño, de los paseos porteños, de las antiguas casas porteñas, todos los elementos sencillos, tímidos y olvidados que le permiten construir poemas tan perfectos hasta el punto de hacerle escribir al señor Leopoldo Lugones, refiriéndose a sus sonetos:

“Catorce sonetos que tengo para mí como una de las más completas realizaciones de la moderna poesía castellana.”

Y tiene razón.

EL CHICO DE LOS MIL OFICIOS

Hay dos clases de chicos dedicados a ganarse la vida. Los chicos que desde pequeños son normales y se agarran como una lapa a la roca en el empleo en que los pusieron a trabajar, y el otro chico, el chico rotario, errabundo y versátil; el chico que hace diez mil oficios desde los ocho a los diez y nueve años de edad; chico que siempre tiene sobre su cabeza suspendida la profecía de terminar en la cárcel, según las comadres del barrio.



Estos chicos extraños, son los que en las cintas cinematográficas siguen y descubren la guarida de un criminal; estos chicos son los que ayudan a Sherlock Holmes en sus investigaciones en los barrios del bajo Támesis; estos chicos son los que hacen macanas descomunales y que, a veces, llegan a ser como Edison, inventores sempiternos, y otros como Smith, candidatos a presidente de un gran país.

Los chicos inquietos

Pertenecen a las clases más pobres de la sociedad y son psicológicamente in-

quietos. Les gusta el trabajo, pero éste los aburre pronto. Sin saberlo serán los hombres más desdichados de la tierra, es decir, los que nunca estarán bien situados en el lugar que escogieron en un momento de entusiasmo.

Por lo general, el chico de los mil oficios, no es como creen en la casa, un incapaz ni un holgazán, sino un pequeño individuo prematuramente cansado.

Cansado de modo especial.

Para él el trabajo, un oficio, sería el medio de descargarse de ese aburrimiento de que no tiene conciencia sino en pequenísima parte.

Así, un día le entusiasmará ser vidriero. Concibe la felicidad bajo la forma de pasarse cortando vidrios con un diamante toda la vida. La cansará a la madre para que lo saque de la carbonería, donde se pasa la vida tragando polvo de carbón, para que lo coloque en lo de un vidriero; y la pobre madre trotará de un lado a otro, importunando a los vidrieros y ferreteros que conoce, para que le reciban al menor en consignación.

Por fin, algún diablo apiadado recibe al pelafustancito, y helo en su nuevo



oficio de descolgar baldes, barrer el piso, hacer masilla, pero “cortar vidrios”, “colocar vidrios” eso sí que no lo permitirá el nuevo patrón ni por broma.

Y el mocito se aburre. Se aburre de tomarle tanto olor a la pintura, de pasarse las horas muertas mirando cómo los otros chicos atorrantean a su gusto, y aguantándole los malos humores a la mujer del ferretero o del vidriero, que dice que ese es un trabajo que no da ni para morir de hambre.

Y el menor empieza de nuevo la cantinela en su casa, para obtener de la madre piadosa y cansada un pase de oficio.

Mil oficios

Y cada tres meses, cada dos meses, el menor cambia de aprendizaje.

Del taller de un electricista con posturas de fonógrafos e instalaciones de alta tensión, pasa al antro de un librero encuadernador; pero el encuadernador que no aguanta pulgas, lo echa a la semana, y entonces se coloca en la oficina de un picapleitos espantoso, uno de esos hombres que envía a cobrar cuentas falsas y cheques adulterados a los menores “de confianza” que ha pedido por aviso, solicitando previamente un depósito de diez pesos. Huido de allí, el chico recorrerá las bicicleterías de los barrios muertos; los talleres de soldadura autógena; las casas de artículos ortopédicos y de óptica pseudo científica, y allí pasa, como niño de recados, a una “maison de modes” y harto de la “maison” y de las planetarias cajas de sombreros, se conchaba en lo de un almacenero pálido, amable e inexorable, el cual almacenero lo expulsa al mes, por creer que el niño le sopla las chirolitas del cajón. De allí ingresa a un club de gentes que pasan por personas decentes; y un día, niño, personas decentes y portero, se ven conducidos en un camión al departamento de Policía, y después de un interrogatorio policial, el menor se hace

propagandista de un faquir de grupo; reparte volantes y atiende a las mujeres que “han hecho un daño”; y así, en sucesivos traspasos, una vez es aprendiz de un vendedor de callicidas alemanes, otra es ayudante de un comprador de acciones desvalorizadas, y sucesivamente sale del taller de un fabricante de estatuas de yeso, para entrar en el de un dorador a fuego; luego, en el de un pintor de brocha gorda y flaca, más tarde en una tornería de un bolchevique; luego en la cigarrería de un menchevique, ascendiendo más tarde a confidente de un inventor, a ayudante de un fabricante de piedras preciosas... y siempre aburrido, siempre inquieto, siempre escéptico...

No sirve para nada

Este es el muchacho de quien en las familias proletarias dicen las abuelas y los cuñados que “no sirve para nada”, y a quien el padre mira de mala manera a la hora de comer.

La madre no dice nada. Aguanta en silencio las repulsas que sufre su hijo preferido, porque éste de los mil oficios, este inadaptado, es su hijo preferido, pero ella no dice nada y piensa que algún día el inadaptado triunfará.

Y esto ocurre a veces. Que el muchacho de los mil oficios triunfa. Se convierte en un Edison o en un Smith. Pero frecuentemente ocurre esto otro:

Harto de caminar, de conocer gente, de contemplar estupideces, de tolerar iniquidades y de pasarse la vida de la cuarta al pértigo, el muchacho de los mil oficios, que siempre encontró un resquicio en el tiempo y en el espacio para leer algunos libros y escribir algunas pava-das, se convierte del día a la noche... ¿a que no adivinan en qué se convierte el hombre de los mil oficios?

—Pues en periodista.

Sí; el muchacho de los mil oficios sabe terminar en eso: en periodista. Y es para lo único que sirve.



EL HOMBRE QUE ESTÁ POR HACER UN RAID

Un señor que por el talento que tiene de ningún modo merece ser oficial de policía, y que firma con unas iniciales que no reproduzco para evitarle que los superiores le tomen ojeriza por ser inteligente; un oficial de policía me envía una carta de la que entresacaré unos párrafos.

He aquí lo que me dice:



El raidista

Ahí va un tema para un comentario: “El hombre que va a realizar un raid”.

“En todo tiempo vienen representantes de esta fauna al Departamento de Policía para certificar su presentación o partida. Unos con trajes de pseudos cow boys y aires de cow boys más pseudos todavía. Otros con elegantes sombreros de corcho que parece ser el complemento obligado de todo explorador. Otros con perros más o menos flacos y de raza más o menos anónima y algunos hasta con un mono. ¡Verídico! Uno vino con un perro y con un mono en equilibrio sobre el lomo del can, bicharracos que mostrando un olímpico desprecio por la seria apostura del agente de guardia se colaron por la puerta y pasearon por las oficinas con el consiguiente espanto del buen servidor,

que trataba infructuosamente de poner coto a ese desusado atrevimiento”.

En esta última parte me parece que el señor oficial de policía macanea, es decir, en lo que se refiere al espanto del agente. Los agentes de policía de lo único que se espantan es de los ladrones cuando éstos usan pistola automática.

Bueno, continuemos con el interesante relato de este señor oficial que por lo visto se tira a muerto:

“Algunos que se disponen a iniciar la hazaña, traen voluminosos cuadernos de vírgenes páginas, en cuya primera, en grandes y adornadas letras, lucen títulos, promesas y recorridos del nuevo Marco Polo, con un recorte y su consiguiente fotografía de uno que otro diario que no tiene con qué llenar sus columnas...”

Esto sí que es cierto.



“Otros que vienen de tránsito traen otros voluminosos cuadernos que parecen biblias seculares por lo sobados, con las certificaciones de su paso efectuadas por el juez de paz, el intendente aburrido o el comisario no menos aburrido, parecen efectuar un acto trascendental y destinado a la posteridad, por lo cuidadoso de la letra y la formalidad de sus sellos”.

Vagos o buscavidas

Indudablemente, si yo fuera comisario lo sumariaba a este mocito oficial que se entretiene en escribir epístolas a los periódicos mientras pasa las “prosaicas guardias”. Y es que no hay derecho a escribir bien, mientras se es oficial de policía y se está de guardia. Pero si no me equivoco, este señor, en breve tendrá algún disgusto con un auxiliar avinagrado y se convertirá de oficial en periodista. Y quizá estará en mejor lugar.

Ahora, volviendo al tema, no se puede menos de reconocer que este joven tiene razón. Los raidistas infestan las redacciones y el departamento.

En las redacciones de los periódicos caen a que les den un bombo para afanar a los incautos y hay que ver como estorban en las horas de mayor trabajo o precisamente cuando uno no hace nada y está con los pies encima de la mesa y el cráneo apoyado contra el muro, todo ello en contradicción con las más elementales leyes de la gravedad y de la atracción, que en razón inversa al cuadrado de las distancias, efectúa la tierra sobre nosotros, modestos primates.

Uno está, como decía, con los pies encima de la mesa y el cráneo apoyado contra el muro, y de pronto... zas... se apareció el fenómeno, con el perro y el libro... y una de esas mugres que son tan seculares como la herencia de vagancia que el individuo trae a cuestas.

El hombre mira tímidamente en redor... uno se hace el que no ve y está de-

seando que lo parta un rayo al trisulco, pero que... el hombre avanza, se soba la barba y viene a pedir testimonio público y periodístico de que él es un raidman, y de que viene de Tombuctú o de California, a pie o en bicicleta o en patines.

Siente uno ganas de decirle al bestia raidman que eso está muy bien, que si a él se le da la gana de dar la vuelta al mundo en velocipedeo es muy dueño y señor de hacerlo y que uno no se va a oponer a ello, pero el asesino insiste, quiere que le publiquen el retrato y una reproducción galvanoplástica de la firma del presidente de Bolivia o del secretario de estado peruano.

Demás está que se le diga que al público, la firma del presidente de Bolivia no le interesa un pepino y que lo mejor que puede hacer es irse a bañar física y espiritualmente, pero el condenado no se mueve de allí, mientras que su perro lanudo baila sobre el cuarto trasero, mordisqueándose furiosamente las pulgas en las proximidades del rabo.

Por fin, mediante promesas y tomar tres notas, el vago buscavidas se retira. Vd. apoya los pies sobre la mesa y hace como el que escribe, maldiciendo del oficio de periodista, que lo pone a disposición de cuanto tío ha resuelto dar la vuelta al mundo a bordo de una calesita.

Y lo más grave es que esta gente comienza raids fantásticos que jamás se llevan a cabo y que sólo les sirven para pedir dinero en las casas de comercio donde se presentan con el libro, la firma apócrifa del presidente de Bolivia y el perro que se pasa la vida en guerra sin cuartel con sus pulgas fecundas.

Vagos con pasta de buscavidas, bichos barbudos del sombrero de corcho y el traje de “cowboy”, son lo más lamentable que pueda darse en nuestra civilización... porque ante todo, lo que hacen no sirve para nada... apenas si les basta para recoger el dinero suficiente con que morirse de hambre a plazos mesurados.



EL HOMBRE QUE LLEGA TARDE A DORMIR A SU CASA

La otra noche estuve en un café con un amigo, desde las ocho más o menos, hasta las tres de la madrugada. El mozo era de confianza y no protestó. Mas en el momento de levantarnos, díjole, mi amigo, al mozo:

—Oiga mocito, ¿quiere darme un certificado de su puño y letra de que he estado en este café desde tal hora hasta tal otra? Hágame poner el sello de la casa.



El mozo, que no parecía ser la primera vez que llevaba a cabo semejante y extraño encargo, se presentó a los pocos minutos con el certificado pedido, y mi amigo me dijo:

—No te extrañe. Es una costumbre que tengo adquirida para no tener líos con mi mujer que, cuando trasnocho un poco, se pone hecha una furia.

Y tuve que creerlo, cuando otra noche, en compañía de este mismo sujeto, éste se detuvo frente a un vigilante que había en la esquina de otro bar y le pidió un comprobante análogo, lo cual me hizo pensar en la necesidad de buscarle a este problema una solución más secreta, bonita y fácil.

Las mujeres

Las mujeres casadas se pueden dividir en dos castas perfectamente desemejantes. Mujeres cascarrabias y mujeres plácidas y filósofas.

Las mujeres cascarrabias son la ira de Dios sobre la Tierra. Frecuentemente tienen un tipito hacendoso, y amable; pero lo que las denuncia de tigresas disfrazadas de corderas es esa seguridad con que se manejan y hacen arder Troya cuando llega la ocasión.

Estas damas sostienen que los derechos de la mujer son iguales a los del hombre; el marido dice que no lo duda, pero ellas, en virtud de tal derecho, le hacen cada berenjenal al desdichado, que éste termina por no querer tener ningún derecho o por pedirle un certificado al vigilante de la esquina.

Estas señoras, muy dignas por cierto, son las que dicen que “donde va el hombre debe poder ir la mujer”. En teoría este principio es exacto; en la práctica éste principio es aburrido hasta la vereda de enfrente. Pero ellas no lo creen, y como no lo creen se arma la de Dios es Cristo.

Las mujercitas plácidas, tienen también su carácter; pero son más tratables. Con ellas se puede llegar a un acuerdo o a un concordato, y por lo general la bronca comienza en lágrimas y termina en sonrisas.

Origen de la batalla

El origen de las batallas conyugales donde los platos y las copas desempeñan



la función de proyectiles, es esta idea absurda que se forman las mujeres de sus maridos.

Todas creen que su esposo es un Lovelace o un don Juan. En virtud de tal acto de fe, cada una de ellas se lo imagina a su marido, disputado por todas las bellas mujeres de la ciudad; y claro, por este camino no se va a ninguna parte.

Pero ellas lo creen; y cuando ellas creen algo se parte la Tierra.

Inútil es que el marido salga a la calle con barba de tres días. Si sale así, las endemoniadas dicen que es para despicar: que la que lo quiere a un hombre lo quiere con y sin barba. Inútil es que el desdichado no se bañe durante un mes; ellas saben que hay baños municipales y con eso se arregla el asunto; inútil que el marido alegue fallecimientos de amigos, velorios, enfermedades, compromisos urgentes... Para las mujeres casadas y celosas, los maridos no pueden tener amigos que se mueran, ni se enfermen, ni caigan presos.

Y eso que yo conozco maridos que son unos genios para inventar historias.

Hay uno que tiene la especialidad en lo trágico. Se trae a cuestras dramas más truculentos que los de Ponson du Terrail. Llega a la casa y antes de que la esposa le grite, saca un pañuelo manchado con sangre de nariz y dice:

—Lo han dejado moribundo a fulano. Tres tiros y una puñalada. Está en el Rawson. Hemos conseguido que los diarios no se ocupen del asunto porque interviene un hecho de honor. Para esta tarde se muere sin falta dicen los médicos. Pero al atardecer el hombre no se ha muerto y el furbo va nuevamente al café, quiero decir al hospital a cuidar la agonia del amigo que recibió tres tiros y una puñalada por un compromiso de honor.

Otro en cambio cultiva lo patético. Dice:

—Querida; venía por la calle cuando un tierno infante me dijo: Señor,

mi mamita se muere de hambre; ¡que espectáculo, querida! Debías llevarles unas ropas y un poco de pan. La madre, un esqueleto, los hijos, unas momias tutancamónicas, — y la noticia la ha sacado el vivo de un diario de la noche, que trae la fotografía del suceso. — Y esta mujer cree que el marido es un santo laico, que falta de noche de su hogar para remediar las desgracias de las casas ajenas.

Obséquiela a su esposa

“Las mujeres son niños dolientes, dice la poetisa Mathieu de Noailles... Pero estos niños dolientes, son tan astutos y tremendos, que sólo con argucias y sutilezas se les puede engañar, como ellos nos engañan a nosotros”.

Si usted falta de noche y tiene un “niño doliente” que es glotón, tráigale un cuarto de cabrito y se evitará una reyerta; en cambio si el “niño doliente” es sentimental, con un ramo de flores se arregla el asunto. Yo tenía un amigo que estaba casado con “un niño doliente” que le gustaban los trajes que era una barbaridad. Pues mi amigo, cuando tenía plata, se iba a un remate, compraba media docena de cortes inservibles, y los archivaba en su oficina. Cada noche que faltaba, al regresar desplegaba ante la esposa un corte inútil, diciendo:

—¿Ves querida, cómo me preocupo de tu elegancia? He estado en un remate...

En cambio otro, que sabía que cuando llegaba, la esposa se hacía la dormida, exclamaba, en voz alta:

—¡Pobrecita! ¡Cómo duerme! ¡Y que buena que es! Otra me haría un escándalo con toda razón; pero ella duerme tranquila y confiada... — y acercándose, en puntillas, le daba un casto beso en la frente.

Sea astuto amigo... y lea la Odisea y Los Nueve Libros de la Historia, donde hallará argumentos para todo; tragedia, drama y comedia.

EL HOMBRE QUE MIRA AL INTERIOR DE LAS CASAS

En nuestra ciudad existe un tipo clásico de vago consagrado al trabajo estático de mirar lo que ocurre en el interior de las casas. Indudablemente, esto a primera vista parece poco recomendable, pero después se hace habitual y, sobre todo, divertido. Yo, que no he leído una novela de René Boislevé, titulada "El niño en la balaustrada", sé que esta novela trata, más o menos, de un niño cuya experiencia de la vida nace de pasarse las horas mirando lo que ocurre en el interior de su casa y de otras casas.

Este género de observación es y no es recomendable. Depende de la edad y del carácter del observador.

El hombre de la azotea

La gente tiene antipatía por el hombre de la azotea, como los gobiernos militaristas por el espía de una potencia extranjera. Se explica.

El hombre de la azotea es un espía.

Como los grandes felinos, los dichosos gatos, se instala entre los tanques de las azoteas y pacientemente deja pasar

las horas muertas, mirando lo que ocurre en los patios y en las habitaciones de las casas contiguas.

Es el hombre gato. A la familia le hace creer que va a tomar baños de sol o a observar la naturaleza y controlar las observaciones meteorológicas del boletín que da el diario de la mañana, pero en realidad, lo que hace es ir a espiar a la mocita que se empolva frente al espejo o hacerle señales a la sirvienta de la casa de pensión, o a afilar, mediante un telégrafo de señales semafóricas y complicadísimas, con una vecina que vive a setenta metros de azoteas y obstáculos de tanques en la misma manzana aérea.

El hombre de la azotea tiene alma de fauno, de esos faunos que, según los griegos, vagos de fantasía, existían en los bosques del Taigeto y en todo otro bosque y junto a todo río, donde habitara una ninfa higiénica. Pero como en las ciudades no hay bosques ni ríos, el fauno anda de pijama y corteja a ninfas que limpian platos o que friegan pisos y toda la poesía antigua se va al diablo.



Segundo tipo de hombre de azotea

Hay después otro tipo de hombre de azotea, filósofo de verdad y doméstico; hombre tranquilo que goza en ver el animalito humano en completa libertad, y que se distrae en el espectáculo de naturalidad con que vive la gente cuando no sabe que la están mirando. Porque es curioso.

El hombre solo es completamente distinto al hombre frente a otro.

El hombre solo tiene movimientos rápidos o perezosos completamente distintos a los otros movimientos perezosos o rápidos que le conocemos en la realidad. Y este trabajo de espionaje es divertido, sabroso, distrae y sugiere cosas nuevas.

Por ejemplo:

Yo vivo en un segundo piso. A veces desde el balcón veo balcones entreabiertos donde se mueve otra gente que no conozco y que, sin embargo, voy conociendo lentamente, sin haber hablado nunca con ellos.

El interés que despierta toda vida semejante, se va traduciendo en una interpretación lenta y segura, que es la que facilita el espionaje de los movimientos libres de la persona que no se sabe vista.

Así voy reconociendo a mis vecinos.

Enfrente, porque la calle es ancha, hay una serie de balcones.

En el balcón primero no veo nunca a nadie. Sin embargo, pertenece a la misma casa donde hay otros balcones en los que suele haber gente.

En el segundo balcón hay un hombre que se sienta a las siete de la tarde en una silla hamaca y se queda inmóvil hasta la hora de cenar. Después desaparece, y no sé por qué se me ocurre que no sale, sino que se va a dormir inmediatamente.

En el tercer balcón hay un señor de cincuenta años, más o menos; cabeza

como queso de Holanda, y que al anochecer saca una jaula con pajaritos; los mira a los pajaritos y se instala en otra silla y de allí no se mueve hasta que va a comer. Luego sale al balcón otra vez, pero sin pajaritos, y hasta las once no se acuesta.

En el cuarto balcón hay una mocita que no sé si es hija o cuñada del hombre de los pájaros. Esta mocita se pasa las horas sacando y poniendo sus vestidos en el interior de un ropero. Es nerviosa y no está casada.

En el quinto balcón, hay una señora vieja de cara larga, y adentro dos muchachas que nunca salen al balcón, como si la vieja de la cara larga las tuviera secuestradas. En el quinto balcón hay argumento para una novela.

En el sexto balcón no se asoma nadie. Las persianas están siempre cerradas.

En el séptimo hay un mozo que mira siempre con insistencia hacia el balcón quinto. Luego se tiende la muralla de un frente de fábrica.

La vida de la otra gente

Yo me explico el espionaje, y de esa manera.

Se va entrando en la vida de la otra gente. Sin necesidad de conversar con ellos se conocen sus costumbres, se llega hasta a anticipar que deben pensar de tal manera y proceder de tal otra, y se les cobra simpatía o antipatía, porque sí. De ese modo la vieja del quinto balcón me es antipática, y la muchacha del balcón cuarto, misteriosa, ágil y preocupada con sus vestidos, resulta una buena persona.

El hombre de la cabeza de queso holandés, no es frío ni caliente. Es algo impreciso: un tío aburrido con sus pájaros y su inmovilidad de cuatro horas. Y así uno va entretejiendo la novela de sus semejantes; la novela del balcón, de la balastrada y de la azotea.



LOS PRESIDENTES EN LA VÍA

El hombre juntó con su sueldo unos pesitos que le pidió prestados a los amigos; luego llamó a un pintor y le encargó el letrero, y a la semana, el tío de la brocha, se presentó con un cartelón de diez metros de largo, donde podía leerse:

“Viva el doctor Hipólito Yrigoyen” —
 “Subcomité Democracia y Civismo” —
 “Yrigoyen será presidente por la voluntad de todos los argentinos”.

Dado este testimonio público inquebrantable de sus convicciones políticas, y demostrado mediante este acto un don profético singularísimo en nuestros tiempos de materialismo y escepticismo místico, el hombre que encargó el letrero, reunió a sus amigos y de ese modo quedó formado el subcomité, “adherido” al comité Unión Cívica Radical.

Donde se continúa con Democracia y Civismo

El hombre que fundó el subcomité “Democracia y Civismo” no era analfabeto. Por el contrario: cursó hasta segundo grado y de allí realizó trabajos

diversos y livianos, caracterizándose siempre por su amor a la democracia en cuestiones de trabajo y al civismo en cuestiones de descanso.

Después de innumerables años de relejear todas las situaciones políticas, y de seguirlo al Hombre, fue ubicado de peón de limpieza supernumerario en una administración municipal, pero como era lógico ni hizo el peón ni lo nombraron escribiente.

Este asunto se arreglaría cuando su biera el “doctor”.

En tanto continuó hablando de la democracia y del civismo.

Los otros caudillos que también hablaban de la democracia y del civismo, se sintieron aburridos y comenzaron por no echarle pasto a este cataplasma que en nombre de la democracia y civismo encendía hasta los cigarrillos.

Y en una elección de comité, en que él era candidato para elector de convencionales, fue bochado por acomodados del vicepresidente, y entonces nuestro hombre comprendió que por ese camino no haría



nada y resolvió independizarse, es decir, instalarse por su cuenta: y en compañía de la “barrita” tiraron para su barrio. Él arreglaría su asunto y el de los otros.

Y el primer trabajo fue encargar el letrero con sus leyendas destinadas a levantar el civismo y la democracia que cada ciudadano trae encajonado en el caletre, y el segundo acto habilitar la sala, donde todos los vagos del barrio se reunían noche por noche.

Gastos del presidente

He leído no recuerdo en el libro de qué economista a la violeta, que el ciudadano que no trabaja consume más que el que hembra bolsas en cualquier estuario.

Y el presidente del “subcomité Democracia y Civismo”, tuvo que dirigirse al almacenero para adquirir una buena provisión de yerba, de azúcar y de café, más algunas gruesas de paquetes de cigarrillos de a 0.20. Ciertamente es que el almacenero era radical, y por ser radical le hizo el gran beneficio de no fiarle al presidente del “subcomité Democracia y Civismo”, ni un gramo de sacarosa, todo con el levantado propósito de evitarle dolores de cabeza por deudas.

El ferretero, que estuvo en la revolución del noventa, tampoco fió nada; pero no por desconfianza —¡no faltaba más tenerle desconfianza a un colega en democracia y civismo!— sino que no le fió por principio, porque él era un hombre que regía su vida por principios, y el presidente del subcomité comprendió que los principios había que respetarlos, y pagó al contado.

El de la imprenta, al que le encargaron carteles, no quiso saber nada de cobrar al contado. Él no cobraba ni por broma al contado. ¡No faltaba más que eso! Él cobraba adelantado. El hombre del cartel, cuando le encargaron el trabajo, dijo que él no movía un pincel sin que le pagaran en plata rabiosa y legal, y así cada uno fue llevándose su parcela de plata.

El presidente del “subcomité Democracia y Civismo”, con el agregado de “¡Viva el doctor Hipólito Yrigoyen!” contrajo deudas. Ciertamente es que la platita no se la prestaron los usureros en nombre de la democracia, sino en el de unos papeles en los que constaba que el benemérito era propietario de una finquezuela perdida en el cabo del mundo; pero al fin y al cabo por no negarse a hacerle un favor a un compañero de ideales, le facilitaron los dineros a un modesto interés del treinta y cinco por ciento.

La agonía

No se puede negar que el presidente del “subcomité Democracia y Civismo”, fue profeta. Vinieron las elecciones y como él lo había augurado en su magno cartelón, Yrigoyen “fue presidente por la voluntad de todos los argentinos”.

En cuanto el Hombre subió al sitial, nuestro presidente de subcomité fue felicitado por todos los camaradas. Hubo un asado con cuero y unas mateadas, y unas vueltas de café y caña paraguaya que lo engordaron al almacenero de la esquina.

Luego no hubo ya nada más.

Enjutos los bolsillos, amargada la vida, próximos los vencimientos, agriado el electorado, nuestro presidente parroquial vive como una alma en pena. No llegan los nombramientos. Él no ha pasado de supernumerario. Si protesta, lo echan a la calle por radical interesado; si se calla, no le dan nada. ¿Qué hacer?

No puede salir a la calle sin que lo atajen tres malandrines de pocas pulgas que a toda costa quieren el “nombramiento”, porque ellos lo creen válido al infeliz.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?...

Este es hoy el problema de los centenares de presidentes de comités, subcomités y procomités que inundaron la ciudad.

Y la procesión va por dentro. Vamos a ver cuando sale...

EL HOMBRE DE LA GUITARRA BAJO LA HIGUERA

Se tiró a muerto desde que tuvo uso de razón. Y debajo de una higuera, para que la fiaca fuera irremediable y en el conventillo ya nadie tuviera derecho a asombrarse.



Al llegar a los diez y siete años le dio por ser guitarrero, pero no payador de almacén ni de bar atorrante, sino guitarrero particular, guitarrero de sí mismo, y desde entonces se instaló bajo la parra, junto al pozo donde chirriaba la cadena, y desde la mañana a la noche se pasa dale que dale, con dos dedos en las cuerdas. Dos dedos, nada más, para que la fiaca no se le insubordinara.

Siempre las mismas notas. De vez en cuando una variación, y después de este trabajo agobiador, se iba para el almacén a jugar un tute, o una escoba; y de allí salían para sentarse en el umbral con otros vagos, y a las once cada uno rumbeaba para el lado donde la mujer o la madre paraba la "pentola".

Así llegó a los treinta años.

Siempre fiacún

Así llegó a los treinta años, pero siempre fiacún.

El cuerpo cansado, los brazos cansados, la voluntad cansada, el habla cansada, la expresión de la jeta más cansada, y una sola vez intentó trabajar, y fue un trabajo descansado: era el de carrero, y se cansó tanto que durante una semana padeció de tal derrame de fiaca que todos creyeron que estaba muerto.

La enfermedad del sueño. Luego dijo que no trabajaría más, y tanto amor propio tuvo el hombre en cumplir su palabra que no hay testigo sobre la tierra que pueda jactarse de haberlo visto cavar tierra o acarrear bolsas.

Sólo la guitarra lo llamaba.

Después que todos habían salido del conventillo, él se sentaba bajo el emparado de glicinas, y solito, sentado en una silla de estera, la jeta grave, comenzaba a desprender de las cuerdas eso de:

¡Pobre mi madre querida!...

¡Cuántos disgustos le daba!



Pero despacito, sin frenesí, sin alaridos, como quien no quiere y quiere la cosa, con la parsimonia de un representante de la angustia del conventillo.

Pero siempre solo, hosco, con amabilidad avinagrada hasta para las mocitas que le pedían que tocara en la viola el vals "Sobre las olas", y agresivo para el gallego de la sala que le encarecía tocara unas jotas.

Enemigo de la civilización

Un día le dijeron que podía ganarse unos pesitos tocando en una glorieta de Parque Patricios o de Mataderos; pero él se encogió de hombros y continuó rascando las cuerdas, distrayéndose de su aburrimiento secular; refunfuñando contra la civilización que pretende sacarle el jugo a los fiacunes filarmónicos mandándolos a trabajar a las glorietas.

¿Para qué trabajar, si lo mantenía la madre o la mujer con el taller de planchado? Otra vez le dijeron si quería hacer una payada de contrapunto con el vago de otro barrio; y se enojó. Él no quería saber ni medio con la gloria, ni las payadas ni las pavadas.

Lo que quería es que lo dejaran tranquilo, que no lo molestaran; y pasar la mañana, la tarde y la noche, con la guitarra entre los brazos, rascando con dos dedos las cuerdas lloronas.

Y lo dejaron tranquilo.

La mujer, o la madre, se acostumbró a ver en el guitarrero a un artista que no quería sacarle provecho a la profesión, y poco a poco la vocecita se fue corriendo:

—Si el Chino quisiera tocar... Si el Chino quisiera improvisar... Si el Chino quisiera ganar plata...

Como es lógico, el Chino no quería sino que lo dejaran atorrar a gusto en los veinticinco metros cuadrados de pa-

tio que poseía el conventillo y tener para cigarrillos y una copa de vez en cuando.

Al caer la tarde

Cuántas veces, al pasar uno por esas calles perdidas, que se descubren de pronto, en los recodos del corazón de la ciudad y que en el atardecer muestran por las puertas entreabiertas de las casas los patios con hileras de máquinas de coser, entre el zumbido de las agujas que van cosiendo pantalones y chalecos, se destacan de pronto, nitidamente las cuatro notas del hombre de la guitarra, que debajo de una higuera espabila la modorra que le ha dejado la siesta con los dos dedos trenzados en las cuerdas.

La gente que vuelve de trabajar siente la melancolía de esas cuatro notas cuya estridencia apagada es fúnebre como el aburrimiento del suburbio.

Y piensa con rabia en el fiacún...

Para este vago tienen los viejos "zeneices" las metáforas más brutales, mientras que él, con la melena renegrida, caída en alón sobre la frente y el sombrero requintado, bajo la higuera escrupuliza en las dos cuerdas con dos dedos.

Siempre lo mismo...

Y pasarán los años, y el fiacún estará toda su vida tocando la misma cantinela, con la misma indolencia, y con el mismo hastío.

Tocando sin voluntad de tocar; tocando de aburrido; tocando como si el exceso de energía que pudiera envasarse en su corpulencia tuviera como única y absoluta válvula de escape, los dos dedos con que arranca las cuatro notas melancólicas de las dos cuerdas...

Pero nunca faltará alguno que dirá:

— ¡Ah, si el Chino hubiera querido!..



EL ACOMPAÑANTE DEL QUE MANEJA AUTO PARTICULAR

No me gusta adornarme con plumas ajenas. El tema no ha salido de mi caletre, sino que es producto de la observación de una lectora anónima, que se ha tomado la molestia de pensar en el “acompañante del que maneja auto particular” y luego de escribirme, y más tarde, ¡oh terrible trabajo! de echar la carta al correo.

Por este triple gasto de energía, le agradezco a la lectora anónima su gran buena voluntad; sobre todo en estos días de canícula en que a uno no se le ocurre nada ni por broma.

El acompañante

Días pasados me decía Nalé Roxlo, que el hombre que tiene automóvil para su uso particular divide la humanidad en dos castas.

La gente que anda en automóvil y la que anda a pie.

Entre el gremio de los que viajan en automóvil propio, se pueden distinguir a los señores ancianos, los que tienen Ford, y los jóvenes, es decir, los hijos de mamita.

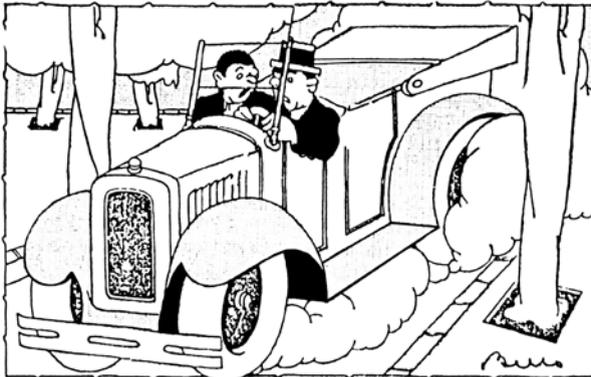
Sin duda alguna el tema de la nota se refiere en su esencia a éste: al acompañante del hijo de papito.

Yo agregaría, como dato particular, que no creo que todos los mozos que andan en automóvil sean legítimos y auténticos o completos propietarios de él. Creo que muchos deben el automóvil que manejan. Creo que la mayoría lo paga por mensualidades de doscientos cincuenta pesos. No hay que olvidar que el negocio de automóviles busca su expansión a base de las concesiones más absurdas. Cierto es que todas estas concesiones —parodiando el refrán de que “todo bicho que camina va a parar al asador” —podría aplicarse al automóvil a crédito, y decir que todo auto fiado va a parar al agenciero; pero el tema no es éste, es otro.

El hombre del reflejo

Existe el hombre que vive del reflejo o lo que comúnmente se dice “pour la galerie”. Este hombre es un perfecto idiota. En las autopsias se ha comprobado que en lugar de sesos tiene corcho y glóbulos de aserrín. Vive feliz y es perfectamente vacío como la ampolla de Crookes.

Este bípedo es el que, cuando anda en compañía de un abogado, le dice a cada momento “doctor”, como cuando se encuentra con un constructor no



hace sino llamarlo “ingeniero” por acá e “ingeniero” por allá.

Tiene a gala descubrirse y saludar en voz alta a cuanto pelafustán con título pasa a su lado. Toma taxi para pasar por los lugares donde lo conocen, y parece que va echando bendiciones por fuera del coche; tanto saca el cuerpo de una ventanilla y otra saludando a los que pasan.

Este es el hombre que trata de “tu” a los amigos bien vestidos, y que hace la guardia a la salida de las iglesias, donde concurre la aristocracia, y los que quieren parecerse a la aristocracia; y asiste a los cinematógrafos de moda, donde cacarea en los intervalos que es un gusto.

Cecea y habla de “menganita” y “fulanita”, como si le fuera a dar un soponcio.

En definitiva, este es el hombre que cuando los conscriptos (incluso él) hacen cola frente al distrito militar, sale de las filas con la galerita hundida hasta las orejas del guantazo de un malandra. Se queja en voz alta y dice “que esos hombres no parecen cristianos”. Si lee algo, lee las poesías de Pedro Miguel Obligado.

El auto de un amigo

Y siempre tiene un amigo que tiene automóvil. Este amigo es el caballo blanco que él cuida, como la madre cuida al niño. Si habla de él, lo hace en estos términos:

—Mi amigo Pochocho, el del auto...

Como es natural, su amigo Pochocho termina por hacerse célebre en la familia. Y él no se separa de Pochocho ni a sol ni a sombra.

Lo acompaña al garaje; le ayuda a limpiar el coche, pide dinero si hay que pedirlo para pagar la reparación de una goma, y está en la gloria cuando Pochocho le dice:

—Salgamos, viejo.

Y salen los dos, y se enferman las ancianas que vuelven del mercado, y los

hombres que como Manuel Gálvez usan trompetilla acústica.

Salen de ese modo hasta el lugar a donde van a dar vueltas, las plazas y las veredas de ciertas parroquias, donde se organizan retretas o donde la gente, por una singular manía escoge determinada acera para ir y volver de sus ocupaciones o de sus no ocupaciones. El hombre del volante, con el pie en el acelerador; el acompañante con el brazo sobre el respaldar del asiento, el sombrero en la falda, la mirada insolente, la atención para las mocitas bien vestidas. Las otras son “chusma” para él.

Comedia...

Por reflejo algunas miran al acompañante, pues si hay hombres reflejos hay también mujeres reflejos, y lo curioso es que la suma de dos vacíos, en vez de dar un vacío, da un par de tontos moviéndose como autómatas en la comedia de la vida.

El acompañante está en la gloria. Se infla como un pavo real y un pavo de los otros, mira a lo personaje o a lo Rodolfo Valentino. Se siente héroe, hombre de altura. La gloria es esa: estar en el asiento de una “voiturette”, ser mirado por todas las damiselas que se enamoran de los automóviles, y él, perfecto vacío de esta vida en la caída de la tarde, se llena de una satisfacción sin nombre, de una vanidad inconmensurable y, a momentos el sujeto se mira en el espejo del coche, y se dice que así, así como está sentado, con el peinado de tal manera, y la mirada con tal grado de oblicuidad, y los dientes con tal índice fotométrico de luminosidad, así, está en condiciones de enamorarse a una de las infantas de España.

Y lo curioso, lo enormemente curioso es que esto se lo cree. ¡Vaya si se lo cree! Para eso está sentado en un auto; en el auto particular de Pochocho. Y a momentos no se cree ya él, sino Pochocho...



EL PROBLEMA DEL VERANEO

En estos días son muy frecuentes las reyertas domésticas y las broncas case-ras. Un mal demonio se ha infiltrado en todas las casas de gente semipudiente, y le trae revuelto el humor con eso de que “hay que ir a veranear”.



Y muchos abogados, que se morían de hambre, han vuelto a resucitar con la esperanza de un divorcio que hace más inminente la imposibilidad de ir a veranear.

En cambio otros individuos, los patrones, están con el ojo avizor y con un revisor de cuentas en disponibilidad, para examinar las finanzas de los cajeros, que para evitarse un dolor de cabeza en el hogar, están dispuestos a adquirirlo en el empleo.

Hoy mismo me decía un excelente señor que ha hecho la tontería de casarse:

—Mi mujer está imposible desde que se ha iniciado la temporada de veraneo. Quiere ir a las sierras de Córdoba, de un modo o de otro. Yo no sé qué hacer.

Indudablemente, en esos casos, lo único que queda por hacer es dedicarse a estudiar la flexibilidad de las maderas y la resistencia de materiales, pero como este caballero, por natural delicadeza, no puede recurrir a los procedimientos de un constructor, tiene que aguantarse y ponerse estopa o lana en los oídos. O darle estos consejos a su señora:

La inutilidad de veranear

El verano es una estación breve que cuesta mucho dinero. La única razón de su existencia es un pretexto para alimentar a los fonderos, a los vendedores de fruta, a los fotógrafos, peluqueros, lustradores de botas y modistas, de los pueblos que por a, por b o por c han sido escogidos como punto de reunión de gente que se dedica a pagar por una afeitada lo que no vale la afeitada con el rapabarbas.

En los lugares de veraneo se come mal, se duerme peor; y el calor es exactamente igual al que reina en otros puntos donde nadie va a veranear porque a la gente no se le ocurrió.

Es evidente que para mucha gente el veraneo es una obligación social; pero que hagan lo que la aristocracia de Cór-



doba. En Córdoba, las familias aristocráticas son muy pobres y veranean en la azotea de su casa, teniendo las sierras al alcance de la mano.

En cuanto el verano comienza, esa gente desaparece de las retretas de la plaza San Martín. Ya no se les ve a la hora del vermouth en el Plaza ni en el Chalet, ni en ninguna parte. Están veraneando, en las azoteas de sus casas...

Los edificios están cerrados a canto y lodo; una criada sale en las horas de más calor y cuando no hay posibilidad de que nadie la vea, a comprar la mercadería substanciosa y luego la casa se cierra, y sus habitantes, por la noche, estudian astronomía.

Este reposo forzoso, les hace engordar. El sol que toman en la balastrada les ennegrece y cuando vuelven de la "estancia" están negros y lustrosos como individuos que han vivido en plena naturaleza.

Del otro veraneo

Mucha gente en Córdoba va a veranear a las sierras; pero hay que pensar lo siguiente: que las sierras están a veinte minutos de la ciudad. Si Córdoba estuviera en Buenos Aires, esas mismas personas irían a veranear a Morón, a Castelar o a Ramos Mejía, que están a una honrosa distancia como Kilómetro IV, Dumesnil y la Calera de Córdoba. Esto sin decir que la gente se aburre en grande, y que en las sierras hace tanto calor como en la ciudad, y que el río está a buenos pasos de "las casas", y que mucha gente prefiere bañarse en su casa a ir a bañarse al río, que no tiene otra ventaja que ser un río natural.

Me imagino que lo mismo pasa en Mar del Plata, en Epecuén, en Tandil con sus sierras de parque Japonés y en todos los puntos donde la vanidad pesa más que el criterio.

La gente va porque es de buen tono ir; porque va la familia de Fulano y la

de Mengano, y no es "cosa de quedarse atrás"; y la gente por no quedarse atrás, por ubicarse en la primera fila de los que hacen punta de babiecas, se mete en cada hondura monetaria que lo hace temblar hasta al carbonero; y eso que el carbonero no le fía ni a su padre.

Y es que como en todas las cosas lo más lindo, o lo único agradable del veraneo, es esa situación especial de privilegiados en que se colocan los hogares que todavía permanecen en la ciudad pero que van a "ir afuera".

En las familias

La noticia comienza a desparramarse previamente por las familias. Son los mismos que van a veranear los que dicen con un tonillo indiferente:

—Sí; pensamos ir afuera este verano. No es que tengamos ganas; pero se aburre tanto uno en esta ciudad.

La familia que no puede ir, traga saliva; pero como son más amigos de esta familia que de otra, a quien le tienen antipatía, les falta tiempo para visitarla a ésta y decirle:

—¿Saben que las de Menganes van a ir a Mina Clavero? ¡Cómo va a estrilar cierta gente que conocemos!

Y así corre la voz. ¿Que las de Menganes van a ir a veranear? Broncas sordas recorren las casas. Se arman tremolinas que arde el infierno. Las madres y las hijas le dicen al marido:

—¿Te das cuenta qué casa modelo es esa? Él gana setenta pesos menos que vos y sin embargo encuentra modos de sacar a la familia de esta maldita ciudad. ¡Y si vieras con el tono que dicen que van a veranear! Todo para hacernos rabiar. Sí, para hacernos rabiar.

Y parece mentira... pero hay mucha gente que se pone la sogá y la piedra de molino al cuello, para poder ir a veranear; y únicamente con la idea de darles un disgusto a las amistades.

EL PORTEÑO EN LAS SIERRAS

Cosa Curiosa. Eça de Queirós encontró en “La Ciudad y las Sierras” el argumento de la novela del hombre del asfalto, reintegrado a la naturaleza. Y como es lógico que así ocurra en las novelas, el protagonista del autor de “La Ilustre Casa Ramírez”, resucita entre los montes de una aldea portuguesa.



Yo no soy bucólico ni por ensayo. Encuentro que el campo es necio y aburrido y que la gente, a falta de otra cosa, va al hotel del pueblo a jugar al truco y para hablar pestes de la tierra que levanta el viento durante días y días, interminablemente.

Ahora en las sierras es otra cosa. Pero otra cosa casi tan aburrida como la primera, sobre todo para el porteño.

No hay que hacer preguntas

El primer consejo para todo porteño que va por primera vez a las sierras, y que no tiene que olvidar, es no hacerle preguntas indiscretas al hotelero. Las preguntas indiscretas pueden ser éstas:

—¿Alberga gente delicada de las vías respiratorias?

Esta pregunta no la haga jamás.



Si usted se atreve a hacerla escuchará inmediatamente las siguientes palabras:

—No señor, en mi casa son todos enfermos... quiero decir, toda gente sana. En nuestro hotel se hospedó Elpidio González. Actualmente tenemos un abogado, tres médicos, dos ingenieros, toda gente sana, robusta...

En las sierras, muy señor mío, no se olvide: todo el mundo goza de espléndida salud.

Todos. Ese es un principio de convivencia social. Y como a nadie se le puede exigir que por hospedarnos nos muestre las radiografías de todos sus clientes, como es natural, aquello ya no parece



lugar de veraneo, no, sino la tierra de la longevidad y de la salud. Lo cual es edificante y alegra el espíritu.

Usted también gozará de espléndida salud, si alguno llega a preguntarle algo. Y sus parientes laterales y colaterales también.

A propósito de esto me acuerdo de una señora que atraillaba dos mocitas flacas. La encontré un montón de veces, y siempre que pasaba al lado de ella oía

que le decía a sus acompañantes: “Mis hijas están lo más bien. Un poquito débiles, nada más”.

Excursiones y caballos

Si Vd. confiesa que no sabe andar a caballo escuchará esta sacramental frasecita:

—¡Qué extraño... que un porteño no sepa montar!

Lo extraño es que por el hecho de ser porteño uno tiene que saberlo todo.

Ahora bien, no tenga miedo y suba a caballo, si se lo ofrecen. El caballo serrano es manso y ha estudiado para caballo esquelético o anatómico. Todos los caballos serranos son flacos y filosóficos. Yo me acuerdo de uno que compré por diez pesos. Hasta que salimos del pueblo andaba lo más bien, en cuanto llegamos al camino, el animal volvió la cabeza y me miró, luego se detuvo. Movía las orejas y miraba para todos los costados como si meditara una travesura.

Traté de convencerlo de que anduviera, pero nada. Me bajé y empecé a tironearlo de las riendas y creo que el muy bruto, por capricho, se deja antes arrancar la cabeza que avanzar un paso.

Empecé a empujarlo por las ancas, pero que se echó para atrás.

En vista de que los recursos materiales no daban resultado apelé a los espirituales y empecé a llamarlo con los nombres más dulces y convincentes que conozco, pero era ese un pencho hecho a prueba de adulaciones. Lo que hacía era mirar a un costado del camino, de pronto avanzó unos pasos y se puso a devorar cardos.

Terminado que hubo, subí a él, pero en vez de querer seguir “para los campos”

se dio vuelta para el pueblo y opiné que más prudente era dejarle hacer su voluntad que realizar la mía.

La única ventaja de estos paseos a caballo, es que estas bestias son mansas y que no hay peligro que de un corcovo lo envíen a uno a dormir en los roquedales.

Expediciones a la montaña

Otro de los recursos de distracción que hay en las montañas son los paseos a las mismas. Con tal motivo se saben formar expediciones a cargo de un “técnico” que dice conocer las sierras como la palma de su mano. Hay que evitar a toda costa entregarse a esta gente, sin que le prueben previamente a uno que conocen efectivamente la sierra. A propósito de esto, me acuerdo de un señor que organizó un paseo. Según él, la montaña, el sendero, hasta el Pan de Azúcar no tenían misterios.

Se llegaba en dos horas de camino.

Recuerdo perfectamente esto. Éramos cinco y esperábamos estar de vuelta a mediodía. Salimos a las seis de la mañana en dirección al maldito Pan de Azúcar. A las seis y cinco minutos.

A las cuatro de la tarde todavía no alcanzábamos la cumbre de la sierra. Nos habíamos perdido, y eso que él era “técnico”.

Desde entonces me queda una saludable desconfianza hacia esa gente que en los pueblos de campaña se dedica a pasear a los forasteros por amor al arte.

Y si se le ocurre vagabundear por las montañas vaya solo. Si se pierde tiene grandes probabilidades de encontrar el camino más pronto que si fuera acompañado.



JUGADORES TRAMPOSOS

La semana pasada ha habido una gran barrida de tahúres o “pequeros”; todos señores especialistas en el naípe; ágiles de manos; en verdad y sin metáfora, pues si no fueran sutiles de dedos, no serían tahúres sino infelices.

pero creo también que tenía razón.

El juego sin trampa, el juego en manos del azar, del azar que se complace a veces en darle suerte a un imbécil, y en quitarle chance a un vivo; el juego de ese modo no tiene razón de ser, sobre



Esta gente ha tenido a mal traer a un montón de incautos a quienes, en menos de quince días, llegaron a despojar de cerca de ciento cincuenta mil pesos. A un señor le evaporaron cerca de noventa mil pesos. A otro, quince mil; y así por el estilo. Los damnificados lloraban a lágrima viva en la comisaría, cuando llegaron a darse cuenta de que el juego había sido a base de dedos sutiles, y de caras de otarios.

El juego y la trampa

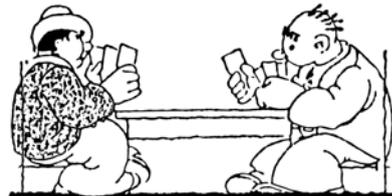
Si mal no recuerdo, el abate Coignard le decía a un gran bribón, el señor de Anquetil, que en el juego las trampas son tan lícitas y justificables como en la guerra, donde un general, mediante un movimiento hábil o una emboscada oportuna, “corrige” los desaciertos de la suerte y se adjudica la victoria, haciéndose con ese acto acreedor a la gratitud de su patria y constituyendo así lo que se denomina un genial estratega.

Yo creo que el abate Coignard era un triple granuja y un solemne bergante;

todo para personas que piensan y que a toda costa desean ganar dinero.

Con la misma razón que un señor jugando sin trampa, espera ganar, otro señor podría darse a caminar por la calle con la esperanza de encontrar una cartera llena de dinero. Las probabilidades son las mismas; pero los que adoptaran una actitud así no podrían menos de ser catalogados como locos.

Además, que el que teniendo dinero se dedica a jugar, es más loco que aquel que no teniendo dinero se dedica a ganárselo con habilidades digitales. Porque está visto que ni el uno ni el otro saben aprovechar lo que tienen entre manos, ya que hasta la fecha, entre los millones de jugadores tontos y de jugadores vi-



vos que recorren las timbas del universo, no se conoce uno que se haya enriquecido con el juego.

La sociedad de los “pequeros”

Estos furbos llegaron a comprender que solos no hacían nada, y entonces constituyeron una sociedad ofensiva y defensiva, como la de Los Caballeros de la Garra que apareció en Toledo en el siglo diecisiete.

Reunieron unos pesos y montaron un departamento con todo lujo. Al que más cara de zonzo tenía entre ellos, lo nombraron “millonario aburrido”. Luego a otro furbo, con relaciones, lo nombraron secretario y desparramaron por esas tierras de Dios corredores que le hicieran saber a los hacendados ingenuos y a los tontos con dinero, que si querían ganarle dinero a un millonario aburrido, no tenían nada más que darle una coima al secretario para que se los presentara.

Como todos los días no se encuentra un millonario aburrido dispuesto a tirar la plata por la ventana, cayeron los giles traídos por los caballeros cómplices, asociados, corredores e intermediarios y subintermediarios, y al llegar al departamento del millonario, se quedaban asombrados del lujo asiático en que nadaba el “rastacuero”, según el secretario mismo.

De más está decir que una noche fueron invitados a jugar por el millonario; pero cuando los candidatos llegaron dispuestos a aliviarlo del peso de sus millones, el furbo alegó tener dolor de cabeza, y los tipos se retiraron decepcionados, pues hasta algunos se habían hecho ensanchar los bolsillos por un sastre; tanta plata pensaban embaular.

Así los estuvo entreteniendo una noche tras otra, y aplazando la partida, ya por una razón o ya por otra, hasta

que los candidatos, lo suficientemente entusiasmados, acudieron con el bolsón gordo de pesitos.

Acudieron, y ganaron, y perdieron y volvieron a ganar y volvieron a perder; en ese tira y afloja tan natural se fue pasando la noche, y los giles olvidándose de la realidad, hasta que el diablo tiró de la punta de la manta y todo lo que había en el tapete quedó en las manos del vivo alegre, que tenía cada vez más cara de zonzo aburrido.

—Bueno; no nos enviemos tanto con el juego porque es pecado —dijo el pequero— vayámonos a dormir en la gracia de Dios, que mañana será otro día — y los rapados de su dinero, rechinando los dientes y rascándose los bolsillos, salieron para la calle, dispuestos a volver al otro día y fundirlo al santulón.

Limpieza absoluta

Y volvieron al otro día, y fuera preferible que no volvieran, porque los que tenían ganas de recuperar lo que perdieron, perdieron lo que les quedaba; y los que fueron en busca de dinero y volvieron, observaron cómo el de la cara de zonzo no tenía un pelo de tonto, y que el secretario, que blasfemaba de su patrón, era fidelísimo de éste y que entre el secretario, el diablo y el millonario, en pocas horas les hicieron sonar, no sólo el deseo de jugar sino hasta las moneditas que tenían para el tranvía.

Así un caballero perdió en una noche quince mil pesos; otro, en dos o tres partidas, ochenta mil, y varios cantidades oscilantes entre cinco y diez mil pesos.

Y todos con la misma novela:

De que había un millonario aburrido, que considerando que la haraganería era la madre de todos los vicios, quería jugar unas partiditas para distraer sus ocios.



LA TRAGEDIA DEL SUPERNUMERARIO

Dentro de pocos días centenares y centenares de empleados supernumerarios quedarán en la calle. Muchos que hace pocos meses que se habían “ubicado” volverán así a recorrer el vía crucis que las exigencias políticas, necesidad del voto, interrumpieron transitoriamente.

Y el año, para toda esta gente, termina mal. Y, lo que es más grave, empieza peor.



La necesidad del voto

Días pasados, conversando con un político de la escuela cínica, me decía éste:

—Convéznase; la democracia en América es un mito; un motivo de lata para los histriones que quieren hacer una carrera diplomática y una muletilla con la que se embauca a las multitudes que ladran por la calle.

En nuestros países sudamericanos la democracia no existe. Son mentiras. Lo único que mueve la conciencia de los caciques electorales es el interés; el interés

en su aspecto más serio e inmediato, si el interés puede ser serio.

Estos intereses no son sentimentales, son de dinero, de puestos que rentarán dinero. De otros que no rentarán en su primera fase dinero, pero sí que tendrán tales franquicias que se les puede considerar una mina de oro.

Eso, en cada capital de provincia, en cada cabeza de departamento, en cada pueblo. La más miserable intendencia es objeto de luchas tremendas, porque el último tendero de villorrio y el primer sastre del mismo tienen intereses, y los intereses son siempre esto: dinero, dinero y dinero.

De ahí que nuestras luchas electorales, aparentemente democráticas, porque cualquier infeliz tiene derecho de votar, no son, en substancia, sino choques de esperanzas, la obtención de intereses; y el partido que ofrece, no el mejor programa político, sino una más amplia posibilidad de satisfacción de intereses que no son políticos, sino personales, es el partido que más probabilidades tendrá de éxito.

De ahí que cuando se dice que en uno de nuestros partidos surge la escisión, no es ésta motivada por desacuerdos ideológicos de los jefes. ¡No! —Aquí la ideología no se conoce— no porque los jefes no se han puesto de acuerdo sobre la parte del león que cada uno quiere adjudicarse.



Y para contar con un caudal de votos ha sido inventado el empleado supernumerario.

Lo que es un supernumerario

Este caudal de votos sería escaso si no contara con los adjuntos, es decir, con el apoyo de los esperanzados.

El caudillo de parroquia, por cada empleo de supernumerario que le concede al adherente que más se rompió el alma, tiene derecho de decirle, a los noventa votantes que quedan:

—¿Han visto, ustedes, que desconfiaban? El milagro se ha producido. Así como le ha sido concedido un empleo a X, con orden, con paciencia, con un poco de buena voluntad, los irán consiguiendo ustedes también.

A su vez el supernumerario gratificado con una canonjía de hambre, se convierte en un adepto rabioso, en un ejemplo vivo que, bajo la dirección del caudillejo, va comprando conciencias con la promesa que ha sido cumplida en él. Él es el testimonio viviente de la buena fe del presidente del comité. Él y otros...

En realidad, son el cebo con que se pescan los votos. A toda esta farsa desvergonzada en su grado más absoluto, se la llama civismo. A este conjunto de hambrones, de gente que necesita un empleo, se le llama electorado. Cuando este pseudo electorado es manso, tranquilo y obediente, y va a las urnas en magnífico rebaño a votar por el candidato que se le ha indicado, a este acto nulo y grotesco, se le califica de “elevado ejemplo de civismo”. Es curioso cómo se engaña a la gente con las frases. Tan curioso que uno se queda a veces pensando en que las profundidades de la estupidez humana no tienen fondo, ya que con estas frases se prepara la comedia, y no sólo se la prepara, sino que se la conduce a su final con el consentimiento y el aplauso de todos.

De allí —me decía nuestro político— que en los países donde una dictadura militar barre con toda esta gente, los primeros en poner el grito en el cielo son los políticos profesionales. ¡Cómo no van a gritar si los dejan fuera de la olla!

Los que pagan los platos rotos

¿Quiénes pagan los platos rotos en estas contiendas políticas? Los supernumerarios. Cada cambio de régimen los deja en la calle. Esto no sería nada si las consecuencias las pagaran sólo ellos; pero, en la mayor parte de los casos, estas caídas arrastran a la familia, y si es lógico admitir que el Estado no puede mantener tanta gente inútil, en cambio no es lógico echar a estos hombres para poner en su lugar otros tan perfectamente inútiles como ellos.

Razonando un poco se llega a esta conclusión optimista: más útil es un inútil con la experiencia del puesto que desempeña, que un inútil de primera agua, colocado en el mismo lugar.

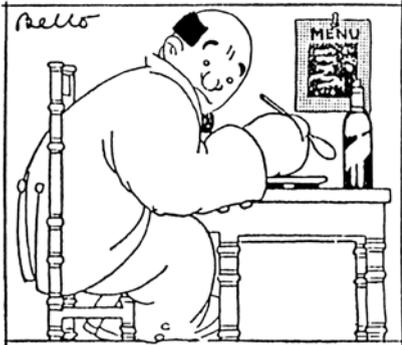
Aunque las cosas habían llegado a tal extremo que, según un supernumerario amigo que mañana o pasado queda en la calle, en la repartición donde él se encontraba, el jefe más le agradecía que no fuera que el que hiciera acto de presencia.

—Somos tantos —me dijo,— que ya nos estorbamos los unos a los otros. Y uno no sabe qué hacer, si leer, fumar, irse, o dedicarse a la gimnasia sueca.

Como es natural, los supernumerarios mocitos, que se van a quedar en la vía, están afectados, aunque se dicen que no podía menos de ser así... Los que sufren son los viejos, los padres de familia. Esos sí que se aprietan las sienas y piensan en el cianuro. Se les viene la tragedia encima; el fin de año, las cuentas, el cierre del fiado, y toda la caótica borrasca que precede a estos cambios de hombres que se mueren por realizar “una democracia sana y un gobierno honesto”.

EL HOMBRE QUE VIVE DE LA “CAZA” Y DE LA “PESCA”

Si Carlitos Feildferbg hubiera vivido en los tiempos de Antar o de Mahoma, sus relatos habrían sido escritos en una tela de oro y colgados de los muros de la Caaba, para que las generaciones venideras se extasiaran en sus relatos furbescos.



Si Pio Baroja lo conociera a Carlitos Feildferbg se lo llevaría para Itiza o para el Alto Bizkar, y en tres meses tendríamos listos un volumen de historias busconas, quiero decir, de buscones. De gente que vive de la “caza” y de la “pesca” en este bosque de ladrillo donde las fieras gastan cuello palomita y los buitres zapatos de charol.

Dice Carlitos:

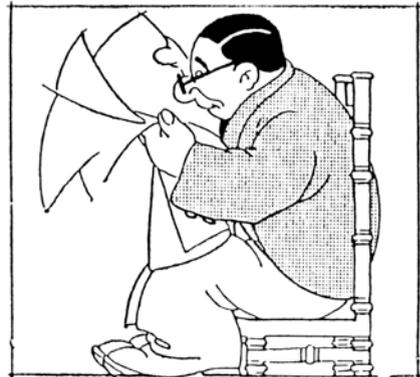
Hay en esta ciudad muchos hombres que apenas cursaron tercer grado; que apenas si saben leer y escribir; que no tienen cultura; que no tienen nada; que no conocen la psicología, y que, sin embargo, al entrar a un café y al ver a la concurrencia, saben decir, inmediatamente, cuál es el hombre que tiene dinero y cuál es el que no lo tiene, gente ésta que sabe discernir de las apariencias, que con verlo a un sujeto lo catalogarán de asatable o de asaltante; individuos, en suma, que para conseguir diez centavos hacen tal derroche de talento como

jamás lo hizo un imbécil para amasar una fortuna que le permitiera vivir en el “dulce far niente”.

Estos hombres viven de la “caza” y de la “pesca”; no trabajan jamás; participan de las aventuras más extrañas que pueda concebirse; almuerzan en la Villa y cenan en el Conte una vez por semana, mientras que los cinco días restantes arrastran su hambre por los bodegones de la Cortada y sus físicos por los hoteluchos de la calle Santiago del Estero o Bernardo de Irigoyen.

Conocen todo lo que les conviene conocer, y no pierden la línea jamás, aunque haga tres días que no comen. Son los buscones de las historias clásicas; los caballeros del asalto, y aunque jamás han estado en una trinchera ni en una batalla, conocen también la táctica de asolar el bolsillo ajeno, que cuando estos hombres trincan a un infeliz con plata, es peor que si le hubieran caído encima las siete plagas de Egipto.

Son gentiles, cultos y educados como los cadetes de la Gascuña. Viéndolos en el Vila, se les toma por ministros en “asuetto”, y en un bodegón de la Cortada, por “señores” que quieren conocer el fondo equívoco porteño.



Cultivan la amistad y el ingenio, son más sutiles que el Odiseo y más ranas que Mercurio, dios de los caminantes, de los turros y de los ladros.

El culto de la amistad

Esta gente tiene dos cultos: la amistad y la generosidad.

Son generosos como Almanzor, cuando tienen plata, y mezquinos como el Shilok, cuando están en la mala, y más inventivos que Edison, para preparar esos asaltos de ingenio, que se caracterizan por su elegancia.

Un ejemplo:

Una noche caminaba con el ex secretario de una Cámara de Diputados. Lo dejaron en la calle porque le debía plata hasta al negro que hacía guardia en la puerta. En los últimos días se había llevado un paracaídas para salir de la casa de gobierno. Cómo entraba, no lo sé. Quizá por artes mágicas.

Este hombre es un genio, un gigante de la manga, un Napoleón del pechazo, un Mussolini del asalto. Si hubiera sido general, jamás hubiera perdido una batalla. Pero el genio se le ahoga aquí en este país, donde sólo pueden tener éxito los burros.

Bueno. Caminaba yo una noche con este hombre que no quieren que le presenten como "ex" secretario de cierta Cámara de Diputados, sino como "es" secretario de la Cámara de Diputados.

Se ha encargado un millar de tarjetas que dicen: Fulano de Tal. Secretario de la Cámara de Diputados. En cuanto le presentan un presunto asaltable, él le entrega la tarjeta borrando el "secretario de la Cámara de Diputados" con lápiz, pero tan débilmente, que se lee mejor todavía lo impreso.

Bueno. Entre los dos no juntábamos nada más que tres pesos. Mi secretario dice:

—¡Tres pesos! Con tres pesos podemos reunir cincuenta pesos. Démelos. Espéreme cinco minutos.

A los diez minutos aparece. Traía un anillo, un anillo de esos que para uno que no entiende de joyas, pueden valer diez centavos como doscientos pesos. Entramos a un restaurante que él conoce. Cenamos admirablemente, y luego lo llama al dueño, que ya en la caja tiene una docena de tarjetas.

—Doctor...

—¡Zás! ¿Oíste, Carlitos? Me llamó doctor. A éste lo clavo...

—¿Decía, doctor?...

—Mirá. Un compromiso urgente. Necesito cincuenta pesos. Tomá este anillo. No me lo pierdas... Mirá que es un recuerdo de familia. No me lo pierdas, m'hijo, que me asesina mi esposa. Cincuenta pesos.

—Pero, doctor...

—¡No, no! Tené el anillo. Hacés bien en garantizarte. Cuentas largas amistades claras. Quiero decir, cuentas claras amistades largas...

El crosta se fue. Lo habló al socio, le dieron más vueltas al anillo.

—No te rías, Carlitos. Llamame doctor.

Por fin el fondero se resolvió. Trajo los cincuenta pesos. El "secretario" llamó al mozo otra vez. Le pidió la adición, y en lugar de pagarla, la firmó; puso un peso de propina al final y le dijo al galaico:

—Mirá. Este peso hacéte lo dar en la caja. No te dejés robar, que el patrón es un furbo...

—Hasta mañana, doctor...

—Ya sabés. Si mañana no vengo a buscar el anillo, esperáme hasta pasado. No seas ávido, Benjamín.

Y Carlitos Feildferbg me dijo, para terminar:

—¡Todavía deben estar dándole vueltas al anillo!

EL LECTOR QUE MANDA TEMA PARA CRÓNICAS

Entre otras cartas, tengo una aquí en la que leo, después del encabezamiento de costumbre:



“Tengo el agrado de darle los siguientes motivos para sus “Aguasfuertes Porteñas”:

a) El tipo que, como éste, su servidor, se siente benefactor de los periodistas y que les envía motivos para sus crónicas.

b) Las chicas que conducen autos en nuestra metrópoli.

“Esperando le sirvan para algo estas indicaciones, saluda atentamente, X. X. X.”

Otro lector, un señor Schiuma, me envía estos temas:

1° El hombre que juega al truco.

2° Las ideas que sustenta el almacenero con respecto al Carnaval.

3° El hombre que inventó un sistema para ganar millones a la ruleta. (Esto debe ser muy interesante. Le agradecería al lector me enviara el sistema,

siempre que no ocupara un cuaderno de números).

4° El hombre que le da charla en el taxi colectivo (y que sale pidiendo treinta centavos porque se quedó pato en las carreras).

El lector y el tema

Días pasados un señor me decía:

—Yo no me explico cómo usted se las arregla para escribir una crónica todos los días del año.

Le contesté:

—Yo tampoco me lo explico; pero el caso es que salen. Además, nunca falta un lector que, observando algo curioso por ahí, me lo comunique. Una vez hallado el tema, lo otro es fácil.

—¿Así que lo de los lectores que le escriben no son invenciones tuyas?

—No.

—¿Y qué le dicen en las cartas?

—Hombre; en las cartas dicen lo que escribe cualquiera respecto a algo que le interesa.

—¿Y usted qué opina sobre eso?

—El día que opine lo haré en la forma de una crónica. Y como ahora ha llegado el momento, y la iniciativa ha partido de un lector, lo voy a hacer.

Ante todo, quiero decir lo siguiente:

Las cartas que uno recibe de los lectores son el índice del interés que despiertan las crónicas.



Y, por ello, no está demás decir que uno se satisface, aunque, a veces, por el contrario, llegan cartas que lo ponen a uno como pato de gallinero, cartas rabiosas. Por ejemplo, con la nota del "Torneo de Charlatanería" recibí una epístola en la que no me tiraban con flores ni rosas.

En otra carta se me llamaba pedante y moralista. Yo llegué a decirme que si no hubiera sido mediocrementemente moralista, sino inmoralista, se me arma la de Dios es Cristo, pues lo esencial era decirme algo que pudiera ser desagradable.

El lector cordial

Salvo algunas excepciones, las cartas de los lectores son cordiales, quiero decir, sinceras. Y esto es sumamente agradable para el que se tiene que romper el caletre sin ganas para llenar unas carillas.

Sobre todo esas cartas de los lectores que se sienten periodistas y redactores. Algunas sorprenden por la justeza de las observaciones. Se ve que el lector ha estado observando el "motivo" de la nota; que se ha colocado en espectador y que, mientras iba mirando el desarrollo del asunto, se decía:

—Bueno, ese Arlt podrá decir tales cosas.

Y cavilando en eso, ha ido hasta su casa, o al otro día, en la oficina, pensando en el tiempo que no terminaba de pasar, ha colocado perezosamente una hoja en la máquina y, súbitamente, desaparecida la fiaca oficinesca, ha ido redactando, al mismo tiempo que se decía:

—¿Qué se dirá ese fulano cuando la lea?

Luego, lanzada la carta al buzón, se ha dicho:

—¿Me llevará o no el apunte? ¿Le interesará el asunto?

O en rueda de amigos han releído la carta antes de enviarla, o la han redactado juntos y han hecho comentarios; se han discutido los temas, se han quitado o agregado otros, y de esa forma el tiempo ha pasado. La oficina, que parecía un calabozo, ha desaparecido momentáneamente del curso de la vida de los empleados, y luego, una vez ya entregada la epístola al "grone" que hace de ordenanza, los fulanos "temísticos" se han quedado pensando:

—¿Cuándo saldrá?

El placer de recibir cartas

Yo creo que, autor del tema y autor de la nota, están a la recíproca en las satisfacciones que reciben.

Porque si es agradable que a uno le tomen en cuenta la iniciativa, es más agradable que le escriban. Y, sobre todo, los desconocidos.

Toda carta que no se sabe de quién proviene, toda carta de lector desconocido, es como una ayuda gratis y oportuna en esta tarea del yugar diario. Manito cordial, desinteresada, que cuando uno está con fiaca, aburrido, sin saber sobre qué escribir, porque el mundo de las crónicas parece que con la abulia se ha agotado, llega de pronto a levantarle la imaginación, a disolver la modorra, y uno se siente interesado con el tema que la carta del desconocido lector ha traído, y entonces, agradeciendo al diablo que le haya enviado un colaborador, se sienta a la Underwood, mira de reajo la carta, cavila tres segundas el tema, y, de pronto, las teclas empiezan a resonar...

La crónica sale.

EL ÁNGULO DE LAVALLE Y JUNÍN

Creo que no hay ángulo de calle más formidable que el de Lavalle y Junín ni rincón de Buenos Aires donde vivan más hombres en una pulgada cuadrada de conventillo. La atmósfera es más espesa allí que en ninguna otra parte, y parece que la remueven desde los cimientos los invisibles pulmones de la raza judía.



Es el rincón israelita por excelencia, es ghetto porteño, un pedazo de Palestina y de Jerusalén enclavado en la ciudad con una fuerza tal que, de pronto, al transponer Corrientes hacia Lavalle, se cree entrar en un trozo de novela rusa. Juro que esto no es literatura.

La calle extraordinaria

Hay más luz allí durante la noche que en el Broadway o en Times Square. Y, sin embargo, los negocios son pequeños y sombríos; pero hay tantos, se aprietan de tal manera unos contra otros que, de pronto, el estallido de luces, que escapa de cada antro, suma en las fachadas una claridad de incendio anaranjado.

No había caminado nunca a las siete de la tarde por este barrio. Lo conocía bajo la luz del sol pero, de pronto, la

otra noche se me ocurrió cruzarlo, y me quedé asombrado de este hallazgo maravilloso. No podía pedirse más mugre, más luz, más hombres extraños, más chicos desnudos, más ancianos con sobretodo (a pesar del calor), más mujeres desgreñadas, más conciliábulos en las trastiendas... Digo que esto es maravilloso como una novela, como un barrio de Levante, y que se necesitarían cincuenta páginas de letra pequeña para describirlo a sabor.

Desde Corrientes, por Junín, hasta Lavalle, y desde Lavalle hasta Evaristo Uriburu, es un espectáculo asiático. No podía pedirse más lujo de miseria, más opulencia de harapos, más millones de bacilos, más riqueza de colores; colores que estallan en los escaparates, en los vestidos de las muchachas, en los interiores de las "despensas" de las que escapan turbonadas de olores marítimos; olores de arenques, de mostazas, mientras la grasa de las gallinas se derrite en los fuegos de los asadores rotatorios.

Y uno termina por preguntarse si está en Buenos Aires o en un rincón de Odesa.

Casas de comercio

Son innumerables como las tribus de Israel.



Después del almacén, una peluquería rusa; después, una casa de compraventa y otra enfrente, con dos más al costado, luego una fábrica de baúles, una curtiembre, un comercio de telas, luego un bodegón, más allá una cerrajería, dos tiendas; más tiendas, una peluquería, dos remiendabotas, un sastre, otro sastre enfrente, una carnicería...; no es posible continuar...; ¡son tantos!...

Los comercios son pequeños; los amos gordos; las mujeres ventradas, pero cada negocio tiene su escaparate. De los interiores escapan ramalazos de luces, y no se ve un solo semblante de desesperación. Son todas caras gordas, rojizas, con cuatro pelitos rubios en el cráneo y la palabra "gelt" resuena en esa atmósfera estremecida como una contraseña de guerra y de poderío.

Es maravilloso.

Hombres que están en las puertas o en los mostradores de sus comercios, conversando con tres tipos de pantalón gris y pijama. Se ven manos gordas que exhiben correas, y gordos monstruosos que asientan una navaja entre la neblina de las pipas, mientras las mujeres, sentadas en los portales, amamantan a los pequeños lechoncitos, y viejos espantosos, viejos que parecen los nietos de Matusalén o de Jacob, con barbas de chivo y gabanes quiromantes y sombreros redondos con un kilo de grasa, se han sentado en el cordón de la vereda y meditan en un silencio profético, clavando sus ojos de buitres en las fachadas sonrosadas de luz en la noche.

Lavalle y Junín

Al salir de Junín y al entrar en Lavalle, el espectáculo se torna sombrío, dantesco. Hay un caserón, cuya fachada tiene trece puertas. Me he detenido a contarlas. Trece aberturas y dos pisos de una altura prodigiosa. De este caserón escapa un ruido lejano, formidable. Entran y salen mujeres y niños. La casa

es tan sombría, que parece una fábrica de moneda falsa. Así debía ser el caserón donde Raskolnicoff asesinó, en una tarde de verano, a la vieja usurera del Crimen y del Castigo. Tiene escaleras de madera; al pie hay una carnicería y en la esquina otra. Trece aberturas en una fachada alta como el frente de un navío. Esto en el corazón de Buenos Aires.

La calle tiene declive hacia Evaristo Urriburu. Todas las puertas son los bancos de una tribu, el asiento de una raza, el descanso de un clan.

¿De dónde salen tantas criaturas? Es imposible explicárselo. Los hombres pululan con ademanes de asesinos mansos.

Las muchachas judías

En medio de tanta roña, piojería, hedores, mercadería, dinero, gritos, hombres, niños, gatos y edificios, por las aceras obstaculizadas por los conversadores, pasean las muchachas judías, las mocitas de catorce años, de las que algunas se han dejado trenzas o cabellera suelta, que se abre como un abanico sobre las espaldas.

Son lindas, pero miran maliciosamente a los "goin"; y los corredores de matrimonios, los corredores judíos, las miran y espían sus amoríos para ir con el cuento al progenitor que inmediatamente plantea la mosaica cuestión al padre del mocito:

"Creed y multiplicaos."

¡Las muchachas judías!

En ese panorama de mugre, el oro de sus cabelleras y el rojo cobre de sus perfiles pecosos, pone en los contraluces de las vidrieras y en los biseles de los cristales, el resplandor del "oro rojo" que mueve a su raza a ser la más fuerte en dinero, la más fuerte desde sus covachas espantosas y desde los conventillos siniestros, como fábrica de moneda falsa y que tienen trece aberturas en la fachada.

LOS PÍCAROS ANCIANOS

Recuerdo que cuando era mocito lector y filósofo de la biblioteca Sempere, y leía los ingenuos libros de “¿Dios Existe?” u otra tontería por el estilo, cayó entre mis manos un volumen de Nietzsche, entre cuyos pensamientos había éste, que no dejó de escandalizarme:

“Los viejos son pillos con experiencia.”



Ahora, a través de los tiempos y años numerosos, afirmación tan sintética y rotunda me sirve para dar comienzo a esta digresión cotidiana que, según el humor en que estoy, me sale moral, agresiva, optimista o lo contrario, por lo que llego a creer que el porcentaje de humorismo de un autor podría establecerse por el de ácido clorhídrico que segregan sus glándulas estomacales.

Balconeando al anciano

La otra tarde me senté en un bar de la calle Corrientes, junto a la vidriera,

cuando de pronto vi que, a una mesa que estaba bajo un árbol, tomaba asiento un “vecchio” jovial más bien bajo que alto, enjuto de carnes, la pelambre bien recortada y un sombrero limpio, sin ondulaciones en las alas, un sombrero de “tome usted asiento, joven”.

Gastaba unos bigotes de cepillo de dientes y corbatita de mariposa. En fin, un viejo higiénico, limpito y modosito como si terminara de salir de un baño.

Pidió el tío un medio litro de cerveza, y luego de haber apurado un tragón, apoyó sus manos en las rodillas y, satisfactoriamente, quedóse mirando en redor.

Otro viejo, tartajoso e insignificante, se sentó a su lado; un viejo con los pantalones hechos un acordeón sobre el empeine de los botines. Uno de esos ancianos que, por ser ancianos, se tiran a muerto.

El viejo primero sonrió con la prudencia de un gato hacendoso, lo invitó al otro, y luego dando fin a la cerveza, volvió a apoyar las manos en las rodillas, se echó un centímetro el sombrero hacia la nuca y movió pausadamente la cabeza como diciendo:

—Así va el mundo, querido amigo.

El otro arrebañaba con sus bigotes de foca la espuma de un chop.



Entonces mi viejo primero, se dio a mirar a las mozas que pasaban y a las que no eran mozas también.

Cómo las miraba

Las miraba con la satisfacción de esos gatos que, después de haberse hartado de bofe, contemplan a su patrona con ojos afectuosos.

Las miraba con ojos casi sonrientes, amables, paternales; las miraba a todas sin excepción, con una indulgencia filosófica, pero de filosofía epicúrea y, a momentos, se lambeteaba sus bigotes de cepillo de limpiar dientes.

Luego cambiaba tres palabras con el otro viejo tartajoso y pantalonado, para volver a su actitud primera y jovial; las manos apoyadas en las rodillas, la mirada atenta a todas las agrupaciones de células que pasaban ante sus ojos.

A momentos parecía un anciano geómetra, estudioso de la geometría del espacio, donde yo no sé por qué se me ocurre que todos los cuerpos son redondos, ya que en el espacio no gravitan planetas triangulares ni astros cúbicos.

Y miraba a las mujeres con tal dulzura, y a las mocitas con tal amabilidad, que el maldito vejete se llevaba las miradas de todas las que pasaban.

Las madres que iban acompañadas de una doncella “en estado de merecer” —¿cuál es la doncella que no está en estado de merecer? —le lanzaban al viejo cínico una mirada rabiosa, indignada; las señoras que estaban solas, pasaban encogiéndose de hombros ante el viejito petulante; las otras señoras, que no son señoras ni nada, a las que el anciano parecía aplaudir con los ojos, por ser tan buenas mozas, lo observaban casi sonrientes, como se saluda de pasada a uno que fue alguna vez un cómplice. Y el viejo tranquilito, con el sombrero requintado, las manos en las rodillas, allí en la calle Corrientes esquina Callao, bajo el árbol cubierto del polvo de las demoliciones, parecía un juez rural del elemento femenino, un Don Juan de avenida y un alegre catador de lo que tanto le agradó al Arcipreste de Hita.

Viejo Verde

Por fin una señora, ni joven ni agradable, que pasó por allí, dijo en voz alta, quizá para llamar más la atención sobre lo que su fealdad merecía:

— ¡Véanlo qué mirón el viejo verde!

El viejo movió la cabeza, como para evitar la picadura de un mosquito, y le dijo algunas cosas a su compañero tartajoso y anciano; luego, volvió a la hierática actitud primera, de las dos manos sobre las rodillas, y su semblante color de bronce no perdió un átomo de serenidad.

Y yo me quedé pensando que el vejete no era un viejo verde, ni un monstruo como el marqués de Sade, ni un devoravirgenes como Barba Azul. No.

El anciano era mi buen hombre, uno de esos sabios y prudentes ancianos que cuando ven que la fruta está demasiado alta para sus encías desdentadas, exclaman, al revés del zorrón de la fábula:

—La fruta madura es siempre linda.

El viejo se distraía filosóficamente. Pensaría, mirando las buenas mozas que pasaban, en sus años que se fueron, en las muchachas que le quisieron y que ahora serían tan viejas y más feas y peor conservadas que él; pensaría en todo eso que piensa un hombre cuando su vigor decae y no le queda otro remedio que balconear con estoicismo la vida de los jóvenes.

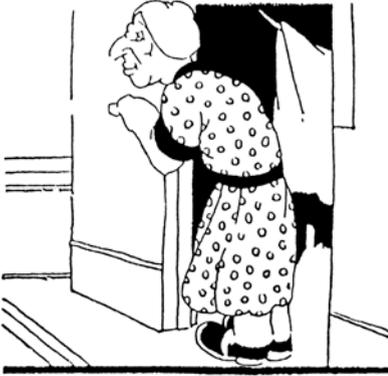
El tal no era un viejo verde, sino un anciano pícaro, uno de esos viejos indulgentes y cínicos, que cuando tienen una hija que tiene un novio, le dicen a éste, después que la muchacha sale de la sala:

—¿Sabe, amigo, que no ha tenido mal gusto en elegir novia? Si no fuera el padre trataría de desbancarlo.

Y todo esto con una sonrisa amable y un golpecito familiar sobre el estómago del futuro yerno.

EL FONÓGRAFO DEL DOMINGO

No hay tarde más triste que la tarde del domingo, sobre todo a la hora de la caída del sol, cuando las calles se llenan del ruido de la multitud, y el arrabal, tirados sus lienzos de casas cúbicas; rosadas y azules, aparece como dormido en la gris perspectiva de los adoquinados nuevos.



Triunvirato, Boedo, Canning, Rivadavia, Nazca, se cubren de filas de gente que sale "a tomar el fresco"; hay derroche de purretadas endomingadas; una

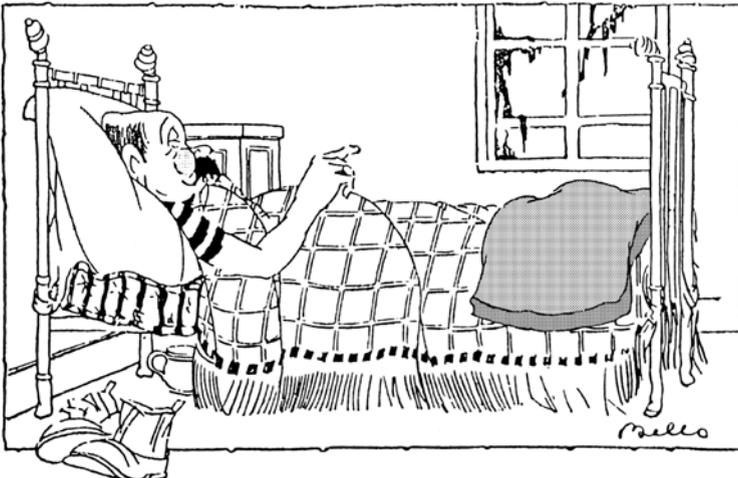
chillonería de baratillo turquesco pinta las veredas; atraillando a sus maridos y a la progenie, aparecen señoras redondas como manzanas y coloradas como duraznos, y un bochinche infernal, un estallido de multitud ávida de divertirse y de gritar y de hacer orgías a base de naranjines y de helados, se desparrama por las plazas sucias hasta decir basta.

Es la hora en que broncan los solitarios.

El silencioso arrabal

Por contraste, el arrabal aparece más aplastado; han quedado en las casas los viejos que le traban querella a las hormigas y las ancianas que, con los anteojos cabalgando sobre la punta de la nariz, indagan con avizoradora mirada cómo "marcha" el noviazgo "de la de enfrente".

Las calles más limpias y el cielo de añil, se juntan en un poniente de cobre. Es la hora en que se desperezan en el altillo los que no juegan a los burros ni tienen programa; es la hora de los fiacunes máximos, de los solterones mayores



de la familia, de los filósofos de barrio que, frotándose los ojos, se quedan contemplando desde el catre la enredadera que ha subido por el pilar del patio de la cocina hasta el bulín, que tiene una ventanita recuadrando un cielo de azul de metileno.

Hora dulce y confiada a la buena voluntad de todos los crostas domésticos, hora que no es “de ay, ni de te quiero, ni de suspiro”, sino de más sabrosa pereza, porque toda la gana de no hacer nada que el ciudadano acumuló durante la semana se vuelca de pronto en la voluntad del infrascripto, y éste se queda de pronto extático, contemplándose el dedo gordo del pie, mientras una paz sedante y celeste penetra en su corazón.

¡Oh, cuándo aparecerá el poeta que escriba la epopeya y el elogio de mirarse en el atardecer el dedo gordo del pie, mientras los optimistas recorren las calles con el cogote en bañomaria dentro de un cuello palomita de tres pulgadas de altura y un traje de 60 pesos que parece de madera!

Donde aparece el fonógrafo

Estaba el filósofo de barrio contemplándose el dedo gordo del pie, cuando, desde lejos, vaya usted a saber desde qué comedor de gente prudente, prudente y económica, salió el plañidero “cante” de un fonógrafo galaico. Una pieza española que, como una queja, ha llenado la soledad del crepúsculo de una visión madrileña —la Gran Vía, la Puerta del Sol— una pieza española más triste que el primer cuaderno con dos cromos de una novela por entregas de Luis de Val.

Y el soñador del catre se queda inmóvil.

Todos los domingos, a la misma hora, la desconocida familia, prudente y económica, pone en marcha, en el comedor, el antiquísimo fonógrafo, que “despun-

ta” la muerte de Joselito o la agonía del Niño de los Tres Cortijos.

El hombre filosófico se ha sentado en la orilla del catre. Contempla ahora pensativamente sus calcetines y el pantalón que “con la raya bien puesta” aguarda desde el respaldar de una silla. Calcetines y pantalón. Pero no se resuelve a vestirse. Lo mantiene allí inmóvil la quejosa música distante que despliega sus aburrimientos africanos y la agonía del Niño de los Tres Cortijos, o la muerte de Joselito. De pronto pasa una tanda de borrachos cordiales, gente que viene del bodegón, donde se ha compadreado dos pesos en vino Barletta o Carlón. Cantan con una voz más horrosa que un entierro de tercera.

“Ehee la violeta, la va, la va, la va, la va”.

El hombre filosófico salta desesperado de la cama. Después de la fúnebre dosis de melancolía hispana, se desparrama por el arrabal la tristeza itálica, con su campo de violetas que parece de entierro y no de domingo.

Entonces, el hombre, de mala manera, se pone los calcetines, se viste despacio maldiciendo de la música melancólica, y cuando ya nuevamente se resignaba a “quedarse en casa”, la radio del vecino comienza.

“Profesor de cachiporra, malandrino”...

No hay caso. El sujeto que una hora antes se deleitaba en la contemplación del dedo gordo de su pie, no resiste más. Eso es imposible. Parece que los músicos de todas las razas sufren de dispepsia o de alguna otra cosa peor, pues no hay uno que no se sienta tirado por la melancolía.

Y entonces, frunciendo el labio y chupando el cigarrillo, el hombre se arregla el nudo de la corbata.

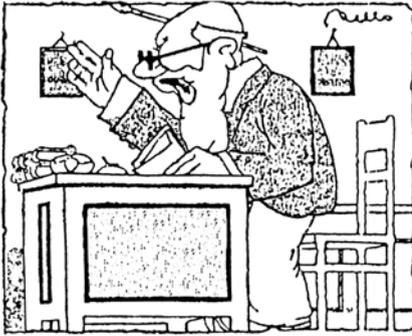


SOCIEDAD LITERARIA, ARTÍCULO DE MUSEO

Me voy a portar bien, y no alacranearé sino en la justa medida.

Se ha fundado una sociedad de autores de libros que se titula Sociedad Argentina de Escritores.

Sus constituyentes son todos señores de edad razonable, si dijera propecta se escandalizarían, por eso digo de edad razonable. Entre ellos hay algunos jóvenes, dos o tres.



Bueno, ¿a que no se imaginan ustedes qué empiezan por hacer estos señores de edad razonable? Parece mentira. Díjese chiste. Es increíble, pero inclinémonos ante las circunstancias fatales y admiraremos la sabiduría de la Providencia que castiga al pecador con su propia mano:

Estos señores de edad razonable han instalado su secretaria... en un museo. Sí, señores, en un museo. Lo único que faltaba era que lo nombraran a Tutankamón presidente honorario y totemico o kármico del conventículo, y el chiste más macabro y malintencionado dentro de la ingenuidad más aterradora estaría consumado.

No es por hablar mal; pero...

No es por hablar mal, pero ustedes comprenden que unos distinguidos caballeros que ya peinan canas y que



eligen como lugar de deliberaciones un museo, mal pueden defender la literatura de nuestros días. Sería lo mismo que instalar un aparato de televisión en la sala de Antigüedades Orientales o en la cueva de Altamira o darle a manejar un Rumpler Tauben a un aficionado a la filatelia. Y conste que no es por hablar mal. ¡Un museo!

Yo me explico que para hablar y defender la literatura se elija un sótano; la mesa de una cervecería; el entrepiso de un café... me explico todo en nombre de la "literatura" pero lo que no me explico es la inspiración singular de estos hombres que se anticipan al museo estando en vida.

Y no me lo explico porque hay que tener la sensibilidad petrificada para resistir esa atmósfera de museo; olor a humedad y a ataúd de segunda mano, color gris en redor; cuadros lamentables y malos por donde se mira; andrajos que no los querría ni el último reductor de la calle Junín; en fin, algo así como la Morgue del pasado. Y esa gente ha elegido el museo para sus deliberaciones. La idea debe ser de Quiroga, hombre que gasta una barba sefardi y cierta catadura de falsificador de moneda que espanta. O



del autor de "La levita negra", un rabino soturno y aficionado a las tinieblas.

Y después uno se imagina que los escritores son de naturaleza tierna y poética y que aman las florecillas de los campos. Dense cuenta cómo se equivoca uno.

Van a defender intereses...

En el tomo 17 de las Aventuras de Rocambole, página 175, sir Williams le dice a Rocambole:

—Queridos marqués, no te olvides; para preparar un guiso de liebre, según el Manual del Perfecto Cocinero, hace falta una liebre.

Parodiando al ilustre capitán Williams, jefe de los bandidos de Nueva York, se puede decir:

Para defender los intereses de la literatura argentina... es preciso que esta literatura exista y después que existan intereses.

Pongamos que esta literatura existe; yo no quiero dudarle. Mi magnánimo corazón se resiste a no creerlo; aceptémoslo. Bueno, está aceptado.

¿Dónde están los intereses de esta literatura, los intereses "morales y materiales" que la sociedad dicha se propone defender?

Analicemos un poco.

El presidente de dicha sociedad es un autor del cual no se han vendido nunca más de mil ejemplares. Del vicepresidente ocurre lo mismo. Del secretario puede decirse que el libro que escribió lo repartió entre los amigos, parientes y agnados de la tribu. El tesorero está en decadencia, tuvo su momento de apogeo. Hoy su literatura de la guerra del Paraguay, no desentona con el museo.

Luego aparecen veintiún vocales. De éstos quince son autores poco leídos, es decir, no pasan de ediciones de qui-

nientos ejemplares de los cuales no se venden ni doscientos cincuenta, encargándose los infrascriptos de repartir los ejemplares restantes entre los amigos, los parientes y los enemigos. Luego aparecen tres de mil ejemplares de venta efectivos, y otros tres que oscilan entre los dos mil y tres mil ejemplares.

Yo creo que el padre putativo de Rocambole tenía razón al decir que para hacer guiso de liebre hacía falta, ante todo, una liebre.

No hay interés ninguno

Hablemos francamente. Esta gente, salvo tres autores, no tiene absolutamente intereses ningunos que defender. Pueden darse por bien servidos de encontrar quien les imprima los libros. Son autores de guante blanco. Algunos hay que viven de un prestigio adquirido hace veinte años, y si los han hojeado cien ciudadanos, son los hombres más conocidos de la tierra.

¿Qué intereses van a defender, entonces? Yo me explico que hable de intereses librescos un señor como Martínez Zuviria, Juan José de Soiza Reilly, Josué Quesada (de los cuales ninguno pertenece a la sociedad) pero no un señor Estrada, Obligado, Borges o Banchs que se miran y se desean para vender cien ejemplares. Estos señores, que yo sepa, hasta ahora han editado los libros por su cuenta y riesgo de modo que si han ganado millones, ellos los tienen en sus escarcelas y no ningún editor.

Es inútil; para hacer guiso de liebre, se necesita la liebre, como decía sir Williams, pues de esta manera el asunto no es chicha ni limonada...

Y esto es lo que ocurre con la Sociedad que a pesar de ser flamante, ya está en un museo.



LOS PORTEÑOS Y EL ESCARBADIENTES

El escarbadietes, el modesto escarbadietes que por millares lanzan las máquinas al mercado, es el arma de combate preferida por todos los porteños. Si no, fíjese usted, vaya por Barracas o por La Boca. De pronto, de un conventillo sale un robusto pelafustán, camiseta policolor, alpargatas, “funghi” cantor y detrás de la oreja un escarbadietes.



Recorra el Once, plaza Constitución. Retiro, Palermo a la hora de almorzar y verá gente que recorre las veredas mirando con prestancia enredor y mordiendo como quien muerde el cabo de una rosa... un escarbadietes.

Pase a la hora del vermouth por Avenida de Mayo, por Callao o por Corrientes y en todas las mesas, junto a todos los copetines, frente al más modesto “balón” que es un cívico disfrazado de prepotencia, o haciendo yunta con un modestísimo café, verá usted un manojo de... escarbadietes.

Ciudad del escarbadietes

Esta es la ciudad del escarbadietes, el imperio del palito.

En cuanto usted se sienta a una mesa en cualquier lugar público, el mozo con lo pedido le trae un florerito metálico con los correspondientes palillos. Este gesto automático del mozo es tan fatal que aunque usted pida agua, le traerán los mondadietes.

¿A qué obedece esta costumbre? Yo no me lo explico... o sí me lo explico, yendo en busca de mi amigo Quevedo, el inefable, el grandioso, el hombre más simpático que cruzó la tierra, allá por el siglo diez y seis.

He aquí lo que dice, en la Vida del Buscón, llamado Espejo de Tacaños:

“Mi amigo iba pisando tieso y mirándose los pies, sacó unas migajas de pan que llevaba para el efecto y derramóselas por la barba y el vestido, de suerte que parecía haber comido. Yo iba tosiendo y escarbando (los dientes con un palillo), por disimular mi flaqueza (hambre)...”

No hay novela picaresca donde los personajes no salgan a la calle provistos de su correspondiente palillo. Tan es así que el mondadietes es un instrumento de famélico clásico, de fulano que trata de despistar las congojas estomacales



que sufre a consecuencia de la maldita honra y envidia.

Ahora bien; yo me sospecho que esta antigua costumbre española ha cruzado los mares con sus dueños de cafés, con sus propietarios de lecherías y con todo el elemento galaico que la ha implantado entre los nativos, los cuales a su vez, serían gente hambrienta, para quien el mejor certificado callejero de que ha comido bien era salir a la calle royendo el palillo.

Y realmente...

Y realmente si se observa un poco, se reparará que el hombre que a medio día cruza la calzada mascando un escarbadientes, causa la impresión de que ha almorzado opíparamente.

Porque uno no concibe a un crosta o a un muerto de hambre mondándose los dientes con un palillo. Más aun, el escarbadientes sería atributo de una comida superabundante, porque de otro modo la operación de lastimarse las encías suscita un apetito más bravo y fiero.

Y, lo notable es esto, que aquellos que salen mordisqueando un palillo son individuos que se alimentan mal. Esto es lo exacto.

He conocido mucha gente que pasaba apuros estomacales. Pues bien, dichos sujetos en cuanto terminaban de roer un pedazo de pan y de tomar un vaso de agua por todo almuerzo, se asomaban a la puerta de calle con el palito entre los dientes.

Y la gente que pasaba y les conocía, les decía:

—Tomando el fresco.

—Haciendo la digestión...

Y dale morderlo al palito... miro con tanta insistencia que me he llegado a imaginar que se hacían la ilusión de que roían el hueso de un pollo o que como a los nenes a quienes se les da un chupete para que traguen saliva, ellos hacían

lo mismo... y con el exclusivo fin de engatusar el hambre, de engañarla con el jueguito palillo-dental.

De allí que yo estableciera como principio científico y psicológico casi irrefutable que el hombre que sale con el escarbadientes a la calle, es un individuo que come mal en su casa y que trata de hacerle creer a los que lo ven y rodean, que se alimenta como un rajá de siete colas.

De los que se roban los palillos

En cambio, el gremio de los tacaños se roba los palillos y me ha ocurrido pedirle fósforos a algún individuo que al revolver los bolsillos, sacaba tal cantidad de escarbadientes que era más de creer que el tal era contrabandista de palillos que otra cosa.

Y recordando un poco de todo, recuerdo ahora que en un libro nuevo que no he leído y que lo escribió Unamuno, trata de las pajaritas de papel que uno cuando está aburrido fabrica con una tijera al azar. Puede encontrarse cierto parecido entre esa tarea y la fabricación de polígonos arbitrarios, palomitas, caricaturas de malos políticos, y todo género encuadrado dentro del arte de la digitación vagancia o vagabunda.

Otros, en cambio, entretienen sus ocios como decía un asesino, en hacer pedacitos los susodichos mondadientes, y cuando un parroquiano toma asiento en la mesa, no es extraño que se asombre al encontrar en el mármol tantos y tantos trocitos de madera que un desconocido maniático del palillo, ha ido sembrando en el piso y la mesa. De tal manera que en nuestra ciudad el escarbadientes sirve:

Para hacer creer que se es hombre de experiencia; para demostrar que se ha comido muy bien, y para darle gusto a los dedos, a los dientes, a la fantasía y a la elegancia.

¿Puede pedirse más de tan simple adminículo? Creo que no.



EL CUENTERO QUE NO ES CUENTERO

Un señor que firma con el pseudónimo de “fiacún a la enésima potencia”, pseudónimo entresacado, para mi glorificación futura, de una de tantas notas que escribo en estos días de temperatura excesiva, acompaña su gentileza de enviarme tema para un aguafuerte con los dibujos que, siendo publicables, la



ilustran. De paso aprovecho la oportunidad para dar las gracias a los ciudadanos, no sé si argentinos o extranjeros, blancos o de color que se llaman Schiuma, Buzio, Astraldi, y E. F., que me han remitido temas para munir de artículos a siete diarios y un semanario. Y ahora vamos al grano:

El cuentero que no es cuentero

El cuentero que es cuentero, y al mismo tiempo no lo es, existe. Y parecerá curioso, ya que puede ser cuentero un hombre que no lo es... De lo que se trata es que nuestro cuentero, la primera víctima que hace de su cuento, es sí mismo. Un “engrupido”, como decimos los que dedicamos algunos minutos diarios a la psicología experimental, un hombre que comienza a engañarse a sí mismo para terminar embaucando a sus prójimos.

Sin convencerse a sí mismo no hace nada. Es como esos actores de la pantalla o del tablado que, de llorar, lloran

de veras, y que cuando terminan de representar quedan sudorosos, enfermos e inválidos por una semana.

Con nuestro hombre pasa lo mismo.

Suele ser un fracasado de los negocios, uno de esos sujetos que han hecho tanta experiencia a costa de su dinero y del ajeno, que ya conocen, sin equivocarse, la ciencia de arruinarse con elegancia y rapidez.

Por eso, siempre que hablan, mienten “su experiencia” en el comercio y, como los locos y los pillos, se traen a cuestras negocios fantásticos, negocios de millares de pesos, combinaciones que van a hacer temblar la Banca mundial, y hablan con tanta facilidad de los millones que van a ganar que, con los movimientos que hacen con el brazo, es difícil verles los puños sucios de la camisa que, de yapa, están rotos o roídos.

Caminan apresuradamente y suelen llevar siempre, bajo el brazo, un rollo de papeles y planos. (Los planos pertenecen a la fábrica que van a construir para explotar el negocio.)

Hablan con enfático talante; son los que dicen “pueblo aherrojado” y “mi legítima esposa” al referirse a una pobre diabla que ni gasto les da en la comida, como dice mi amigo Carlitos.



Las pruebas

Estos bergantes tienen el bolsillo atascado de "pruebas" de que son personas de afrontar un compromiso. Si trabajaron hace diez años, y al principio de esa década les dieron un certificado de buena conducta, lo exhiben ante quien lo quiere ver.

Llevan siempre consigo la cédula de identidad, la libreta de enrolamiento, el carnet del ómnibus, el carnet del comité político a que pertenecen, el pase del ferrocarril y, cuando se dirigen a un imbécil, para tratar de negocios, lo primero que hacen es mostrarle toda la documentación. Para que el Mengano no dude de que ellos son Zutano y, además, para que con tal exhibición de pruebas, el desdichado no tenga más coraje de pedirles ninguna otra respecto a las macanas que dicen, pero de las que están tan convencidos que dan su palabra de honor.

Dicen, refiriéndose a sí mismos:

— Bueno amigo; quedamos comprometidos ¿no? Yo me llevo su palabra y usted la mía.

Como es lógico, el que se lleva la palabra es el viento; pero hay que ver cómo la trabajan de prepotencia estos pilletes a medias, cuando encuentran un imbécil tímido a quien, si ven vacilar en lo prometido, le dicen con aires de perdonavidas:

—Pero amigo, usted me dio su palabra; su palabra de hombre. ¿En qué quedamos?

Si el otro titubea, es hombre muerto.

El cuentero, convencido por última vez de que con ese "negocio" se levanta, hace derroches de elocuencia por las buenas y las malas; se enternece y amenaza; es paternal e iracundo; estadista y frenético; amontona cifras, datos, llora, ruge, se emociona, y su brazo velludo, con el puño sucio y descosido, que se corre hacia arriba, manipulea en el espacio ante las narices del otario, como el de un panadero en la artesa, donde amasa el pan que lo sustentará.

Y es que está convencido de que tendrá buena suerte.

Ha comenzado por engañarse a sí mismo. La necesidad terrible le ha hecho decir tantas veces que si le va bien "en el asunto, él se levanta"; lo ha repetido esto con tal tenacidad en los oídos de su mujer que, ésta, ya cansada, suspira y mira al cielo, que ya no hay nadie en la familia que dude de que eso marchará sobre rieles; sobre todo, si el candidato "forma".

Y el candidato, que era seguro hasta el último minuto, en el penúltimo segundo recula, desaparece de su casa, de los lugares que acostumbraba frecuentar, y sólo para no quedar mal, envía un telegrama diciendo que "vencimientos inesperados le impiden contribuir con la parte necesaria para llevar a cabo el negocio".

Este es el hombre...

Ahora ya lo saben. Este es el hombre que usted puede ver caminar desesperadamente en redor de los tribunales, y en los corredores de esas misteriosas casas de departamentos, donde cada puerta corresponde a un escritorio, que custodia un chico pálido y que lee las "Aventuras de Sexton Blake" o "El viaje de un niño en monopatín hasta Siberia".

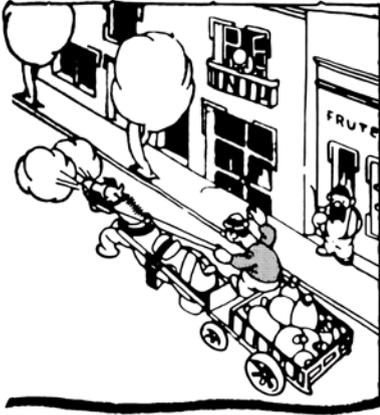
Hombre pálido y mugrientoso, de derrotado cuello palomita, de traje vetusto, de zapatos provectos, de calcetines en forma de acordeón; de puños postizos, hombre de negocios siempre turbios y que tiene un grano en el cogote y la punta de la nariz enrojecida de tantos copetines que bebe en sus carreras, en las que hace un alto en los bodegones para consolarse con una cañita del fracaso de sus cuentos que le vuelven fantástica la vida.

Este es el hombre de negocios, el hombre que tiene una pálida mujer que no come nunca, y de la que al hablar, dice, con enfático talante: "Mi legítima esposa".

LA TRAGEDIA DE SER MOTORMAN

El otro día viajaba yo en un tranvía que llevaba por delante en los rieles un carro grande como una casa. El gallego que iba a cargo del coche, ensordecía a todos los habitantes de la cuadra con el campanilleo; pero el del carro seguía como quien oye llover. Por fin el motorman exclamó:

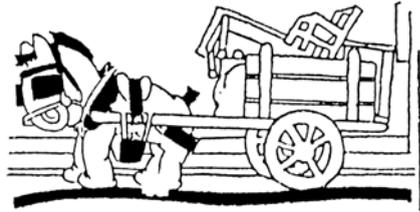
—¡Oh, dulce Rabí de Galilea! Tú no hubieras tolerado esto, no; tú, que soportaste a Judas Iscariote, y al mal ladrón y a todos los judíos que se tiraban las barbas de chivo, no hubieras soportado a este carretero mal hombre y representante del diablo. — Y dicho esto, que escucharon todos los ocupantes del tranvía, detuvo el coche hasta que el carro tomó distancia y luego lanzó su convoy a los nueve puntos contra el carro, que salió despedido de las vías como por efecto de una catapulta. Mi corazón se regocijaba dulcemente.



¿Sería Vd. motorman?

Según los teósofos, todo hombre que ha efectuado una vida diabólica vuelve a reencarnar con su espíritu, en otro cuerpo que pasa, en la vida presente, las de Caín.

Y a veces me inclino a creer que los motormen pagan pecados que efectuaron en otra vida, pues de otro modo no se concibe que tengan energía para soportar esa tortura a que los somete “la congestión del tráfico”. Ocho horas de lidiar con todos los carros y automóviles que se instalan en la vía, hacen perder la paciencia a un santo.



Cierto es que casi todos tienen caras de brutos y no sólo la cara sino el entendimiento; pero esto es más edificante y pone de relieve de más alta manera la piedad del Creador de todas las cosas, que ha hecho que un sujeto que parece un perfecto animal tenga la resignación más suave y la paciencia más delicada que se le puede exigir a un refinadísimo santo.

Y lo que los hace más dignos de alabanza y más merecedores del Paraíso con sus coros de querubines y sus calesitas de potestades, es que teniendo en las manos el medio de destruir a cuanto ser atrevido se coloca a su paso, no matan a nadie, como no sea algún perro atorrante que nació con predisposición al suicidio.

¿Cómo hacen para resistir estas tentaciones que les depara el Diablo a cada



momento? Yo no me lo explico, y eso que he estudiado un poco de teología y sé diferenciar entre lo que es filosofía escolástica y filosofía natural.

Dónde falla la santidad del motorman

Los motormen como los cocheros, tendrían garantizado el cielo si no fuera por su antipatía a las viejas y su léxico poco cristiano.

Basta verlos; ver a un cochero y un motorman en batalla de vocablos, para creer que no irán nunca sino hasta al Purgatorio.

Comienzan insultándose con dulzura, refiriéndose a condiciones naturales en el uno y en el otro, para luego pasar, rápidamente, a estudiar los atributos morales de sus respectivas madres y tierras de origen.

Satisfecha esta urgente necesidad de lo que yo llamaría revisionismo histórico, pasan a mostrarse los dientes, fruncen el hocico y esgrimen, uno el látigo y el otro el inmenso hierro de cambiar las vías en las curvas.

El gallego que desempeña las funciones de boletero, acude en socorro de su socio con la maquineta, a modo de cachiporra, y el del motor reanuda la serie de insultos personales contra el cochero, que hace circular de mala manera el látigo sobre la cabeza de los dos enemigos natos y naturales de su profesión.

Se insultan; pero miran a todos los costados esperando que la intervención de un "botón" ponga fin a esa insostenible situación, porque como gente que no tiene sino una relativa imaginación, ha agotado el repertorio de ultrajes, y debido a que no tienen ganas de romperse el alma, sino en apariencia, no saben qué hacer. Los pasajeros la gozan, y las señoritas miran a las vidrieras, como si les interesaran mucho las máquinas de tornear metales que allí se exhiben.

Por fin los dos desaforados energúmenos, resuelven emprender viaje y luego de rezongar otra colección de insultos, echando espumarajos por las fauces como el espantoso Aquiles o el furibundo Héctor, suben a sus respectivos carrromatos, se miran de reojo, y una vez que ya se sienten en seguridad, se dan mutuos consejos respecto a sus esposas y a sus madres. Las señoritas del tranvía miran al espacio ahora, como si experimentaran una poética afición a la astronomía diurna.

Los facinerosos que levantan la guardia en la plataforma, aprovechan la ocasión para limpiarle el bolsillo a algún papanatas, y los zanahorias rien desafortadamente, mientras los cascarrabias, apurados, se quejan de este país, de sus instituciones y del mismísimo gobierno.

Los enamorados que viajan juntos en el coche, se tiran de los pelos, mientras que otra pareja, que la va modestamente de tranvía, desea que el conflicto no termine más. Ellos no tienen apuro.

Por fin...

Por fin terminó, y por fin anda el tranvía.

Los pasajeros respiran; el motorman hace retemblar el coche con la velocidad que le ha dado a los motores, y las ancianas, que cruzan la calle, se apartan espantadas de ese monstruo rugiente, que sonando sus campanas, cruza las bocacalles volteándolas casi con el ventarrón que desplaza.

Marcha hidrófobo el motorman.

Inútil es que desde media cuadra le hagan señales los paralíticos y los lisiados; inútil es que corran los verduleros cargados de canastas y los turcos de cajones.

Sombrio, inabordable y frenético, el motorman cruza las calles de la ciudad pensando en las ocho horas que le toca lidiar con los carreteros, y en los malditos consejos que le ha dado el cochero, profundo conocedor de la psicología humana.

LOS GORDOS

Antes de entrar en materia quiero dedicar unas líneas a un señor portugués que tuvo la obsesión de los gordos y que les atribuye incalculables virtudes.



Este señor portugués escribió admirables novelas y se llamaba Eça de Queiroz. Pues bien; este Eça no hay novela suya donde no meta un gordo que hace un noble papel.

Para Eça, los gordos eran el sumum de las virtudes humanas; el depósito de caballerosidad, buen humor y benevolencia.

Así, en "La ilustre casa Ramírez", un gordo es el que salva las situaciones difíciles; en "El primo Basilio", otro gordo es el que interviene para salvar a una señora a quien extorsiona su sirvienta; en "Los Maias", también un gordo... En fin, el maravilloso Eça, el hombre más grande de Portugal, el escritor más delicioso de Europa, tuvo siempre la obsesión de los gordos. ¿Y saben ustedes por qué?

Pues porque Eca era flaco como un espárrago y tuberculoso de añadidura.

Y los gordos eran para él el símbolo de la salud, la promesa de vida feliz y los envidiaba con tan buen corazón que si algún día los gordos constituyen un sindicato, están moralmente obligados a levantarle una estatua a ese su tan flaco admirador.

Continuando con los gordos

No hay que confundir gordo con gordito. Los gorditos son sujetos petizos y de humor endiablado; malas personas frecuentemente, porque se les llama "gorditos", debido a que su estatura es pequeña y entonces vienen a constituir lo que Guy de Maupassant llamaba "bolas de sebo".

En cambio los gordos son sujetos de estatura más que mediana; más bien altos, de gruesas y anchas espaldas, abdomen planetario, cara de luna, papada como collera, brazos de tronco de árbol, ojos como granos de mostaza y humor jovial.

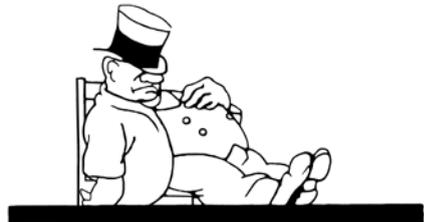
Al lado de los gordos se siente que la vida es un magnífico espectáculo, y que estos hombres son bellas bestias que enriquecen a la naturaleza con su corpulencia.

La mayoría de ellos son forzudos como bueyes, pero no matan ni un mosquito, y una sonrisa de enorme benevolencia adorna sus rojos semblantes y estremece sus corpachones de ballenatos de tierra.

¿Puede así jactarse alguien de haber visto triste a un gordo?

¡No!

En cambio los gorditos sí que son sujetos tristes. Y es que son tristes porque como tienen pretensiones donjuanescas sufren en su amor propio eso de que las mujeres no les lleven el apunte, mientras que los gordos auténticos se rien



de las mujeres, y el único plato que les pone nerviosos es una mesa bien servida y un vinillo con genealogía napoleónica.

Optimismo de los gordos

Los gordos son magníficas bestias cuyo optimismo sacude la inapetencia de los flacos melancólicos y carilargos.

Los gordos son hombres seguros de sí mismos, y no padecen de pesar cien kilos, sino que se jactan de ello, y cuando están en rueda de amigos se regocijan de las bromas que les dan, y éstas corren por sus epidermis como las gotas de lluvia por la piel impenetrable de los rinocerontes.

Gente sencilla, no cree en la elegancia, y jamás se informan de lo que cuesta un traje, aunque gastan más tela que tres flacos.

En materia de sombreros les da por los hongos joviales y ridículos, y no he visto todavía a un gordo elegante, como si la vanidad de éstos existiera en esa negligencia en el vestir que hace que el traje les quede flojo e informe, como la piel sobre la osamenta de un elefante, piel que siempre parece haber pertenecido a paquidermos de mayor estatura.

Optimistas de verdad, nunca se les ve tristes por nada. La vida parece ser para ellos un espectáculo y un motivo para usar en el verano cuellos descomunales y corbatas minúsculas que riza el viento, mientras que embaúlan en su estómago toneles de cerveza y cubas de limonada.

Y la gente que pasa los mira cordialmente, como a antiguos conocidos, y ellos no se ofenden sino que están tan

acostumbrados a ser mirados con atención, que cuando no se les observa miran de reojo como si se les ultrajara.

Y es que saben gozar de una popularidad tal, que donde instalan sus corpulencias inmediatamente encuentran amigos numerosos que se arriman a sufrir el influjo vital de esta montaña de carne que devora todos los días la ración que sobraría a una brigada de melancólicos flacos.

Las mujeres y los gordos

Y las mujeres, que sienten un extraño desprecio por los gorditos, miran en cambio con visible simpatía a los gordos; y no sólo con simpatía, sino que he reparado que hasta les sonríen, y ellos no se envanecen como el común de los mortales, sino que a las sonrisas de las mocitas, que les contemplan, corresponden con otra fraternal, una especie de mueca de luna llena y cordial.

Y cosa curiosa; ellos, que podrían casarse, prudentemente esquivan los lazos matrimoniales y prefieren ser amigos de las muchachas, escuchar sus confidencias, reírse con ellas de sí mismos y tolerarlo todo, menos el perder esa independencia que les hace circular sobre la tierra como espléndidos monstruos repletos de salud, de cerveza y de optimismo.

De allí que nosotros, los que somos flacos, admiremos y envidiemos la obesidad, la corpulencia y el humor de estos ballenatos terrestres, que con el sombrero en la nuca y los carrillos rojos, ríen como dioses benévolos de las estupideces de la humanidad. Y es que son felices.



EL HOMBRE DE LOS DOS MILLONES

Un señor que gasta el nombre de Juan K. Pacho, y que no sé por qué me imagino que debe ser franchute, pues, me pone un montón de palabras galas en la misiva que me envía; palabras que no entiendo por ser auténticamente porteño; me manda un sabroso tema de nota.

“El hombre que busca los dos millones”, o sea, según textuales palabras de mi colaborador, “el sujeto que se pasa las horas mirando extáticamente la vidriera de una agencia de lotería, a ver si por medio de estrambóticos cálculos imaginativos, puede llegar a la convicción de que se encuentra, por fin, ante el número que va a salir favorecido con el premio gordo de los dos millones”.

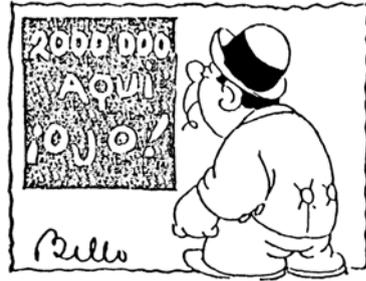


No se puede caminar

Iba por la calle San Martín, y a cada momento, al llegar frente a la vidriera de una agencia de lotería, tenía que bajar a la calzada, pues, innumerables badulaques ocupaban la vereda. Naturalmente, yo iba pensando en otras cosas. Rato más tarde me di cuenta de que lo que observaban era los billetes de lotería.

Entonces volví sobre mis pasos y me dediqué a prontuariat a los tipos.

Casi todos no tenían, no para un entero, sino ni para un vigésimo. Gente



de catadura triste, de mirada larga, de lacrimales empañados; gente que se dedica al ensueño repentista y matemático y que, como dice mi colaborador, procede con los números de esta forma: “Por ejemplo: el individuo al ver el sugestivo número 13.974, dice, para su coleteo: 1 más 3, más 9, más 7, más 4, suman 24 o sea el día del sorteo de la lotería extraordinaria. Luego es un 13.000 y, por lo tanto, dicho billete parece que ha de ser el favorito del *harem* del extracto”. Y el hombre satisfecho de la cabalística operación, y de esas coincidencias tan extrañas, entra; entra, y paga más del cuarenta por ciento sobre el valor escrito del billete. Y sale satisfecho a la calle.

Sí, porque algunos de estos hombres derrotados por todas las suertes malas y buenas, han economizado durante meses con la esperanza de ganar; pero tantas veces hemos escrito ya sobre este tema, que dentro de dicho renglón hay otras figuras tan interesantes como ésta y son las de los revendedores.



Los revendedores

Naturalmente, yo no me referiré, al hablar de los revendedores, a esa esposa de un altísimo empleado público que recibía semanalmente, en decenas, por el valor de 5.000 pesos. Decir que esa señora se valía de sus relaciones políticas melogalleras, no estaría bien. Decir que esa prebenda de que gozaba, era una especie de robo efectuado a muchas viudas necesitadas, no sería elegante. Todos sabemos ya que el régimen anterior fue el patio de Monipodio o la Caverna de los Inocentes; pero de los inocentes cogotudos... Y con enumerar tales desfachateces no se va a ninguna parte. Si uno tuviera que empezar a repartir garrotazos, sería cosa de no terminar nunca. Y para colmo la gente diría que uno es un alacrán, un bilioso y un mal sujeto.

Ya en los diarios judíos han dicho que soy un judío renegado... sin haberlo sido ni con renegación ni sin ella. Pero se enojaron porque dije que en Lavalle y Junín, había mugre como para decorar toda una ciudad. Sin embargo, yo no tengo la culpa de que la gente que viva allí sea sucia. Que se bañen y entonces diré que son israelitas limpios, ¿o es que sólo Israel Zaighwil tiene derecho de tratarlos de mugrientos? Bueno, acabemos.

Frente a las agencias nacionales de lotería, estos días hay un derroche de gente que vive al margen de la "fulería". Pobretones de segunda mano, viejas con narices y barbillas entre las que puede romperse una nuez. Grandulones que en vez de estar acarreado bultos, se pasan la mañana con los dedos en las fosas nasales, esperando que les llegue el turno.

Un botón orejudo, monta la guardia junto a la fila de revendedores de ambos sexos y color. Hay allí gente de todo pelaje: desde la señora medio empacada, que se va como gato al bofe para la puerta, donde la detiene el negro de

uniforme hasta la viejezuela lacrimosa, medianera y humilde, que con lágrimas de cocodrilo, habla de la "oya que dejó al fuego".

El "grone" impasible, escucha como quien oye llover.

Merodeando estos parásitos de primera agua o de primera napa, están los parásitos de segundo quilate. Estos le venden a los revendedores de billetes naranjas o manzanas para calmar la sed, y en el barrio saben improvisarse comerciantes curiosos, por ejemplo, el más interesante es el alquilador de sillas y cajones vacíos para sentarse.

Merodea la hilera vociferando: "a veinte centavos la silla. A diez el cajón".

Las señoras, que dejaron la olla en el fuego, meditan largamente. Calculan: veinte centavos de tranvía, veinte de silla, ¿es negocio?...

Inexorable el de los "bagayos" merodea por allí: ¡Veinte la silla... diez el cajón!... No haga economía que se va a enfermar.

Por fin, una señora, dándoselas de desprendida, medio sofocada, toma un cajón y se sienta, lanzando un "¡puá!" que estremece a sus vecinos de brigada; e inmediatamente, un señor correcto, ojos de pulga detrás de unos lentes con cristales para telescopio, agarra viaje con otro cajón.

El vigilante se siente sublevado. A él lo han puesto para hacer la guardia a personas paradas no sentadas. Y en su cráneo fibroleñoso, se resuelve este problema:

—¿Es constitucional que un revendedor se siente, o es inconstitucional?

El tío de los "bagayos" va colocando sus cajones, sus sillas, sus botellas de "bebida sin alcohol".

Él se ríe de la lotería, de los dos millones y del Papa. Él lo que quiere es plata sonante y cantante en sus bolsillos. Lo demás son "grupos".

Y tiene razón.

UN POCO DE CHARLA CON ALGUNOS LECTORES

Hay días en que uno está con una fiaca espantosa: una de esas tan pocas ganas de trabajar que lo que uno haría es estar-se toda la tarde tirado en un sofá, mirando como humean las chimeneas y pasan las resplandecientes nubes blancas.

Hoy me encuentro en uno de esos días. No tengo ganas de escribir absolutamente nada; nada que presuponga un trabajo orgánico. De divagar, todavía. Por eso voy a charlar con algunos lectores.

Las penas de los gordos

Tengo a mano un montón de cartas. Entre ellas la de una lectora que se refiere a mi nota sobre los gordos. Dice:

“Yo soy gorda (no gordita), pero no por esto dejo de tener penas. ¿Es que cree usted de verdad que nosotras, las personas obesas, tenemos sangre de pato y que nada nos hace mella?”. Yo comienzo por creer que una lectora de mis notas nunca puede ser gorda sino, cuando más, robusta, es decir, propensa a la obesidad. Además, no creo que el hecho de ser gordos prive de ser bellos. Los gordos tienen una estética como

hay otra para los flacos. Así como hay sujetos esqueléticos que no son inaceptables, así también hay personas gruesas que tienen una singular belleza. El caso es encontrársela.

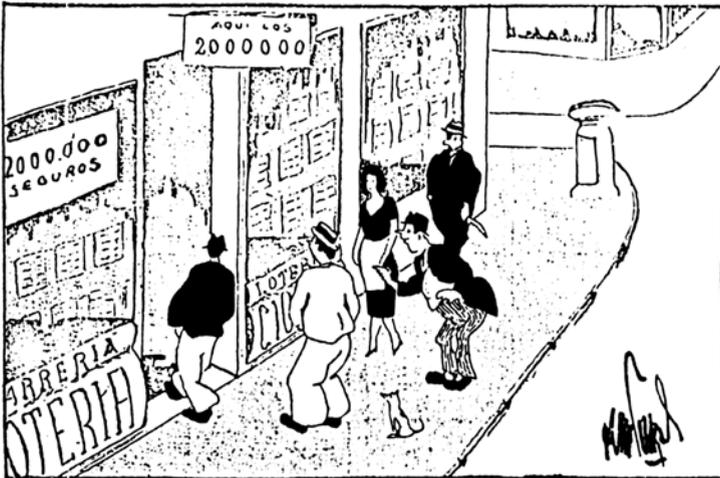
Nuestro señor Tata Dios, que ha hecho a los flacos, también para algo habrá construido a los gordos.

Y ahora de que los gordos o las señoritas obesas tengan penas, no es mía la culpa.

En principio los gordos tienen que ser felices. Para eso son gordos. Si no son felices más les valdría ser flacos, pues de lo contrario, ¿qué papel desempeñarían sobre la tierra?

Sin embargo, insisto en mi tesis. Todas las señoras gordas que he conocido, eran excelentes matronas, felices esposas y benditas madres. No se enojaban nunca con sus maridos, como lo acostumbra las mujeres flacas.

A su vez las solteras que tienden a la obesidad, son muchachas muy útiles a la sociedad, ya que todas tienden a ser profesoras de geometría o de matemáticas.



De modo que yo quisiera que esta lectora anónima se consolara de ser obesa. Piense que cualquier enfermedad puede enflaquecerla, pues hasta ahora yo no he conocido enfermedades que den buenas carnes al damnificado. Así que siendo gorda, siempre sale ganando.

El trío de vagos

Un trío de vagos, José, Valerio y Humberto me envían dos dibujos con sus correspondientes temas de notas. Muchas gracias. Me alegro de haber despertado en los esquenunes de este país la afición a la nota, a la simpatía personal y a la psicología en general. Estos dibujos que acompañan casi arbitrariamente a la presente nota, revelan un espíritu que siente al paisaje urbano y que, a pesar de su dureza e incorrecciones, tiene algo —ese no sé qué— de original que es indispensable para llegar a ser alguien. Sobre todo el dibujo que se refiere a la calle Tres Sargentos; calle de turcos, de tenderos y de encrucijada cinematográfica.

A mí me parece un deber de cordialidad, siempre dentro de mis atribuciones, ponerme a tono con estas lentas aspiraciones de los muchachos. Quizá, porque me acuerdo de mis diez y seis años, cuando la letra impresa ofrecía a mi imaginación todos los caracteres de una imposibilidad maravillosa, y creía que los que escribían eran como dioses.

Hoy me he convencido de que los escriben son tan macaneadores como los otros, y de que regalarle cinco minutos de alegría a un muchacho debe ser tan meritorio ante Dios (si Dios existe) como llevar una vida de santidad.

Y sobre todo a un muchacho que no dibuja mal. Y que si continúa puede llegar a ser algo, quizá nada, quizá mucho. Nadie sabe las vueltas que da la calesita del mundo, y las evoluciones que se efectúan en el interior de los hombres.

Una pregunta curiosa

Cierto lector de Bahía Blanca me hace esta pregunta:

“¿Es compatible con el cargo de jefe de Registro Civil (que desempeña en las cercanías de allí, un señor) el trabajo de compraventero?”

Yo no sé si constitucionalmente esas ocupaciones son o no compatibles ni me preocupa tampoco, porque creo que cada ciudadano es dueño de ganarse la vida como mejor le parezca, pero sí estoy convencido de esto:

Ser a un mismo tiempo jefe de Registro Civil y compraventero es una combinación admirable.

Y es admirable por los negocios que se pueden hacer.

En efecto: el jefe de Registro Civil, al tiempo que casa a una pareja, puede venderle todos los cachivaches que necesita para constituir el hogar.

¿Que nace una criatura que forzosamente se inscribe en el Registro? El jefe encantado. Le venderá la cuna de cuarta mano y un hiberón de poco uso.

¿Que se muere un viejo cuya defunción hay que registrar? El jefe le da por unos pocos pesos a la familia del “mortuorio” un cajón casi flamante y que sólo sirvió para enterrar a un héroe de la guerra del Paraguay.

Tan es así que este doble trabajo de compraventero y jefe de Registro Civil no me parece incompatible sino armonioso, sutil y productivo.

Sobre todo en el campo, donde hay que andar bien en ciertas zonas con algunos bicharracos gordos.

¿No es preferible esto a que el jefe de Registro Civil se dedique a corretear quinielas o a vender cocaína?

La vida no sólo está para saber vivirla, sino para saber ganársela.

He dicho.

EL HOMBRE QUE NOS HABLA DE DIOS

Esta noche Jinarajadasa hablará en el Cervantes. Tal es su prestigio que no ha quedado una butaca desocupada.

Y yo me he puesto a pensar un rato, frente a su biografía.

Ha nacido en Ceilán, es doctor en química y filosofía; maestro en ciencias ocultas y autor de veinte libros.

Y este hombre que diserta gratuitamente, bajo un diluvio de luz eléctrica, ante los palcos repletos de hermosas mujeres, hablará de la ciencia de Dios, del conocimiento del mundo invisible, de la angustia del siglo y de las fuerzas que permanecen aletargadas en el fondo del alma del hombre.

El infierno

De Barbusse, que ha escrito "El Infierno" con palabras calientes, recuerdo una frase espantosa:

"El cielo ha caído sobre nuestras cabezas".

Mientras voy escribiendo este artículo, la recuerdo y repito, en mi interior: "El cielo ha caído sobre nuestras cabezas".

¡Cuán cierto es ello!

Yo anotaba una vez en esta sección, que Buenos Aires era una ciudad de gente que al caer la tarde se toma las sienes entre los dedos y piensa de qué modo encontrar una escapatoria del aburrimiento que la corroe; de qué manera hallar una definitiva solución para huir de esa angustia lenta e insensible casi, que la lanza de café en café y de cabaret en cabaret, siempre con el mismo rictus canalla en el vértice de los labios y la misma luz de distancia en el fondo de las pupilas.

Y de pronto se llega a la conclusión de que son muchos los que viven sin esperanza. Esa es la terrible verdad. El cielo ha caído sobre las cabezas de los hom-

bres que viven sin esperanzas. Un cielo enlozado de plomo que quebranta las espaldas más fuertes, que destruye la voluntad, que les deja tal sequedad en el paladar que el aire parece de arena; un esmeril fino que hace más pesada la circulación de la sangre y más vibrante la pulsación de las venas.



Es el mal del siglo, y para las mujeres taciturnas y los hombres extraños de esta ciudad disertará el maestro ceilánés. Sí, para ellos que han sentido la necesidad de lo nuevo, que es la Teosofía, es decir, la ciencia de Dios.

El hombre del siglo veinte

Jinarajadasa concede especial importancia a la “sequedad de espíritu” de que hablaba el místico Miguel de Molinos, y que es el síntoma de la necesidad de un credo religioso en los hombres.

La “sequedad” o insaciabilidad deriva de esta batalla, de esos intereses y necesidades de placeres feroces que han convertido al hombre de nuestro siglo en un inexpressivo monstruo gimnástico. Él domina la tierra, el agua, el fuego y el aire, pero en cuanto desaparece el sol rojo, este hombre se encoge como el simio prehistórico en su caverna de hielo; mientras que con los pliegues de la frente caídos sobre los ojos oblicuamente angustiados, espía el horizonte de su espanto.

Si; el maestro ceilanés, que no sólo conoce los Sutras, sino también la química de la materia y la del espíritu, hablará de este hombre que en la soledad de sí mismo se busca el alma y no la encuentra, a causa de tantos escombros como han cubierto sus pecados; y frente a los palcos, donde las bellas mujeres se abanicarán ceremoniosamente, Jinarajadasa desenvolverá la historia espiritual del hijo de las sombras, siempre atento a la llamada de sus instintos, y a pesar de ello cada vez más fuerte, más sabio, más triste y feroz.

Y la conclusión del maestro será:

“Los hombres no pueden vivir sin tener un sentido religioso y una visión subjetiva del mundo espiritual”.

Para Jinarajadasa y los teósofos, el hombre es el envase de un espíritu que descendió a la materia y sólo puede librarse de ella y de los sufrimientos que aparece, esquivando el karma, es decir, la “ley de causa y efecto”. Según los

maestros de todas las religiones el deseo crea el karma.

Hay que suprimir, entonces, el deseo mediante la realización de una vida perfecta en pensamiento y obra. Esto presupone una conducta estoica, es decir, la comprensión de la inutilidad de satisfacer todos nuestros apetitos que nacen del desequilibrio existente entre nuestro conocimiento real y nuestro conocimiento intuitivo. En síntesis: somos gigantes ciegos que no sabemos hacia dónde vamos.

Ahora bien: partiendo de que todas las formas de materia son las manifestaciones de la vida tratando de escapar la concreción física, Jinarajadasa disertará sobre aquella realidad que todos los teósofos conocen desde el fondo de su corazón: un universo espiritual donde cada golpe de pensamiento repuja formas de intensidad variable.

En ese espacio (cuarta dimensión), se mueven los demonios que nuestra imaginación ha creado, y asciende luego de esos planos dantescos a otros más puros.

El maravilloso sueño no tiene fin. Y es que nuestro universo visible e invisible, desde el átomo, pasando por el hombre, al astro, no son nada más que los eslabones de una cadena eterna que pesadamente va girando a través de los mundos su fatal evolución.

Para la más fácil realización de ella, es por lo que los teósofos afrontan el sacrificio de la perfección individual.

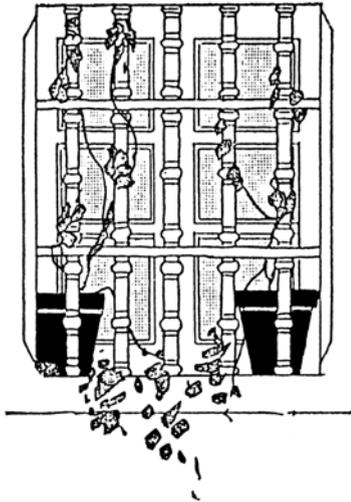
Por esto, en esta ciudad de hombres tristes y mujeres taciturnas, esta noche Jinarajadasa planteará el terrible problema:

“O resignarse a ser perfectos sin deseos o hundirse en la desesperación que nace de los sentidos que nunca se podrán saciar.”



EL ESTILO COLONIAL

Cuando uno se pone a pensar en todas las pavadas que la estupidez de la gente va inflando despacio hasta darles jerarquía de arte, es cosa de escribir todas las verdades del barquero que a uno se le ocurren, que muchos piensan y que nadie escribe.



Porque es curioso. Este es un país donde se opina mal de muchas cosas; todo el mundo está de acuerdo en una conversación particular en que ciertas costumbres son de una idiotez que revienta, pero como éste es un país donde predomina el espíritu colonial, es decir, el espíritu de respetar las formalidades consagradas por el hábito, nadie protesta. Y las cosas andan como el diablo.

Estilo colonial

El frente de la Escuela Militar fue terminado hace algunos meses. Y del más puro estilo colonial, decían los cronistas.

A mi me interesa poco que el estilo sea puro o no, pero en sí el hecho es signifi-

cativo. Y es significativo porque no podía pedirse mayor contrasentido.

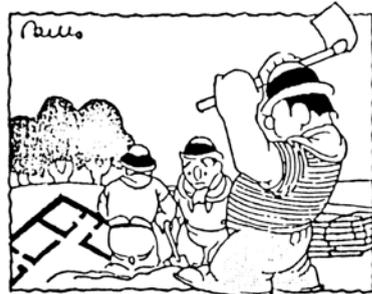
Que un señor que ha amontonado pesos vendiendo salame, tenga la ocurrencia de tener una “casa colonial”, se explica. La tontería y el salame no son incompatibles. Pero que una escuela de oficios mortíferos como lo es una academia militar, se adorne con semejantes arquitecturas, resulta tan ridículo como si mañana un fabricante de cañones tuviera la ocurrencia de fabricarlos dándoles las formas artísticas que gastaban los fundidores del siglo XVI.

Sí, o que a los “cuarenta y dos” les pusieran moñitos y arabescos.

Se explicaría que una escuela militar tuviera por edificio una fortaleza cuya arquitectura fuese de guerra, ya que ésta existe, pero no la de una época bárbara, de aislamiento, de siesta y de falta de imaginación, como la que presupone el estilo colonial, que además de ser feo, porque es feo sin vuelta de hoja, representa el espíritu de una raza mezcla de árabe, de española y de incásica... esto es... la indolencia de tres razas fusionadas en una.

Una ciudad triste

Esta es una ciudad triste, una ciudad sin carácter, sin arquitectura, sin arte, sin nada. Calles rectas y un arrabal cu-



yas casas son todas del mismo molde, cuando no de otro peor.

Sólo el barrio Norte, Palermo y Belgrano, ofrecen una característica que precisamente no es argentina, ni porteña, sino sajona por excelencia, es decir: inglesa y alemana.

Esta gente ha hecho predominar en las construcciones el estilo de sus países que es ante todo de un romanticismo barato, pero bonito y movido para los ojos... es decir, si no es puramente artístico, ofrece en cambio fáciles bellezas visuales y la imaginación del caminante puede soñar mirando esos jardincitos, esas torres y esos tejados sin cigüeñas que vienen de Egipto.

El resto de la ciudad es sencillamente abominable. Nuestra aristocracia, olvidándose de lo que es una ciudad, no ha fabricado casas sino mausoleos, edificios de fachadas enormes, de corredores extraordinarios y de una tristeza tal, en todo su conjunto, que uno no se explica cómo es que hay gente que se resigna a vivir allí dentro.

De Barracas, Caballito, La Boca, no hablemos. Eso no es arquitectura ni nada. Triunfa el criterio de los albañiles que han ido al boliche a buscar la inspiración en dos copas y entonces las casas han resultado también así: lúgubres, apretadas, semejantes todas, con un pedacito de tierra adelante "para la sala" y la cocina frente a la primer pieza. Sí, así.

Y para colmo lo colonial

Creo que el señor Noel es el inventor de este estilo que quedará muy bien en el desierto, pero que en la superficie de nuestra ciudad es un mamarracho.

Después un gran escritor, al menos en "La Gloria de don Ramiro" hizo célebre el estilo y lo que como excepción podía justificarse, (el personaje de un cuento ruso, tanto se acostumbró a la cárcel

que cuando salió de ella se hizo edificar un presidio para su uso particular), cobró visos de "cosa artística"; los articulistas que le dieron bombos al estilo y un millonario de nombre que lo adoptó, todo se confabuló para que todos los nuevos ricos y los que tenían tan poco cacumen como los nuevos, infestaran la ciudad con edificios de esta traza:

Rejas feas, farolitos que no alumbran... aljibes que no tienen agua ni la tendrán, llamadores que ocultan un timbre eléctrico debajo... ¿En qué quedamos?... ¿Estamos en carnaval para disfrazar las casas de este modo tan absurdo? No hablemos de la teja española... la teja que porque los nativos no supieron construirla mejor, no la hicieron de otra forma, ni de las mil tonterías que son el complemento de este mamarracho que se llama el estilo colonial.

Si viviera Ruskin

John Ruskin, que fue el esteta más interesante de la Inglaterra del siglo pasado, previó esta abominable falsificación de lo antiguo y de allí que si hoy viviera, lanzaría sus rayos contra esta "hipocresía arquitectónica" que según sus exactas teorías era la consecuencia de una falta de originalidad y de sinceridad de la época.

Ruskin entendía, y esto es un sentimiento práctico de lo más aceptable, que cada época debía aceptar la arquitectura que era la consecuencia de sus necesidades naturales, pero de ningún modo aceptaba que con pinturas imitáramos los mármoles y que con maderas las piedras. Tenía razón.

Pero de que la falsificación se lleve al extremo que ha ocurrido en el estilo colonial, no tiene nombre. Y si todavía fuera bonito... si tuviera esa escapatoria... pero el más grave pecado de este estilo falso es eso: su fealdad. Y ello es imperdonable.



QUIEREN QUE HABLE DE LA TRAICIÓN EN POLÍTICA

Un respetable señor y amigo me dice:
— ¿Por qué usted, Arlt, no escribe algo sobre las traiciones en política? No necesita nombrar a nadie. Es un lindo tema para nuestros tiempos. Y a sus lectores les va a gustar.

Yo miro al respetable señor y amigo, y termino por decirle:

— Bueno; pero lo voy a citar.

El respetable señor y amigo se escandaliza, luego exclama:

— ¡No, no! Podrían decir que yo estoy escamado, porque no me han dado oportunidad de traicionar a alguien. Hágalo sin nombrarme.

Satisfagamos al respetable señor y amigo.



Cambio de opiniones

Sthendal, en la novela "Rojo y Negro", tomo segundo, primeras páginas, banquete de cogotudos, hace aparecer a un personaje que tiene "ideas cínicas" en política. Estas ideas consisten en que un hombre no puede ser "siempre esclavo de sus opiniones" porque sino no sería el hombre que tiene una opinión, sino la opinión que tiene un hombre.

Y lo divertido es esto: los que de tal forma razonan, son siempre los que se dan vuelta, no los abandonados. Los



abandonados, a este cambio de opiniones lo llaman "traición". Si a mí se me pidiera opinión escrita y jurada sobre este asunto, contestaría con una perogrullada, y es ésta:

—Mientras las ideas políticas rindan dinero, habrá "cambio de opiniones" o traiciones, si es que la traición existe.

Porque, pensándolo bien, un hombre cambia de opinión cuando tiene perspectivas de mejorar su situación. Esto es tan natural como la serpiente lampalagua que, inflando la garganta, se hace más temible y parecida a la de cascabel, sin serlo.

Y es que un hombre que quiere justificar la traición, la justifica siempre. Las razones se dan después, decía el Canciller de Hierro, que era un cínico estupendo; y tenía razón, si lo situamos dentro de un siglo que tiene en esencia su espíritu feroz.



Época ésta de conquista, de cancellería disfrazada, de agresividad escondida, la traición no constituye su excepción, sino su aspecto lógico y natural. Recuerdo esta frase de Flaubert en "La educación sentimental":

“El último mandadero de la esquina vendería varias veces al día a la patria para aumentar tan sólo los precios de su tarifa”.

Y Flaubert no exageraba. Era un oso sincero y admirable.

La traición en nuestros países

La traición en nuestros países es una papa. Poco tiempo antes de las elecciones presidenciales, individuos que habían traicionado a un partido constituyendo otro y organizando comités, del día a la noche abandonaron al nuevo partido para pasarse al que antes habían abandonado, con muebles, papeles, bandera, escudo, sillas y juegos de naipes. Eso no era ya traición, sino el humorismo aplicado a la política. Llegaba un presidente al comité y encontrábase con que todos sus afiliados, en compañía del vicepresidente, del día a la noche habían cambiado de idea, y no tan sólo de idea sino de domicilio.

¿Puede calificarse de traición esto?

Yo creo que no.

La política, en estos países, tiene tan sólo el nombre de tal. Es cosa de preguntarse, entonces, ¿quién traiciona a quién?

Estos amontonamientos colectivos que se disgregan bajo el efecto de una posibilidad, y que se vuelven a agrupar con la esperanza de otra posibilidad, no constituyen lo que se puede llamar núcleos políticos, sino núcleos carneriles. Esta delicada sutileza no creo que esté fuera de lugar.

Y es inevitable que así sea. Aquí la gente no tiene otros intereses que los del buche. Sólo conoce o tiene noticias de los ideales cívicos una relativísima minoría; y aquéllos son ideales viejos,

que han pasado, no de moda, sino de ocasión, que es mucho peor.

Además, los puestos políticos representan intereses. Plata, mucha plata. Un voto de concejal es una canonjía que puede enriquecer a cualquiera si ese voto se sabe explotar. Un voto resuelve un asunto donde se juegan millones. ¿Cómo no explicarse las traiciones, entonces?

El placer de traicionar

Y esto sin contar que hay naturalezas bellacas que sienten un placer especialísimo en traicionar a los que nunca fueron sus amigos, aunque los otros los creían amigos.

Yo creo que la traición requiere una naturaleza patizamba, una especie de romanticismo por la canallería.

El que traiciona, por lo general, es uno, uno solo. Los otros siguen en rebaño, después. ¿Por qué esto?

Porque siempre hay pobres de espíritu a la expectativa de una aventura de esa naturaleza. Y cuesta tan poco traicionar a un partido, que yo no creo que pase mucho tiempo antes de que los políticos hagan escribir en sus tarjetas de visita, o presenten como prueba de su “pedigree” a los electores, la lista de las agrupaciones políticas que abandonaron. Y como nuestro progreso es evidente, y vamos a pasos gigantescos hacia la civilización, llegará un día en que los únicos individuos que sean realmente considerados como capaces para “conducir la carcomida nave del Estado” serán los maestros en traiciones, los profesores en pillerías, los técnicos en bellaquerías.

¡Qué se le va a hacer! La política es así.



EL CONVENTILLO EN NUESTRA LITERATURA

No hace mucho, en uno de sus artículos de estética —que lo que menos tienen es de eso— el señor Leopoldo Lugones se quejaba de que nuestros escritores se dedicaran a describir la miseria, influenciados por “el bolcheviquismo”, según él.



Ante todo, es necesario hacer constar que el señor Lugones es un literato que ha cambiado muchas veces de opinión. Esto no sería disculpable si las opiniones del señor Lugones tuvieran un valor definitivo para la sociedad en que vive; pero no. Ha seguido los vientos de su época y a ello le ha agregado volúmenes de frases brillantes. Es indiscutible que a pirotécnico no le aventaja nadie. Es un maestro en eso de inflar globos.

Esto es el paraíso

Muchos se dirán, ¿qué tiene que ver el conventillo con todo lo que voy escribiendo? Pero ya llegaremos al grano.

El señor Lugones encuentra bolcheviques a los escritores que, como Mariani, Barletta, Castelnuovo, Tuñón, y yo, quizá, se han ocupado de la mugre que hace triste la vida de esta ciudad.

El señor Lugones encuentra mal que todos los muchachos de la izquierda,

es decir, del grupo llamado de Boedo, se ocupen de la pobreza y de la angustia de los hombres argentinos. Él prefiere las frases, las rimas de azul de metileno con las durezas del tungsteno y otras combinaciones por el estilo que, con un poco de dificultad y otro poco de ingenio, construye cualquier estudiante aventajado.

Y las prefiere porque mentalmente está constituido para eso, y porque todo lo útil que dejó de escribir, habiéndolo podido hacer, se resuelve en su entendimiento que no puede admitir sino que el camino que ha seguido es el verdadero.

Esto no tendría importancia si no desviara el criterio de los lectores, sobre todo el de aquellos lectores para quienes la letra de imprenta y una firma que ha hecho ruido en torno de sí, son artículo de fe.

Seamos justos

Yo he tenido la bendita suerte de no vivir nunca en un conventillo; pero por contraste he vivido siempre bastante lejos de la ciudad, en los extramuros, si se quiere; en los lugares donde se asalta a veces en pleno día; pero donde hay campos, luz, sol, viento y barro.

Y lo confieso: cada vez que paso por la calle Venezuela o Brasil no puedo menos de estremecerme al mirar esos conventillos espantosos, donde la mugre ha



llenado de lepra las paredes y donde, en cuartujos horribles, sobre cuevas de ratas, viven decenas y decenas de familias.

Y entonces he pensado:

—Dentro de veinte años, los que ahora son criaturas serán hombres; escribirán, y los Lugones del futuro encontrarán poco artístico que esos hombres de entonces, y que son los niños de hoy, hablen del conventillo, de la miseria y de toda esa ciudad que la incuria de nuestros políticos coimeros ha dejado para mancha de la urbe.

¡Los conventillos!

Yo en mi carácter de cronista he entrado a todas partes y, sobre todo, a los conventillos. Y mientras oía las explicaciones de sus habitantes, yo no atendía a la conversación sino que pensaba:

—¿Cómo es que esta gente puede resistir la vida en estas condiciones? ¿Cómo estas mujeres jóvenes, estos proletarios que no parecen brutos, se resignan a vivir años y años en diez y seis metros cuadrados de piso podrido, con techos donde pululan las pulgas y las arañas, a la sombra de una muralla alquitranada que es cien veces más detestable que la de la fábrica, soportando la convivencia obligada con toda clase de individuos?

Pero no, al señor Lugones le molestan estas cosas. Él prefiere los versos lindos, las rimas de tungsteno y metileno.

Realmente, si la vida no es un sainete, que lo diga Dios.

Claro está entonces...

Claro está entonces que la juventud que piensa un poco y que sabe expresar lo que siente, tenga una orientación que deriva a la miseria, al conventillo, a la angustia. ¿Cómo no hablar de estas cosas? ¡Caramba! Si son las que saltan ante la sensibilidad de todo hombre que tenga un poco de corazón. Esto no tiene

nada que ver con los rusos. Si los rusos nunca hubieran hablado de miseria, el honor de haberlo hecho nos correspondería a nosotros, los escritores argentinos de la actual generación; no de la del señor Lugones. La generación que corresponde a la época del señor Lugones, hizo frases. Le cantó a las ninfas, a las estrellas, al boj y al reloj, y vivieron contentos, satisfechos, encantados de la vida y seguros de su inmortalidad.

Tan seguros, que se constituyeron en los oráculos literarios, y ni por broma se les ocurrió mirar a un costado. Y eso que ellos conocieron un Buenos Aires que debía ser espantoso; con sus barrios característicos, sus compadres y la canalla aristocrática que hacía patota.

¿Cómo los señores que piensan en una luna de “grupo” y en una ninfa de “macana”, van a hablar o a escribir del conventillo? Para ellos, eso es rebajarse. Menoscabar la dignidad poética. ¿Escribir sobre el conventillo? ¡Qué horror!

Pero esta gente que no tuvo corazón para apiadarse, suma a ese pecado de insensibilidad este otro más grave: el de envidia e impotencia. Ellos, que se olvidaron que en el corazón de la ciudad estaba ese cáncer que se llama conventillo, no quieren ahora que los nuevos, los muchachos, hablen de eso. ¡Escribir sobre el conventillo, cuando se puede rimar marfil y pretil!

Pero debo recordar a dos hombres que, en su oportunidad, se acordaron de esas viviendas sórdidas, donde florece la flor de la miseria: Luis Pascarella, fue uno, en su libro titulado “El conventillo”, y Francisco Sicardi, el otro, en un volumen llamado “El libro extraño”. Eran dos hombres con espíritu joven, donde aún germinaba la rebelión que es y será, por todos los siglos, el mejor privilegio de la juventud que no puede substraerse a los dolores humanos.



LA FAMILIA “CROSTA”

La profunda, la nunca bien elogiada inspiración popular, ha tomado la palabra “crosta” para designar lo trivial, lo pobre, lo que no sirve, lo que se tira, lo que aparenta, lo que está en la superficie, el residuo, lo que llena y no sacia.



Saludemos, entonces, con este nuevo término, a la genialidad anónima que transforma nuestro idioma en una bella esperanza, colmada de matices, de giros flamantes, de términos adecuados, de adjetivos pintorescos.

¡“Crosta”!

“Crosta” es el mozo que nos sirve de mala manera un copetín; “crosta” es el tío que la va de camiseta de seda y que no come en toda la semana para adquirir una corbata inarrugable; “crosta” es el sujeto que, de delantal blanco, atiende un aparato de hacer cualquier clase de naranjada; “crosta” el “vecchio” de bigotes a la funerala y cara como de estornudo, que le bate el justo a una mocita atrevida; “crosta”, en fin, es el tipo pato, auténticamente, específicamente pato.

¡“Crosta”!... Esta palabra sonora, con enjundia de “marroco”, deriva de él. “Crosta” proviene del pan; “crosta” es la cáscara que algunas personas de encías delicadas y estómago averiado, recortan

del pan con el cuchillo, reservándose la masa, es decir, la substancia. Con ello está dicho todo.

La familia “crosta”

En Buenos Aires prospera la familia “crosta”; la familia que hace equilibrios al margen de una escasa renta y que la presume de “columna de la sociedad”.

¿Qué es la familia “crosta”? Les explicaré.

La familia “crosta” o “crostácea” o “crostuda”, es aquella familia que tiene un escaso haber mensual. Esta familia estuvo bien en un tiempo; hasta que el jefe de la misma falleció. Por lo general, el jefe de la familia fue teniente de navío o capitán de fragata. Comenzó a criar sus párvulas con lujo, y la digna esposa y la menuda familia se acostumbraron a toda clase de comodidades.

Luego el jefe de la familia “fuéase al mundo de los mejores”, y la “vedova”, con la purretada, quedó para hacer frente a la vida con la pensión del glorioso finado.

Mientras todos fueron chicos, la cosa andaba sobre rieles. Luego se puso seria, y más tarde grave.

Y es grave porque es necesario sostener el “tren de la casa” y ocultar a los ojos de las amistades esas honduras económicas en que naufragan todos los proyectos de vestidos, todas las perspectivas de paseo, hasta la concurrencia a



un cinematógrafo de moda adonde sólo van con entradas regaladas.

Penurias de la familia “crosta”

La familia “crosta” vive como si no fuera “crosta”. Da un té danzante de vez en cuando a las amistades; se tira su veraneo al país de los escitas o de los lestrigones, que son países de fábula o de grupo; tienen una sirvienta que se desdobra en forma realmente mágica en mucama, doncella de comedor, portera, mandadera y cocinera. Da cenas a los novios de las chicas, si las chicas tienen novio, y, en las reuniones familiares, la madre de las damnificadas por la muerte del teniente de fragata, habla de que “sus hijas son tan activas que, no pudiendo resistir la ociosidad, estudian inglés, piano y dactilografía”.

Eso, para darle a entender al candidato que si le va mal en sus negocios, puede mandar a trabajar a la chica, colocarla en un ministerio y hacerla producir.

Lo cual no ocurrirá nunca, porque las chicas no se casarán.

Las chicas

Las chicas de la familia “crosta”, hasta los veinticinco años de edad, se consideran con exclusivos derechos a pretender al Príncipe Azul; no el del “Alma que Canta”, que es un farabute, sino el otro príncipe que sólo existe en sueños melosos y tilingos.

Hacen dos clases de vida estas chicas: la familiar es una especie de batalla sorda contra las necesidades; una guerra tenderil en busca de retazos, de jarrones de pacotilla, de cuadros que parecen troglodíticos, y de ensayos de restauración de los muebles, que es un prodigio.

Esta lucha les agría el humor de tal manera que el léxico que emplean para dirigirse mutuas observaciones es de

imposible reproducción, como decía un inglés, lector consuetudinario de la Santa Biblia.

Durante el día, confeccionan mantelitos, licores caseros que les sirven a los novios o candidatos a tales, en botellas con más sellos que un parte ministerial, o confeccionan sus trajecitos espléndidos, que son una maravilla de buen gusto y de geometría y matemática económica.

Las reinas

La reina madre, de rostro color de membrillo maduro y mirada dura, vigila todos estos trabajos engrupidores, y a la noche, cuando las chicas aparecen en la sala, ante las amistades, tienen ese admirable aspecto que se ha dado en llamar aristocrático, y que es una mezcla de limpieza cutánea con el amarfilamiento de los rasgos y la serenidad de la mirada.

Y la comedia empieza

Los “crostas” que hacen de novios y que usan bigotitos a la norteamericana y pantalones oxford, hablan pavadas, citan fiestas. Ellas lo mismo. Y es una competencia de mentiras, de exageraciones, todo ello con modales de cinematografía y suspiros a lo Oscar y Amanda.

La comedia humana

Y cuando la sala queda en la obscuridad y todas las visitas se han ido, entonces, desde las tinieblas, se escucha una voz agría, que le dice a la hermana:

—¿Qué querés con ese fulano? No te hagas ilusiones, que es un “crosta”, más “crosta” que nosotros. El auto es prestado y la madre está inhibida. Hay que buscar otro, vieja.

Y la mocita, que no es vieja, piensa... piensa...



DOS PALABRAS MÁS SOBRE ARQUITECTURA COLONIAL

He recibido esta carta, que reproduzco en su texto íntegro:

“Señor Alberto Arlt:

”He leído su artículo sobre “El estilo colonial”, que me ha parecido muy bien; más permítame que le observe lo siguiente:

”Ud. se ha olvidado de decir, en su artículo, que la grosería de este arte de advenedizos ha llegado a tal extremo que se utiliza la estatua hueca de la Virgen en una hornacina, para cubrir un teléfono, y la figura de Cristo para representar aldabones y encubrir el botón de llamado para la servidumbre.

”No es necesario ser un fanático para darse cuenta de toda la irreverencia que encierra esto. Y como usted es el primero que ha tenido el coraje de manifestar lo que pensamos muchos acerca de esto, tenga también la bondad, si puede, de ocuparse de ello.

”Saluda a usted muy atentamente,

”Un católico militante.”

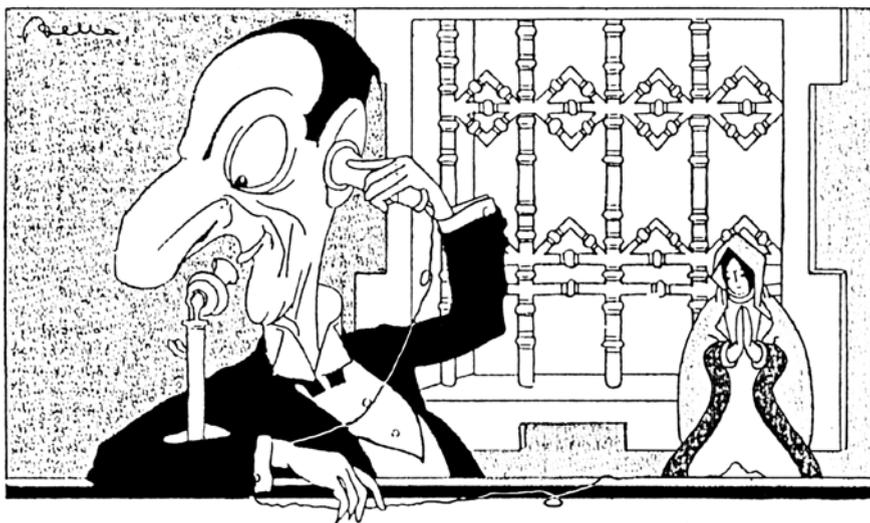
Tiene razón

Sin ser católico puede observarse toda la razón que tiene este lector al escribir de tal forma.

Más aún: encuentro que tener en una hornacina a la Virgen, cubriendo un teléfono, es algo irrisorio, contradictorio con la época colonial, y que insulta la sensibilidad de cualquier individuo que tenga una ínfima noción de arte, ya que las vírgenes han sido construidas para ser adoradas o admiradas.

Y es irrisorio e insultante, porque para muchos, pero muchos hombres y mujeres la figura de Maria es un símbolo de caridad y maternidad, y entonces ese menester que le hacen desempeñar los nuevos ricos, choca con nuestra piedad natural.

Una figura que representa el sufrimiento de la Madre, no puede prestarse para disfrazar un teléfono, y entonces no es necesario ser católico para repudiar ese “camouflage”. No hablemos del



Cristo. Es demasiado bella la figura del Rabí; demasiado triste y enorme para la humanidad católica o no, para que el primer salchichero enriquecido pueda permitirse el lujo de manosear la dolorosa figura del Hijo del Hombre cuando tiene que tocar un timbre que adorna su morada de opulencia anticristiana.

No hay derecho a tanta grosería. La figura del dulce profeta de Nazaret es tan bella, posee un significado tan hondamente humano, que me ha ocurrido entrar en el dormitorio de personas irreligiosas que tenían, en la cabecera de su lecho, la imagen del Cristo. Les he preguntado si en el fondo eran católicos. Me contestaron que no. Cuando les señalé el crucifijo, me explicaron, diciendo:

—Fue un grande hombre.

Luego nos quejamos

Luego nos quejamos de que en Europa se burlen de nosotros y que cuando andamos por las calles de París, de Londres o Berlín, nos busquen el rastro del taparrabos e inquieren si en el bastón no ocultamos el conato de una lanza.

El poeta Bernárdez, me decía el otro día:

—“Estas aventuras pseudo artísticas de los ricos, son en realidad, de fatales consecuencias para nuestra civilización. Los tontos los toman en serio, y de pronto, del día a la noche, nos encontramos con que señores que intelectualmente no significan nada, están en el candelerero y vienen a ser los exponentes de un arte que todos repudiamos; pero que no lo podemos decir porque

no hay diario que se ocupe de nuestras opiniones, que representan el criterio del público sensato.”

Y Bernárdez tiene razón, como ese católico militante que en nombre del buen sentido protesta de la grosera herejía de emplear una Virgen para ocultar el teléfono.

La venganza del tiempo

Sin embargo, el tiempo tomará venganza de estas tonterías. Y la venganza que más le duele a los propietarios. La de la desvalorización de sus edificaciones de estilo colonial.

Dentro de cinco años, cuando dicha moda esté desacreditada y no haya salchichero que no quiera saber del estilo colonial, los propietarios, que invirtieron un capital en herrajes idiotas y en albañilería estúpida, tendrán que tirar abajo el frente de esas casas que son un insulto al buen gusto y substituir las fachadas con otros frentes que estén más de acuerdo con la sensibilidad de la época. Y los que quieran vender una casa de estilo colonial tendrán que darse por bien servidos si pueden sacar la mitad del precio de lo que les costó.

Esta será la venganza del tiempo, juez inexorable de las estupideces de los hombres.

Este cambio fatal en el gusto del público, no sólo será beneficioso para nuestra estética edilicia, sino que dará trabajo a miles de albañiles, frentistas, yeseros, etc.

Buenos Aires se pondrá a tono con la época, que es la del rascacielo.



SOÑEMOS, SEÑORES, CON LOS DOS MILLONES

He anotado la cantidad: ¡Dos millones!, y no sé por qué me ha entrado melancolía; pero no una melancolía poética, sino una melancolía facinerosa; una melancolía con bronca, la bronca de estar toda la vida atado a una máquina de escribir, escribiendo macanas, mientras que si tuviera los dos millones, (pongamos un millón; digamos un cuarto; que sea un octavo), podría vivir lo más bien, despreocupado de los tipos porteños y riéndome de la mala literatura que me da de comer dos veces por día...

¡Dos millones!

Y hoy se reparten, ¡sí, hoy!

¿Ha pensado Vd. alguna vez...

¿Ha pensado alguna vez qué es lo que haría con los dos millones? ¿Ha pensado Vd. hoy qué vida recomenzaría, si esta tarde, en el sorteo, la suerte papanatas y embrollona le deparara un cacho de fortuna, y de pronto Vd., que no soñaba sino con un "sábado inglés", se encontrara hecho un cogotudo, así de golpe y porrazo?

¿Ha pensado Vd. alguna vez?...

¡Dos millones de pesos!...

Dos millones de pesos representan diez millones de monedas de veinte centavos, o sea una columna de 10.000 metros de altura. ¿Se da cuenta, Vd.? Una pavorosa columna de plata, que penetrando a través de todas las capas atmosféricas, lo pone en contacto con el cielo de la garufa y el paraíso de la farra.

¡Dos millones de pesos!

Tome Vd. su vida de crosta impenitente, de pato a la violeta, de hombre que tiene el pelo largo y los botines con zurciduras de hilo número 1; tome su vida crostosa y sin esperanzas de ninguna especie, y emplácela dentro de ese gigantesco círculo de níquel; dentro de esa bandeja de plata, o en el eje de esa rueda de oro...

¿Se da cuenta? Mírese situado allí, en el centro geométrico de aquel disco de oro que recibe su sombra hilachenta, y la proyecta en todos sus planos; piense un minuto en los dos millones, y comprenderá que dos millones... ¡son dos millones! Y que el que no los tiene, es inútil que se rompa la cabeza para tenerlos. Y que la lotería, el azar de esta maldita lotería, jamás se fijaría en Vd., crustáceo sempiterno.



Todo puede suceder

Usted admite conmigo, que es absurdo esperar que el destino se fije en su vigésimo. Usted está de acuerdo conmigo en eso; pero una vocecita misteriosa le dice, desde adentro:

—¿Y si eso ocurriera?

¡Y claro que puede ocurrir!

Y en cuanto usted ha pensado esto, que es como una especie de pálpito, no puede menos que volver a mirar su billete; y los números impresos, al cabo de un instante, bailan ante sus ojos, los números negros empiezan a echar patitas de ciempiés y, sin saber por qué, tiene la sensación de que han dejado de ser números vulgares, para convertirse en números trascendentales; y ese tres, no es un tres, sino algo raro: un tres de substancia cósmica o mágica; y ese siete de la terminación, usted no puede explicarse por qué le llama tanto la atención, cuando otras veces el mismo siete lo dejaba tan impasible como el cinco, el archivulgar cinco, que en la cifra, al estar acompañado por dos ceros, lo intriga contra su voluntad...

Y es inútil que usted cierre los ojos y piense en la cara estrilosa del jefe de la oficina. El número baila ante sus pupilas, adentro de su cerebro, mientras que la vocecita le dice:

—¿Por qué no? Tené fe, viejo.

Y usted tiene tanta fe que, de pronto, se acuerda del jefe que le tiró la bronca tantas veces, y piensa en la cara del hombre, si usted saca su vigésimo... Y en lo que diría doña María, la que habló tantas veces mal de usted en la carnicería; y en la cara que pondría la madre de Fulana, que lo largó parado so pretexto de que usted era un pato. Y piensa... piensa en la dicha riente de tener una "voiturette" de quince mil pesos, y en la conmoción que estremecerá al barrio cuando todo el mundo sepa que usted tiene un vigésimo de los dos millones. Usted, al pensar, oye que toda la gente dice:

—¡Pero quién lo diría! ¡Un mozo tan joven!...

Usted ahora se siente inabordable. ¡Cómo se la van a pagar! Ya se imagina diciéndole a su jefe:

—Vea, señor: tengo el placer de manifestarle que desde hoy en adelante dejaré de contemplar su ranfañoso semblante de mulo.

Y hasta le parece escuchar la risa de los compañeros, y asiste como a un doble espectáculo: el de la carrera hasta su casa en un automóvil vertiginoso, para darle la noticia a la vieja que por vía misteriosa ya la tiene y que al verlo llegar se desmaya mientras que sus hermanas lo agarran de los brazos y su candidata a novia, una chica amiga de sus hermanas, le sonríe con sin par sonrisa.

—¡Ah, si fuera cierto! Le regalaría unos cuantos miles a ese Arlt —se dice usted al leer esta crónica—; pero yo añado:

—¡Le regalaría!...

¿Por qué no?

¿Por qué no?

Mientras usted iba a la oficina, el viaje se le ha hecho corto con los sueños: con los sueños que se apoyan en un azar de dos millones. Pero yo no lo compadezco a usted, si ha dejado de ganar. ¡No! Al que lo compadezco de verdad es al hombre que tiene un billete cuyas cuatro cifras son iguales a las del billete ganador, mientras que la última es distinta. Ese hombre, que por un número le ha errado a la suerte, estará enfermo toda la semana con solo pensar que por un miserable numerito sigue militando en el ejército de los patos.

Y el otro que merece mi simpatía más inmediata, es el que ha hecho lo que he hecho yo. No participar en la suscripción de la compra de un billete; de un billete que si llega a ganar... le hará crecer pelos verdes a uno.

TRES HOMBRES DISTINTOS

Recorriendo hoy las calles en plena apoteosis de aburrimiento, he visto a tres hombres distintos, es decir, psicológicamente tan distintos que bien vale la pena la descripción de los mismos.



El hombre primero

El hombre primero iba por las calles lentamente; no estaba ni mal ni bien vestido, pero cavilaba, porque su marcha no era recta, como la de uno que va hacia determinado lugar, sino que tenía ese peculiar zig-zag que caracteriza al indeciso, al que busca la solución a un problema.

En las bocacalles no se fijaba si había o no tráfico, sino que cruzaba casi adormecido las calzadas. Era indudable que a ese hombre algo le ocurría.

De pronto, se detuvo, sacó del bolsillo un montón de papeles, los revisó y continuó andando luego; pero después de guardar todo lo que sacara.

—¿Estará por suicidarse?— pensé al ver que el hombre introducía la mano al bolsillo.

Mas no. El desconocido no pensaba suicidarse, sino que caminó unos pasos y, de pronto, hizo un gesto brusco. Había arrojado algo contra un muro.

Y al pasar por el lugar, vi que ese algo era un clavel rojo.

Sí; el hombre tiró lejos de él una flor que significaba un recuerdo; una flor que posiblemente le había regalado una mujer; una mujer en la que no creía ya.

De otro modo, ¿hubiera procedido así?

Consumado ese acto, el desconocido comenzó a caminar libremente.

Comprendí, con esto, que lo que le preocupó fue la flor; el compromiso que significaba llevar una flor en el bolsillo. ¡Vaya a saber! ¿Estaría casado o tendría otra amiga que le revisaría los bolsillos? Quizás no. Quizá ese gesto era el rechazo del pasado; era tirar a la calle, como inútil, todo recuerdo que la flor roja estaba destinada a suscitar.

Cruzó un camión y ya no lo vi más al desconocido. Entonces me incliné y recogí el clavel. Tenía el tallo atravesado por una aguja.

El hombre segundo

Al doblar por Pueyrredón, vi avanzar a grandes pasos a un muchacho; un adolescente.



Tenía cara de estudiante; pero lo llamativo en él era esto:

A cada instante se llevaba la palma de la mano hasta la nariz, y aspiraba profundamente, como si sorbiera un rastro de perfume.

Luego sonreía, sin ver que lo miraban, y su paso gimnástico era alegre, rebosante de vitalidad.

Y me dije:

—Este mocito viene de ver a una dama; alguna muchacha fragante que ha dejado un rato su mano entre la de él. Y ahora reaviva el recuerdo y su presencia con ese perfume que ella depositó inocentemente entre los dedos.

Sí, no puede ser de otro modo.

Porque el mocito devoraba las cuadras y las cuadras, con grandes pasos. Posiblemente no iba a ninguna parte, se veía que estaba archicontento, y la mano, a cada momento, se detenía en su nariz, lo que hacía creer, a más de uno, que el pobre muchacho tendría una hemorragia nasal; pero no. Era una hemorragia de ilusiones y esperanzas que con persistente fragancia llenaba su vida.

Y entonces me acordé del que tiró el clavel.

El hombre tercero

El hombre tercero tendría treinta años, y calzaba botines sin lustrar.

Estaba a la orilla de la mesa del café, como quien se encuentra en las soledades de Alaska; con un mechón de pelo caído sobre la frente y barba de tres días, para no desentonar.

No miraba a las mujeres que pasaban, por ese admirable instinto que le decía que ni las sirvientas se fijarían en él. Las solapas del saco, con regueros de ceniza y los ojos perdidos en el horizonte, parecían decir todo lo demás.

Fumaba lentamente, porque no tenía otra cosa que hacer. Y era el tercer

hombre distinto que yo encontré en ese vagabundear tranquilo entre el bullicio inquietante de la urbe porteña.

Distinto al hombre primero, que prudentemente arrojó el hermoso clavel a la calle sin pensar que el clavel que le dio una mujer lo iban a oler los perros y a destrozarse los chicos.

Distinto al hombre segundo, que estoy seguro que de haber podido hubiera pregonado su felicidad a todos los que pasaban. Sí, el hombre tercero era distinto a los otros dos.

El hombre tercero es el individuo que del día a la noche ha sentido que toda ilusión se ha agotado en él; que ya es inútil cuanto haga para engañarse, respecto a la vida, y que las experiencias que el hombre segundo y que el individuo primero han pasado, él ya las ha olvidado, de tan conocidas.

Y por eso el hombre tercero es el más frecuente y más triste morador de nuestra ciudad. Le encontraréis en los cafés de barrio, mirando una partida de billar, que no le interesa; lo encontraréis a bordo de un barco, en la pasarela, mirando con ojos soñolientos la ciudad que se descubre a lo lejos; lo encontraréis en los escritorios de una explotación de café; en la teneduría de libros de una casa importadora; en la oficina lúgubre, que a través de un dédalo de corredores, descubrimos, después de haber interrogado a todos los porteros del rascacielo y a todos los desconocidos que pasaban a nuestro lado.

El hombre tercero; el hombre de los treinta años, de botines sin lustrar, es ese sujeto que cuando muere le hace decir a su pensionera:

— ¡Qué hombre tan tranquilo era el finado! No recibía nunca visitas ni cartas. La ropa se la lavaba él...

Única oración fúnebre para un hombre que aprendió a andar solo y triste, porque conocía la vida.

EL HOMBRE QUE HACE TRABAJOS DE MUCHACHO

Hay un hombre que es inferior al criado, al lavapisos y al último ordenanza de la última oficina del diablo.

Es el hombre mantenido.



El término resultará curioso; pero es así. Recuerdo que cuando yo era chico, tendría ocho o nueve años, vivía en mi barrio un hombre en una casa donde nunca se veía gente. Este hombre era largo, amarillo, tenía el pelo en rulitos y calzaba, tanto en verano como en invierno, unas zapatillas.

Frecuentemente iba descubierta, y todas las mañanas, éste ente flaquísimo, amarillo y largo, se encaminaba a una carnicería con su cesta. A la tarde se le veía cuando iba a la panadería, y a la noche cuando efectuaba sus compras en el almacén. Tenía siempre el mismo gesto reposado de deidad india, inmutable y misteriosa. No conversaba con nadie. Más tarde, viendo grabados de la tumba de Tutankamón, recordé que ese individuo se parecía mucho a los egipcios. Sí, debía ser una reencarnación de Tutankamón en la figura de un menestral.

Y recuerdo que una vez que pregunté acerca de él, me contestaron que hacía todos esos trabajos inferiores porque era un “mantenido”.

El mantenido

¡Cuántas veces más tarde me he acordado de la hierática prestancia del mantenido! ¡Cuántas veces he cerrado los ojos y lo he visto, en la vereda roja de ladrillos avanzar con los hombros tiesos, los finos labios unidos y su cabeza de ídolo serpentario inmóvil y con la mirada fija adelante!

¿De qué país era ese hombre? ¿Por qué sumisiones o por qué desgracias había llegado a ese horrible extremo de ejercer la servidumbre más ínfima y denigrante; la servidumbre que ejercen únicamente los chicos opas o las criadas imbéciles?

Luego he encontrado muchos ejemplares de esta casta. Hombres que viven acoplados a una familia que los trata como a esclavos y que hacen labores de mujeres. Hombres que no son dueños ni de la grasienta gorra que llevan; hombres que hacen de niños, van a la compra, limpian los pisos, escuchan las semiconfidencias del amo, toleran las



rabietas de la patrona, encubren a medias las macanas de los muchachos o los denuncian con recelo; individuos que se les trata como si fueran de la familia, porque nunca se les da un centavo y se les viste con pantalones viejísimos, con sacos que pertenecieron al abuelo, individuos que para el máximum de economía desempeñan en la casa el papel de cajones de basura.

En los negocios del centro

Cuántas veces por el centro, por ese centro cuyas trastiendas, cuyos negocios turbios son como el anfiteatro de la mala vida comercial, lo he descubierto a mi hombre en el portal, o limpiando los mármoles, o dormitando con los ojos abiertos junto al mostrador.

¡Cuántas veces!

Es el hombre característico, con su facha de hambre larga, sus ojos desprovistos de vida, el pañuelo al cuello y el guardapolvo que cuelga sobre sus hombros arqueados, y la pelambre abundante en el cogote.

Calza botines enormes, que pertenecieron a algún gigante como Gog y Magog, o al amo, que es otro gigante sombrío, facineroso, siempre al trote con sus asuntos peliagudos y que deja en la casa a la mujer para que atienda a los acreedores, y al hombrecillo para que le cuide la mujer y el negocio.

La mujer siente un odio atroz contra ese seudo eunuco que no habla, que está de limosna en la casa, que trabaja poco, que hace los mandados de un muchacho y que fuma los medios toscanos que le regala el patrón.

Sobre él se descargan esas rabias mudas; pero él, sordo, ciego, insensible, deja correr los años de su servidumbre ignominiosa, en una especie de somnolencia letárgica, un anulamiento abso-

luto de la voluntad que le hace estar allí contra viento y marea.

¿Hay alguna etapa de la vida en que se inicia esta descomposición del carácter? Yo creo que sí. Y esa etapa comienza a los treinta años, cuando el hombre siente que toda fuerza de ilusión está muerta en él; cuando se encuentra en una casa donde hace varios años se lo trata "como si fuera de la familia".

Y ese hombre, que toda la vida ha tenido la voluntad carriada, se encuentra bien ahí, y un día tolera una nimiedad y otra y otra; y así su resignación a soportar ultrajes hasta que un día se encuentra con que ya no tiene que soportar ninguno. Todo le es familiar y triste. ¿Para qué luchar? ¿Para qué resistirse?

¿Adónde ir?

Recuerdo que un día le pregunté a uno de estos viejos de cuarenta años lo siguiente:

— ¿Por qué no se va a otra parte?

— Es tarde ya —me contestó. —¿Adónde voy a ir?

Por eso siempre me acuerdo de aquel hombre flaco, alto, amarillo, que al caminar parecía una estatua egipcia, con los inexpresivos ojos fijos en un punto invisible. De su hierática prestancia se desprendía tal acatamiento al destino horrible, que sus ojos no parecían mirar hacia la tierra, sino hacia el más allá. Un más allá que había abandonado vaya a saber por qué cruel avatar.

— ¿Adónde ir?...

Por eso ahora cada vez que veo a uno de estos ex hombres frente a los ojos, se me detiene ese amarillo individuo de pesadilla, que caminaba con una cesta, mientras que sus hombros permanecían tiesos.



ELOGIO DE LA CIUDAD DE LA PLATA

Cada vez que a un vago amigo le he preguntado donde trabajaba, me contestó:

—Tengo un empleo en La Plata.

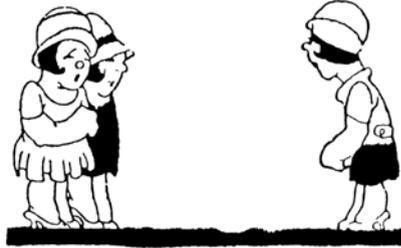
Y tan frecuentemente he recibido esta contestación, que llegué a formarme la idea de que la benemérita ciudad de La Plata, era algo así como el vaciadero de toda la atorrancia porteña; el paraíso de los “fiacunes” que necesitan justificar un medio de vida. Ayer, después de arduas cavilaciones resolví hacer un paseo hasta la ciudad ignota y desconocida.



Como es natural en la estación no me esperaba ni una banda de música ni una comisión de vecinos distinguidos, por lo que pude inspeccionar la ciudad a mi antojo y sabor, es decir, darme cuenta con mis propios ojos de lo que, sin tratar de parecerme a los viajeros distinguidos, llamaré “magnífica ciudad”. Y lo es sin vueltas.

El paraíso de los vagos

¿Cómo iniciaré el elogio de esta ciudad? ¿La llamaré la preferida de Dios, la elegida del Señor, el refugio de la Salumita (hay muchas y estupendas), el jardín de la “fiaca”? ¿Cómo iniciaré el elogio de esta ciudad magnífica, amplia, limpia, arbolada, soleada, asfaltada, sin mujeres feas, con edificios maravillosos, con tranvías que paran en mitad de la calle, con agentes que bien podrían ser



caballeros y que lo son por los modales? ¿Cómo elogiaré esta ciudad de cafés con mozos cordiales, con gente que camina sin apuro, con comerciantes que se recrean leyendo los letreros de sus comercios, con plazas sin atorrantes, con calles sin ómnibus ni autos colectivos —¡gracias al diablo!—, con árboles por donde se mire y con mujeres tan lindas que se piensa que a las feas las tienen secuestradas bajo siete candados para que no estropeen la armonía de ese paisaje que lo constituye el todo y las partes de este inefable paraíso de silencio?

¡Silencio, sol, árboles! Insisto: La Plata es el paraíso de los vagos, el templo de los enfermos de actividad, el gran específico para los neurasténicos, la tabla de salvación de los “esquenunes”. La Plata es la tierra de promisión de todos los que sueñan con una vida de espaldas al sol.

Me he quedado encantado con esta ciudad. Alguien me dice que es una ciudad de estudiantes... ¡Puede ser! Yo no he visto estudiantes en ninguna parte, sino gente pacífica, tranquila, que en



los cafés hace rueda desde temprano, como si su ocupación fuera balconear la vida y a los pájaros que picotean sus sombras en las veredas.

El espectáculo

Le inquiero al boletero del tranvía la dirección de una calle, e inmediatamente un bombero, una señora anciana, un caballero mulato, el motorman, un cabo de vigilantes y un vigilante, espontáneamente se ofrecen a darme cuanto dato pido. Me quedo asombrado al comparar, instintivamente, la grosería porteña con la amabilidad de esta gente.

¿De dónde ha sacado la compañía de tranvías de La Plata personal tan adecuado? Yo no lo sé ni puedo explicármelo. ¡Si casi le piden disculpa a uno por cobrarle el boleto! El tranvía para a mitad de cuadra, para dejar subir a una anciana que desde la distancia se agita como semáforo. Yo miro en rededor, y un caballero anciano también, de barbas plateadas, me dice, con un orgullo que me explico ampliamente:

—Aquí, señor, no han podido prosperar los ómnibus.

—Ni prosperarán —dice otro, que parece ser un “ave negra” cordial y espontánea.

Yo me agarro la cabeza. ¿Es posible encontrar gente tan civilizada, tan culta, a 60 minutos de la Capital?

Entré a un almacén y pido hablar por teléfono. El hombre almacenero, me busca la dirección en la guía.

Salgo y recorro las calles.

Una limpieza especial, una limpieza de casa holandesa prima en todas partes. Los comerciantes estudian astronomía desde sus mostradores. Otros se pasean con las manos atrás, frente a los letreros de sus tiendas, y miran a los letreros como si los letreros tuvieran santas leyendas. El sol cae abundante y beneficioso sobre sus amplias espaldas. El silencio llueve sobre las plazas ador-

nadas como para un día de fiesta. No se ven atorrantes ni para remedio.

Cafés y vigilantes

Los cafés están repletos de gente que hace filosofía al margen de una tacita de achicoria. Los mozos parecen conocer a todo el mundo, porque veo que la gente se levanta de las mesas sin pagar, y en vez de ocurrir una tragedia, como ocurriría en esta ciudad de filisteos, el mozo exclama:

—¡Hasta luego don Joaquín o hasta luego hoy! Y eso es todo.

Tigero, el compañero Tigero que me acompaña en esta excursión, me dice:

—Fíjese en el vigilante que ha parado a aquel automóvil.

Yo me fijo, y veo que el agente está procediendo por una infracción del “chouffeur”. El “crosta” menea el brazo y el bastón; la gente mira y trata de recoger las voces de aquel sermón larguísimo, y al final, el infractor, se va. El agente no le ha hecho ninguna boleta. Se ha limitado a darle una lección de buena crianza. Yo miro en rededor, y le digo a Tigero:

—Pero, en esta ciudad, no se ven mujeres feas.

Las mujeres de La Plata son las más lindas del mundo —me contesta éste— y yo, juro que eso es cierto. He estado desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde en esta ciudad de silencio, de sol, de belleza y de vagancia, he visto a 358 mujeres, de las cuales 258 son lindísimas, 60 regulares y el resto como para hacerle perder la cabeza a cualquiera.

Y yo he pensado:

—Si me tocara la lotería o un empleo fácil y substancioso, me vendría a vivir a La Plata. Mi espíritu se regocijaría ante el panorama que contemplarían mis ojos, y éstos estarían de garufa corrida, pues cuando no mirasen el cielo, que es lindo y azul, mirarían a las mujeres ¡que son más lindas todavía!

GENTE DE CRÓNICA SOCIAL

Una señorita que firma M. L. ha tenido la bondad de enviarme este tema con esta carta: "Soy, señor, una chica que sigue con interés el estudio de los tipos urbanos y me encantaría ver una crónica suya sobre los suburbanos o *suburbanites*, como los llaman los ingleses. Son los aspirantes a situación social, ricos o pobres, los audaces y las audaces... Las que se sirven de las crónicas sociales para avanzar y hacerse conocer, las que tocan el órgano o el arpa en la reunión y llevan el detalle al cronista amigo o a la cronista que solícitamente atendieron y halagaron".



Continúa la colaboradora

Continúa, luego, nuestra colaboradora: "Conozco casos concretos extraordinarios, que revelan la tontería y el snobismo de nuestra sociedad; a fuerza de crónicas sociales han resultado "sociables" familias de antecedentes inconfesables, y extranjeros con antecedentes policiales".

Yo opino que mi colaboradora tiene razón; y no puedo menos de recordar el caso de Roura en Santa Fe...

¡Los "audaces", las "audaces"!

El tema es lindo sin vuelta de hoja. Es lindo y feroz.

Me acuerdo de los protagonistas de Balzac, de "Los Trece" y pienso en este tema que tiene toda la proyección de cinematógrafo, y recuerdo las palabras de

uno de estos individuos que la señorita M. L. me cita en su carta.



No hace mucho tiempo de ello. Conversaba yo con un aventurero que había ganado dos mil pesos a la lotería. Le pregunté qué pensaba hacer con ese dinero, y me contestó:

—Me compraré una docena de camisas de seda; seis trajes de segunda mano en buen estado, y dos nuevos para los domingos, y me iré a Mendoza...

—¿A Mendoza?...

—Sí; pero antes necesito comprarme un auto de tercera mano. Me quedarán mil pesos y, en seis meses, cambiando de traje todos los días, encontraré la hija de algún bodeguero que me creará un pachá. Nos fugaremos para casarnos y habré hecho el gran negocio. La plata trae la plata...

No lo he visto más.

La vida en nuestra ciudad

Lo divertido de las crónicas sociales quizá no esté en las que corresponden al audaz, sino en el dominio que éste tiene sobre el cronista social.



Por lo general, el cronista es un individuo a quien admiran los trepadores y trepadoras sociales. Basta adularle para que responda. De más está decir que en el periodismo de tercer orden es donde esta gente de cuarta napa o cursi, comienza a abrirse el penoso camino de encaramamiento.

El cronista social constituye, para dichas psicologías, la hendidura por donde se entrará en sociedad.

Se adula entonces al cronista social.

Se le invita a tomar té; se le hacen pequeños favores, y el hombre retribuye con citas.

Que la familia Tal fue a Palermo; que la familia Tal viajó a Belgrano; que la familia Tal tomó café con leche.

La vida novelesca

Para un observador, la vida de esta gente es más divertida que un sainete. Como sancionan el engaño, y como todo individuo sólo puede manifestarse dentro de los de su especie, viene a crearse algo así como una napa sórdida, “las de medio pelo”, las de Bringas, como las describió Pérez Galdós.

En estas familias truculentas, el culto dominante es el traje, el “Dios Traje”. Allí se encuentra la adoración por las apariencias. Usted no entra a una casa de éstas y a los cinco minutos le dicen: “La de X ha ido a veranear a Chinchilla”; o sino “¿Vio el traje que usaba la de X. X.?” (Una familia con más apellidos y estancias que un tratado de geografía).

Usted, que no vio nada, se queda abriendo la boca; ¿y qué es lo que pasa? Que usted no tiene “caché”. Ellos tam-

poco vieron el traje de X., pero lo leyeron en un diario, y le pasan la mula.

Lo extraordinario es que los primeros engañados son ellos. Creen en sus mentiras como si fueran reales. Se posesionan de tal forma de su papel, que llega un momento en que sus conversaciones no derivan sino hacia la aristocracia. Ubican noticias de sus vidas hasta en los diarios de Avellaneda. Lucha sorda; lucha de conquista de una inmortalidad ridícula que tiene como altar un álbum donde la familia apela a la tijera y al engrudo, para conservar semejantes testimonios.

El que cae

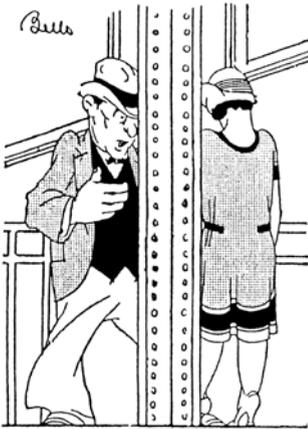
Estas “audaces” o estos “audaces”, acaban por crearse una aureola que sirve de cebo para pescar a un infeliz aficionado a los abolengos y a las figuraciones.

De más está decir que son tal para cual. El nuevo rico, o la nueva rica que desea a toda costa emparentar con una familia de figuración, cuando recibe la prueba del álbum, cuando observa la colección de impresos, de décimos de columna con las noticias de los cuenteros, se convence. Esa cosa tan distante, tan lejana como es el papel de diario y la inmortalidad que concede la letra de imprenta, lo ofusca. Entonces, mujer u hombre, se olvida de la realidad. No analiza más nada; cree, a ojos cerrados, que los advenedizos son gente muy de bien... Y así ocurren las catástrofes. ¡Y qué catástrofes! Del día a la noche, el damnificado o la damnificada, recaen, han entrado en un laberinto de pobreza espantosa y, entonces, la novela comienza; una novela cuyos prólogos se encuentran por centenares en los “juzgados de lo civil”.



EL AMOR EN EL SUBTERRÁNEO

He observado que los andenes de las estaciones del subterráneo son lugares preferidos por los empleados que hacen el amor. Sobre todo a la mañana, a mediodía y a la tarde, desde las seis en adelante.



Sí, son el parador del amor pobre; del amor que le quita quince minutos a un almuerzo o cinco minutos al reloj de la oficina para disfrutar de esa felicidad mezquina que controlan los ojos de todos los pasajeros.

La pobre felicidad

¡Cuántas veces me he quedado mirando a estas parejas, animado por una curiosidad casi irónica, y otras veces con lástima, una profunda lástima, ya que adivinaba todo lo que ellos podían decir y vivir!

Porque así como los mapas sirven para señalar la fisonomía de una extensión geográfica, así también los semblantes son mapas del destino, donde se ve, con toda claridad, la forma en que se desenvuelve la vida del individuo, qué alcances tiene su felicidad, qué es lo que oculta o lo que disimula. Y este trabajo de espionaje, de observación

clandestina, es el más divertido, el más profundo, el más interesante.

Se llega así hasta a adivinar la profesión del observado; se sabe si vive solo o con su familia; se ve en él, como en un espejo empañado por la neblina. Y en cuanto el sujeto ha mostrado un ápice de su psicología por un gesto, una mirada, se tiene la impresión de haber atrapado una mosca.

Ahora bien; donde más se pone de manifiesto la fisonomía oculta de un individuo es en una conversación con una mujer. Súbitamente ese rostro queda descubierto de su máscara, y entonces, hombre o mujer, se revelan tales cuales son. En cuanto se les ve se sabe si se engañan mutuamente o si están engañados los dos.

Y es natural. A veces se descubren felicidades tan modestas, tan escondidas, tan tímidas, que dan ganas de llamarlas "felicidades pobres".

Son felicidades de empleadas de setenta pesos mensuales, y de muchachos de ciento veinte pesos de sueldo. Felicidades que disponen de cinco minutos a la mañana, de un cuarto de hora a mediodía y de cuarenta minutos a la noche, es decir, una hora: una hora matemática, cronométrica. Y eso todos los días en un andén, que vigila la curiosidad de muchos pasajeros.



Parejas

Estas parejas suelen estar siempre en la misma estación, a la misma hora. A veces llega primero ella, y entonces espera. ¡Qué curioso! Las mujeres esperan de una forma distinta a los hombres. El hombre se impacienta; mira veinte veces por minuto para un mismo costado; pasea nerviosamente. La mujer no. La mujer espera resignadamente, tristemente; arrimada contra un muro; sentada en un banco, con la cabeza inclinada, sin moverse, como si tratara de pasar inadvertida. No mira a nadie; se queda inmóvil, como si la aletargara un inapable desmoronamiento de su personalidad. Sabe perfectamente que la están mirando, que los que la miran saben que ella está esperando a un hombre, y quizá eso justifique su actitud y esto otro: que las mujeres no llegan nunca puntualmente a una cita, como si en la espera encontraran vaya a saber qué poderoso sufrimiento, que las obliga inconscientemente a llegar mucho después, cuando fatalmente “él debe estar ya”.

Hoy he asistido a un encuentro de estos, en la estación Congreso. Ella había estado esperando largo rato, junto a un muro. De pronto llegó él, y se pusieron a conversar animadamente. Él mostraba su reloj, comparaba con el de la estación, y en veinte y tres segundos estuvieron hechas las paces.

Y de pronto me dije:

—Este mocito se casará con esta muchacha.

Se veía, a la legua, se lo veía en los modales de ella, saturados de esa seguridad que sólo proviene de un dominio absoluto sobre la otra naturaleza; se comprendía en la forma impecable de vestir del mocito, que había cuidado todos los detalles y que tenía cara de buen muchacho, de esos muchachos que se casan porque nada peor tienen que hacer. Tomaron el tranvía encantados de verse juntos.

En cambio, en Sáenz Peña hay otra pareja que causa una impresión siniestra. Ella es fea, pero con la fealdad de la que se aburre hace siglos, y tiene un compañero más aburrido aún. El novio parece haber dejado sexto grado ayer. Es alto, flaco; no lee los diarios ni por broma; no habla tampoco; y se pasan los minutos mirándose a los ojos. Pero lo que hace siniestra esta pareja es la voluntad de la mujer, una voluntad férrea escondida bajo su rostro somnoliento. Mirándolos se adivina una perspectiva de esclavitud. El tío, casado, más pobre que una rata, y pasando las noches en claro con los críos entre los brazos...

Otras gentes...

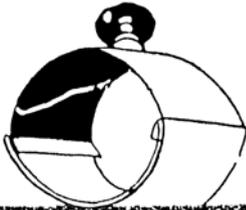
En cambio, hay parejas que toman alegremente la vida y que se refugian tras de las columnas para conversar. Esto indigna a los padres de familia que adivinan que tras de las columnas un mocito y una mocita se están besando. Pero, ¿qué quieren? ¿Que vayan a ponerse bajo un foco para cambiar un beso humorístico, vertiginoso, subterráneo? Hay que ser razonable. Cinco minutos a la mañana, un cuarto de hora a mediodía... La pobre felicidad es breve; el trabajo de oficina, de mostrador, de subsuelo, es largo. ¿Dónde se va a besar esta gente que no tiene, de la semana, sino el día domingo, un solo día durante seis días, mientras que afuera, el sol, la vida y la naturaleza estallan con libertad?

Yo siempre he sentido una indulgencia cínica y jovial para las parejas que se refugian tras de las columnas. Una indulgencia que deriva de esta pregunta, repleta de justicia:

— ¿Qué tienen de la vida estas gentes? ¿Cinco minutos a la mañana, un cuarto de hora a medio día, cuarenta minutos como máximo a la noche?... Es muy poco para resignarse a trabajar los trescientos días hábiles del año.

HABLEMOS, ENTONCES, DEL “SECANTE”

Cierto magnánimo y noble caballero que firma “Un criollo de conventillo” y que ha ido tomando confianza a medida que me escribía, pues comienza la carta tratándome de “usted” y la termina hablándome de “tú”, me pregunta por qué no escribo algo “sobre ese *specimen* que desgraciadamente contribuye tanto a amargarnos la vida, y que en nuestro preclaro léxico llamamos secante”.



El “secante”

El “secante” es, en realidad, un tipo “secatif”, un tío que nos seca, que nos deja como pasados por un horno, aturcidos, tristes, rabiosos, malhumorados

de haber tenido que aguantarlo. ¡El “secante”! Con sólo mentar la palabra uno se siente como envuelto en grandes pliegos de papel rosado que le chupan el jugo y hasta los tuétanos; y es que la palabrita deriva de eso, de una secadora portentosa.

¿Quién no conoce, acaso, las múltiples aplicaciones del papel secante?

No sólo se le utiliza para enjugar la tinta, sino que tiene una aplicación en medicina atorrantil que es incalculable.

Como se puede apreciar por estos delicados detalles de ciencia médica, el secante es, en consecuencia, el individuo que, además de secarnos el poco humor que nos queda, nos deja, con su lata, afiebrados por un rato. De allí que sea este término ciudadano uno de los más preciosos en la definición de una psicología y de un efecto fisiológico.

El “secante”, físicamente

El “secante”, físicamente, no es un sujeto que corresponda a la idea que nos



podemos hacer del papel secante, es decir, de un individuo alto, flaco, aun cuando este "specimen" abunde en el gremio de los lateros como un caso especial y característico, sino que sabe tener formas diversas, y su secazón deriva, generalmente, de que es un imbécil perfecto, uno de esos sujetos que se apoderan de la tímida voluntad de sus oyentes y le imponen la lata extenuadora; esas latas terribles, largas, vagas, abstrusas, en que un individuo está como quien oye entre sueños llover y no sabe si llueve o si están conversando junto a él, tan estupidizado se siente del roce de arena de la cháchara.

El "secante" terrible

Pero, sin duda alguna, el "secante" más terrible, el más temible y odioso, es el "secante" doméstico, o amigo de la familia. Ese hombre que, porque conoce a nuestro padre o a otros miembros de nuestra familia, viene a visitarnos, se instala y se queda sonriendo afectuosamente, sin saber qué decir, porque lo ha dicho todo hace veinte y tres años, el día que entró a nuestra casa por primera vez.

En esa actitud de expectativa en la que es imposible echarle a la calle, porque eso acontece a veces, el individuo "seca" a toda la familia sin consideración alguna. A lo más aventura recuerdos; recuerdos de su infancia, y que los demás escuchan sonriendo patéticamente, mientras que la hora de la comida se acerca y el maldito no da señales remotas de desaparecer, ni por broma.

A veces, el tal "secante" es un pariente, uno de esos parientes que infame sea el interés que tiene uno en atenderlos, y que, sin embargo, en ese carácter de pariente le imponen al damnificado las más trabajosas y áridas horas de la vida paciente.

Otra variedad del "secante" es el filósofo de parroquia, el artista que no en-

cuentra colocación, el autor que encarpeta un drama secular y que nos trata de convencer por centésima vez que a él le han hecho el vacío, que a él le tienen envidia, y que nosotros, aunque afectamos ignorarlo, estamos en presencia de un genio auténtico, relegado al olvido por crueldad de la suerte.

El "secante" con autoridad

Sin embargo, no hay monstruo más horrible que el "secante" con autoridad. ¡Este sí que es el "non plus ultra" de los "secantes"!

El "secante" con autoridad, jefe de oficina o de repartición, está siempre en magister; es monsieur Homais dando la lata truculenta sobre cualquier infracción; es el hombre que, a propósito del olvido de una coma, os dice que por vosotros casi se origina un conflicto que envuelve a la Sociedad de las Naciones, y en vez de parar el carro, continúa; pero con tanto entusiasmo, que al rato sois ya, no sólo responsables de la falta de una coma, sino del desbarajuste que reina en todo el régimen administrativo.

No se haga fama de "secante"

Si quiere vivir tranquilo, no se haga fama de "secante". Cuando de un tío cualquiera otro dice "ese fulano es un secante", la gente huye de él como de la peste.

Y la voz se corre.

Entonces, el acusado notará que en cuanto encuentra un conocido, éste alegra una ocupación urgente. Cierta sonrisa cínica se pinta en todos los semblantes, y algún día descubrirá que molesta, molesta aunque no haya hecho nada; aburre, sencillamente, por temor anticipado.

Si usted, querido lector, quiere vivir tranquilo no se haga fama de "secante". Es lo peor que puede acontecerle a un hombre honrado, después de una quiebra fraudulenta.

Se lo asegura su atto. servidor.



LA CRÓNICA N° 231

Doscientas treinta y una crónicas he escrito hasta hoy, último día del año, en este diario cordial y fuerte, con la cordialidad que brinda la juventud, fuente inacabable de espíritu nuevo.



Lo confesaré con toda ingenuidad: estoy encantado. ¡Doscientas treinta y una aguafuertes!

Si hace algunos años me hubieran dicho que yo iba a escribir tanto y tan largo, no lo hubiera creído.

Recordando

Con el primer número de EL MUNDO, apareció mi primer crónica. ¡Cuántas preocupaciones cruzaron por mi mente entonces! Habíame confeccionado una lista de lo que creía que serían los temas que en lo sucesivo yo desarrollaría diariamente en esta página, y logré reunir argumentos para veintidós aguafuertes. Con qué emoción me preguntaba entonces: cuando se agote esta lista de temas, ¿sobre qué escribiré? Ahora contemplo nuevamente el diario y leo: "Número 230". Mañana será el número 231. He trabajado, no hay vuelta que darle, pero estoy contento; contento como el avaro que después de haber pasado miserias durante el año, revisa su haber y descu-

bre que su sacrificio se ha trasmutado en moneditas de oro.

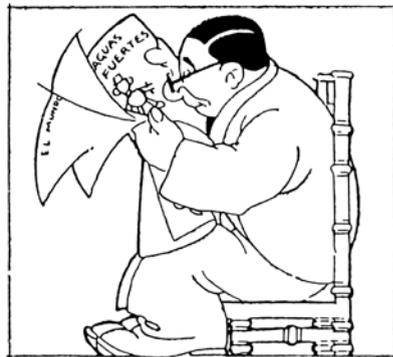
Yo y mi director

Es necesario que antes de hablar de mí, hable del director de este diario: y no para adularle, porque yo, por principio, por costumbre y hasta por vicio, jamás adulo a nadie, sino para que mis lectores puedan apreciar lo que significa un director de esta calidad, de la calidad que voy a explicar a continuación.

Muzio Sáenz Peña, cosa que ningún director de diario hace, me dio plena libertad para escribir. Esto es todo y es mucho, para quien entienda algo de periodismo. Libertad, libertad de denunciar la tontería; libertad de atacar la injusticia; libertad del decir, de ser lo que se es, sin restricciones, sin mojigaterías.

Cierto es que mi director presentía que yo no fallaría, pero, ¿dónde encontrar un director así? Y en un país como éste, donde el periodismo es, por excelencia, almiarado y donde se le ha levantado un altar al lugar común, a la frase rebuscada, a la zoncera de la erudición barata.

Sí, es necesario hacer constar claramente esto: si yo he podido desenvolverme con la agilidad que deseaba, débese, exclusivamente, a esa franquicia:



la libertad de ser como uno es, como yo sentía la necesidad de expresarme para un público que, más tarde, me alentó a continuar.

Cartas de lectores

No ha pasado un día sin que yo recibiera cartas de mis lectores. Cartas joviales, cartas portadoras de un espíritu cordial, cartas que, lógicamente, uno lee con una inevitable sonrisa de satisfacción y que de pronto le descubren al escritor la conciencia de su verdadera fuerza. Lo convencen de que sus esfuerzos no son inútiles ni tienen el pobre fin de llenar espacio, sino que uno desempeña una labor que despierta un interés en el espíritu de quien lo lee. Eso de saber que no se acciona en el vacío, vale mucho. Es quizá el más poderoso estímulo.

Reproducción de crónica

Diarios uruguayos, "El Plata", por ejemplo, ha reproducido con harta frecuencia mis notas. Sé, también, que diarios chilenos publican mis aguafuertes; en las provincias nuestras, pasa algo parecido. No soy vanidoso; al contrario. Jamás la vanidad anduvo cerca de mí. Estas líneas no tienen otro propósito que el que inspira un balance de mi labor, con las satisfacciones a las cuales no son ajenos muchos de mis lectores que espontáneamente han colaborado en mi diaria tarea.

Léxico

Escribo en un "idioma" que no es, propiamente, el castellano, sino el porteño. Sigo toda una tradición: Fray Mocho, Félix Lima, Last Reason... Y es acaso por exaltar el habla del pueblo, ágil, pintoresca y variable, que interesa a todas las sensibilidades. Este léxico, que yo llamo idioma, primará en nuestra literatura, a pesar de la indignación de los

puristas, a quienes no leen ni leerá nadie. No olvidemos que las canciones en "argot" parisién, por François Villon, un gran poeta que murió ahorcado, por dar el clásico golpe de furca a sus semejantes, son eternas...

"En la estima de las cosas"

"Yo hablo en la estima de las cosas", escribía el joven poeta cubano Saint Leger, y esa es la única forma de interesar al público; la sola manera de acercarse al alma de los hombres. Hablando, escribiendo, con una estima efectiva de las cosas que se nombran, que se tratan. Acaso sea el gran secreto para conquistar el estímulo de la multitud.

Vivir con ella las cosas y los momentos que a ella y a nosotros nos interesan; y no hacer literatura... Esa falsa literatura que los escritores que se llaman a sí mismos serios, producen para desconuelo de cuanto aficionado hay a leer.

Mis maestros

Mis maestros espirituales, mis maestros de humorismo, de sinceridad, de alegría verdadera, son, todos los días, Dickens —uno de los más grandes novelistas que conoce y conocerá la humanidad—; Eça de Queiroz, Quevedo, Mateo Alemán, Dostoievsky —el Dostoievsky de "Stepanchikovo y sus habitantes"— Cervantes y el mismo Anatole France. Con ellos, mis amigos invisibles, he aprendido a sonreír; y eso es mucho.

Satisfacción

¡Doscientas treinta y una crónicas! No he perdido el año. Espero, para fin de 1929, poder escribir, en esta misma página:

"Sigo encantado de la vida. He escrito 365 aguafuertes".

Y la verdad es que pienso hacerlo. Y esta noticia, lo espero sinceramente, no le amargará el Año Nuevo a nadie.



ÍNDICE

Prólogo	9
Criterio de esta edición	17
Diario "El Mundo" 22/10/1928 — 31/12/1928	
¿Qué se han hecho los organitos?	21
Vigilantes y ladrones	23
La empleada que hace guardia el domingo	25
El hombre que quiere que le levanten la vigilancia	27
El parlanchín de la confitería	29
Apología del pescador de caña	31
La muchacha en el balcón solitario	33
El parásito de los periódicos	35
Divagaciones acerca del empleado	37
Por qué no se vende el libro argentino	39
Colonias de desocupados	41
La filosofía del hombre que riega la huerta	43
Música y poesías populares	45
La lectora que defiende el libro nacional	47
Productivas sociedades de beneficencia	49
Mangas por correspondencia	51
Poeta de parroquia	53
El libro de los pelafustanes	55
La mujer que juega a la quiniela	57
Se gana la vida a fuerza de ingenio	59
El partidario de la cremación	61
El partido de los desocupados	63
El que busca pensión	65
El hombre que conversa con el vigilante	67
El macaneo de la oratoria perpetua	69
El hombre del tesoro	71
El hombre que va a los remates	73
Caballeros del plumero y de la escoba	75
El que vende la felicidad por un peso	77
Los picnics	79
¿Me caso con una niña bien o con una proletaria?	81
El hombre que todo lo toma a lo trágico	83
Congreso de charlatanería	85
El poeta del domingo porteño	87
El chico de los mil oficios	89
El hombre que está por hacer un raid	91
El hombre que llega tarde a dormir a su casa	93
El hombre que mira al interior de las casas	95
Los presidentes en la vía	97

El hombre de la guitarra bajo la higuera	99
El acompañante del que maneja auto particular	101
El problema del veraneo	103
El porteño en las sierras	105
Jugadores tramposos	107
La tragedia del supernumerario	109
El hombre que vive de la “caza” y de la “pesca”	111
El lector que manda tema para crónicas	113
El ángulo de Lavalle y Junin	115
Los pícaros ancianos	117
El fonógrafo del domingo	119
Sociedad literaria, artículo de museo	121
Los porteños y el escarbadientes	123
El cuentero que no es cuentero	125
La tragedia de ser motorman	127
Los gordos	129
El hombre de los dos millones	131
Un poco de charla con algunos Lectores	133
El hombre que nos habla de Dios	135
El estilo colonial	137
Quieren que hable de la traición en política	139
El conventillo en nuestra literatura	141
La familia “crosta”	143
Dos palabras más sobre arquitectura colonial	145
Soñemos, señores, con los dos millones	147
Tres hombres distintos	149
El hombre que hace trabajos de muchacho	151
Elogio de la ciudad de La Plata	153
Gente de crónica social	155
El amor en el subterráneo	157
Hablemos, entonces, del “secante”	159
La crónica n° 231	161



“Los artículos publicados en “El Mundo” reproducen, en general, la temática arltiana. Las cuestiones del dinero, el amor, la hipocresía, la piedad social, los pequeñoburgueses de la ciudad y sus miserias son las recurrencias diarias, prevaleciendo, por supuesto, los asuntos de la marginación. A las aguafuertes las caracterizan, por cierto, el estilo agresivo y zumbón y el tono y encuadre de retrato ciudadano, de fresco, de impresión sobre la realidad. La nota cotidiana difiere, lógicamente, de la estructura tradicional de un cuento pero siempre relata a un personaje típico, a una situación típica, como elementos de comentario sociológico y de crítica social, política, cultural e ideológica. (...) Las aguafuertes son Arlt nítido; constituyen su verdadero nivel de discurso, sin oscurecimientos semánticos, el espacio donde la composición literaria desaparece para ceder lugar al realismo periodístico, a la percepción de la realidad por una escritura situada en el mismo eje de la ideología”.

Ernesto Goldar



Universidad Nacional de Lanús